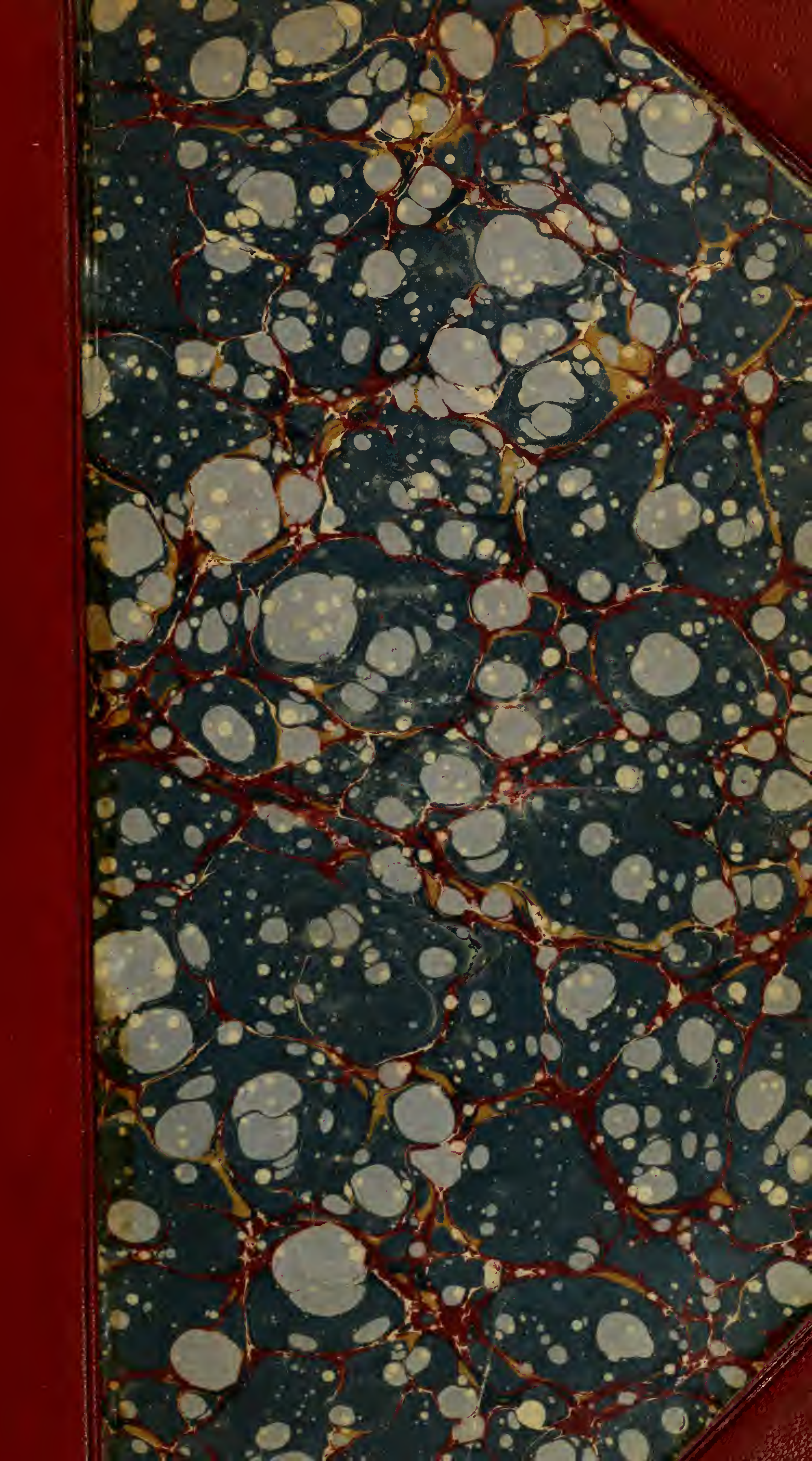
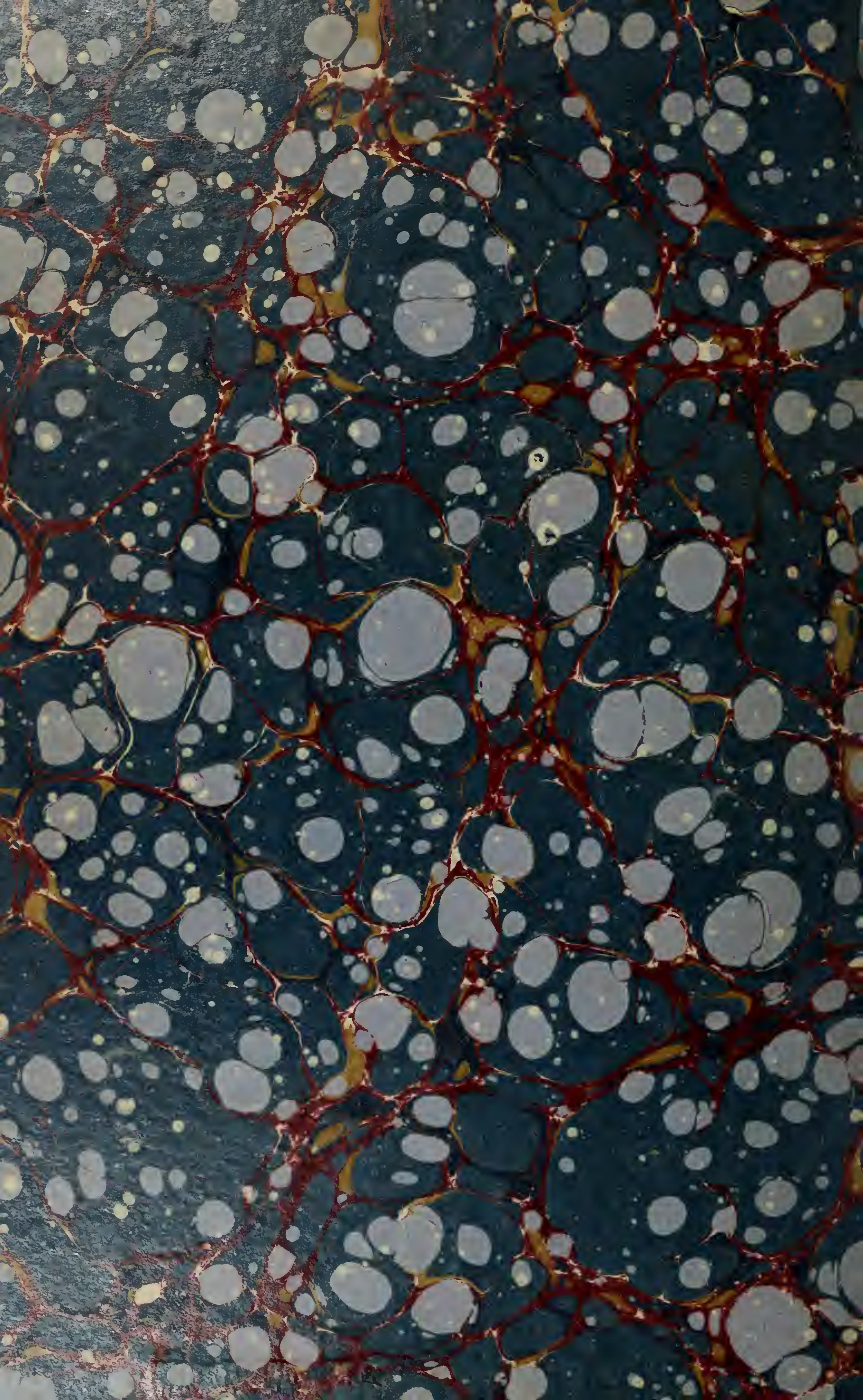
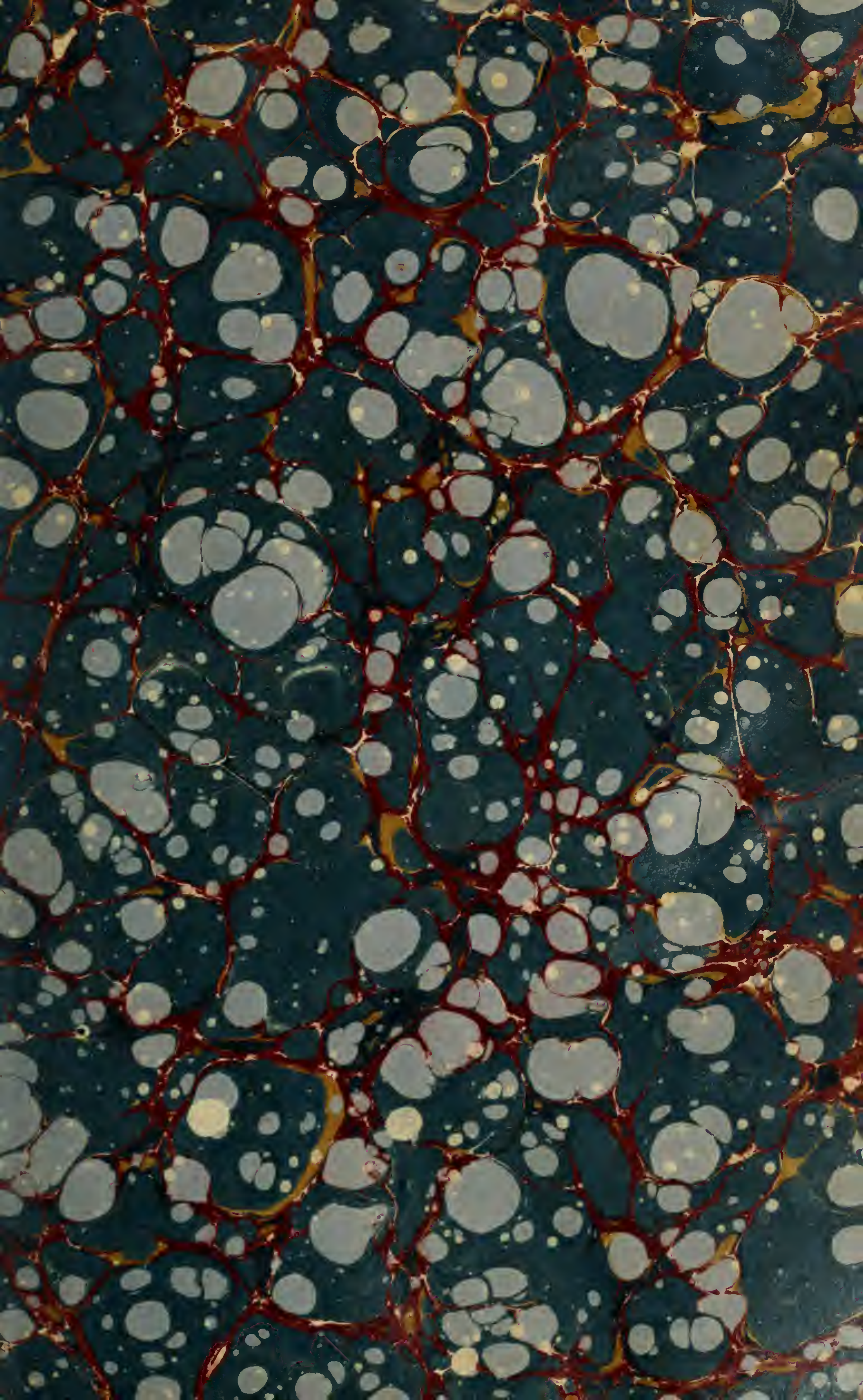






OBRAS

COMPLETAS

DE CERVANTES.

TOMO VIII.

OBRAS

COMPLETAS

DE CERVANTES

DEDICADAS Á S. A. R. EL SERMO. SR. INFANTE

DON SEBASTIAN GABRIEL DE BORBON Y BRAGANZA.

TOMO VIII.

LAS CINCO ÚLTIMAS NOVELAS EJEMPLARES.

VIAJE DEL PARNASO. POESÍAS SUELTAS.

EDICION DIRIGIDA

POR DON CAYETANO ROSELL.



MADRID,

IMPRENTA DE DON MANUEL RIVADENEYRA,

calle de la Madera, número 8.

1864.

ADVERTENCIA.

Van incluidas en este tomo cinco novelas, sin contar la de *El Casamiento engañoso*, que puede considerarse sólo como una ingeniosísima introduccion á la del *Coloquio de los perros*; es decir, las que restan, despues de publicadas las del tomo anterior, hasta el completo de las doce que forman la coleccion hoy conocida de las *Novelas ejemplares* de nuestro Autor.

Por el órden en que se suceden, son: *La ilustre Fregona*, *Las dos Doncellas*, *La señora Cornelia*, *El Casamiento engañoso y Coloquio de los perros Cipion y Berganza*, y *La Tia fingida*. No es posible determinar con exactitud la época en que fué escrita cada una: la de *La Tia fingida*, comprendida en el manuscrito que el licenciado Porras de la Cámara destinó al Arzobispo Niño de Guevara, debe ser coetánea, con poca diferencia, del *Celoso Extremeño*, de *Rinconete y Cortadillo*, y del *Curioso impertinente*, incluidas tambien en el mismo códice, la última inserta, como es sabido, en la Primera Parte del *Quijote*, y todas, por consiguiente, de fecha anterior al año 1605. Algo más antigua resulta, en nuestro juicio, *La ilustre Fregona*, y diremos la razon en que nos fundamos. Cítase en ella al Conde de Puñonrostro, como ejecutor de terribles justicias en los pícaros de la ciudad de Sevilla, cuando era asistente de ella. El Conde de Puñonrostro, don Francisco Arias de Bobadilla, murió el año 1610; no hallamos que desempeñase el cargo de tal asistente desde 1599 hasta dicha fecha; por consiguiente, es de presumir que *La ilustre Fregona* estuviese escrita ántes de terminar el siglo XVI. Confesamos, sin embargo,

que emitimos esta conjetura con cierta desconfianza. En las otras dos novelas no encontramos indicacion alguna por donde pueda rastrearse su verdadera época.

No se imprimió *La Tia fingida* en la primera edicion de las *Novelas* de Cervántes; debióla creer éste algo libre y peligrosa, y no muy merecedora del título de *ejemplar* con que calificó todas aquellas composiciones. No lo es en verdad; el bueno de Cervántes cargó aquí un tanto la mano en el colorido. Dióla al público por primera vez, como en las notas á sus *Investigaciones* de nuestro tomo primero advierte el señor Barrera, don Agustin García de Arrieta, al imprimir, en 1814, *El Espíritu de Miguel de Cervántes Saavedra*. El mismo señor Barrera, y mucho ántes, en su *Criticon*, el señor Gallardo, reprueban dicha edicion de Arrieta, por las faltas y mutilaciones que se echan de ver en ella; y uno y otro recomiendan otra edicion, hecha en Berlin, el año 1818, en la librería de G. C. Nauck, por una copia exacta que allá remitieron los señores don Lorenzo Carvajal y don Martin Fernandez Navarrete. Ignoramos hasta qué punto fuese defectuosa la primitiva edicion del señor Arrieta; sabemos, sí, que la reimprimió en su coleccion de *Obras escogidas de Cervántes*, publicada en París, el año 1826, y que cotejada con la edicion de Berlin (que hemos debido á la buena amistad del mencionado señor Barrera), la hemos hallado conforme con esta última, y sólo diferente en tal cual palabra, en alguno que otro período, en que, por lo general, el texto de Arrieta va más preciso y atinado que el de Berlin. Porque es de advertir que en éste se hallan amplificaciones, paréntesis y entrecomados, que á tiro de ballesta descubren haber sido ingeridos por mano extraña, unas veces por via de notas, y otras como adiciones, quizá por mano del mismo Porras de la Cámara, de quien, al pié de la edicion de Berlin, dice el señor Navarrete que *interpoló á veces algunos trozos.*

Elegímos, pues, por texto el del señor Arrieta, de 1826; y cuando habiamos dado ya principio á la edicion, supimos que nuestro buen amigo el señor don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe poseia otra copia, cuidadosamente cotejada por él mismo, de otro antiguo manuscrito de la misma obra, existente en la bi-

blioteca Colombina de Sevilla. Acudímos á él; nos lo franqueó con su generosidad acostumbrada, y viendo que era tan diverso del nuestro, que casi constituia un texto nuevo, no siendo posible notar sus innumerables variantes, acordámos ponerlo al pié del que ya habiamos preferido, para que nuestros lectores puedan por sí confrontar entrambos, juntando de este modo las dos versiones más desemejantes que hemos hasta ahora visto.

Van á continuacion las Poesías líricas de CERVÁNTES, encabezadas con el *Viaje del Parnaso.* De éste hemos disfrutado la edicion príncipe, del año 1614, propia del señor don Cayetano Alberto de la Barrera, que ántes lo fué del señor Gallardo, y es el mismo ejemplar de que el primero de ambos eruditos da razon en sus *Nuevas Investigaciones* (tomo primero de esta coleccion, páginas LXVI y LXVII), el cual ofrece la particularidad de llevar un soneto de CERVÁNTES, que se echa de ménos en otros ejemplares. El que tenemos á la vista fué enmendado y anotado por dicho señor Gallardo; de suerte que, con aprovecharnos de sus correcciones, no hemos necesitado añadir advertencia ni nota alguna sobre su texto.

Entre las Poesías sueltas hemos incluido todas las últimamente descubiertas, y algunas que, por su rareza, eran ya casi desconocidas, como el soneto *al doctor Francisco Diaz*, que se halla en su obra titulada *Tratado nuevamente impreso de todas las enfermedades de los riñones;* Madrid, por Francisco Sanchez, año 1588. Sobre el texto de cada una de ellas, tampoco tenemos que hacer prevencion alguna.

NOVELAS EJEMPLARES.

LA ILUSTRE FREGONA.

En Búrgos, ciudad ilustre y famosa, no há muchos años que en ella vivian dos caballeros principales y ricos: el uno se llamaba don Diego de Carriazo, y el otro don Juan de Avendaño. El don Diego tuvo un hijo, á quien llamó de su mismo nombre, y el don Juan otro, á quien puso don Tomas de Avendaño. A estos dos caballeros mozos, como quien han de ser las principales personas deste cuento, por excusar y ahorrar letras, les llamaremos con solos los nombres de Carriazo y de Avendaño. Trece años, ó poco más, tendria Carriazo cuando, llevado de una inclinacion picaresca, sin forzarle á ello algun mal tratamiento que sus padres le hiciesen, sólo por su gusto y antojo, se desgarró, como dicen los muchachos, de casa de sus padres, y se fué por ese mundo adelante, tan contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades y miserias que trae consigo, no echaba ménos la abundancia de la casa de su padre: ni el andar á pié le cansaba, ni el frio le ofendia, ni el

calor le enfadaba. Para él todos los tiempos del año le eran dulce y templada primavera: tan bien dormia en parvas como en colchones; con tanto gusto se soterraba en un pajar de un meson como si se acostara entre dos sábanas de Holanda; finalmente, él salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra y dar maravillosas liciones en la facultad al famoso de Alfarache.

En tres años que tardó en parecer y volver á su casa, aprendió á jugar á la taba en Madrid, y al rentoy en las ventillas de Toledo, y á presa y pinta en pié en las barbacanas de Sevilla; pero con serle anejo á este género de vida la miseria y estrecheza, mostraba Carriazo ser un gran príncipe en sus cosas. A tiro de escopeta, en mil señales descubria ser bien nacido, porque era generoso y bien partido con sus camaradas; visitaba pocas veces las ermitas de Baco, y aunque bebia vino, era tan poco, que nunca pudo entrar en el número de los que llaman desgraciados, que con alguna cosa que beban demasiada, luego se les pone el rostro como si se le hubiesen jalbegado con bermellon ó almagre. En fin, en Carriazo vió el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado y más que medianamente discreto; pasó por todos los grados de pícaro, hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara, donde es el *finibusterre* de la picaresca.

¡Oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios; pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid; vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debajo deste nombre *pícaro!* Bajad el toldo, amainad el brío; no os llameis pícaros, si no habeis

cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes: allí, allí sí que está en su centro el trabajo junto con la poltronería; allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre pronta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas á cada paso, los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romances con estribos, la poesía sin acciones. Aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo se hurta. Allí campea la libertad y luce el trabajo; allí van ó envian muchos padres principales á buscar á sus hijos, y los hallan; y tanto sienten sacarlos de aquella vida, como si los llevaran á dar la muerte.

Pero toda esta dulzura que he pintado, tiene un amargo acíbar, que la amarga, y es, no poder dormir sueño seguro sin el temor de que en un instante los trasladen desde Zahara á Berbería. Por esto las noches se recogen á unas torres de la marina, y tienen sus atajadores y centinelas, en confianza de cuyos ojos cierran ellos los suyos; puesto que tal vez ha sucedido que centinelas y atajadores, pícaros, mayorales, barcos y redes, con toda la turbamulta que allí se ocupa, han anochecido en España y amanecido en Tetuan. Pero no fué parte este temor para que nuestro Carriazo dejase de acudir allí tres veranos á darse buen tiempo. El último verano le dijo tan bien la suerte, que ganó á los naipes cerca de setecientos reales, con los cuales quiso vestirse y volverse á Búrgos y á los ojos de su madre, que habia derramado por él muchas lágrimas. Despidióse de sus amigos, que los tenia muchos y muy buenos; prometióles que el verano siguiente seria con ellos, si enfermedad ó muerte no lo

estorbase; dejó con ellos la mitad de su alma, y todos sus deseos entregó á aquellas secas arenas, que á él le parecian más frescas y verdes que los Campos Elíseos; y por estar ya acostumbrado á caminar á pié, tomó el camino en la mano, y sobre dos alpargates se llegó desde Zahara hasta Valladolid, cantando las *Tres ánades, madre*. Estuvo allí quince dias para reformar la color del rostro, sacándola de mulata á flamenca, y para trastejarse y sacarse del borrador de pícaro, y ponerse en limpio de caballero. Todo esto hizo segun y como le dieron comodidad quinientos reales con que llegó á Valladolid, y áun dellos reservó ciento para alquilar una mula y un mozo, con que se presentó á sus padres honrado y contento. Ellos le recibieron con mucha alegría, y todos sus amigos y parientes vinieron á darles el parabien de la buena venida del señor don Diego de Carriazo, su hijo. Es de advertir que en su peregrinacion don Diego mudó el nombre de Carriazo en el de Urdiales, y con este nombre se hizo llamar de los que el suyo no sabian.

Entre los que vinieron á ver el recien llegado fueron don Juan de Avendaño y su hijo don Tomas, con quien Carriazo, por ser ambos de una misma edad y vecinos, trabó y confirmó una amistad estrechísima. Contó Carriazo á sus padres y á todos mil magníficas y luengas mentiras de cosas que le habian sucedido en los tres años de su ausencia; pero nunca tocó ni por pienso en las almadrabas, puesto que en ellas tenia de contino puesta la imaginacion, especialmente cuando vió que se llegaba el tiempo donde habia prometido á sus amigos la vuelta. Ni le entretenia la caza, en que su padre le ocupaba, ni los muchos, honestos y gustosos convites que en aquella ciudad se usan le daban gusto; todo

pasatiempo le cansaba, y á todos los mayores que se le ofrecian, anteponia el que habia recebido en las almadrabas.

Avendaño, su amigo, viéndole muchas veces melancólico é imaginativo, fiado en su amistad, se atrevió á preguntarle la causa, y se obligó á remediarla, si pudiese y fuese menester, con su sangre misma. No quiso Carriazo tenérsela encubierta, por no hacer agravio á la grande amistad que le profesaba; y así le contó punto por punto la vida de la jábega, y cómo todas sus tristezas y pensamientos nacian del deseo que tenia de volver á ella. Pintósela de modo, que Avendaño, cuando le acabó de oir, ántes alabó que vituperó su gusto. En fin, el de la plática fué disponer Carriazo la voluntad de Avendaño de manera, que determinó de irse con él á gozar un verano de aquella felicísima vida que le habia descrito, de lo cual quedó sobre modo contento Carriazo, por parecerle que habia ganado un testigo de abono, que calificase su baja determinacion. Trazaron asimismo de juntar todo el dinero que pudiesen, y el mejor modo que hallaron fué, que de allí á dos meses habia de ir Avendaño á Salamanca, donde por su gusto tres años habia estado estudiando las lenguas griega y latina, y su padre queria que pasase adelante y estudiase la facultad que él quisiese; y que del dinero que le diese habria para lo que deseaban.

En este tiempo propuso Carriazo á su padre que tenia voluntad de irse con Avendaño á estudiar á Salamanca. Vino su padre con tanto gusto en ello, que hablando al de Avendaño, ordenaron de ponerles juntos casa en Salamanca, con todos los requisitos que pedia ser hijos suyos. Llegóse el tiempo de la partida; proveyéronles de dineros, y enviaron con ellos un ayo que los gobernase, que tenia más de hom-

bre de bien que de discreto. Los padres dieron documentos á sus hijos de lo que habian de hacer, y de cómo se habian de gobernar para salir aprovechados en la virtud y en las ciencias, que es fruto que todo estudiante debe pretender sacar de sus trabajos y vigilias, principalmente los bien nacidos. Mostráronse los dos hijos humildes y obedientes, lloraron las madres, recibieron la bendicion de todos, pusiéronse en camino con mulas propias y con dos criados de casa, amén del ayo, que se habia dejado crecer la barba, porque diese autoridad á su cargo.

En llegando á la ciudad de Valladolid, dijeron al ayo que querian estarse en aquel lugar dos dias para verle, porque nunca le habian visto ni estado en él. Reprendióles mucho el ayo severa y ásperamente la estada, diciéndoles que los que iban á estudiar con tanta priesa como ellos, no se habian de detener una hora á mirar niñerías, cuanto más dos dias, y que él formaria escrúpulo si los dejaba detener un solo punto, y que se partiesen luego, y si no, que sobre eso morena.

Hasta aquí se extendia la habilidad del señor ayo ó mayordomo, como más nos diere gusto llamarle. Los mancebitos, que tenian ya hecho su agosto y su vendimia, pues habian ya robado cuatrocientos escudos de oro que llevaba su mayordomo, dijeron que sólo los dejase aquel dia, en el cual querian ir á ver la fuente de Argales, que la comenzaban á conducir á la ciudad por grandes y espaciosos acueductos. En efeto, aunque con dolor de su ánima, les dió licencia, porque él quisiera excusar el gasto de aquella noche, y hacerle en Valdeastillas, y repartir las diez y ocho leguas que hay desde Valdeastillas á Salamanca en dos dias,

y no las veinte y dos que hay desde Valladolid; pero, como uno piensa el bayo y otro el que le ensilla, todo le sucedió al reves de lo que él quisiera.

Los mancebos, con solo un criado y á caballo en dos muy buenas y caseras mulas, salieron á ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y sus aguas, á despecho del Caño Dorado y de la reverenda Priora, con paz sea dicho de Leganitos y de la extremadísima fuente Castellana, en cuya competencia pueden callar Corpa y la Pizarra de la Mancha. Llegaron á Argales, y cuando creyó el criado que sacaba Avendaño de las bolsas del cojin alguna cosa con que beber, vió que sacó una carta cerrada, diciéndole que luego al punto volviese á la ciudad y se la diese á su ayo, y que en dándosela, les esperase en la puerta del Campo. Obedeció el criado, tomó la carta, volvió á la ciudad, y ellos volvieron las riendas, y aquella noche durmieron en Mojados, y de allí á dos dias en Madrid, y en otros cuatro se vendieron las mulas en pública plaza, y hubo quien les fiase por seis escudos de prometido, y áun quien les diese el dinero en oro por sus cabales. Vistiéronse á lo payo, con capotillos de dos haldas, zahones ó zaragüelles y medias de paño pardo. Ropero hubo que por la mañana les compró sus vestidos, y á la noche los habia mudado de manera, que no los conociera la propria madre que los habia parido. Puestos pues á la ligera y del modo que Avendaño quiso y supo, se pusieron en camino de Toledo *ad pedem litteræ* y sin espadas, que tambien el ropero, aunque no atañian á su menester, se las habia comprado.

Dejémoslos ir por ahora, pues van contentos y alegres, y volvamos á contar lo que el ayo hizo cuando abrió la

carta que el criado le llevó, y halló que decia desta manera:

«Vuesa merced será servido, señor Pedro Alonso, de tener »paciencia y de dar la vuelta á Búrgos, donde dirá á nuestros »padres que habiendo nosotros, sus hijos, con madura consi»deracion considerado cuán más propias son de los caballeros »las armas que las letras, habemos determinado de trocar á »Salamanca por Bruselas, y á España por Flándes. Los cuatro»cientos escudos llevamos, las mulas pensamos vender; nues»tra hidalga intencion y el largo camino es bastante disculpa »de nuestro yerro, aunque nadie le juzgará por tal, si no es »cobarde; nuestra partida es ahora, la vuelta será cuando »Dios fuere servido, el cual guarde á vuesa merced, como »puede y estos sus menores discípulos deseamos. Desta fuente »de Argales, puesto ya el pié en el estribo para caminar á »Flándes.—*Carriazo y Avendaño.*»

Quedó Pedro Alonso suspenso en leyendo la epístola, y acudió presto á su balija, y el hallarla vacía le acabó de confirmar la verdad de la carta, y luego al punto, en la mula que le habia quedado, se partió á Búrgos, á dar las nuevas á sus amos con toda presteza, porque con ella pusiesen remedio y diesen traza de alcanzar á sus hijos; pero destas cosas no dice nada el autor desta novela, porque así como dejó puesto á caballo á Pedro Alonso, volvió á contar de lo que les sucedió á Avendaño y á Carriazo á la entrada de Illescas, diciendo que al entrar de la puerta de la villa encontraron dos mozos de mulas, al parecer andaluces, en calzones de lienzo anchos, jubones acuchillados de angeo, sus coletos de ante, dagas de gancho y espadas sin tiros; al parecer el uno venia de Sevilla, y el otro iba á ella. El que iba estaba diciendo al otro: «Si no fueran mis

amos tan adelante, todavía me detuviera algo más á preguntarte mil cosas que deseo saber, porque me has maravillado mucho con lo que has contado de que el Conde ha ahorcado á Alonso Gines y á Ribera, sin querer otorgalles la apelacion.

—¡Oh pecador de mí! dijo el sevillano, armóles el Conde zancadilla, y cogiólos debajo de su jurisdicion; que eran soldados, y por contrabando se aprovechó dellos, sin que la Audiencia se los pudiese quitar. Sábete, amigo, que tiene un Bercebú en el cuerpo este Conde de Puñonrostro, que nos mete los dedos de su puño en el alma: barrida está Sevilla y diez leguas á la redonda de jácaros; no pára ladron en sus contornos; todos le temen como al fuego, aunque ya se suena que dejará presto el cargo de asistente, porque no tiene condicion para verse á cada paso en dimes ni dirétes con los señores de la Audiencia.

—Vivan ellos mil años, dijo el que iba á Sevilla, que son padres de los miserables y amparo de los desdichados. ¡Cuántos pobretes están mascando barro no más de por la cólera de un juez absoluto, de un corregidor ó mal informado ó bien apasionado! Más ven muchos ojos que dos; no se apodera tan presto el veneno de la injusticia de muchos corazones, como se apodera de uno solo.

—Predicador te has vuelto, dijo el de Sevilla, y segun llevas la retahila, no acabarás tan presto, y yo no te puedo aguardar; y esta noche no vayas á posar donde sueles, sino en la posada del Sevillano, porque verás en ella la más hermosa fregona que se sabe. Marinilla la de la venta Tejada es asco en su comparacion; no te digo más, sino que hay fama que el hijo del Corregidor bebe los vientos por ella.

Uno de esos mis amos que allá van, jura que al volver que vuelva al Andalucía, se ha de estar dos meses en Toledo y en la misma posada, sólo por hartarse de mirarla. Ya le dejo yo en señal un pellizco, y me llevo en contracambio un gran torniscon. Es dura como un mármol, y zahareña como villana de Sayago, y áspera como una ortiga, pero tiene una cara de pascua y un rostro de buen año: en una mejilla tiene el sol y en la otra la luna; la una es hecha de rosas, y la otra de claveles, y en entrambas hay tambien azucenas y jazmines. No te digo más, sino que la veas, y verás que no te he dicho nada, segun lo que te pudiera decir acerca de su hermosura. En las dos mulas rucias que sabes que tengo mias, la dotara de buena gana, si me la quisieran dar por mujer; pero yo sé que no me la darán; que es joya para un arcipreste ó para un conde; y otra vez torno á decir que allá lo verás, y adios, que me mudo.»

Con esto se despidieron los dos mozos de mulas, cuya plática y conversacion dejó mudos á los dos amigos que escuchado la habian, especialmente Avendaño, en quien la simple relacion que el mozo de mulas habia hecho de la hermosura de la fregona, despertó en él un intenso deseo de verla. Tambien le despertó en Carriazo; pero no de manera, que no desease más llegar á sus almadrabas que detenerse á ver las pirámides de Egipto, ó otra de las siete maravillas, ó todas juntas.

En repetir las palabras de los mozos y en remedar y contrahacer el modo y los ademanes con que las decian, entretuvieron el camino hasta Toledo; y luego, siendo la guía Carriazo, que ya otra vez habia estado en aquella ciudad, bajando por la Sangre de Cristo, dieron con la posada del

Sevillano; pero no se atrevieron á pedirla allí, porque su traje no lo pedia. Era ya anochecido, y aunque Carriazo importunaba á Avendaño que fuesen á otra parte á buscar posada, no le pudo quitar de la puerta de la del Sevillano, esperando si acaso parecia la tan celebrada fregona. Entrábase la noche, y la fregona no salia; desesperábase Carriazo, y Avendaño se estaba quédo; el cual, por salir con su intencion, con excusa de preguntar por unos caballeros de Búrgos, que iban á la ciudad de Sevilla, se entró hasta el patio de la posada, y apénas hubo entrado, cuando de una sala que en el patio estaba vió salir una moza, al parecer de quince años, poco más ó ménos, vestida como labradora, con una vela encendida en un candelero.

No puso Avendaño los ojos en el vestido y traje de la moza, sino en su rostro, que le parecia ver en él los que suelen pintar de los ángeles; quedó suspenso y atónito de su hermosura, y no acertó á preguntarle nada: tal era su suspension y embelesamiento. La moza, viendo aquel hombre delante de sí, le dijo: «¿Qué busca, hermano? ¿Es por ventura criado de alguno de los huéspedes de casa?

—No soy criado de ninguno, sino vuestro», respondió Avendaño, todo lleno de turbacion y sobresalto.

La moza, que de aquel modo le vió responder, dijo: «Vaya, hermano, norabuena; que las que servimos no hemos menester criados»; y llamando á su señor, le dijo: «Mire, señor, lo que busca este mancebo.» Salió su amo, y preguntóle qué buscaba. El respondió que á unos caballeros de Búrgos, que iban á Sevilla, uno de los cuales era su señor, el cual le habia enviado delante por Alcalá de Henares, donde habia de hacer un negocio que les importaba,

y que junto con esto, le mandó que se viniese á Toledo y le esperase en la posada del Sevillano, donde vendria á apearse, y que pensaba que llegaria aquella noche ó otro dia á más tardar. Tan buen color dió Avendaño á su mentira, que á la cuenta del huésped pasó por verdad, pues le dijo : «Quédese, amigo, en la posada ; que aquí podrá esperar á su señor hasta que venga.

—Muchas mercedes, señor huésped, respondió Avendaño, y mande vuesa merced que se me dé un aposento para mí y un compañero que viene conmigo, que está allí fuera ; que dinero traemos para pagarlo tan bien como otro.

—En buen hora», respondió el huésped; y volviéndose á la moza, dijo : «Costancica, di á la Argüello que lleve á estos dos galanes al aposento del rincon, y que les eche sábanas limpias.

—Sí haré, señor», respondió Costanza, que así se llamaba la doncella ; y haciendo una reverencia á su amo, se les quitó de delante ; cuya ausencia fué para Avendaño lo que suele ser al caminante ponerse el sol y sobrevenir la noche lóbrega y escura ; con todo esto, salió á dar cuenta á Carriazo de lo que habia visto y de lo que dejaba negociado, el cual por mil señales conoció cómo su amigo venia herido de la amorosa pestilencia ; pero no le quiso decir nada por entónces, hasta ver si lo merecia la causa de quien nacian las extraordinarias alabanzas y grandes hipérboles con que la belleza de Costanza sobre los mismos cielos levantaba.

Entraron, en fin, en la posada, y la Argüello, que era una mujer de hasta cuarenta y cinco años, superintendente de las camas y aderezo de los aposentos, los llevó á uno, que

ni era de caballeros ni de criados, sino de gente que podia hacer medio entre los dos extremos. Pidieron de cenar; respondióles la Argüello que en aquella posada no daban de comer á nadie, puesto que guisaban y aderezaban lo que los huéspedes traian de fuera comprado; pero que bodegones y casas de estado habia cerca, donde sin escrúpulo de conciencia podian ir á cenar lo que quisiesen. Tomaron los dos el consejo de la Argüello, y dieron con sus cuerpos en un bodegon, donde Carriazo cenó lo que le dieron, y Avendaño lo que con él llevaba, que fueron pensamientos é imaginaciones.

Lo poco ó nada que Avendaño comia, admiraba mucho á Carriazo. Por enterarse del todo de los pensamientos de su amigo, al volverse á la posada, le dijo: «Conviene que mañana madruguemos, porque ántes que éntre la calor estemos ya en Orgaz.

—No estoy en eso, respondió Avendaño, porque pienso, ántes que desta ciudad me parta, ver lo que dicen que hay famoso en ella, como es el Sagrario, el artificio de Juanelo, las vistillas de San Agustin, la huerta del Rey y la Vega.

—Norabuena, respondió Carriazo; eso en dos dias se podrá ver.

—En verdad que lo he de tomar despacio; que no vamos á Roma á alcanzar alguna vacante.

—Ta, ta, replicó Carriazo; á mí me maten, amigo, si no estais vos con más deseo de quedaros en Toledo que de seguir nuestra comenzada romería.

—Así es la verdad, respondió Avendaño, y áun tan imposible será apartarme de ver el rostro desta doncella, como no es posible ir al cielo sin buenas obras.

—¡Gallardo encarecimiento, dijo Carriazo, y determinacion digna de un tan generoso pecho como el vuestro! ¡Bien cuadra un don Tomas de Avendaño, hijo de don Juan de Avendaño, caballero lo que es bueno, rico lo que basta, mozo lo que alegra, discreto lo que admira, con enamorado y perdido por una fregona que sirve en el meson del Sevillano!

—Lo mismo me parece á mí que es, respondió Avendaño, considerar un don Diego de Carriazo, hijo del mismo caballero, del hábito de Alcántara el padre, y el hijo á pique de heredarle con su mayorazgo, no ménos gentil en el cuerpo que en el ánimo, y con todos estos generosos atributos, verle enamorado, ¿de quién, si pensais? ¿De la Reina Ginebra? No por cierto, sino de la almadraba de Zahara, que es más fea, á lo que creo, que un miedo de San Anton.

—Pata es la traviesa, amigo, respondió Carriazo; por los filos que te herí me has muerto: quédese aquí nuestra pendencia, y vamos á dormir, y amanecerá Dios y medraremos.

—Mira, Carriazo, hasta agora no has visto á Costanza; en viéndola, te doy licencia para que me digas todas las injurias ó reprensiones que quisieres.

—Ya sé yo en qué ha de parar esto, dijo Carriazo.

—¿En qué? replicó Avendaño.

—En que yo me iré con mi almadraba, y tú te quedarás con tu fregona, dijo Carriazo.

—No seré yo tan venturoso, dijo Avendaño.

—Ni yo tan necio, respondió Carriazo, que por seguir tu mal gusto, deje de conseguir el buen deseo mio.»

En estas pláticas llegaron á la posada, y áun se les pasó en otras semejantes la mitad de la noche; y habiendo dormido, á su parecer, poco más de una hora, los despertó el són de muchas chirimías que en la calle sonaban. Sentáronse en la cama y estuvieron atentos, y dijo Carriazo: «Apostaré que es ya de dia, y que debe hacerse alguna fiesta en un monasterio de Nuestra Señora del Cármen, que está aquí cerca, y por eso tocan estas chirimías.

—No es eso, respondió Avendaño, porque no há tanto que dormimos, que pueda ser ya de dia.»

Estando en esto, sintieron llamar á la puerta de su aposento, y preguntando quién llamaba, respondieron de fuera, diciendo: «Mancebos, si quereis oir una buena música, levantaos y asomaos á una reja que sale á la calle, que está en aquella sala frontera, que no hay nadie en ella.» Levantáronse los dos, y cuando abrieron no hallaron persona ni supieron quién les habia dado el aviso; mas porque oyeron el són de una arpa, creyeron ser verdad la música, y así en camisa como se hallaron, se fueron á la sala, donde ya estaban otros tres ó cuatro huéspedes puestos á las rejas; hallaron lugar, y de allí á poco, al són de la arpa y de una vihuela, con maravillosa voz oyeron cantar este soneto, que no se le pasó de la memoria á Avendaño:

Raro, humilde sugeto, que levantas
A tan excelsa cumbre la belleza,
Que en ella se excedió naturaleza
A sí misma, y al cielo la adelantas;
Si hablas, ó si ries, ó si cantas,
Si muestras mansedumbre ó aspereza
(Efeto sólo de tu gentileza),
Las potencias del alma nos encantas.

Para que pueda ser más conocida
La sin par hermosura que contienes
Y la alta honestidad de que blasonas,
Deja el servir, pues debes ser servida
De cuantos ven sus manos y sus sienes
Resplandecer por cetros y coronas.

No fué menester que nadie les dijese á los dos que aquella música se daba por Costanza, pues bien claro lo habia descubierto el soneto, que sonó de tal manera en los oidos de Avèndaño, que diera por bien empleado, por no haberle oido, haber nacido sordo y estarlo todos los dias de la vida que le quedaba, á causa que desde aquel punto la comenzó á tener tan mala, como quien se halló traspasado el corazon de la rigurosa lanza de los celos; y era lo peor, que no sabia de quién debia ó podia tenerlos. Pero presto le sacó deste cuidado uno de los que á la reja estaban, diciendo: «¡Que tan simple sea este hijo del Corregidor, que se ande dando músicas á una fregona! Verdad es que ella es de las más hermosas muchachas que yo he visto, mas no por esto habia de solicitarla con tanta publicidad.» A lo cual añadió otro de los de la reja: «Pues en verdad que he oido yo decir por cosa muy cierta que así hace ella cuenta dél, como si no fuese nadie; apostaré que se está ella agora durmiendo á sueño suelto detras de la cama de su ama, donde dicen que duerme, sin acordársele de músicas ni de canciones.

—Así es la verdad, replicó el otro, porque es la más honesta doncella que se sabe, y es maravilla que con estar en esta casa de tanto tráfago y donde hay cada dia gente nueva, y andar por todos los aposentos, no se sabe della el menor desman del mundo.»

Con esto que oyó Avendaño, tornó á revivir y á cobrar aliento para poder escuchar otras muchas cosas que al són de diversos instrumentos los músicos cantaron, todas encaminadas á Costanza, la cual, como dijo el huésped, se estaba durmiendo sin ningun cuidado. Por venir el dia se fueron los músicos, despidiéndose con las chirimías. Avendaño y Carriazo se volvieron á su aposento, donde durmió el que pudo hasta la mañana, la cual venida, se levantaron los dos, entrambos con deseo de ver á Costanza; pero el deseo del uno era deseo curioso, y el del otro, deseo enamorado.

Pero á entrambos se los cumplió Costanza, saliendo de la sala de su amo tan hermosa, que á los dos les pareció que todas cuantas alabanzas le habia dado el mozo de mulas eran cortas y de ningun encarecimiento. Su vestido era una saya y corpiños de paño verde, con unos ribetes del mismo paño. Los corpiños eran bajos, pero la camisa alta, plegado el cuello con un cabezon labrado de seda negra, puesta una gargantilla de estrellas de azabache sobre un pedazo de coluna de alabastro, que no era ménos blanca su garganta; ceñida con un cordon de San Francisco, y de una cinta, pendiente al lado derecho, un gran manojo de llaves. No traia chinelas, sino zapatos de dos suelas, colorados, con unas calzas, que no se le parecian sino cuanto por un perfil mostraban tambien ser coloradas; traia trenzados los cabellos con unas cintas blancas de hiladillo, pero tan largo el trenzado, que por las espaldas le pasaba de la cintura; el color salia de castaño y tocaba en rubio, pero al parecer tan limpio, tan igual y tan peinado, que ninguno, aunque fuera de hebras de oro, se le pudiera comparar. Pendíanle de las orejas dos calabacillas de vidrio, que parecian

perlas; los mismos cabellos le servian de garbin y de tocas. Cuando salió de la sala, se persignó y santiguó, y con mucha devocion y sosiego hizo una profunda reverencia á una imágen de nuestra Señora que en una de las paredes del patio estaba colgada, y alzando los ojos, vió á los dos que mirándola estaban, y apénas los hubo visto, cuando se retiró y volvió á entrar en la sala, desde la cual dió voces á la Argüello que se levantase.

Resta ahora por decir lo que le pareció á Carriazo de la hermosura de Costanza; que de lo que le pareció á Avendaño ya está dicho cuando la vió la vez primera. No digo más sino que á Carriazo le pareció tan bien como á su compañero, pero enamoróle mucho ménos, y tan ménos, que quisiera no anochecer en la posada, sino partirse luego para sus almadrabas. En esto, á las voces de Costanza, salió á los corredores la Argüello, con otras dos mocetonas, tambien criadas de casa, de quien se dice que eran gallegas; y el haber tantas lo requeria la mucha gente que acude á la posada del Sevillano, que es una de las mejores y más frecuentadas que hay en Toledo. Acudieron tambien los mozos de los huéspedes á pedir cebada; salió el huésped de casa á dársela, maldiciendo á sus mozas, que por ellas se le habia ido un mozo que la solia dar con muy buena cuenta y razon, sin que le hubiese hecho ménos, á su parecer, un solo grano. Avendaño, que oyó esto, dijo: «No se fatigue, señor huésped; déme el libro de la cuenta, que los dias que hubiere de estar aquí, yo la tendré tan buena en dar la cebada y paja que pidieren, que no eche ménos al mozo que dice que se le ha ido.

—En verdad que os lo agradezca, mancebo, respondió

el huésped, porque yo no puedo atender á esto, porque tengo otras muchas cosas á que acudir fuera de casa; bajad, daros he el libro; y mirad que estos mozos de mulas son el mismo diablo, y hacen trampantojos un celemin de cebada con ménos conciencia que si fuese de paja.»

Bajó al patio Avendaño y entregóse en el libro, y comenzó á despachar celemines como agua, y á asentarlos por tan buena órden, que el huésped, que lo estaba mirando, quedó contento, y tanto, que dijo: «Pluguiese á Dios que vuestro amo no viniese, y que á vos os diese gana de quedaros en casa; que á fe que otro gallo os cantase, porque el mozo que se me fué vino á mi casa, habrá ocho meses, roto y flaco, y ahora lleva dos pares de vestidos muy buenos y va gordo como una nutria; porque quiero que sepais, hijo, que en esta casa hay muchos provechos, amén de los salarios.

—Si yo me quedase, replicó Avendaño, no repararia mucho en la ganancia; que con cualquiera cosa me contentaria, á trueco de estar en esta ciudad, que me dicen que es la mejor de España.

—A lo ménos, respondió el huésped, es de las mejores y más abundantes que hay en ella; mas otra cosa nos falta ahora, que es buscar quien vaya por agua al rio; que tambien se me fué otro mozo, que con un asno que tengo famoso me tenia rebosando las tinajas y hecha un lago de agua la casa; y una de las causas por que los mozos de mulas se huelgan de traer sus amos á mi posada, es por la abundancia de agua que hallan siempre en ella, porque no llevan su ganado al rio, sino dentro de casa beben las cabalgaduras en grandes barreños.»

Todo esto estaba oyendo Carriazo, el cual, viendo que ya Avendaño estaba acomodado y con oficio en casa, no quiso él quedarse á buenas noches, y más, que consideró el gran gusto que haria á Avendaño si le seguia el humor; y así dijo al huésped: «Venga el asno, señor huésped; que tambien sabré yo cinchalle y cargalle, como sabe mi compañero asentar en el libro su mercancía.

—Sí, dijo Avendaño, mi compañero Lope Asturiano servirá de traer agua como un príncipe, y yo le fio.»

La Argüello, que estaba atenta desde el corredor á todas estas pláticas, oyendo decir á Avendaño que él fiaba á su compañero, dijo: «Dígame, gentilhombre, y ¿quién le ha de fiar á él? que en verdad que me parece que más necesidad tiene de ser fiado que de ser fiador.

—Calla, Argüello, dijo el huésped; no te metas donde no te llaman; yo los fio á entrambos, y por vida de vosotras, que no tengais dares ni tomares con los mozos de casa; que por vosotras se me van todos.

—Pues ¿qué? dijo otra moza, ¿ya se quedan en casa estos mancebos? Para mi santiguada, que si yo fuera camino con ellos, que nunca les fiara la bota.

—Déjese de chocarrerías, señora Gallega, respondió el huésped, y haga su hacienda, y no se entremeta con los mozos; que la moleré á palos.

—Por cierto sí, replicó la Gallega; ¡mirad qué joyas para codiciallas! Pues en verdad que no me ha hallado el señor mi amo tan juguetona con los mozos de casa ni de fuera, para tenerme en la mala opinion que me tiene; ellos son bellacos, y se van cuando se les antoja, sin que nosotras les demos ocasion alguna. Bonica gente es ella por cierto, para

tener necesidad de apetitos que les inciten á dar un madrugon á sus amos cuando ménos se percatan.

—Mucho hablais, Gallega hermana, respondió su amo; punto en boca, y atended á lo que teneis á vuestro cargo.»

Ya en esto tenia Carriazo enjaezado el asno, y subiendo en él de un brinco, se encaminó al rio, dejando á Avendaño muy alegre de haber visto su gallarda resolucion.

Hé aquí tenemos ya (en buen hora se cuente) á Avendaño hecho mozo de meson, con nombre de Tomas Pedro, que así dijo que se llamaba, y á Carriazo, con el de Lope Asturiano, hecho aguador; transformaciones dignas de anteponerse á las del narigudo poeta. A malas penas acabó de entender la Argüello que los dos se quedaban en casa, cuando hizo designio sobre el Asturiano, y le marcó por suyo, determinándose á regalarle de suerte, que aunque él fuese de condicion esquiva y retirada, le volviese más blando que un guante. El mismo discurso hizo la Gallega melindrosa sobre Avendaño, y como las dos, por trato y conversacion, y por dormir juntas, fuesen grandes amigas, al punto declaró la una á la otra su determinacion amorosa, y desde aquella noche determinaron de dar principio á la conquista de sus dos desapasionados amantes. Pero lo primero que advirtieron fué, en que les habian de pedir que no las habian de pedir celos por cosas que las viesen hacer de sus personas, porque mal pueden regalar las mozas á los de dentro, si no hacen tributarios á los de fuera de casa. «Callad, hermanos, decian ellas (como si los tuvieran presentes y fueran ya sus verdaderos mancebos ó amancebados), callad y tapaos los ojos, y dejad tocar el pandero á quien sabe y que guie la danza quien la entiende, y no habrá par de

canónigos más regalados en esta ciudad, que vosotros lo sereis destas tributarias vuestras.»

Estas y otras razones desta sustancia y jaez dijeron la Gallega y la Argüello, y en tanto caminaba nuestro buen Lope Asturiano la vuelta del rio por la cuesta del Cármen, puestos los pensamientos en sus almadrabas y en la súbita mutacion de su estado. O ya fuese por esto, ó porque la suerte así lo ordenase, en un paso estrecho, al bajar de la cuesta, encontró con un asno de un aguador que subia cargado; y como él descendia, y su asno era gallardo, bien dispuesto y poco trabajado, tal encuentro dió al cansado y flaco que subia, que dió con él en el suelo, y por haberse quebrado los cántaros, se derramó tambien el agua, por cuya desgracia el aguador antiguo, despechado y lleno de cólera, arremetió al aguador moderno, que áun se estaba caballero, y ántes que se desenvolviese y apease, le habia pegado y asentado una docena de palos tales, que no le supieron bien al Asturiano. Apeóse en fin, pero con tan malas entrañas, que arremetió á su enemigo, y asiéndole con ambas manos por la garganta, dió con él en el suelo, y tal golpe le dió con la cabeza sobre una piedra, que se la abrió por dos partes, saliendo tanta sangre, que pensó que le habia muerto.

Otros muchos aguadores que allí venian, como vieron á su compañero tan mal parado, arremetieron á Lope, y tuviéronle asido fuertemente, gritando: «¡Justicia, justicia; que este aguador ha muerto á un hombre!» y á vuelta destas razones y gritos, le molian á mojicones y á palos. Otros acudieron al caido, y vieron que tenia hendida la cabeza y que casi estaba espirando. Subieron las voces de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaza del Cármen dieron en los

oidos de un alguacil, el cual, con dos corchetes, con más ligereza que si volara, se puso en el lugar de la pendencia, á tiempo que ya el herido estaba atravesado sobre su asno, y el de Lope asido, y Lope rodeado de más de veinte aguadores, que no le dejaban menear, ántes le brumaban las costillas de manera, que más se pudiera temer de su vida que de la del herido, segun menudeaban sobre él los puños y las varas aquellos vengadores de la ajena injuria.

Llegó el alguacil, apartó la gente, entregó á sus corchetes al Asturiano, y antecogiendo á su asno, y al herido sobre el suyo, dió con ellos en la cárcel, acompañado de tanta gente y de tantos muchachos que le seguian, que apénas podia hender por las calles. Al rumor de la gente, salió Tomas Pedro y su amo á la puerta de casa, á ver de qué procedia tanta grita, y descubrieron á Lope entre los dos corchetes, lleno de sangre el rostro y la boca. Miró luego por su asno el huésped, y vióle en poder de otro corchete que ya se les habia juntado; preguntó la causa de aquellas prisiones, fuéle respondida la verdad del suceso; pesóle por su asno, temiendo que le habia de perder, ó á lo ménos de hacer más costas por cobrarle, que él valia. Tomas Pedro siguió á su compañero, sin que le dejasen llegar á hablarle una palabra : tanta era la gente que lo impedia y el recato de los corchetes y del alguacil que le llevaba. Finalmente, no le dejó hasta verle poner en la cárcel y en un calabozo con dos pares de grillos, y al herido en la enfermería, donde se halló á verle curar, y vió que la herida era peligrosa y mucho, y lo mismo dijo el cirujano. El alguacil se llevó á su casa los dos asnos, y más cinco reales de á ocho que los corchetes habian quitado á Lope.

Volvióse á la posada, lleno de confusion y de tristeza; halló al que ya tenia por amo con no ménos pesadumbre que él traia, á quien dijo de la manera que quedaba su compañero, y del peligro de muerte en que estaba el herido, y del suceso de su asno. Díjole más: que á su desgracia se le habia añadido otra de no menor fastidio, y era, que un grande amigo de su señor le habia encontrado en el camino, y le habia dicho que su señor, por ir muy de priesa y ahorrar dos leguas de camino, desde Madrid habia pasado por la barca de Aceca, y que aquella noche dormia en Orgaz, y que le habia dado doce escudos que le diese, con órden de que se fuese á Sevilla, donde le esperaba. «Pero no puede ser así, añadió Tomas, pues no será razon que yo deje á mi amigo y camarada en la cárcel y en tanto peligro; mi amo me podrá perdonar por ahora, cuanto más que él es tan bueno y honrado, que dará por bien cualquiera falta que le hiciere, á trueco que no la haga á mi camarada. Vuesa merced, señor amo, me la haga de tomar este dinero y acudir á este negocio; y en tanto que éste se gasta, yo escribiré á mi señor lo que pasa, y sé que me enviará dineros que basten á sacarnos de cualquier peligro.»

Abrió los ojos de un palmo el huésped, alegre de ver que en parte iba saneando la pérdida de su asno. Tomó el dinero y consoló á Tomas, diciéndole que él tenia personas en Toledo de tal calidad, que valian mucho con la justicia, especialmente una señora monja, parienta del Corregidor, que le mandaba con el pié, y que una lavandera del monasterio de la tal monja tenia una hija, que era grandísima amiga de una hermana de un fraile muy familiar y conocido del confesor de la dicha monja; la cual lavandera lavaba la ropa

en casa; «y como ésta pida á su hija, que sí pedirá, hable á la hermana del fraile, que hable á su hermano, que hable al confesor, y el confesor á la monja, y la monja guste de dar un billete (que será cosa fácil) para el Corregidor, donde le pida encarecidamente mire por el negocio de Tomas, sin duda alguna se podrá esperar buen suceso; y esto ha de ser con tal que el aguador no muera, y con que no falte ungüento para untar á todos los ministros de la justicia, porque si no están untados, gruñen más que carretas de bueyes.»

En gracia le cayó á Tomas los ofrecimientos del favor que su amo le habia hecho, y los infinitos y revueltos arcaduces por donde le habia derivado; y aunque conoció que ántes lo habia dicho de socarron que de inocente, con todo eso, le agradeció su buen ánimo, y le entregó el dinero, con promesa que no faltaria mucho más, segun él tenia la confianza en su señor, como ya le habia dicho. La Argüello, que vió atraillado á su nuevo cuyo, acudió luego á la cárcel á llevarle de comer; mas no se le dejaron ver, de que ella volvió muy sentida y mal contenta; pero no por esto desistió de su buen propósito. En resolucion, dentro de quince dias estuvo fuera de peligro el herido, y á los veinte declaró el cirujano que estaba del todo sano; y ya en este tiempo habia dado traza Tomas cómo le viniesen cincuenta escudos de Sevilla, y sacándolos él de su seno, se los entregó al huésped, con cartas y cédula fingida de su amo; y como al huésped le iba poco en averiguar la verdad de aquella correspondencia, cogia el dinero, que por ser en escudos de oro le alegraba mucho.

Por seis ducados se apartó de la querella el herido; en diez y en el asno y en las costas sentenciaron al Asturiano.

Salió de la cárcel, pero no quiso volver á estar con su compañero, dándole por disculpa que en los dias que habia estado preso le habia visitado la Argüello y requerídole de amores; cosa para él de tanta molestia y enfado, que ántes se dejara ahorcar, que corresponder con el deseo de tan mala hembra; que lo que pensaba hacer era, ya que él estaba determinado de seguir y pasar adelante con su propósito, comprar un asno y usar el oficio de aguador en tanto que estuviesen en Toledo; que con aquella cubierta no seria juzgado ni preso por vagamundo, y que con sola una carga de agua se podia andar todo el dia por la ciudad á sus anchuras, mirando bobas.

«Antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las más discretas mujeres de España, y que andan á una su discrecion con su hermosura; y si no, míralo por Costancica, de cuyas sobras de belleza puede enriquecer no sólo á las hermosas desta ciudad, sino á las de todo el mundo.

—Paso, señor Tomas, replicó Lope; vámonos poquito á poquito en esto de las alabanzas de la señora Fregona, si no quiere que, como le tengo por loco, le tenga por hereje.

—¿Fregona has llamado á Costanza, hermano Lope? respondió Tomas; Dios te lo perdone y te traiga á verdadero conocimiento de tu yerro.

—Pues ¿no es fregona? replicó el Asturiano.

—Hasta ahora la tengo por ver fregar el primer plato.

—No importa, dijo Lope, no haberle visto fregar el primer plato, si le has visto fregar el segundo y áun el centésimo.

—Yo te digo, hermano, replicó Tomas, que ella no friega, ni entiende en otra cosa que en su labor y en ser

guarda de la plata labrada que hay en casa, que es mucha.

—Pues ¿cómo la llaman por toda la ciudad, dijo Lope, la *Fregona Ilustre*, si es que no friega? Mas sin duda debe de ser que como friega plata, y no loza, le dan nombre de ilustre. Pero dejando esto aparte, dime, Tomas, ¿en qué estado están tus esperanzas?

—En el de perdicion, respondió Tomas, porque en todos estos dias que has estado preso, nunca la he podido hablar una palabra, y á muchas que los huéspedes le dicen, con ninguna otra cosa responde que con bajar los ojos y no desplegar los labios; tal es su honestidad y su recato, que no ménos enamora con su recogimiento que con su hermosura. Lo que me trae alcanzado de paciencia es saber que el hijo del Corregidor, que es mozo brioso y algo atrevido, muere por ella y la solicita con músicas, que pocas noches se pasan sin dársela, y tan al descubierto, que en lo que cantan la nombran, la alaban y la solenizan; pero ella no las oye, ni desde que anochece hasta la mañana no sale del aposento de su ama, escudo que no deja que me pase el corazon la dura saeta de los celos.

—Pues ¿qué piensas hacer con el imposible que se te ofrece en la conquista desta Porcia, desta Minerva y desta nueva Penélope, que en figura de doncella y de fregona te enamora, te acobarda y te desvanece?

—Haz la burla que de mí quisieres, amigo Lope; que yo sé que estoy enamorado del más hermoso rostro que pudo formar naturaleza y de la más incomparable honestidad que ahora se puede usar en el mundo. Costanza se llama, y no Porcia, Minerva ó Penélope; en un meson sirve, que no lo puedo negar; pero ¿qué puedo yo hacer,

si me parece que el destino con oculta fuerza me inclina, y la eleccion con claro discurso me mueve á que la adore? Mira, amigo, no sé cómo te diga, prosiguió Tomas, de la manera con que amor el bajo sugeto desta fregona, que tú llamas, me le encumbra y levanta tan alto, que viéndole no le vea, y conociéndole le desconozca. No es posible que, aunque lo procuro, pueda un breve término contemplar, si así se puede decir, en la bajeza de su estado, porque luego acuden á borrarme este pensamiento su belleza, su donaire, su sosiego, su honestidad y recogimiento, y me dan á entender que debajo de aquella rústica corteza debe de estar encerrada y escondida alguna mina de gran valor y de merecimiento grande. Finalmente, sea lo que se fuere, yo la quiero bien, y no con aquel amor vulgar con que á otras he querido, sino con amor tan limpio, que no se extiende á más que á servir y á procurar que ella me quiera, pagándome con honesta voluntad lo que á la mia, tambien honesta, se debe.»

A este punto dió una gran voz el Asturiano, y como exclamando, dijo: «¡Oh amor platónico! ¡Oh Fregona Ilustre! ¡Oh felicísimos tiempos los nuestros, donde vemos que la belleza enamora sin malicia, la honestidad enciende sin que abrase, el donaire da gusto sin que incite, y la bajeza del estado humilde obliga y fuerza á que le suban sobre la rueda de la que llaman fortuna! ¡Oh pobres atunes mios, que os pasais este año sin ser visitados deste tan enamorado y aficionado vuestro! pero el que viene, yo haré la enmienda de manera, que no se quejen de mí los mayorales de las mis deseadas almadrabas.»

A esto dijo Tomas: «Ya veo, Asturiano, cuán al descubierto te burlas de mí; lo que podias hacer es, irte norabue-

na á tu pesquería, que yo me quedaré en mi casa, y aquí me hallarás á la vuelta. Si quisieres llevarte contigo el dinero que te toca, luego te lo daré, y vé en paz, y cada uno siga la senda por donde su destino le guiare.

—Por más discreto te tenia, replicó Lope; y ¿tú no ves que lo que digo es burlando? pero ya que sé que tú hablas de véras, de véras te serviré en todo aquello que fuere de tu gusto. Una cosa sola te pido en recompensa de las muchas que pienso hacer en tu servicio, y es, que no me pongas en ocasion de que la Argüello me requiebre ni solicite, porque ántes romperé con tu amistad que ponerme á peligro de tener la suya. Vive Dios, amigo, que habla más que un relator, y que le huele el aliento á rasuras desde una legua; todos los dientes de arriba son postizos, y tengo para mí que los cabellos son cabellera, y para adobar y suplir estas faltas, despues que me descubrió su mal pensamiento ha dado en afeitarse con albayalde, y así se jalbega el rostro, que no parece sino mascaron de yeso puro.

—Todo eso es verdad, replicó Tomas, y no es tan mala la gallega que á mí me martiriza. Lo que se podrá hacer es, que esta noche sola estés en la posada, y mañana comprarás el asno que dices, y buscarás dónde estar, y así huirás los encuentros de la Argüello, y yo quedaré sujeto á los de la gallega y á los irreparables de los rayos de mi Costanza.»

En esto se convinieron los dos amigos, y se fueron á la posada, adonde de la Argüello fué con muestras de mucho amor recebido el Asturiano. Aquella noche hubo un baile á la puerta de la posada, de muchos mozos de mulas que en ella y en las convecinas habia. El que tocó la guitarra fué el Asturiano; las bailadoras, amén de las dos gallegas y de

la Argüello, fueron otras tres mozas de otra posada. Juntáronse muchos embozados con más deseo de ver á Costanza que el baile; pero ella no pareció ni salió á verle, con que dejó burlados muchos deseos. De tal manera tocaba la guitarra Lope, que decian que la hacia hablar. Pidiéronle las mozas, y con más ahinco la Argüello, que cantase algun romance; él dijo que como ellas le bailasen al modo como se canta y baila en las comedias, que le cantaria, y que para que no lo errasen, que hiciesen todo aquello que él dijese cantando, y no otra cosa.

Habia entre los mozos de mulas bailarines, y entre las mozas ni más ni ménos. Mondó el pecho Lope, escupiendo dos veces, en el cual tiempo pensó lo que diria, y como era de presto, fácil y lindo ingenio, con una felicísima corriente, de improviso comenzó á cantar desta manera :

Salga la hermosa Argüello,
Moza una vez y no más,
Y haciendo una reverencia,
Dé dos pasos hácia atras.
De la mano la arrebate
El que llaman Barrabas,
Andaluz mozo de mulas,
Canónigo del compas.
De las dos mozas gallegas
Que en esta posada están,
Salga la más carigorda
En cuerpo y sin devantal.
Engarráfela Torote,
Y todos cuatro á la par
Con mudanzas y meneos
Den principio á un contrapas.

Todo lo que iba cantando el Asturiano hicieron al pié de la letra ellos y ellas; mas cuando llegó á decir que diesen

principio á un contrapas, respondió Barrabas, que así se llamaba por mal nombre el bailarin mozo de mulas: «Hermano músico, mire lo que canta, y no moteje á naide de mal vestido, porque aquí no hay naide con trapos, y cada uno se viste como Dios le ayuda.»

El huésped, que oyó la ignorancia del mozo, le dijo: «Hermano mozo, contrapas es un baile extranjero, y no motejo de mal vestidos.

—Si eso es, replicó el mozo, no hay para qué nos metan en dibujos; toquen sus zarabandas, chaconas y folías al uso, y escudillen como quisieren; que aquí hay personas que le sabrán llenar las medidas hasta el gollete.»

El Asturiano, sin replicar palabra, prosiguió su canto, diciendo:

Entren pues todas las ninfas
Y los ninfos que han de entrar;
Que el baile de la Chacona
Es más ancho que la mar.
Requieran las castañetas,
Y bájense á refregar
Las manos por esa arena,
O tierra del muladar.
Todos lo han hecho muy bien,
No tengo qué les retar;
Santigüense, y den al diablo
Dos higas de su higueral.
Escupan al hideputa,
Porque nos deje holgar,
Puesto que de la Chacona
Nunca se suele apartar.
Cambio el són, divina Argüello,
Más bella que un hospital,
Pues eres mi nueva musa,
Tu favor me quieras dar.
El baile de la Chacona
Encierra la vida bona.

Hállase allí el ejercicio
Que la salud acomoda,
Sacudiendo de los miembros
A la pereza poltrona.
Bulle la risa en el pecho
De quien baila y de quien toca,
Del que mira y del que escucha
Baile y música sonora.
Vierten azogue los piés,
Derrítese la persona,
Y con gusto de sus dueños
Las mulillas se descorchan.
El brío y la ligereza
En los viejos se remoza,
Y en los mancebos se ensalza
Y sobre modo se entona;
Que *el baile de la Chacona*
Encierra la vida bona.

¡Qué de veces ha intentado
Aquesta noble señora,
Con la alegre zarabanda,
El *Pésame* y *Perra mora*,
Entrarse por los resquicios
De las casas religiosas,
A inquietar la honestidad
Que en las santas celdas mora!
¡Cuántas fué vituperada
De los mismos que la adoran!
Porque imagina el lascivo,
Y al que es necio se le antoja,
Que *el baile de la Chacona*
Encierra la vida bona.

Esta indiana amulatada,
De quien la fama pregona
Que ha hecho más sacrilegios
E insultos que hizo Aroba;
Esta, á quien es tributaria
La turba de las fregonas,
La caterva de los pajes,
Y de lacayos las tropas,
Dice, jura, y no revienta,

Que, á pesar de la persona
Del soberbio zambapalo,
Ella es la flor de la olla,
Y que sola la Chacona
Encierra la vida bona.

En tanto que Lope cantaba, se hacian rajas bailando la turbamulta de los mulantes y fregatrices del baile, que llegaban á doce; y en tanto que Lope se acomodaba á pasar adelante, cantando otras cosas de más tomo, sustancia y consideracion de las cantadas, uno de los muchos embozados que el baile miraban dijo, sin quitarse el rebozo: «Calla, borracho; calla, cuero; calla, odrina; poeta de viejo, músico falso.» Tras esto, acudieron otros, diciéndole tantas injurias y muecas, que Lope tuvo por bien de callar; pero los mozos de mulas lo tuvieron tan á mal, que si no fuera por el huésped, que con buenas razones los sosegó, allí fuera la de Mazagatos, y áun con todo eso, no dejaran de menear las manos si á aquel instante no llegara la justicia y los hiciera recoger á todos.

Apénas se habian retirado, cuando llegó á los oidos de todos los que en el barrio despiertos estaban, una voz de un hombre, que sentado sobre una piedra, frontero de la posada del Sevillano, cantaba con tan maravillosa y suave armonía, que los dejó suspensos y les obligó á que le escuchasen hasta el fin. Pero el que más atento estuvo fué Tomas Pedro, como aquel á quien más le tocaba, no sólo el oir la música, sino entender la letra, que para él no fué oir canciones, sino cartas de excomunion, que le congojaban el alma, porque lo que el músico cantó fué este romance:

¿Dónde estás, que no pareces,
Esfera de la hermosura,

Belleza á la vida humana
De divina compostura?
Cielo impíreo, donde amor
Tiene su estancia segura;
Primer moble, que arrebata
Tras sí todas las venturas;
Lugar cristalino, donde
Trasparentes aguas puras
Enfrian de amor las llamas,
Las acrecientan y apuran;
Nuevo hermoso firmamento,
Donde dos estrellas juntas,
Sin tomar la luz prestada,
Al cielo y al suelo alumbran;
Alegría, que se opone
A las tristezas confusas
Del padre que da á sus hijos
En su vientre sepultura;
Humildad, que se resiste
De la alteza con que encumbran
El gran Jove, á quien influye
Su benignidad, que es mucha;
Red invisible y sutil,
Que pone en prisiones duras
Al adúltero guerrero
Que de las batallas triunfa;
Cuarto cielo y sol segundo,
Que el primero deja á escuras
Cuando acaso deja verse,
Que el verle es caso y ventura;
Grave embajador, que hablas
Con tan extraña cordura,
Que persüades, callando,
Aun más de lo que procuras;
Del segundo cielo tienes
No más que la hermosura,
Y del primero no más
Que el resplandor de la luna:
Esta esfera sois, Costanza,
Puesta, por corta fortuna,
En lugar que, por indigno,

Vuestras venturas deslumbra.
Fabricad vos vuestra suerte,
Consintiendo se reduzga
La entereza á trato al uso,
La esquividad á blandura.
Con esto vereis, señora,
Que envidian vuestra fortuna,
Las soberbias por linaje,
Las grandes por hermosura.
Si quereis ahorrar camino,
La más rica y la más pura
Voluntad en mí os ofrezco,
Que vió amor en alma alguna.

El acabar estos últimos versos y el llegar volando dos medios ladrillos, fué todo uno, que si, como dieron junto á los piés del músico, le dieran en mitad de la cabeza, con facilidad le sacaran de los cascos la música y la poesía. Asombróse el pobre, y dió á correr por aquella cuesta arriba con tanta priesa, que no le alcanzara un galgo: ¡infelice estado de los músicos murciélagos y lechuzos, siempre sujetos á semejantes lluvias y desmanes! A todos los que escuchado habian la voz del apedreado les pareció bien, pero á quien mejor, fué á Tomas Pedro, que admiró la voz y el romance; mas quisiera él que de otra que Costanza naciera la ocasion de tantas músicas, puesto que á sus oidos jamas llegó ninguna.

Contrario deste parecer fué Barrabas, el mozo de mulas, que tambien estuvo atento á la música; porque así como vió huir al músico dijo: «Allá irás, mentecato, trovador de Júdas, que pulgas te coman los ojos; y ¿quién diablos te enseñó á cantar á una fregona cosas de esferas y de cielos, llamándola lúnes y mártes y ruedas de fortuna? Dijérasla, noramala para tí y para quien le hubiere parecido bien tu trova, que es tiesa como un espárrago, entonada como un

plumaje, blanca como una leche, honesta como un fraile novicio, melindrosa y zahareña como una mula de alquiler, y más dura que un pedazo de argamasa; que como esto le dijeras, ella lo entendiera y se holgara; pero llamarla embajador, y red, y moble, y alteza, y bajeza, más es para decirlo á un niño de la doctrina que á una fregona. Verdaderamente que hay poetas en el mundo que escriben trovas que no hay diablo que las entienda. Yo, á lo ménos, aunque soy Barrabas, éstas que ha cantado este músico, de ninguna manera las entiendo; miren qué hará Constancica; pero ella lo hace mejor, que se está en su cama, haciendo burla del mismo Preste Juan de las Indias. Este músico á lo ménos no es de los del hijo del Corregidor; que aquellos son muchos, y una vez que otra se dejan entender; pero éste, voto á tal, que me deja mohino.» Todos los que escucharon á Barrabas recibieron gran gusto, y tuvieron su censura y parecer por muy acertado.

Con esto, se acostaron todos, y apénas estaba sosegada la gente, cuando sintió Lope que llamaban á la puerta de su aposento muy paso; y preguntando quién llamaba, fuéle respondido con voz baja: «La Argüello y la Gallega somos; ábranos, que nos morimos de frio.

—Pues en verdad, respondió Lope, que estamos en la mitad de los caniculares.

—Déjate de gracias, Lope, replicó la Gallega; levántate y abre, que venimos hechas unas archiduquesas.

—¿Archiduquesas y á tal hora? respondió Lope; no creo en ellas, ántes entiendo que sois brujas ó unas grandísimas bellacas; idos de ahí luego; si no, por vida de... hago juramento que si me levanto, que con los hierros de mi pre-

tina os tengo de poner las posaderas como unas amapolas.» Ellas, que se vieron responder tan acerbamente y tan fuera de aquello que primero se imaginaron, temieron la furia del Asturiano, y defraudadas sus esperanzas y borrados sus designios, se volvieron tristes y malaventuradas á sus lechos, aunque ántes de apartarse de la puerta, dijo la Argüello, poniendo los hocicos por el agujero de la llave: «No es la miel para la boca del asno»; y con esto, como si hubiera dicho una gran sentencia y tomado una justa venganza, se volvió, como se ha dicho, á su triste cama.

Lope, que sintió que se habian vuelto, dijo á Tomas Pedro, que estaba despierto: «Mirad, Tomas, ponedme vos á pelear con dos gigantes, y en ocasion que me sea forzoso desquijarar por vuestro servicio media docena ó una de leones, que yo lo haré con más facilidad que beber una taza de vino; pero que me pongais en necesidad que me tome á brazo partido con la Argüello, no lo consentiré si me asaeteasen. Mirad qué doncellas de Dinamarca nos habia ofrecido la suerte esta noche. Ahora bien, amanecerá Dios y medraremos.

—Ya te he dicho, amigo, respondió Tomas, que puedes hacer tu gusto, ó ya en irte á tu romería, ó ya en comprar el asno y hacerte aguador, como tienes determinado.

—En lo de ser aguador me afirmo, respondió Lope, y durmamos lo poco que queda hasta venir el dia; que tengo esta cabeza mayor que una cuba, y no estoy para ponerme ahora á departir contigo.» Durmiéronse, vino el dia, levantáronse, y acudió Tomas á dar cebada, y Lope se fué al mercado de las bestias, que es allí junto, á comprar un asno que fuese tal como bueno.

Sucedió, pues, que Tomas, llevado de sus pensamientos y de la comodidad que le daba la soledad de las siestas, habia compuesto en algunas unos versos amorosos, y escrítolos en el mismo libro do tenia la cuenta de la cebada, con intencion de sacarlos aparte en limpio, y romper ó borrar aquellas hojas; pero ántes que esto hiciese, estando él fuera de casa, habiéndose dejado el libro sobre el cajon de la cebada, le tomó su amo, y abriéndole para ver cómo estaba la cuenta, dió con los versos, que leidos, le turbaron y sobresaltaron. Fuése con ellos á su mujer, y ántes que se los leyese, llamó á Costanza, y con grandes encarecimientos, mezclados con amenazas, le dijo le dijese si Tomas Pedro, el mozo de la cebada, le habia dicho algun requiebro ó alguna palabra descompuesta ó que diese indicio de tenerla aficion. Costanza juró que la primera palabra en aquella ó en otra materia alguna estaba aún por hablarla, y que jamas, ni áun con los ojos, le habia dado muestras de pensamiento malo alguno.

Creyéronla sus amos, por estar acostumbrados á oirla siempre decir verdad en todo cuanto le preguntaban. Dijéronla que se fuese de allí, y el huésped dijo á su mujer : «No sé qué me diga desto; habreis de saber, señora, que Tomas tiene escritas en este libro de la cebada unas coplas, que me ponen mala espina que está enamorado de Costancica.

—Veamos las coplas, respondió la mujer; que yo os diré lo que en eso debe de haber.

—Así será, sin duda alguna, replicó su marido; que como sois poeta, luego dareis en su sentido.

—No soy poeta, respondió la mujer; pero ya sabeis vos que tengo buen entendimiento y que sé rezar en latin las cuatro oraciones.

—Mejor haríades de rezallas en romance; que ya os dijo vuestro tio el clérigo que decíades mil gazafatones cuando rezábades en latin, y que no rezábades nada.

—Esa flecha, de la aljaba de su sobrina ha salido, que está envidiosa de verme tomar las horas de latin en la mano, y irme por ellas como por viña vendimiada.

—Sea como vos quisiéredes, respondió el huésped; estad atenta, que las coplas son éstas:

¿Quién de amor venturas halla?
El que calla.
¿Quién triunfa de su aspereza?
La firmeza.
¿Quién da alcance á su alegría?
La porfía.
Dese modo bien podria
Esperar dichosa palma,
Si en esta empresa mi alma
Calla, está firme y porfia.
¿Con quién se sustenta amor?
Con favor.
¿Y con qué mengua su furia?
Con la injuria.
¿Antes con desdenes crece?
Desfallece.
Claro en esto se parece
Que mi amor será inmortal;
Pues la causa de mi mal
Ni injuria ni favorece.
Quien desespera ¿qué espera?
Muerte entera.
Pues ¿qué muerte el mal remedia?
La que es media.
Luego ¿bien será morir?
Mejor sufrir;
Porque se suele decir
(Y esta verdad se reciba)
Que tras la tormenta esquiva
Suele la calma venir.

¿Descubriré mi pasion?
En ocasion.
¿Y si jamas me la da?
Sí hará.
Llegará la muerte en tanto.
Llegue á tanto
Tu limpia fe y esperanza,
Que en sabiéndolo Costanza,
Convierta en risa tu llanto.

—¿Hay más? dijo la huéspeda.

—No, respondió el marido; pero ¿qué os parece destos versos?

—Lo primero, dijo ella, es menester averiguar si son de Tomas.

—En eso no hay que poner duda, replicó el marido, porque la letra de la cuenta de la cebada y la de las coplas, toda es una, sin que se pueda negar.

—Mirad, marido, dijo la huéspeda: á lo que yo veo, puesto que las coplas nombran á Costancica, por donde se puede pensar que se hicieron para ella, no por eso lo habemos de afirmar nosotros por verdad como si se los viéramos escribir; cuanto más, que otras Costanzas que la nuestra hay en el mundo; pero, ya que sea por ésta, ahí no le dice nada que la deshonre, ni la pide cosa que importe. Estemos á la mira y avisemos á la muchacha; que si él está enamorado della, á buen seguro que él haga más coplas y que procure dárselas.

—¿No seria mejor, dijo el marido, quitarnos desos cuidados, y echarle de casa?

—Eso, respondió la huéspeda, en vuestra mano está; pero en verdad que, segun vos decis, el mozo sirve de manera, que seria conciencia el despedirle por tan liviana ocasion.

—Ahora bien, dijo el marido, estaremos alerta, como

vos decis, y el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer.»

Quedaron en eso, y tornó á poner el huésped el libro donde lo habia hallado. Volvió Tomas ansioso á buscar su libro, hallóle, y porque no le diese otro sobresalto, trasladó las coplas, rasgó aquellas hojas, y propuso de aventurarse á descubrir su deseo á Costanza en la primera ocasion que se le ofreciese. Pero, como ella andaba siempre sobre los estribos de su honestidad y recato, á ninguno daba lugar de miralla, cuanto más de ponerse á pláticas con ella; y como habia tanta gente y tantos ojos de ordinario en la posada, aumentaba más la dificultad de hablalla, de que se desesperaba el pobre enamorado.

Mas habiendo salido aquel dia Costanza con una toca ceñida por las mejillas, y dicho á quien le preguntó que por qué se la habia puesto, que tenia un gran dolor de muelas, Tomas, á quien sus deseos avivaban el entendimiento, en un instante discurrió lo que seria bueno hiciese, y dijo: «Señora Costanza, yo le daré una oracion en escrito que á dos veces que la rece, se le quitará como con la mano su dolor.

—Norabuena, respondió Costanza; que yo la rezaré, porque sé leer.

—Ha de ser con condicion, dijo Tomas, que no la ha de mostrar á nadie; porque la estimo en mucho, y no será bien que por saberla muchos se menosprecie.

—Yo le prometo, dijo Costanza, Tomas, que no la dé á nadie, y démela luego, porque me fatiga mucho el dolor.

—Yo la trasladaré de la memoria, respondió Tomas, y luego se la daré.»

Estas fueron las primeras razones que Tomas dijo á Costanza, y Costanza á Tomas, en todo el tiempo que habia

que estaba en casa, que ya pasaban de veinte y cuatro dias. Retiróse Tomas y escribió la oracion, y tuvo lugar de dársela á Costanza sin que nadie lo viese, y ella con mucho gusto y más devocion se entró en un aposento á solas, y abriendo el papel, vió que decia desta manera:

«Señora de mi alma: Yo soy un caballero natural de »Búrgos; si alcanzo de dias á mi padre, heredo un mayo»razgo de seis mil ducados de renta. A la fama de vuestra »hermosura, que por muchas leguas se extiende, dejé mi »patria, mudé vestido, y en el traje que me veis, vine á ser»vir á nuestro dueño; si vos lo quisiéredes ser mio por los »medios que más á vuestra honestidad convengan, mirad qué »pruebas quereis que haga para enteraros desta verdad; y en»terada en ella, siendo gusto vuestro, seré vuestro esposo y »me tendré por el más bien afortunado del mundo. Sólo por »ahora os pido, señora mia, que no echeis tan enamorados »y limpios pensamientos como los mios en la calle; que si »vuestro dueño los sabe, y no los cree, me condenará á des»tierro de vuestra presencia, que seria lo mismo que conde»narme á muerte. Dejadme, señora, que os vea hasta que »me creais, considerando que no merece el riguroso castigo »de no veros el que no ha cometido otra culpa que adora»ros. Con los ojos podreis responderme á hurto de los mu»chos que siempre os están mirando; que ellos son tales, que »airados matan, y piadosos resucitan.»

En tanto que Tomas entendió que Costanza se habia ido á leer su papel, le estuvo palpitando el corazon, temiendo y esperando, ó ya la sentencia de su muerte, ó la restauracion de su vida. Salió en esto Costanza tan hermosa, aunque rebozada, que si pudiera recebir aumento

su hermosura con algun accidente, se pudiera juzgar que el sobresalto de haber visto en el papel de Tomas otra cosa tan léjos de la que pensaba, habia acrecentado su belleza. Salió con el papel entre las manos, hecho menudas piezas, y dijo á Tomas, que apénas se podia tener en pié: «Hermano Tomas, esta tu oracion más parece hechicería y embuste que oracion santa, y así yo no la quiero creer ni usar, y por eso la he rasgado, porque no la vea nadie que sea más crédula que yo. Aprende otras oraciones más fáciles, porque esta será imposible que te sea de provecho.» En diciendo esto se entró con su ama, y Tomas quedó suspenso, pero algo consolado, viendo que en solo el pecho de Costanza quedaba el secreto de su deseo; pareciéndole que pues no habia dado cuenta dél á su amo, por lo ménos no estaba en peligro de que le echasen de casa. Parecióle que en el primero paso que habia dado en su pretension, habia atropellado por mil montes de inconvenientes, y que en las cosas grandes y dudosas la mayor dificultad está en los principios.

En tanto que esto sucedió en la posada, andaba el Asturiano comprando el asno donde los vendian, y aunque halló muchos, ninguno le satisfizo, puesto que un gitano anduvo muy solícito por encajarle uno que más caminaba por el azogue que le habia echado en los oidos, que por ligereza suya; pero lo que contentaba con el paso, desagradaba con el cuerpo, que era muy pequeño, y no del grandor y talle que Lope queria, que le buscaba suficiente para llevarle á él por añadidura, ora fuesen vacíos, ora llenos los cántaros. Llegóse á él en esto un mozo y díjole al oido: «Galan, si busca bestia cómoda para el oficio de aguador, yo tengo un

asno aquí cerca en un prado, que no le hay mejor ni mayor en la ciudad, y aconséjole que no compre bestia de gitanos, porque aunque parezcan sanas y buenas, todas son falsas y llenas de dolamas; si quiere comprar la que le conviene, véngase conmigo y calle la boca.»

Creyóle el Asturiano, y díjole que guiase adonde estaba el asno que tanto encarecia. Fuéronse los dos mano á mano, como dicen, hasta que llegaron á la huerta del Rey, donde á la sombra de una azuda hallaron muchos aguadores, cuyos asnos pacian en un prado que allí cerca estaba. Mostró el vendedor su asno, tal, que le hinchó el ojo al Asturiano, y de todos los que allí estaban fué alabado el asno de fuerte, de caminador y comedor sobremanera. Hicieron su concierto, y sin otra seguridad ni informacion, siendo corredores y medianeros los demas aguadores, dió diez y seis ducados por el asno, con todos los adherentes del oficio. Hizo la paga real en escudos de oro. Diéronle el parabien de la compra y de la entrada en el oficio, y certificáronle que habia comprado un asno dichosísimo, porque el dueño que le dejaba, sin que se le mancase ni matase, habia ganado con él, en ménos tiempo de un año, despues de haberse sustentado á él y al asno honradamente, dos pares de vestidos, y más aquellos diez y seis ducados, con que pensaba volver á su tierra, donde le tenian concertado un casamiento con una medio parienta suya.

Amén de los corredores del asno, estaban otros cuatro aguadores jugando á la primera, tendidos en el suelo, sirviéndoles de bufete la tierra y de sobremesa sus capas. Púsose el Asturiano á mirarlos, y vió que no jugaban como aguadores, sino como arcedianos, porque tenia de resto cada

uno más de cien reales en cuartos y en plata. Llegó una mano de echar todos el resto; y si uno no diera partido á otro, él hiciera mesa gallega. Finalmente, á los dos en aquel resto se les acabó el dinero y se levantaron. Viendo lo cual el vendedor del asno, dijo que si hubiera cuarto, que él jugara, porque era enemigo de jugar en tercio. El Asturiano, que era de propiedad del azúcar, que jamas gastó menestra, como dice el italiano, dijo que él haria cuarto. Sentáronse luego; anduvo la cosa de buena manera, y queriendo jugar ántes el dinero que el tiempo, en poco rato perdió Lope seis escudos que tenia; y viéndose sin blanca, dijo que si le querian jugar el asno, que él le jugaria. Acetáronle el envite, y hizo de resto un cuarto del asno, diciendo que por cuartos queria jugarle. Dióle tan mal, que en cuatro restos consecutivamente perdió los cuatro cuartos del asno, y ganóselos el mismo que se le habia vendido; y levantándose para volverse á entregarse en él, dijo el Asturiano que advirtiese que él solamente habia jugado los cuatro cuartos del asno, pero la cola que se la diese, y se le llevasen norabuena.

Causóles risa á todos la demanda de la cola, y hubo letrados que fueron de parecer que no tenia razon en lo que pedia, diciendo que cuando se vende un carnero ó otra res alguna, no se saca ni quita la cola, que con uno de los cuartos traseros ha de ir forzosamente. A lo cual replicó Lope que los carneros de Berbería ordinariamente tienen cinco cuartos, y que el quinto es de la cola, y cuando los tales carneros se cuartean, tanto vale la cola como cualquier cuarto; y que á lo de ir la cola junto con la res que se vende viva y no se cuartea, que lo concedia; pero que la suya no fué vendida, sino jugada, y que nunca su inten-

cion fué jugar la cola, y que al punto se la volviesen luego con todo lo á ella anejo y concerniente, que era desde la punta del celebro, con toda la osamenta del espinazo, donde ella tomaba principio y decendia, hasta parar en los últimos pelos della.

«Dadme vos, dijo uno, que ello sea así como decis, y que os la den como la pedis, y sentaos junto á lo que del asno queda.

—Pues así es, replicó Lope, venga mi cola; si no, por Dios que no me lleven el asno, si bien viniesen por él cuantos aguadores hay en el mundo; y no piensen que por ser tantos los que aquí están me han de hacer supercheria, porque soy yo un hombre que me sabré llegar á otro hombre, y meterle dos palmos de daga por las tripas, sin que sepa de quién, por dónde ó cómo le vino; y más, que no quiero que me paguen la cola rata por cantidad, sino que quiero que me la dén en sér y la corten del asno, como tengo dicho.»

Al ganancioso y á los demas les pareció no ser bien llevar aquel negocio por fuerza, porque juzgaron ser de tal brío el Asturiano, que no consentiria que se la hiciesen; el cual, como estaba hecho al trato de las almadrabas, donde se ejercita todo género de rumbo y jácara, y de extraordinarios juramentos y boatos, voleó allí el capelo y empuñó un puñal que debajo del capotillo traia, y púsose en tal postura, que infundió temor y respeto en toda aquella aguadora compañía. Finalmente, uno dellos, que parecia de más razon y discurso, los concertó en que se echase la cola contra un cuarto del asno á una quínola ó á dos y pasante. Fueron contentos, ganó la quínola Lope, picóse el otro, echó el otro

cuarto, y á otras tres manos quedó sin asno. Quiso jugar el dinero, no queria Lope; pero tanto le porfiaron todos, que lo hubo de hacer, con que hizo el viaje del desposado, dejándole sin un solo maravedí; y fué tanta la pesadumbre que desto recebió el perdidoso, que se arrojó en el suelo y comenzó á darse de calabazadas por la tierra. Lope, como bien nacido y como liberal y compasivo, le levantó y le volvió todo el dinero que le habia ganado, y los diez y seis ducados del asno, y áun de los que él tenia repartió con los circunstantes; cuya extraña liberalidad pasmó á todos, y si fueran los tiempos y las ocasiones del gran Tamorlan, le alzaran por rey de los aguadores.

Con grande acompañamiento volvió Lope á la ciudad, donde contó á Tomas lo sucedido, y Tomas asimismo le dió cuenta de sus buenos sucesos. No quedó taberna ni bodegon ni junta de pícaros donde no se supiese el juego del asno, el desquite por la cola, y el brío y la liberalidad del Asturiano; pero como la mala bestia del vulgo por la mayor parte es mala, maldita y maldiciente, no tomó de memoria la liberalidad, brío y buenas partes del gran Lope, sino solamente la cola; y así, apénas hubo andado dos dias por la ciudad echando agua, cuando se vió señalar de muchos con el dedo, que decian: «Este es el aguador de la cola.» Estuvieron los muchachos atentos, supieron el caso, y no habia asomado Lope por la entrada de cualquiera calle, cuando por toda ella le gritaban, quién de aquí, quién de allí: «Asturiano, daca la cola; daca la cola, Asturiano.» Lope, que se vió asaetear de tantas lenguas y con tantas voces, dió en callar, creyendo que en su mucho silencio se anegara tanta insolencia; mas ni por esas, pues miéntras

más callaba, más los muchachos gritaban; y así probó á mudar su paciencia en cólera, y apeándose del asno, dió á palos tras los muchachos, que fué afinar el polvorin y ponerle fuego, y fué otro cortar las cabezas de la serpiente, pues en lugar de una que quitaba, apaleando á algun muchacho, nacian en el mismo instante, no otras siete, sino setecientas, que con mayor ahinco y menudeo le pedian la cola. Finalmente, tuvo por bien de retirarse á una posada, que habia tomado fuera de la de su compañero, por huir de la Argüello, y de estarse en ella hasta que la influencia de aquel mal planeta pasase, y se borrase de la memoria de los muchachos aquella demanda mala de la cola, que le pedian.

Seis dias se pasaron sin que saliese de casa, sino era de noche, que iba á ver á Tomas y á preguntarle del estado en que se hallaba, el cual le contó que despues que habia dado el papel á Costanza, nunca más habia podido hablarla una sola palabra, y que le parecia que andaba más recatada que solia, puesto que una vez tuvo lugar de llegar á hablarla, y viéndolo ella, le habia dicho ántes que llegase: «Tomas, no me duele nada, y así ni tengo necesidad de tus palabras ni de tus oraciones. Conténtate que no te acuso á la Inquisicion, y no te canses»; pero que estas razones las dijo sin mostrar ira en los ojos, ni otro desabrimiento que pudiera dar indicio de riguridad alguna. Lope le contó á él la priesa que le daban los muchachos, pidiéndole la cola, porque él habia pedido la de su asno, con que hizo el famoso desquite. Aconsejóle Tomas que no saliese de casa, á lo ménos sobre el asno, y que si saliese, fuese por calles solas y apartadas, y que cuando esto no bastase, bastaria dejar el oficio, último remedio de poner fin á tan poco honesta de-

manda. Preguntóle Lope si habia acudido más la Gallega. Tomas dijo que no; pero que no dejaba de sobornalle la voluntad con regalos y presentes de lo que hurtaba en la cocina á los huéspedes. Retiróse con esto á su posada Lope, con determinacion de no salir della en otros seis dias, á lo ménos con el asno.

Las once serian de la noche, cuando de improviso y sin pensarlo vieron entrar en la posada muchas varas de justicia, y al cabo el Corregidor. Alborotóse el huésped, y áun los huéspedes; porque así como los cometas, cuando se muestran, siempre causan temores de desgracias é infortunios, ni más ni ménos la justicia, cuando de repente y de tropel se entra en una casa, sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpadas. Entróse el Corregidor en una sala y llamó al huésped de casa, el cual vino temblando á ver lo que el señor Corregidor queria. Y así como le vió el Corregidor, le preguntó con mucha gravedad: «¿Sois vos el huésped?

—Sí, señor, respondió él, para lo que vuesa merced me quisiere mandar.» Mandó el Corregidor que saliesen de la sala todos los que en ella estaban, y que le dejasen solo con el huésped. Hiciéronlo así, y quedándose solos, dijo el Corregidor al huésped: «Huésped, ¿qué gente de servicio teneis en esta vuestra posada?

—Señor, respondió él, tengo dos mozas gallegas y una ama, y un mozo, que tiene cuenta con dar la cebada y paja.

—¿No más? replicó el Corregidor.

—No, señor, respondió el huésped.

—Pues decidme, huésped, dijo el Corregidor, ¿dónde está una muchacha que dicen que sirve en esta casa, tan hermosa, que por toda la ciudad la llaman la Ilustre Fre-

gona, y áun me han llegado á decir que mi hijo don Periquito es su enamorado, y que no hay noche que no le dé músicas?

—Señor, respondió el huésped, esa Fregona Ilustre que dicen, es verdad que está en esta casa, pero ni es mi criada, ni deja de serlo.

—No entiendo lo que decis, huésped, en eso de ser y no ser vuestra criada la Fregona.

—Yo he dicho bien, añadió el huésped; y si vuesa merced me da licencia, le diré lo que hay en esto; lo cual jamas he dicho á persona alguna.

—Primero quiero ver á la Fregona que saber otra cosa; llamadla acá», dijo el Corregidor.

Asomóse el huésped á la puerta de la sala y dijo: «¿Oíslo, señora? haced que éntre aquí Costancica.»

Cuando la huéspeda oyó que el Corregidor llamaba á Costanza, turbóse y comenzó á torcerse las manos, diciendo: «¡Ay, desdichada de mí, el Corregidor á Costanza y á solas! Algun gran mal debe de haber sucedido, que la hermosura desta muchacha trae encantados los hombres.» Costanza, que lo oia, dijo: «Señora, no se congoje; que yo iré á ver lo que el señor Corregidor quiere, y si algun mal hubiere sucedido, esté segura vuesa merced que no tendré yo la culpa»; y en esto, sin aguardar que otra vez la llamasen, tomó una vela encendida sobre un candelero de plata, y con más vergüenza que temor fué donde el Corregidor estaba.

Así como el Corregidor la vió, mandó al huésped que cerrase la puerta de la sala; lo cual hecho, el Corregidor se levantó, y tomando el candelero que Costanza traia, llegándole la luz al rostro, la anduvo mirando toda de arriba

abajo; y como Costanza estaba con sobresalto, habíasele encendido la color del rostro, y estaba tan hermosa y tan honesta, que al Corregidor le pareció que estaba mirando la hermosura de un ángel en la tierra; y despues de haberla bien mirado, dijo: «Huésped, ésta no es joya para estar en el bajo engaste de un meson; desde aquí digo que mi hijo Periquito es discreto, pues tan bien ha sabido emplear sus pensamientos. Digo, doncella, que no solamente os pueden y deben llamar ilustre, sino ilustrísima; pero estos títulos no habian de caer sobre el nombre de Fregona, sino sobre el de una duquesa.

—No es fregona, señor, dijo el huésped; que no sirve de otra cosa en casa que de traer las llaves de la plata, que por la bondad de Dios tengo alguna, con que se sirven los huéspedes honrados que á esta posada vienen.

—Con todo eso, dijo el Corregidor, digo, huésped, que ni es decente ni conviene que esta doncella esté en un meson. ¿Es parienta vuestra, por ventura?

—Ni es mi parienta, ni es mi criada; y si vuesa merced gustare de saber quién es, como ella no esté delante, oirá vuesa merced cosas, que juntamente con darle gusto, le admiren.

—Sí gustaré, dijo el Corregidor, y sálgase Costancica allá fuera, y prométase de mí lo que de su mismo padre pudiera prometerse; que su mucha honestidad y hermosura obligan á que todos los que la vieren se ofrezcan á su servicio.»

No respondió palabra Costanza, sino con mucha mesura hizo una profunda reverencia al Corregidor y salióse de la sala, y halló á su ama desalada, esperándola para saber della

qué era lo que el Corregidor la queria. Ella le contó lo que habia pasado, y cómo su señor quedaba con él para contalle no sé qué cosas, que no queria que ella las oyese. No acabó de sosegar la huéspeda, y siempre estuvo rezando hasta que se fué el Corregidor y vió salir libre á su marido, el cual, en tanto que estuvo con el Corregidor, le dijo:

«Hoy hacen, señor, segun mi cuenta, quince años, un mes y cuatro dias que llegó á esta posada una señora en hábito de peregrina, en una litera, acompañada de cuatro criados de á caballo y de dos dueñas y una doncella, que en un coche venian. Traia asimismo dos acémilas cubiertas con dos ricos reposteros y cargadas con una rica cama y con aderezos de cocina; finalmente, el aparato era principal, y la peregrina representaba ser una gran señora, y aunque en la edad mostraba ser de cuarenta ó pocos más años, no por eso dejaba de parecer hermosa en todo extremo. Venia enferma y descolorida, y tan fatigada, que mandó que luego luego le hiciesen la cama, y en esta misma sala se la hicieron sus criados. Preguntáronme cuál era el médico de más fama desta ciudad. Díjeles que el dotor de la Fuente. Fueron luego por él, y él vino luego; comunicó á solas con él su enfermedad, y lo que de su plática resultó fué, que mandó el médico que se le hiciese la cama en otra parte, y en lugar donde no le diesen ningun ruido. Al momento la mudaron á otro aposento que está aquí arriba apartado y con la comodidad que el dotor pedia. Ninguno de los criados entraba donde su señora, y solas las dos dueñas y la doncella la servian. Yo y mi mujer preguntamos á los criados quién era la tal señora y cómo se llamaba, de dónde venia y adónde iba, si era casada,

viuda ó doncella, y por qué causa se vestia aquel hábito de peregrina. A todas estas preguntas que les hicimos una y muchas veces, no hubo alguno que nos respondiese otra cosa, sino que aquella peregrina era una señora principal y rica de Castilla la Vieja, y que era viuda, y que no tenia hijos que la heredasen, y que porque habia algunos meses que estaba enferma de hidropesía, habia ofrecido de ir á Nuestra Señora de Guadalupe en romería, por la cual promesa iba en aquel hábito. En cuanto á decir su nombre, traian órden de no llamarla sino la señora peregrina.

»Esto supimos por entónces; pero á cabo de tres dias que por enferma la señora peregrina se estaba en casa, una de las dueñas nos llamó á mí y á mi mujer de su parte; fuimos á ver lo que queria, y á puerta cerrada y delante de sus criadas, casi con lágrimas en los ojos, nos dijo, creo que estas mismas razones: «Señores mios, los cielos me son testigos que sin culpa mia me hallo en el riguroso trance que ahora os diré: yo estoy preñada, y tan cerca del parto, que ya los dolores me van apretando. Ninguno de los criados que vienen conmigo saben mi necesidad ni desgracia; á estas mis mujeres, ni he podido ni querido encubrírselo. Por huir de los maliciosos ojos de mi tierra, y porque esta hora no me tomase en ella, hice voto de ir á Nuestra Señora de Guadalupe; ella debe de haber sido servida que en esta vuestra casa me tome el parto; á vosotros está ahora el remediarme y acudirme con el secreto que merece la que su honra pone en vuestras manos. La paga de la merced que me hiciéredes, que así quiero llamarla, si no respondiere al gran beneficio que espero, responderá á lo ménos á dar muestra de una voluntad muy agradecida, y quiero que

comiencen á dar muestras de mi voluntad estos docientos escudos de oro que van en este bolsillo»; y sacando debajo de la almohada de la cama un bolsillo de aguja, de oro y verde, se le puso en las manos de mi mujer, la cual, como simple, y sin mirar lo que hacia, porque estaba suspensa y colgada de la peregrina, tomó el bolsillo, sin responderle palabra de agradecimiento ni de comedimiento alguno. Yo me acuerdo que le dije que no era menester nada de aquello; que no éramos personas que por interes más que por caridad nos moviamos á hacer bien cuando se ofrecia. Ella prosiguió diciendo: «Es menester, amigos, que busqueis dónde llevar lo que pariere luego luego, buscando tambien mentiras que decir á quien lo entregáredes, que por ahora será en la ciudad, y despues quiero que se lleve á una aldea. De lo que despues se hubiere de hacer, siendo Dios servido de alumbrarme y de llevarme á cumplir mi voto, cuando de Guadalupe vuelva lo sabreis, porque el tiempo me habrá dado lugar de que piense y escoja lo que mejor me convenga. Partera no la he menester ni la quiero; que otros partos más honrados que he tenido me aseguran que con sola la ayuda destas mis criadas facilitaré sus dificultades, y ahorraré un testigo más de mis sucesos.»

»Aquí dió fin á su razonamiento la lastimada peregrina, y principio á un copioso llanto, que en parte fué consolado por las muchas y buenas razones que mi mujer, ya vuelta en más acuerdo, le dijo. Finalmente, yo salí luego á buscar dónde llevar lo que pariese, á cualquier hora que fuese; y entre las doce y la una de aquella misma noche, cuando toda la gente de casa estaba entregada al sueño, la buena señora parió una niña, la más hermosa que mis ojos hasta

entónces habian visto, que es esta misma que vuesa merced acaba de ver agora. Ni la madre se quejó en el parto, ni la hija nació llorando; en todos habia sosiego y silencio maravilloso, y tal, cual convenia para el secreto de aquel extraño caso. Otros seis dias estuvo en la cama, y en todos ellos venia el médico á visitarla, pero no porque ella le hubiese declarado de qué procedia su mal; y las medicinas que le ordenaba, nunca las puso en ejecucion, porque sólo pretendió engañar á sus criados con la visita del médico. Todo esto me dijo ella misma despues que se vió fuera de peligro, y á los ocho dias se levantó con el mismo bulto, ó con otro que se parecia á aquel con que se habia echado.

»Fué á su romería, y volvió de allí á veinte dias, ya casi sana, porque poco á poco se iba quitando del artificio con que despues de parida se mostraba hidrópica. Cuando volvió estaba ya la niña dada á criar por mi órden, con nombre de mi sobrina, en una aldea dos leguas de aquí; en el bautismo se le puso por nombre Costanza, que así lo dejó ordenado su madre, la cual, contenta de lo que yo habia hecho, al tiempo de despedirse me dió una cadena de oro, que hasta ahora tengo, de la cual quitó seis trozos, los cuales dijo que traeria la persona que por la niña viniese. Tambien cortó un blanco pergamino á vueltas y á ondas, á la traza y manera como cuando se enclavijan las manos y en los dedos se escribe alguna cosa, que estando enclavijados los dedos, se puede leer, y despues de apartadas las manos, queda dividida la razon, porque se dividen las letras, que en volviendo á enclavijar los dedos, se juntan y corresponden de manera, que se pueden leer continuadamente. Digo que el un pergamino sirve de alma del otro, y encajados se

leerán, y divididos no es posible, si no es adivinando; la mitad del pergamino y casi toda la cadena quedó en mi poder, y todo lo tengo, esperando el contraseño hasta ahora, puesto que ella me dijo que dentro de dos años enviaria por su hija, encargándome que la criase, no como quien ella era, sino del modo que se suele criar una labradora. Encargóme tambien que si por algun suceso no le fuese posible enviar tan presto por su hija, que aunque creciese y llegase á tener entendimiento, no la dijese del modo que habia nacido; y que la perdonase el no decirme su nombre ni quién era, que lo guardaba para otra ocasion más importante. En resolucion, dándome otros cuatrocientos escudos de oro y abrazando á mi mujer con tiernas lágrimas, se partió, dejándonos admirados de su discrecion, valor, hermosura y recato. Costanza se crió en el aldea dos años, y luego la truje conmigo, y siempre la he traido en hábito de labradora, como su madre me lo dejó mandado. Quince años, un mes y cuatro dias há que aguardo á quien ha de venir por ella, y la mucha tardanza me ha consumido la esperanza de ver esta venida; y si en este año en que estamos no vienen, tengo determinado de prohijalla y darle toda mi hacienda, que vale más de seis mil ducados, Dios sea bendito.

»Resta ahora, señor Corregidor, decir á vuesa merced, si es posible que yo sepa decirlas, las bondades y las virtudes de Costancica. Ella, lo primero y principal, es devotísima de nuestra Señora, confiesa y comulga cada mes, sabe escrebir y leer, no hay mejor randera en Toledo, canta á la almohadilla como unos ángeles, en ser honesta no hay quien la iguale; pues en lo que toca á ser hermosa, ya vuesa merced lo ha visto. El señor don Pedro, hijo de vuesa merced,

en su vida la ha hablado; bien es verdad que de cuando en cuando le da alguna música, que ella jamas escucha. Muchos señores, y de título, han posado en esta posada, y á posta, por hartarse de verla, han detenido su camino muchos dias; pero yo sé bien que no habrá ninguno que con verdad se pueda alabar que ella le haya dado lugar de decirle una palabra, sola ni acompañada. Esta es, señor, la verdadera historia de la Ilustre Fregona, que no friega, en la cual no he salido de la verdad un punto.»

Calló el huésped, y tardó un gran rato el Corregidor en hablarle : tan suspenso le tenia el suceso que el huésped le habia contado; en fin, le dijo que le trujese allí la cadena y el pergamino, que queria verlo. Fué el huésped por ello, y trayéndoselo, vió que era así como le habia dicho : la cadena era de trozos, curiosamente labrada; en el pergamino estaban escritas, una debajo de otra, en el espacio que habia de henchir el vacío de la otra mitad, estas letras : E, T, E, L, S, N, V, D, D, R. Por las cuales letras vió ser forzoso que se juntasen con las de la mitad del otro pergamino para poder ser entendidas. Tuvo por discreta la señal del conocimiento, y juzgó por muy rica á la señora peregrina, que tal cadena habia dejado al huésped; y teniendo en pensamiento de sacar de aquella posada á la hermosa muchacha cuando hubiese concertado un monasterio donde llevarla, por entónces se contentó de llevar sólo el pergamino, encargando al huésped que si acaso viniesen por Costanza, le avisase y diese noticia de quién era el que por ella venia, ántes que le mostrase la cadena, que dejaba en su poder. Con esto se fué, tan admirado del cuento y suceso de la Ilustre Fregona, como de su incomparable hermosura.

Todo el tiempo que gastó el huésped en estar con el Corregidor, y el que ocupó Costanza cuando la llamaron, estuvo Tomas fuera de sí, combatida el alma de mil varios pensamientos, sin acertar jamas con ninguno de su gusto; pero cuando vió que el Corregidor se iba y que Costanza se quedaba, respiró su espíritu y volviéronle los pulsos, que ya casi desamparado le tenian. No osó preguntar al huésped lo que el Corregidor queria, ni el huésped lo dijo á nadie, sino á su mujer, con que ella tambien volvió en sí, dando gracias á Dios, que de tan grande sobresalto la habia librado.

El dia siguiente, cerca de la una, entraron en la posada, con cuatro hombres de á caballo, dos caballeros ancianos de venerables presencias, habiendo primero preguntado uno de dos mozos que á pié con ellos venian, si era aquella la posada del Sevillano; y habiéndole respondido que sí, se entraron todos en ella. Apeáronse los cuatro, y fueron á apear á los dos ancianos, señal por do se conoció que aquellos dos eran señores de los seis. Salió Costanza con su acostumbrada gentileza á ver los nuevos huéspedes; y apénas la hubo visto uno de los dos ancianos, cuando dijo al otro: «Yo creo, señor don Juan, que hemos hallado todo aquello que veniamos á buscar.» Tomas, que acudió á dar recado á las cabalgaduras, conoció luego á dos criados de su padre, y luego conoció á su padre y al padre de Carriazo, que eran los dos ancianos á quien los demas respetaban; y aunque se admiró de su venida, consideró que debian de ir á buscar á él y á Carriazo á las almadrabas; que no habria faltado quien les hubiese dicho que en ellas, y no en Flándes, los hallarian; pero no se atrevió á dejarse conocer en aquel traje; ántes, aventurándolo todo, puesta la mano en el rostro, pasó

delante dellos, y fué á buscar á Costanza, y quiso la buena suerte que la hallase sola, y apriesa y con lengua turbada, temeroso que ella no le daria lugar para decirle nada, le dijo: «Costanza, uno destos dos caballeros ancianos que aquí han llegado ahora es mi padre, que es aquel que oyeres llamar don Juan de Avendaño; infórmate de sus criados si tiene un hijo que se llama don Tomas de Avendaño, que soy yo, y de aquí podrás ir coligiendo y averiguando que te he dicho verdad en cuanto á la calidad de mi persona y linaje, y que te la diré en cuanto de mi parte te tengo ofrecido; y quédate adios, que hasta que ellos se vayan no pienso volver á esta casa.»

No le respondió nada Costanza, ni él aguardó á que le respondiese, sino volviéndose á salir cubierto, como habia entrado, se fué á dar cuenta á Carriazo de cómo sus padres estaban en la posada. Dió voces el huésped á Tomas que viniese á dar cebada; pero, como no pareció, dióla él mismo. Uno de los dos ancianos llamó aparte á una de las dos mozas gallegas, y preguntóle cómo se llamaba aquella muchacha hermosa que habian visto, y que si era hija ó parienta del huésped ó huéspeda de casa. La gallega le respondió: «La moza se llama Costanza; ni es parienta del huésped ni de la huéspeda, ni sé lo que es; sólo digo que la doy á la mala landre, que no sé qué tiene, que no deja hacer baza á ninguna de las mozas que estamos en esta casa; pues en verdad que tenemos nuestras faiciones como Dios nos las puso. No entra huésped que no pregunte luego quién es la hermosa, y que no diga: «Bonita es, bien parece, á fe que no es mala, mal año para las más pintadas, nunca peor me la depare la fortuna»; y á nosotras no hay quien nos diga: «¿Qué teneis ahí, diablos, ó mujeres, ó lo que sois?»

—Luego esta niña, á esa cuenta, replicó el caballero, debe de dejarse manosear y requebrar de los huéspedes.

—Sí, respondió la gallega; tenedle el pié al herrar; bonita es la niña para eso. Par Dios, señor, si ella se dejara mirar siquiera, manara en oro : es mas áspera que un erizo; es una traga avemarías; labrando está todo el dia y rezando; para el dia que ha de hacer milagros quisiera yo tener un cuento de renta. Mi ama dice que trae un silicio pegado á las carnes; toma qué, mi padre.»

Contentísimo el caballero de lo que habia oido á la gallega, sin esperar á que le quitasen las espuelas, llamó al huésped, y retirándose con él aparte en una sala, le dijo : «Yo, señor huésped, vengo á quitaros una prenda mia, que há algunos años que teneis en vuestro poder; y para quitárosla os traigo mil escudos de oro y estos trozos de cadena y este pergamino.» Diciendo esto, sacó los seis de la señal de la cadena que él tenia; asimismo conoció el pergamino, y alegre sobremanera con el ofrecimiento de los mil escudos, respondió : «Señor, la prenda que quereis quitar está en casa; pero no están en ella la cadena ni el pergamino con que se ha de hacer la prueba de la verdad que yo creo que vuesa merced trata; y así le suplico tenga paciencia, que yo vuelvo luego»; y al momento fué á avisar al Corregidor de lo que pasaba, y de cómo estaban dos caballeros en su posada, que venian por Costanza.

Acababa de comer el Corregidor, y con el deseo que tenia de ver el fin de aquella historia, subió luego á caballo y vino á la posada del Sevillano, llevando consigo el pergamino de la muestra; y apénas hubo visto á los dos caballeros, cuando, abiertos los brazos, fué á abrazar al uno,

diciendo: «¡Válame Dios! ¡qué buena venida es ésta, señor don Juan de Avendaño, primo y señor mio!» El caballero le abrazó asimismo, diciéndole: «Sin duda, señor primo, habrá sido buena mi venida, pues os veo, y con la salud que siempre os deseo; abrazad, primo, á este caballero, que es el señor don Diego de Carriazo, gran señor y amigo mio.

—Ya conozco al señor don Diego, respondió el Corregidor, y le soy muy servidor»; y abrazándose los dos, despues de haberse recebido con grande amor y grandes cortesías, se entraron en una sala, donde se quedaron solos con el huésped, el cual ya tenia consigo la cadena, y dijo: «Ya el señor Corregidor sabe á lo que vuesa merced viene, señor don Diego de Carriazo; vuesa merced saque los trozos que faltan á esta cadena, y el señor Corregidor sacará el pergamino que está en su poder, y hagamos la prueba que há tantos años que espero á que se haga.

—Desa manera, respondió don Diego, no habrá necesidad de dar cuenta de nuevo al señor Corregidor de nuestra venida, pues bien se verá que ha sido á lo que vos, señor huésped, habreis dicho.

—Algo me ha dicho, pero mucho me quedó por saber. El pergamino héle aquí.» Sacó don Diego el otro, y juntando las dos partes, se hicieron una, y á las letras del que tenia el huésped, que, como se ha dicho, eran E, T, E, L, S, N, V, D, D, R, respondian en el otro pergamino éstas: S, A, S, A, E, A, L, E, R, A, E, A, que todas juntas decian: *Esta es la señal verdadera.* Cotejáronse luego los trozos de la cadena, y hallaron ser las señas verdaderas. «Esto está hecho, dijo el Corregidor; resta ahora saber, si es posible, quiénes son los padres desta hermosísima prenda.

—El padre, respondió don Diego, yo lo soy; la madre ya no vive; basta saber que fué tan principal, que pudiera yo ser su criado; y porque, como se encubre su nombre, no se encubra su fama, ni se culpe lo que en ella parece manifiesto error y culpa conocida, se ha de saber que la madre desta prenda, siendo viuda de un gran caballero, se retiró á vivir á una aldea suya, y allí con recato y con honestidad grandísima pasaba con sus criados y vasallos una vida sosegada y quieta. Ordenó la suerte que un dia, yendo yo á caza por el término de su lugar, quise visitarla, y era la hora de siesta cuando llegué á su alcázar, que así se puede llamar su gran casa; dejé el caballo á un criado mio; subí sin topar á nadie hasta el mismo aposento donde ella estaba durmiendo la siesta sobre un estrado negro. Era por extremo hermosa, y el silencio, la soledad, la ocasion, despertaron en mí un deseo más atrevido que honesto, y sin ponerme á hacer discretos discursos, cerré tras mí la puerta, y llegándome á ella, la desperté, y teniéndola asida fuertemente, le dije: «Vuesa merced, señora mia, no grite; que las voces que diere serán pregones de su deshonra. Nadie me ha visto entrar en este aposento; que mi suerte, para que la tenga bonísima en gozaros, ha llovido sueño en todos vuestros criados, y cuando ellos acudan á vuestras voces, no podrán más que quitarme la vida, y esto ha de ser en vuestros mismos brazos, y no por mi muerte dejará de quedar en opinion vuestra fama.» Finalmente, yo la gocé contra su voluntad y á pura fuerza mia; ella, cansada, rendida y turbada, ó no pudo ó no quiso hablarme palabra, y yo, dejándola como atontada y suspensa, me volví á salir por los mismos pasos donde habia entrado, y me vine á la aldea de otro amigo mio, que

estaba dos leguas de la suya. Esta señora se mudó de aquel lugar á otro, y sin que yo jamas la viese, ni lo procurase, se pasaron dos años, al cabo de los cuales supe que era muerta; y podrá haber veinte dias, que con grandes encarecimientos, escribiéndome que era cosa que me importaba en ella el contento y la honra, me envió á llamar un mayordomo desta señora. Fuí á ver lo que me queria; halléle á punto de muerte, y por abreviar razones, en muy breves me dijo cómo al tiempo que murió su señora le dijo todo lo que conmigo le habia sucedido, y cómo habia quedado preñada de aquella fuerza, y que por encubrir el bulto habia venido en romería á Nuestra Señora de Guadalupe, y cómo habia parido en esta casa una niña, que se habia de llamar Costanza. Dióme las señas con que la hallaria, que fueron las que habeis visto, de la cadena y pergamino, y dióme asimismo treinta mil escudos de oro, que su señora dejó para casar á su hija; díjome asimismo que el no habérmelos dado luego como su señora habia muerto, ni declarádome lo que ella encomendó á su confianza y secreto, habia sido por pura codicia y por poderse aprovechar de aquel dinero; pero que ya que estaba á punto de ir á dar cuenta á Dios, por descargo de su conciencia me daba el dinero, y me avisaba adónde y cómo habia de hallar mi hija. Recebí el dinero y las señales, y dando cuenta desto al señor don Juan de Avendaño, nos pusimos en camino desta ciudad.»

A estas razones llegaba don Diego, cuando oyeron que en la puerta de la calle decian á grandes voces : «Díganle á Tomas Pedro, el mozo de la cebada, cómo llevan á su amigo el Asturiano preso; que acuda á la cárcel, que allí le espera.»

A la voz de *cárcel* y de *preso*, dijo el Corregidor que entrase el preso y el alguacil que le llevaba. Dijeron al alguacil que el Corregidor, que estaba allí, le mandaba entrar con el preso, y así lo hubo de hacer.

Venia el Asturiano todos los dientes bañados en sangre y muy mal parado, y muy bien asido del alguacil; y así como entró en la sala conoció á su padre y al de Avendaño. Turbóse, y por no ser conocido, con un paño, como que se limpiaba la sangre, se cubrió el rostro. Preguntó el Corregidor que qué habia hecho aquel mozo, que tan mal parado le llevaban. Respondió el alguacil que aquel mozo era un aguador, que le llamaban el Asturiano, á quien los muchachos por las calles decian : «Daca la cola, Asturiano; daca la cola»; y luego en breves palabras contó la causa por que le pedian la tal cola, de que no riyeron poco todos. Dijo más : que saliendo por la puerta de Alcántara, dándole los muchachos priesa con la demanda de la cola, se habia apeado del asno, y dando tras todos, alcanzó á uno, á quien dejaba medio muerto á palos, y que queriéndole prender, se habia resistido, y que por eso iba tan mal parado.

Mandó el Corregidor que se descubriese el rostro, y porfiando á no querer descubrirse, llegó el alguacil y quitóle el pañuelo, y al punto le conoció su padre, y dijo, todo alterado : «Hijo don Diego, ¿cómo estás desta manera? ¿Qué traje es éste? ¿Aun no se te han olvidado tus picardías?» Hincó las rodillas Carriazo y fuése á poner á los piés de su padre, que con lágrimas en los ojos le tuvo abrazado un buen espacio. Don Juan de Avendaño, como sabia que don Diego habia venido con don Tomas, su hijo, preguntóle por él; á lo cual respondió que don Tomas de Avendaño era el

mozo que daba cebada y paja en aquella posada. Con esto que el Asturiano dijo, se acabó de apoderar la admiracion en todos los presentes, y mandó el Corregidor al huésped que trujese allí al mozo de la cebada. «Yo creo que no está en casa, respondió el huésped, pero yo le buscaré»; y así fué á buscalle. Preguntó don Diego á Carriazo que qué transformaciones eran aquellas, y qué les habia movido á ser él aguador, y don Tomas mozo de meson. A lo cual respondió Carriazo que no podia satisfacer á aquellas preguntas tan en público; que él responderia á solas.

Estaba Tomas Pedro escondido en su aposento, para ver desde allí, sin ser visto, lo que hacian su padre y el de Carriazo; teníale suspenso la venida del Corregidor y el alboroto que en toda la casa andaba. No faltó quien le dijese al huésped cómo estaba allí escondido; subió por él, y más por fuerza que por grado le hizo bajar; y áun no bajara, si el mismo Corregidor no saliera al patio y le llamara por su nombre, diciendo: «Baje vuesa merced, señor pariente; que aquí no le aguardan osos ni leones.» Bajó Tomas, y con los ojos bajos y sumision grande se hincó de rodillas ante su padre, el cual le abrazó con grandísimo contento, á fuer del que tuvo el padre del hijo pródigo cuando le cobró de perdido.

Ya en esto habia venido un coche del Corregidor para volver en él, pues la gran fiesta no permitia volver á caballo. Hizo llamar á Costanza, y tomándola de la mano, se la presentó á su padre, diciendo: «Recebid, señor don Diego, esta prenda, y estimadla por la más rica que acertáredes á desear. Y vos, hermosa doncella, besad la mano á vuestro padre, y dad gracias á Dios, que con tan honrado suceso

ha enmendado, subido y mejorado la bajeza de vuestro estado.» Costanza, que no sabia ni imaginaba lo que le habia acontecido, toda turbada y temblando, no supo hacer otra cosa que hincarse de rodillas ante su padre, y tomándole las manos, se las comenzó á besar tiernamente, bañándoselas con infinitas lágrimas, que por sus hermosísimos ojos derramaba.

En tanto que esto pasaba, habia persuadido el Corregidor á su primo don Juan que se viniesen todos con él á su casa, y aunque don Juan lo rehusaba, fueron tantas las persuasiones del Corregidor, que lo hubo de conceder; y así entraron en el coche todos. Pero cuando dijo el Corregidor á Costanza que entrase tambien en el coche, se le anubló el corazon, y ella y la huéspeda se asieron una á otra, y comenzaron á hacer tan amargo llanto, que quebraba los corazones de cuantos le escuchaban. Decia la huéspeda: «¿Cómo es esto, hija de mi corazon, que te vas y me dejas? ¿Cómo tienes ánimo de dejar á esta madre, que con tanto amor te ha criado?» Costanza lloraba, y la respondia con no ménos tiernas palabras. Pero el Corregidor, enternecido, mandó que asimismo la huéspeda entrase en el coche, y que no se apartase de su hija, pues por tal la tenia, hasta que saliese de Toledo.

Así la huéspeda y todos entraron en el coche, y fueron á casa del Corregidor, donde fueron bien recebidos de su mujer, que era una principal señora. Comieron regalada y suntuosamente, y despues de comer, contó Carriazo á su padre cómo, por amores de Costanza, don Tomas se habia puesto á servir en el meson, y que estaba enamorado de tal manera della, que sin que le hubiera descubierto ser tan

principal como era, siendo su hija, la tomara por mujer en el estado de fregona. Vistió luego la mujer del Corregidor á Costanza con unos vestidos de una hija que tenia de la misma edad y cuerpo de Costanza; y si parecia hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecia cosa del cielo; tan bien la cuadraban, que daba á entender que desde que nació habia sido señora y usado los mejores trajes que el uso trae consigo.

Pero entre tantos alegres, no pudo faltar un triste, que fué don Pedro, el hijo del Corregidor, que luego se imaginó que Costanza no habia de ser suya, y así fué la verdad; porque entre el Corregidor y don Diego de Carriazo y don Juan de Avendaño se concertaron en que don Tomas se casase con Costanza, dándole su padre los treinta mil escudos que su madre le habia dejado, y el aguador don Diego de Carriazo casase con la hija del Corregidor, y don Pedro, el hijo del Corregidor, con una hija de don Juan de Avendaño; que su padre se ofrecia á traer dispensacion del parentesco.

Desta manera quedaron todos contentos, alegres y satisfechos; y la nueva de los casamientos y de la ventura de la Fregona Ilustre se extendió por la ciudad, y acudia infinita gente á ver á Costanza en el nuevo hábito, en el cual tan señora se mostraba como se ha dicho. Vieron al mozo de la cebada Tomas Pedro vuelto en don Tomas de Avendaño y vestido como señor; notaron que Lope Asturiano era muy gentil hombre despues que habia mudado vestidos y dejado el asno y las aguaderas; pero con todo eso, no faltaba quien en el medio de su pompa, cuando iba por la calle, no le pidiese la cola.

Un mes estuvieron en Toledo, al cabo del cual se volvie-

ron á Búrgos don Diego de Carriazo y su mujer, su padre y Costanza con su marido don Tomas, y el hijo del Corregidor, que quiso ir á ver á su parienta y esposa. Quedó el Sevillano rico con los mil escudos y con muchas joyas que Costanza dió á su señora, que siempre con este nombre llamaba á la que la habia criado. Dió ocasion la historia de la Fregona Ilustre á que los poetas del dorado Tajo ejercitasen sus plumas en solenizar y en alabar la sin par hermosura de Costanza, la cual áun vive en compañía de su buen mozo de meson, y Carriazo ni más ni ménos, con tres hijos, que sin tomar el estilo del padre ni acordarse si hay almadrabas en el mundo, hoy están todos estudiando en Salamanca; y su padre apénas ve algun asno de aguador, cuando se le representa y viene á la memoria el que tuvo en Toledo, y teme que cuando ménos se cate, ha de remanecer en alguna sátira el «daca la cola, Asturiano; Asturiano, daca la cola».

FIN DE LA ILUSTRE FREGONA.

LAS DOS DONCELLAS.

Cinco leguas de la ciudad de Sevilla está un lugar que se llama Castilblanco, y en uno de muchos mesones que tiene, á la hora que anochecia entró un caminante sobre un hermoso cuartago extranjero; no traia criado alguno, y sin esperar que le tuviesen el estribo, se arrojó de la silla con gran ligereza. Acudió luego el huésped, que era hombre diligente y de recato, mas no fué tan presto, que no estuviese ya el caminante sentado en un poyo que en el portal habia, desabrochándose muy apriesa los botones del pecho, y luego dejó caer los brazos á una y á otra parte, dando manifiesto indicio de desmayarse. La huéspeda, que era caritativa, se llegó á él, y rociándole con agua el rostro, le hizo volver en su acuerdo; y él, dando muestras que le habia pesado de que así le hubiesen visto, se volvió á abrochar, pidiendo que le diesen luego un aposento donde se recogiese, y que si fuese posible, fuese solo. Díjole la huéspeda que no habia más de uno en toda la casa, y que tenia dos camas, y que era forzoso, si algun huésped acudiese, acomodarle en la una; á lo cual respondió el caminante que él pagaria los dos lechos, viniese ó no huésped alguno; y sacando un escudo de

oro, se le dió á la huéspeda, con condicion que á nadie diese el lecho vacío.

No se descontentó la huéspeda de la paga, ántes se ofreció de hacer lo que le pedia, aunque el mismo dean de Sevilla llegase aquella noche á su casa. Preguntóle si queria cenar, y respondió que no, mas que sólo queria que se tuviese gran cuidado con su cuartago. Pidió la llave del aposento, y llevando consigo unas bolsas grandes de cuero, se entró en él, y cerró tras sí la puerta con llave, y áun, á lo que despues pareció, arrimó á ella dos sillas.

Apénas se hubo encerrado, cuando se juntaron á consejo el huésped y la huéspeda, y el mozo que daba la cebada, y otros dos vecinos que acaso allí se hallaron, y todos trataron de la grande hermosura y gallarda disposicion del nuevo huésped, concluyendo que jamas tal belleza habian visto. Tanteáronle la edad, y se resolvieron que tendria de diez y seis á diez y siete años; fueron y vinieron, y dieron y tomaron, como suele decirse, sobre qué podia haber sido la causa del desmayo que le dió; pero, como no la alcanzaron, quedáronse con la admiracion de su gentileza. Fuéronse los vecinos á sus casas, y el huésped á pensar el cuartago, y la huéspeda á aderezar algo de cenar, por si otros huéspedes viniesen. Y no tardó mucho, cuando entró otro de poca más edad que el primero y no de ménos gallardía, y apénas le hubo oido la huéspeda, cuando dijo: «¡Válame Dios, y qué es esto! ¿vienen por ventura esta noche á posar ángeles á mi casa?

—¿Por qué dice eso la señora huéspeda? dijo el caballero.

—No lo digo por nada, señor, respondió la mesonera; sólo digo que vuesa merced no se apee, porque no tengo

cama que darle; que dos que tenia las ha tomado un caballero que está en aquel aposento, y me las ha pagado entrambas, aunque no habia menester más de la una sola, porque nadie le éntre en el aposento, y es que debe de gustar de la soledad; y en Dios y en mi ánima que no sé yo por qué, que no tiene él cara ni disposicion para esconderse, sino para que todo el mundo le vea y le bendiga.

—¿Tan lindo es, señora huéspeda? replicó el caballero.

—Y ¡cómo si es lindo! dijo ella, y áun más que relindo.

—Ten aquí, mozo, dijo á esta sazon el caballero; que aunque duerma en el suelo, tengo de ver hombre tan alabado»; y dando el estribo á un mozo de mulas que con él venia, se apeó, y hizo que le diesen luego de cenar, y así fué hecho. Y estando cenando, entró un alguacil del pueblo (como de ordinario en los pequeños lugares se usa), y sentóse á conversacion con el caballero en tanto que cenaba, y no dejó, entre razon y razon, de echar abajo tres cubiletes de vino, y de roer una pechuga y una cadera de perdiz que le dió el caballero, y todo se lo pagó el alguacil con preguntarle nuevas de la córte y de las guerras de Flándes y bajada del turco, no olvidándose de los sucesos del transilvano, que nuestro Señor guarde. El caballero cenaba y callaba, porque no venia de parte que le pudiese satisfacer á sus preguntas.

Ya en esto habia acabado el mesonero de dar recado al cuartago, y sentóse á hacer tercio en la conversacion y á probar de su mismo vino no ménos tragos que el alguacil, y á cada trago que envasaba, volvia y derribaba la cabeza sobre el hombro izquierdo, y alababa el vino, que le ponia en las nubes, aunque no se atrevia á dejarle mucho en ellas, porque no se aguase. De lance en lance volvieron á las ala-

banzas del huésped encerrado, y contaron de su desmayo y encerramiento, y de que no habia querido cenar cosa alguna; ponderaron el aparato de las bolsas y la bondad del cuartago y del vestido vistoso que de camino traia; todo lo cual requeria no venir sin mozo que le sirviese.

Todas estas exageraciones pusieron nuevo deseo de verle, y rogó al mesonero hiciese de modo cómo él entrase á dormir en la otra cama, y le daria un escudo de oro; y puesto que la codicia del dinero acabó con la voluntad del mesonero de dársela, halló ser imposible, á causa que estaba cerrado por de dentro, y no se atrevia á despertar al que dentro dormia y que tambien tenia pagados los dos lechos. Todo lo cual facilitó el alguacil, diciendo: «Lo que se podrá hacer es que yo llamaré á la puerta, diciendo que soy la justicia, que por mandado del señor Alcalde traigo á aposentar á este caballero á este meson, y que no habiendo otra cama, se le manda dar aquella; á lo cual ha de replicar el huésped que se le hace agravio, porque ya está alquilada, y no es razon quitarla al que la tiene; con esto quedará el mesonero disculpado, y vuesa merced conseguirá su intento.»

A todos les pareció bien la traza del alguacil, y por ella le dió el deseoso cuatro reales. Púsose luego por obra; y en resolucion, mostrando gran sentimiento, el primer huésped abrió á la justicia, y el segundo, pidiéndole perdon del agravio que al parecer se le habia hecho, se fué á acostar en el lecho desocupado; pero ni el otro le respondió palabra, ni ménos se dejó ver el rostro, porque apénas hubo abierto, cuando se fué á su cama, y vuelta la cara á la pared, por no responder hizo que dormia. El otro se acostó, esperando cumplir por la mañana su deseo, cuando se levantasen.

Eran las noches de las perezosas y largas de Diciembre, y el frio y el cansancio del camino forzaban á procurar pasarlas con reposo; pero, como no le tenia el huésped primero, á poco más de la media noche comenzó á suspirar tan amargamente, que con cada suspiro parecia despedírsele el alma; y fué de tal manera, que aunque el segundo dormia, hubo de despertar al lastimoso són del que se quejaba; y admirado de los sollozos con que acompañaba los suspiros, atentamente se puso á escuchar lo que al parecer entre sí murmuraba. Estaba la sala escura y las camas bien desviadas; pero no por esto dejó de oir, entre otras razones, éstas, que con voz debilitada y flaca el lastimado huésped primero decia:

«¡Ay sin ventura! ¿á dónde me lleva la fuerza incontrastable de mis hados? ¿Qué camino es el mio, ó qué salida espero tener del intricado laberinto donde me hallo? ¡Ay pocos y mal experimentados años, incapaces de toda buena consideracion y consejo! ¿Qué fin ha de tener esta no sabida peregrinacion mia? ¡Ay honra menospreciada, ay amor mal agradecido, ay respetos de honrados padres y parientes atropellados, y ay de mí una y mil veces, que tan á rienda suelta me dejé llevar de mis deseos! ¡Oh palabras fingidas, que tan de véras me obligastes á que con obras os respondiese! Pero ¿de quién me quejo, cuitada? ¿Yo no soy la que quise engañarme? ¿No soy yo la que tomó el cuchillo en sus mismas manos, con que corté y eché por tierra mi crédito, con el que de mi valor tenian mis ancianos padres? ¡Oh fementido Marco Antonio! ¿Cómo es posible que en las dulces palabras que me decias, viniese mezclada la hiel de tus descortesías y desdenes? ¿Adónde estás, ingrato? ¿adónde te

fuiste, desconocido? Respóndeme, que te hablo; espérame, que te sigo; susténtame, que descaezco; págame lo que me debes; socórreme, pues por tantas vias te tengo obligado.»

Calló en diciendo esto, dando muestra en los ayes y suspiros que no dejaban los ojos de derramar tiernas lágrimas. Todo lo cual con sosegado silencio estuvo escuchando el segundo huésped, coligiendo, por las razones que habia oido, que sin duda alguna era mujer la que se quejaba; cosa que le avivó más el deseo de conocella, y estuvo muchas veces determinado de irse á la cama de la que creia ser mujer; y hubiéralo hecho, si en aquella sazon no le sintiera levantar, y abriendo la puerta de la sala, dió voces al huésped de casa que le ensillase el cuartago, porque queria partirse. A lo cual, al cabo de un buen rato que el mesonero se dejó llamar, le respondió que se sosegase, porque áun no era pasada la media noche, y que la escuridad era tanta, que seria temeridad ponerse en camino.

Quietóse con esto, y volviendo á cerrar la puerta, se arrojó en la cama de golpe, dando un recio suspiro. Parecióle al que escuchaba que seria bien hablarle, y ofrecerle para su remedio lo que de su parte podia, por obligarle con esto á que se descubriese y su lastimera historia le contase; y así le dijo: «Por cierto, señor gentilhombre, que si los suspiros que habeis dado y las palabras que habeis dicho no me hubieran movido á condolerme del mal de que os quejais, entendiera que carecia de natural sentimiento, ó que mi alma era de piedra y mi pecho de bronce duro; y si esta compasion que os tengo, y el presupuesto que en mí ha nacido de poner mi vida por vuestro remedio (si es que vuestro mal le tiene) merece alguna cortesía, en recompensa rué-

goos que la useis conmigo, declarándome, sin encubrirme cosa, la causa de vuestro dolor.

—Si él no me hubiera sacado de sentido, respondió el que se quejaba, bien debiera yo de acordarme que no estaba sola en este aposento, y así hubiera puesto más freno á mi lengua y más tregua á mis suspiros; pero en pago de haberme faltado la memoria en parte donde tanto me importaba tenerla, quiero hacer lo que me pedis, porque renovando la amarga historia de mis desgracias, podria ser que el nuevo sentimiento me acabase. Mas si quereis que haga lo que me pedis, habeisme de prometer por la fe que me habeis mostrado en el ofrecimiento que me habeis hecho, y por quien vos sois (que á lo que en vuestras palabras mostrais, prometeis mucho), que por cosas que de mí oigais en lo que os dijere, no os habeis de mover de vuestro lecho ni venir al mio, ni preguntarme más de aquello que yo quisiere deciros; porque, si al contrario desto hiciéredes, en el punto que os sienta mover, con una espada que á la cabecera tengo me pasaré el pecho.» El otro, que mil imposibles prometiera por saber lo que tanto deseaba, le respondió que no saldria un punto de lo que le habia pedido, afirmándoselo con mil juramentos.

«Con ese seguro, pues, dijo el primero, yo haré lo que hasta agora no he hecho, que es dar cuenta de mi vida á nadie; y así escuchad.

»Habeis de saber, señor, que yo, que en esta posada entré, como sin duda os habrán dicho, en traje de varon, soy una desdichada doncella, á lo ménos una que lo fué no há ocho dias, y lo dejó de ser por inadvertida y loca, y por creerse de palabras compuestas y afeitadas de fementidos hombres.

Mi nombre es Teodosia, mi patria un principal lugar desta Andalucía, cuyo nombre callo (porque no os importa á vos tanto el saberlo como á mí el encubrirle); mis padres son nobles y más que medianamente ricos, los cuales tuvieron un hijo y una hija, él para descanso y honra suya, y ella para todo lo contrario. A él enviaron á estudiar á Salamanca; á mí me tenian en su casa, adonde me criaban con el recogimiento y recato que su virtud y nobleza pedian, y yo sin pesadumbre alguna siempre les fuí obediente, ajustando mi voluntad á la suya, sin discrepar un solo punto, hasta que mi suerte menguada, ó mi mucha demasía, me ofreció á los ojos un hijo de un vecino nuestro, más rico que mis padres y tan noble como ellos. La primera vez que le miré no sentí otra cosa que fuese más de una complacencia de haberle visto; y no fué mucho, porque su gala, gentileza, rostro y costumbres eran de los alabados y estimados del pueblo, con su rara discrecion y cortesía; pero ¿de qué me sirve alabar á mi enemigo, ni ir alargando con razones el suceso tan desgraciado mio, ó por mejor decir, el principio de mi locura? Digo, en fin, que él me vió una y muchas veces desde una ventana que frontero de otra mia estaba; desde allí, á lo que me pareció, me envió el alma por los ojos, y los mios con otra manera de contento que el primero gustaron de miralle, y áun me forzaron á que creyese que eran puras verdades cuanto en sus ademanes y en su rostro leia. Fué la vista la intercesora y medianera de la habla, la habla de declarar su deseo, su deseo de encender el mio y de dar fe al suyo. Llegóse á todo esto las promesas, los juramentos, las lágrimas, los suspiros, y todo aquello que á mi parecer puede hacer un firme amador para dar á entender la entereza de su vo-

luntad y la firmeza de su pecho, y en mí, desdichada (que jamas en semejantes ocasiones y trances me habia visto), cada palabra era un tiro de artillería, que derribaba parte de la fortaleza de mi honra; cada lágrima era un fuego, en que se abrasaba mi honestidad; cada suspiro un furioso viento, que el incendio aumentaba de tal suerte, que acabó de consumir la virtud que hasta entónces áun no habia sido tocada; y finalmente, con la promesa de ser mi esposo, á pesar de sus padres (que para otra le guardaban), dí con todo mi recogimiento en tierra, y sin saber cómo, me entregué en su poder á hurto de mis padres, sin tener otro testigo de mi desatino, que un paje de Marco Antonio (que éste es el nombre del inquietador de mi sosiego); y apénas hubo tomado de mí la posesion que quiso, cuando de allí á dos dias desapareció del pueblo, sin que sus padres ni otra persona alguna supiesen decir ni imaginar dónde habia ido.

»Cuál yo quedé, dígalo quien tuviere poder para decirlo; que yo no sé ni supe más de sentillo: castigué mis cabellos, como si ellos tuvieran la culpa de mi yerro; martiricé mi rostro, por parecerme que él habia dado toda la ocasion á mi desventura; maldije mi suerte, acusé mi presta determinacion, derramé muchas é infinitas lágrimas, vime casi ahogada entre ellas y entre los suspiros que de mi lastimado pecho salian. Quejéme en silencio al cielo, discurrí con la imaginacion, por ver si descubria algun camino ó senda á mi remedio, y la que hallé fué vestirme en hábito de hombre y ausentarme de la casa de mis padres, y irme á buscar á este segundo engañador Enéas, á este cruel y fementido Vireno, á este defraudador de mis buenos pensamientos y legítimas y bien fundadas esperanzas; y así, sin ahondar

mucho en mis discursos, ofreciéndome la ocasion un vestido de camino de mi hermano y un cuartago de mi padre, que yo ensillé, una noche escurísima salí de casa con intencion de ir á Salamanca, donde, segun despues se dijo, creian que Marco Antonio podia haber venido; porque tambien es estudiante, y camarada del hermano mio que os he dicho. No dejé asimismo de sacar cantidad de dineros en oro para todo aquello que en mi impensado viaje pueda sucederme; y lo que más me fatiga es, que mis padres me han de seguir y hallar por las señas del vestido y del cuartago que traigo; y cuando esto no tema, temo á mi hermano, que está en Salamanca, del cual si soy conocida, ya se puede entender el peligro en que está puesta mi vida; porque, aunque él escuche mis disculpas, el menor punto de su honor pasa á cuantas yo pudiere darle. Con todo esto, mi principal determinacion es, aunque pierda la vida, buscar al desalmado de mi esposo, que no puede negar el serlo sin que le desmientan las prendas que dejó en mi poder, que son una sortija de diamantes con unas cifras que dicen: *Es Marco Antonio esposo de Teodosia.* Si le hallo, sabré dél qué halló en mí, que tan presto le movió á dejarme; y en resolucion, haré que me cumpla la palabra y fe prometida, ó le quitaré la vida, mostrándome tan presta á la venganza como fuí fácil al dejar agraviarme; porque la nobleza de la sangre que mis padres me han dado va despertando en mí bríos que me prometen, ó ya remedio, ó ya venganza de mi agravio. Esta es, señor caballero, la verdadera y desdichada historia que deseábades saber, la cual será bastante disculpa de los suspiros y palabras que os despertaron; lo que os ruego y suplico es, que ya que no podais darme re-

medio, á lo ménos me deis consejo, con que pueda huir los peligros que me contrastan, y templar el temor que tengo de ser hallada, y facilitar los modos que he de usar para conseguir lo que tanto deseo y he menester.»

Un gran espacio de tiempo estuvo sin responder palabra el que habia estado escuchando la historia de la enamorada Teodosia, y tanto, que ella pensó que estaba dormido y que ninguna cosa le habia oido, y para certificarse de lo que sospechaba, le dijo : «¿Dormis, señor? Y no seria malo que durmiésedes, porque el apasionado que cuenta sus desdichas á quien no las siente, bien es que causen en quien las escucha más sueño que lástima.

—No duermo, respondió el caballero; ántes estoy tan despierto y siento tanto vuestra desventura, que no sé si diga que en el mismo grado me aprieta y duele que á vos misma ; y por esta causa, el consejo que me pedis, no sólo ha de parar en aconsejaros, sino en ayudaros con todo aquello que mis fuerzas alcanzaren ; que puesto que en el modo que habeis tenido en contarme vuestro suceso se ha mostrado el raro entendimiento de que sois dotada, y que conforme á esto, os debió de engañar más vuestra voluntad rendida que las persuasiones de Marco Antonio, todavía quiero tomar por disculpa de vuestro yerro vuestros pocos años, en los cuales no cabe tener experiencia de los muchos engaños de los hombres. Sosegad, señora, y dormid, si podeis, lo poco que debe de quedar de la noche; que en viniendo el dia nos aconsejarémos los dos, y verémos qué salida se podrá dar á vuestro remedio.»

Agradecióselo Teodosia lo mejor que supo, y procuró reposar un rato, por dar lugar á que el caballero durmiese,

el cual no fué posible sosegar un punto, ántes comenzó á volcarse por la cama y á suspirar de manera, que le fué forzoso á Teodosia preguntarle qué era lo que sentia; que si era alguna pasion á quien ella pudiese remediar, lo haria con la voluntad misma que él á ella se le habia ofrecido. A esto respondió el caballero: «Puesto que sois vos, señora, la que causa el desasosiego que en mí habeis sentido, no sois vos la que podais remedialle; que á serlo, no tuviera yo pena alguna.»

No pudo entender Teodosia adónde se encaminaban aquellas confusas razones; pero todavía sospechó que alguna pasion amorosa le fatigaba, y áun pensó ser ella la causa; y era de sospechar y de pensar, pues la comodidad del aposento, la soledad y la escuridad, y el saber que era mujer, no fuera mucho haber despertado en él algun mal pensamiento; y temerosa desto, se vistió con grande priesa y con mucho silencio, y se ciñó su espada y daga, y de aquella manera, sentada sobre la cama, estuvo esperando el dia, que de allí á poco espacio dió señal de su venida con la luz que entraba por los muchos lugares y entradas que tienen los aposentos de los mesones y ventas. Y lo mismo que Teodosia, habia hecho el caballero; y apénas vió estrellado el aposento con la luz del dia, cuando se levantó de la cama, diciendo: «Levantaos, señora Teodosia; que yo quiero acompañaros en esta jornada, y no dejaros de mi lado hasta que como legítimo esposo tengais en el vuestro á Marco Antonio, ó que él ó yo perdamos las vidas; y aquí vereis la obligacion y voluntad en que me ha puesto vuestra desgracia»; y diciendo esto, abrió las ventanas y puertas del aposento.

Estaba Teodosia deseando ver la claridad, para ver con la luz qué talle y parecer tenia aquel con quien habia estado hablando toda la noche; mas cuando le miró y le conoció, quisiera que jamas hubiera amanecido, sino que allí en perpétua noche se le hubieran cerrado los ojos; porque apénas hubo el caballero vuelto los ojos á mirarla (que tambien deseaba verla), cuando ella conoció que era su hermano, de quien tanto se temia; á cuya vista casi perdió la de sus ojos, y quedó suspensa y muda, y sin color en el rostro; pero sacando del temor esfuerzo y del peligro discrecion, echando mano á la daga, la tomó por la punta, y se fué á hincar de rodillas delante de su hermano, diciendo con voz turbada y temerosa: «Toma, señor y querido hermano mio, y haz con este hierro el castigo del que he cometido, satisfaciendo tu enojo; que para tan grande culpa como la mia no es bien que ninguna misericordia me valga. Yo confieso mi pecado, y no quiero que me sirva de disculpa mi arrepentimiento; sólo te suplico que la pena sea de suerte, que se extienda á quitarme la vida, y no la honra, que puesto que yo la he puesto en manifiesto peligro, ausentándome de casa de mis padres, todavía quedará en opinion si el castigo que me dieres fuere secreto.»

Mirábala su hermano, y aunque la soltura de su atrevimiento le incitaba á la venganza, las palabras tan tiernas y tan eficaces con que manifestaba su culpa le ablandaron de tal suerte las entrañas, que con rostro agradable y semblante pacífico la levantó del suelo, y la consoló lo mejor que pudo y supo, diciéndole, entre otras razones, que por no hallar castigo igual á su locura, le suspendia por entónces; y así por esto, como por parecerle que áun no habia

cerrado la fortuna de todo en todo las puertas á su remedio, queria ántes procurársele por todas las vias posibles, que no tomar venganza del agravio que de su mucha liviandad en él redundaba. Con estas razones volvió Teodosia á cobrar los perdidos espíritus, tornó la color á su rostro y revivieron sus casi muertas esperanzas. No quiso más don Rafael (que así se llamaba su hermano) tratarle de su suceso; sólo le dijo que mudase el nombre de Teodosia en Teodoro, y que diesen luego la vuelta á Salamanca los dos juntos, á buscar á Marco Antonio, puesto que él imaginaba que no estaba en ella, porque siendo su camarada, le hubiera hablado, aunque podia ser que el agravio que le habia hecho le enmudeciese y le quitase la gana de verle. Remitióse el nuevo Teodoro á lo que su hermano quiso. Entró en esto el huésped, al cual ordenaron que les diese algo de almorzar, porque querian partirse luego.

Entre tanto que el mozo de mulas ensillaba, y el almuerzo venia, entró en el meson un hidalgo, que venia de camino, que de don Rafael fué conocido luego. Conocíale tambien Teodoro, y no osó salir del aposento por no ser visto. Abrazáronse los dos, y preguntó don Rafael al recienvenido qué nuevas habia en su lugar. A lo cual respondió que él venia del Puerto de Santa María, adonde dejaba cuatro galeras de partida para Nápoles, y que en ellas habia visto embarcado á Marco Antonio Adorno, el hijo de don Leonardo Adorno; con las cuales nuevas se holgó don Rafael, pareciéndole que pues tan sin pensar habia sabido nuevas de lo que tanto le importaba, era señal que tendria buen fin su suceso. Rogóle á su amigo que trocase con el cuartago de su padre (que él muy bien conocia) la mula

que él traia, no diciéndole que venia, sino que iba á Salamanca, y que no queria llevar tan buen cuartago en tan largo camino. El otro, que era comedido y amigo suyo, se contentó del trueco, y se encargó de dar el cuartago á su padre. Almorzaron juntos, y Teodoro solo, y llegado el punto de partirse, el amigo tomó el camino de Cazalla, donde tenia una rica heredad. No partió don Rafael con él, que por hurtarle el cuerpo le dijo que le convenia volver aquel dia á Sevilla; y así como le vió ido, estando en órden las cabalgaduras, hecha la cuenta y pagado al huésped, diciendo adios, se salieron de la posada, dejando admirados á cuantos en ella quedaban de su hermosura y gentil disposicion; que no tenia para hombre menor gracia, brío y compostura don Rafael, que su hermana belleza y donaire.

Luego en saliendo, contó don Rafael á su hermana las nuevas que de Marco Antonio le habian dado, y que le parecia que con la diligencia posible caminasen la vuelta de Barcelona, donde de ordinario suelen parar algun dia las galeras que pasan á Italia ó vienen á España, y que si no hubiesen llegado, podian esperarlas, y allí sin duda hallarian á Marco Antonio. Su hermana le dijo que hiciese todo aquello que mejor le pareciese, porque ella no tenia más voluntad que la suya. Dijo don Rafael al mozo de mulas que consigo llevaba, que tuviese paciencia, porque le convenia pasar á Barcelona, asegurándole la paga á todo su contento del tiempo que con él anduviese. El mozo, que era de los alegres del oficio, y que conocia que don Rafael era liberal, respondió que hasta el cabo del mundo le acompañaria y serviria. Preguntó don Rafael á su hermana qué dineros llevaba. Respondió que no los tenia contados, y que no sabia

más de que en el escritorio de su padre habia metido la mano siete ú ocho veces, y sacádola llena de escudos de oro, y segun aquello, imaginó don Rafael que podia llevar hasta quinientos escudos, que con otros docientos que él tenia, y una cadena de oro que llevaba, le pareció no ir muy desacomodado, y más persuadiéndose que habia de hallar en Barcelona á Marco Antonio.

Con esto se dieron priesa á caminar, sin perder jornada; y sin acaecerles desman ó impedimento alguno, llegaron á dos leguas de un lugar que está nueve de Barcelona, que se llama Igualada. Habian sabido en el camino cómo un caballero, que pasaba por embajador á Roma, estaba en Barcelona esperando las galeras, que áun no habian llegado; nueva que les dió mucho contento. Con este gusto caminaron hasta entrar en un bosquecillo que en el camino estaba, del cual vieron salir un hombre corriendo y mirando atras como espantado. Púsosele don Rafael delante, diciéndole: «¿Por qué huis, buen hombre, ó qué caso os ha acontecido, que con muestras de tanto miedo os hace parecer tan ligero?

—¿No quereis que corra apriesa y con miedo, respondió el hombre, si por milagro me he escapado de una compañía de bandoleros que queda en ese bosque?

—Malo, dijo el mozo de mulas, malo, vive Dios; ¿bandoleritos á estas horas? Para mi santiguada, que ellos nos pongan como nuevos.

—No os congojeis, hermano, replicó el del bosque, que ya los bandoleros se han ido, y han dejado atados á los árboles deste bosque más de treinta pasajeros, dejándolos en camisa; á solo un hombre dejaron libre para que desatase á

los demas despues que ellos hubiesen traspuesto una montañuela que le dieron por señal.

—Si eso es, dijo Calvete (que así se llamaba el mozo de mulas), seguros podemos pasar, á causa que al lugar donde los bandoleros hacen el salto no vuelven por algunos dias, y puedo asegurar esto como aquel que ha dado dos veces en sus manos, y sabe de molde su usanza y costumbres.

—Así es, dijo el hombre»; lo cual oido por don Rafael, determinó pasar adelante; y no anduvieron mucho, cuando dieron con los atados, que pasaban de cuarenta, que los estaba desatando el que dejaron suelto. Era extraño espectáculo el verlos: unos desnudos del todo, otros vestidos con los vestidos astrosos de los bandoleros; unos llorando de verse robados, otros riendo de ver los extraños trajes de los otros; este contaba por menudo lo que le llevaban, aquel decia que le pesaba más de una caja de *agnus* que de Roma traia, que de otras infinitas cosas que llevaban. En fin, todo cuanto allí pasaba eran llantos y gemidos de los miserables despojados. Todo lo cual miraban, no sin mucho dolor, los dos hermanos, dando gracias al cielo, que de tan grande y tan cercano peligro los habia librado.

Pero lo que más compasion les puso, especialmente á Teodoro, fué ver al tronco de una encina atado, un muchacho de edad, al parecer, de diez y seis años, con sola la camisa y unos calzones de lienzo; pero tan hermoso de rostro, que forzaba y movia á todos que le mirasen. Apeóse Teodoro á desatarle, y él le agradeció con muy corteses razones el beneficio; y por hacérsele mayor, pidió á Calvete, el mozo de mulas, le prestase su capa hasta que en el primer lugar comprasen otra para aquel gentil mancebo. Dióla Cal-

vete, y Teodoro cubrió con ella al mozo, preguntándole de dónde era, de dónde venia y adónde caminaba. A todo esto estaba presente don Rafael, y el mozo respondió que era del Andalucía, y de un lugar, que en nombrándole, vieron que no distaba del suyo sino dos leguas. Dijo que venia de Sevilla, y que su designio era pasar á Italia á probar ventura en el ejercicio de las armas, como otros muchos españoles acostumbraban; pero que la suerte suya habia salido azar con el mal encuentro de los bandoleros, que le llevaban una buena cantidad de dineros, y tales vestidos, que no se compraran tan buenos con trecientos escudos; pero que con todo eso, pensaba proseguir su camino, porque no venia de casta que se le habia de helar al primer mal suceso el calor de su fervoroso deseo.

Las buenas razones del mozo (junto con haber oido que era tan cerca de su lugar, y más con la carta de recomendacion que en su hermosura traia) pusieron voluntad en los dos hermanos de favorecerle en cuanto pudiesen; y repartiendo entre los que más necesidad, á su parecer, tenian, algunos dineros, especialmente entre frailes y clérigos, que habia más de ocho, hicieron que subiese el mancebo en la mula de Calvete, y sin detenerse más, en poco espacio se pusieron en Igualada, donde supieron que las galeras el dia ántes habian llegado á Barcelona, y que de allí á dos dias se partirian, si ántes no les forzaba la poca seguridad de la playa. Estas nuevas hicieron que la mañana siguiente madrugasen ántes que el sol, puesto que aquella noche no la durmieron toda, sino con más sobresalto de los dos hermanos que ellos se pensaron, causado de que estando á la mesa, y con ellos el mancebo que habian desatado, Teodoro puso

ahincadamente los ojos en su rostro, y mirándole algo curiosamente, le pareció que tenia las orejas horadadas, y en esto y en un mirar vergonzoso que tenia, sospechó que debia de ser mujer, y deseaba acabar de cenar para certificarse á solas de su sospecha; y entre la cena le preguntó don Rafael que cúyo hijo era, porque él conocia toda la gente principal de su lugar, si era aquel que habia dicho; á lo cual respondió el mancebo que era hijo de don Enrique de Cárdenas, caballero bien conocido. A esto dijo don Rafael que él conocia bien á don Enrique de Cárdenas, pero que sabia y tenia por cierto que no tenia hijo alguno; mas que si lo habia dicho por no descubrir sus padres, que no importaba, y que nunca más se lo preguntaria. «Verdad es, replicó el mozo, que don Enrique no tiene hijos, pero tiénelos un hermano suyo, que se llama don Sancho.

—Ese tampoco, respondió don Rafael, tiene hijos, sino una hija sola, y áun dicen que es de las más hermosas doncellas que hay en la Andalucía, y esto no lo sé más de por fama; que aunque muchas veces he estado en su lugar, jamas la he visto.

—Todo lo que, señor, decis es verdad, respondió el mancebo, que don Sancho no tiene más de una hija, pero no tan hermosa como su fama dice; y si yo dije que era hijo de don Enrique, fué porque me tuviésedes, señores, en algo, pues no lo soy sino de un mayordomo de don Sancho, que há muchos años que le sirve, y yo nací en su casa, y por cierto enojo que dí á mi padre, habiéndole tomado buena cantidad de dineros, quise venirme á Italia, como os he dicho, y seguir el camino de la guerra, por quien vienen, segun he visto, á hacerse ilustres áun los de escuro linaje.» Todas

estas razones, y el modo con que las decia, notaba atentamente Teodoro, y siempre se iba confirmando en su sospecha. Acabóse la cena, alzáronse los manteles, y en tanto que don Rafael se desnudaba, habiéndole dicho lo que del mancebo sospechaba, con su parecer y licencia se apartó con el mancebo á un balcon de una ancha ventana que á la calle salia, y en él, puestos los dos de pechos, Teodoro así comenzó á hablar con el mozo:

«Quisiera, señor Francisco (que así habia dicho él que se llamaba), haberos hecho tantas buenas obras, que os obligara á no negarme cualquiera cosa que pudiera ó quisiera pediros; pero el poco tiempo que há que os conozco no ha dado lugar á ello; podria ser que en el que está por venir conociésedes lo que merece mi deseo; y si al que ahora tengo no gustáredes de satisfacer, no por eso dejaré de ser vuestro servidor, como lo soy tambien ántes que os le descubra. Sepais que aunque tengo tan pocos años como los vuestros, tengo más experiencia de las cosas de mundo que ellos prometen, pues con ella he venido á sospechar que vos no sois varon, como vuestro traje lo muestra, sino mujer, y tan bien nacida como vuestra hermosura publica, y quizá tan desdichada como lo da á entender la mudanza del traje, pues jamas tales mudanzas son por bien de quien las hace. Si es verdad lo que sospecho, decídmelo; que os juro por la fe de caballero que profeso, de ayudaros y serviros en todo aquello que pudiere. De que seais mujer, no me lo podeis negar, pues por las ventanas de vuestras orejas se ve esta verdad bien clara, y habeis andado descuidada en no cerrar y disimular esos agujeros con alguna cera encarnada, que pudiera ser que otro tan curioso como yo, y no tan hon-

rado, sacara á luz lo que vos tan mal habeis sabido encubrir. Digo que no dudeis de decirme quién sois, con presupuesto que os ofrezco mi ayuda y os aseguro el secreto que quisiéredes que tenga.»

Con grande atencion estaba el mancebo escuchando lo que Teodoro le decia, y viendo que ya callaba, ántes que le respondiese palabra le tomó las manos, y llegándoselas á la boca, se las besó por fuerza, y áun se las bañó con gran cantidad de lágrimas que de sus hermosos ojos derramaba; cuyo extraño sentimiento le causó en Teodoro de manera, que no pudo dejar de acompañarle en ellas (propia y natural condicion de mujeres principales, enternecerse de los sentimientos y trabajos ajenos); pero despues que con dificultad retiró sus manos de la boca del mancebo, estuvo atenta á ver lo que le respondia; el cual, dando un profundo gemido, acompañado de muchos suspiros, dijo: «No quiero ni puedo negaros, señor, que vuestra sospecha no haya sido verdadera; mujer soy, y la más desdichada que echaron al mundo las mujeres; y pues las obras que me habeis hecho y los ofrecimientos que me haceis me obligan á obedeceros en cuanto me mandáredes, escuchad; que yo os diré quién soy, si ya no os cansa oir ajenas desventuras.

—En ellas viva yo siempre, replicó Teodoro, si no llegue el gusto de saberlas á la pena que me dará el ser vuestras, que ya las voy sintiendo como propias mias»; y tornándole á abrazar y á hacer nuevos y verdaderos ofrecimientos, el mancebo, algo más sosegado, comenzó á decir estas razones:

«En lo que toca á mi patria, la verdad he dicho; en lo que toca á mis padres, no la dije; porque don Enrique no lo es, sino mi tio, y su hermano don Sancho mi padre; que

yo soy la hija desventurada que vuestro hermano dice que don Sancho tiene, tan celebrada de hermosa, cuyo engaño y desengaño se echa de ver en la ninguna hermosura que tengo. Mi nombre es Leocadia; la ocasion de la mudanza de mi traje oireis ahora. Dos leguas de mi lugar está otro de los más ricos y nobles de la Andalucía, en el cual vive un principal caballero, que trae su orígen de los nobles y antiguos Adornos de Génova. Este tiene un hijo, que si no es que la fama se adelanta en sus alabanzas, como en las mias, es de los gentiles hombres que desearse pueden. Este, pues, así por la vecindad de los lugares, como por ser aficionado al ejercicio de la caza, como mi padre, algunas veces venia á mi casa, y en ella se estaba cinco ó seis dias, que todos y áun parte de las noches, él y mi padre las pasaban en el campo. Desta ocasion tomó la fortuna, ó el amor, ó mi poca advertencia, la que fué bastante para derribarme de la alteza de mis buenos pensamientos, á la bajeza del estado en que me veo; pues habiendo mirado más de aquello que fuera lícito á una recatada doncella, la gentileza y discrecion de Marco Antonio, y considerado la calidad de su linaje y la mucha cantidad de los bienes que llaman de fortuna, que su padre tenia, me pareció que si le alcanzaba por esposo, era toda la felicidad que podia caber en mi deseo. Con este pensamiento le comencé á mirar con más cuidado, y debió de ser sin duda con más descuido, pues él vino á caer en que yo le miraba; y no quiso ni le fué menester al traidor otra entrada para entrarse en el secreto de mi pecho y robarme las mejores prendas de mi alma. Mas no sé para qué me pongo á contaros, señor, punto por punto las menudencias de mis amores, pues hacen tan poco al caso, sino

deciros de una vez lo que él con muchas de solicitud granjeó conmigo, que fué que habiéndome dado su fe y palabra, debajo de grandes, y á mi parecer, firmes y cristianos juramentos, de ser mi esposo, me ofrecí á que hiciese de mí todo lo que quisiese; pero áun no bien satisfecha de sus juramentos y palabras, porque no se las llevase el viento, hice que las escribiese en una cédula que él me dió firmada de su nombre, con tantas circunstancias y fuerzas escrita, que me satisfizo. Recebida la cédula, dí traza cómo una noche viniese de su lugar al mio, y entrase por las paredes de un jardin á mi aposento, donde sin sobresalto alguno podia coger el fruto que para él solo estaba destinado. Llegóse, en fin, la noche por mí tan deseada...»

Hasta este punto habia estado callando Teodoro, teniendo pendiente el alma de las palabras de Leocadia, que con cada una dellas le traspasaba el alma, especialmente cuando oyó el nombre de Marco Antonio, y vió la peregrina hermosura de Leocadia, y consideró la grandeza de su valor, con la de su rara discrecion, que bien lo mostraba en el modo de contar su historia. Mas cuando llegó á decir: «Llegó la noche por mí tan deseada», estuvo por perder la paciencia, y sin poder hacer otra cosa, le salteó la razon, diciendo: «¿Y bien? Así como llegó esa felicísima noche, ¿qué hizo? ¿Entró por dicha? ¿Gozásteisle? ¿Confirmó de nuevo la cédula? ¿Quedó contento en haber alcanzado de vos lo que decis que era suyo? ¿Súpolo vuestro padre, ó en qué pararon tan honestos y sabios principios?

—Pararon, dijo Leocadia, en ponerme de la manera que veis, porque no le gocé, ni me gozó, ni vino al concierto señalado.»

Respiró con estas razones Teodosia, y detuvo los espíritus, que poco á poco la iban dejando, estimulados y apretados de la rabiosa pestilencia de los celos, que á más andar se le iban entrando por los huesos y médulas, para tomar entera posesion de su paciencia; mas no la dejó tan libre, que no volviese á escuchar con sobresalto lo que Leocadia prosiguió, diciendo: «No solamente no vino, pero de allí á ocho dias supe por nueva cierta que se habia ausentado de su pueblo, y llevado de casa de sus padres á una doncella de su lugar, hija de un principal caballero, llamada Teodosia, doncella de extremada hermosura y de rara discrecion; y por ser de tan nobles padres, se supo en mi pueblo el robo, y luego llegó á mis oidos, y con él la fria y temida lanza de los celos, que me pasó el corazon y me abrasó el alma en fuego tal, que en él se hizo ceniza mi honra y se consumió mi crédito, se secó mi paciencia y se acabó mi cordura. ¡Ay de mí, desdichada! que luego se me figuró en la imaginacion Teodosia más hermosa que el sol y más discreta que la discrecion misma, y sobre todo, más venturosa que yo sin ventura. Leí luego las razones de la cédula, vilas firmes y valederas, y que no podian faltar en la fe que publicaban; y aunque á ellas, como á cosa sagrada, se acogiera mi esperanza, en cayendo en la cuenta de la sospechosa compañía que Marco Antonio llevaba consigo, daba con todas ellas en el suelo. Maltraté mi rostro, arranqué mis cabellos, maldije mi suerte, y lo que más sentia, era no poder hacer estos sacrificios á todas horas, por la forzosa presencia de mi padre. En fin, por acabar de quejarme sin impedimento, ó por acabar la vida, que es lo más cierto, determiné dejar la casa de mi padre; y como para poner

por obra un mal pensamiento, parece que la ocasion facilita y allana todos los inconvenientes, sin temor alguno hurté á un paje de mi padre sus vestidos, y á mi padre mucha cantidad de dineros, y una noche, cubierta con su negra capa, salí de casa, y á pié caminé algunas leguas, y llegué á un lugar que se llama Osuna, y acomodándome en un carro, de allí á dos dias entré en Sevilla, que fué haber entrado en la seguridad posible para no ser hallada aunque me buscasen. Allí compré otros vestidos y una mula, y con unos caballeros que venian á Barcelona con priesa por no perder la comodidad de unas galeras que pasaban á Italia, caminé hasta ayer, que me sucedió lo que ya habeis sabido, de los bandoleros que me quitaron cuanto traia, y entre otras cosas, la joya que sustentaba mi salud y aliviaba la carga de mis trabajos, que fué la cédula de Marco Antonio, que pensaba con ella pasar á Italia, y hallando á Marco Antonio, presentársela por testigo de su poca fe, y á mí por abono de mi mucha firmeza, y hacer de suerte que me cumpliese la promesa; pero juntamente con esto, he considerado que con facilidad negará las palabras que en un papel están escritas, el que niega las obligaciones que debian estar grabadas en el alma; que claro está que si él tiene en su compañía á la sin par Teodosia, no ha de querer mirar á la desdichada Leocadia; aunque, con todo esto, pienso morir ó ponerme en la presencia de los dos, para que mi vista les turbe su sosiego. No piense aquella enemiga de mi descanso gozar tan á poca costa lo que es mio; yo la buscaré, yo la hallaré y yo la quitaré la vida, si puedo.

—Pues ¿qué culpa tiene Teodosia, dijo Teodoro, si ella quizá tambien fué engañada de Marco Antonio, como vos, señora Leocadia, lo habeis sido?

—¿Puede ser eso así, dijo Leocadia, si se la llevó consigo? Y estando juntos los que bien se quieren, ¿qué engaño puede haber? Ninguno por cierto: ellos están contentos, pues están juntos, ora estén, como suele decirse, en los remotos y abrasados desiertos de Libia, ó en los solos y apartados de la helada Escitia. Ella le goza sin duda, sea donde fuere, y ella sola ha de pagar lo que he sentido hasta que le halle.

—Podia ser que os engañásedes, replicó Teodosia; que yo conozco muy bien á esa enemiga vuestra que decis, y sé de su condicion y recogimiento que nunca ella se aventuraria á dejar la casa de sus padres ni acudir á la voluntad de Marco Antonio; y cuando lo hubiese hecho, no conociéndoos, ni sabiendo cosa alguna de lo que con él teníades, no os agravió en nada, y donde no hay agravio, no viene bien la venganza.

—Del recogimiento, dijo Leocadia, no hay que tratarme; que tan recogida y tan honesta era yo como cuantas doncellas hallarse pudieran, y con todo eso, hice lo que habeis oido. De que él la llevase, no hay duda, y de que ella no me haya agraviado, mirándolo sin pasion, yo lo confieso; mas el dolor que siento de los celos me la representa en la memoria bien así como espada que atravesada tengo por mitad de las entrañas, y no es mucho que como á instrumento que tanto me lastima, le procure arrancar dellas y hacelle pedazos; cuanto más, que prudencia es apartar de nosotros las cosas que nos dañan, y es natural cosa aborrecer las que nos hacen mal y aquellas que nos estorban el bien.

—Sea como vos decis, señora Leocadia, respondió Teodosia; que así como veo que la pasion que sentis no os deja hacer más acertados discursos, veo que no estais en tiempo

de admitir consejos saludables. De mí os sé decir lo que ya os he dicho: que os he de ayudar y favorecer en todo aquello que fuere justo y yo pudiere, y lo mismo os prometo de mi hermano, que su natural condicion y nobleza no le dejarán hacer otra cosa. Nuestro camino es á Italia; si gustáredes venir con nosotros, ya poco más ó ménos sabeis el trato de nuestra compañía: lo que os ruego es, me deis licencia que diga á mi hermano lo que sé de vuestra hacienda, para que os trate con el comedimiento y respeto que se os debe, y para que se obligue á mirar por vos como es razon; junto con esto, me parece ser bien que mudeis de traje, y si en este pueblo hay comodidad de vestiros, por la mañana os compraré los vestidos mejores que hubiere y que más os convengan, y en lo demas de vuestras pretensiones, dejad el cuidado al tiempo, que es gran maestro de dar y hallar remedio á los casos más desesperados.» Agradeció Leocadia á Teodosia, que ella pensaba ser Teodoro, sus muchos ofrecimientos, y dióle licencia de decir á su hermano todo lo que quisiese, suplicándole que no la desamparase, pues veia á cuántos peligros estaba puesta si por mujer fuese conocida.

Con esto se despidieron y se fueron á acostar, Teodosia al aposento de su hermano, y Leocadia á otro que junto dél estaba. No se habia aún dormido don Rafael, esperando á su hermana, por saber lo que le habia pasado con el que pensaba ser mujer; y en entrando, ántes que se acostase, se lo preguntó; la cual punto por punto le contó todo cuanto Leocadia le habia dicho: cúya hija era, sus amores, la cédula de Marco Antonio, y la intencion que llevaba. Admiróse don Rafael, y dijo á su hermana: «Si ella es la que dice, séos decir, hermana, que es de las más princi-

pales de su lugar, y una de las más nobles señoras de toda la Andalucía. Su padre es bien conocido del nuestro, y la fama que ella tenia de hermosa corresponde muy bien á lo que ahora vemos en su rostro; y lo que desto me parece es, que debemos andar con recato, de manera que ella no hable primero con Marco Antonio que nosotros; que me da algun cuidado la cédula que dice que le hizo, puesto que la haya perdido; pero sosegaos y acostaos, hermana; que para todo se buscará remedio.»

Hizo Teodosia lo que su hermano la mandaba en cuanto al acostarse, mas en lo de sosegarse no fué en su mano; que ya tenia tomada posesion de su alma la rabiosa enfermedad de los celos. ¡Oh cuánto más de lo que ella era se le representaba en la imaginacion la hermosura de Leocadia y la deslealtad de Marco Antonio! ¡Oh cuántas veces leia, ó fingia leer, la cédula que le habia dado! ¡Qué de palabras y razones la añadia, que la hacian cierta y de mucho efeto! ¡Cuántas veces no creyó que se le habia perdido, y cuántas imaginó que sin ella Marco Antonio no dejara de cumplir su promesa, sin acordarse de lo que á ella estaba obligado!

Pasósele en esto la mayor parte de la noche sin dormir sueño, y no la pasó con más descanso don Rafael, su hermano; porque así como oyó decir quién era Leocadia, así se le abrasó el corazon en sus amores, como si de mucho ántes para el mismo efeto la hubiera comunicado; que esta fuerza tiene la hermosura, que en un punto, en un momento lleva tras sí el deseo de quien la mira y la conoce, y cuando descubre ó promete alguna via de alcanzarse y gozarse, enciende con poderosa vehemencia el alma de quien la contempla, bien así del modo y facilidad con que se en-

ciende la seca y dispuesta pólvora con cualquiera centella que la toca. No la imaginaba atada al árbol ni vestida en el roto traje de varon, sino en el suyo de mujer y en casa de sus padres, ricos y de tan principal y rico linaje como ellos eran. No detenia ni queria detener el pensamiento en la causa que la habia traido á que la conociese; deseaba que el dia llegase para proseguir su jornada y buscar á Marco Antonio, no tanto para hacerle su cuñado, como para estorbar que no fuese marido de Leocadia, y ya le tenian el amor y los celos de manera, que tomara por buen partido ver á su hermana sin el remedio que le procuraba, y á Marco Antonio sin vida, á trueco de no verse sin esperanza de alcanzar á Leocadia; la cual esperanza ya le iba prometiendo felice suceso en su deseo, ó ya por el camino de la fuerza, ó por el de los regalos y buenas obras, pues para todo le daba lugar el tiempo y la ocasion.

Con esto que él á sí mismo se prometia se sosegó algun tanto, y de allí á poco se dejó venir el dia, y ellos dejaron las camas, y llamando don Rafael al huésped, le preguntó si habia comodidad en aquel pueblo para vestir á un paje, á quien los bandoleros habian desnudado. El huésped dijo que él tenia un vestido razonable que vender; trújole, y vínole bien á Leocadia. Pagóle don Rafael, y ella se le vistió, y se ciñó una espada y una daga con tanto donaire y brío, que en aquel mismo traje suspendió los sentidos de don Rafael y dobló los celos en Teodosia. Ensilló Calvete, y á las ocho del dia partieron para Barcelona, sin querer subir por entónces al famoso monasterio de Monserrate, dejándolo para cuando Dios fuese servido de volverlos con más sosiego á su patria.

No se podrá contar buenamente los pensamientos que los dos hermanos llevaban, ni con cuán diferentes ánimos los dos iban mirando á Leocadia, deseándola Teodosia la muerte, don Rafael la vida, entrambos celosos y apasionados: Teodosia buscando tachas que ponerla, por no desmayar en su esperanza; don Rafael hallándole perfecciones, que de punto en punto le obligaban más á amarla. Con todo esto, no se descuidaron de darse priesa, de modo que llegaron á Barcelona poco ántes que el sol se pusiese. Admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad, y satisfacion de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo. En entrando en ella, oyeron grandísimo ruido y vieron correr gran tropel de gente con grande alboroto, y preguntando la causa de aquel ruido y movimiento, les respondieron que la gente de las galeras que estaban en la playa se habia revuelto y trabado con la de la ciudad. Oyendo lo cual don Rafael, quiso ir á ver lo que pasaba, aunque Calvete le dijo que no lo hiciese, por no ser cordura irse á meter en un manifiesto peligro; que él sabia bien cuán mal libraban los que en tales pendencias se metian, que eran ordinarias en aquella ciudad cuando á ella llegaban galeras.

No fué bastante el buen consejo de Calvete para estorbar á don Rafael la ida, y así le siguieron todos, y en llegando á la marina, vieron muchas espadas fuera de las vainas, y mucha gente acuchillándose sin piedad alguna; con todo

esto, sin apearse llegaron tan cerca, que distintamente veian los rostros de los que peleaban, porque áun no era puesto el sol. Era infinita la gente que de la ciudad acudia, y mucha la que de las galeras desembarcaba, puesto que el que las traia á cargo, que era un caballero valenciano, llamado don Pedro Vique, desde la popa de la galera capitana amenazaba á los que se habian embarcado en los esquifes para ir á socorrer á los suyos; mas viendo que no aprovechaban sus voces ni sus amenazas, hizo volver las proas de las galeras á la ciudad y disparar una pieza sin bala, señal de que si no se apartasen, otra no iria sin ella.

En esto estaba don Rafael atentamente mirando la cruel y bien trabada riña, y vió y notó que de parte de los que más se señalaban de las galeras, lo hacia gallardamente un mancebo de hasta veintidos ó poco más años, vestido de verde, con un sombrero de la misma color, adornado con un rico trencillo, al parecer de diamantes. La destreza con que el mozo se combatia, y la bizarría del vestido, hacian que volviesen á mirarle todos cuantos la pendencia miraban; y de tal manera le miraron los ojos de Teodosia y de Leocadia, que ambas á un mismo punto y tiempo dijeron: «¡Válame Dios! O yo no tengo ojos, ó aquel de lo verde es Marco Antonio»; y en diciendo esto, con gran ligereza saltaron de las mulas, y poniendo mano á sus dagas y espadas, sin temor alguno se entraron por mitad de la turba, y se pusieron la una á un lado, y la otra al otro de Marco Antonio, que él era el mancebo de lo verde que se ha dicho.

«No temais, dijo, así como llegó, Leocadia, señor Marco Antonio; que á vuestro lado teneis quien os hará escudo con su propia vida por defender la vuestra.

—¿Quién lo duda, replicó Teodosia, estando yo aquí?» Don Rafael, que vió y oyó lo que pasaba, las siguió asimismo y se puso de su parte. Marco Antonio, ocupado en ofender y defenderse, no advirtió en las razones que las dos le dijeron; ántes, cebado en la pelea, hacia cosas al parecer increibles. Pero como la gente de la ciudad por momentos crecia, fuéles forzoso á los de las galeras retirarse hasta meterse en el agua. Retirábase Marco Antonio de mala gana, y á su mismo compas se iban retirando á sus lados las dos valientes y nuevas Bradamante y Marfisa, ó Hipólita y Pantasilea. En esto vino un caballero catalan de la famosa familia de los Cardonas, sobre un poderoso caballo, y poniéndose en medio de las dos partes, hacia retirar los de la ciudad, los cuales le tuvieron respeto en conociéndole. Pero algunos desde léjos tiraban piedras á los que ya se iban acogiendo al agua, y quiso la mala suerte que una acertase en la sien á Marco Antonio con tanta furia, que dió con él en el agua, que ya le daba á la rodilla; y apénas Leocadia le vió caido, cuando se abrazó con él y le sostuvo en sus brazos, y lo mismo hizo Teodosia.

Estaba don Rafael un poco desviado, defendiéndose de las infinitas piedras que sobre él llovian; y queriendo acudir al remedio de su dama y al de su hermana y cuñado, el caballero catalan se le puso delante, diciéndole: «Sosegaos, señor, por lo que debeis á un buen soldado, y hacedme merced de poneros á mi lado; que yo os libraré de la insolencia y demasía deste desmandado vulgo.

—¡Ah señor! respondió don Rafael, dejadme pasar, que veo en gran peligro puestas las cosas que en esta vida más quiero.» Dejóle pasar el caballero; mas no llegó tan á

tiempo, que ya no hubiesen recogido en el esquife de la galera capitana á Marco Antonio y á Leocadia, que jamas le dejó de los brazos, y queriéndose embarcar con ellos Teodosia, ó ya fuese por estar cansada, ó por la pena de haber visto herido á Marco Antonio, ó por ver que se iba con él su mayor enemiga, no tuvo fuerzas para subir en el esquife, y sin duda cayera desmayada en el agua, si su hermano no llegara á tiempo de socorrerla; el cual no sintió menor pena de ver que con Marco Antonio se iba Leocadia, que su hermana habia sentido; que ya tambien él habia conocido á Marco Antonio. El caballero catalan, aficionado de la gentil presencia de don Rafael y de su hermana (que por hombre tenia), los llamó desde la orilla y les rogó que con él se viniesen; y ellos, forzados de la necesidad, y temerosos de que la gente, que áun no estaba pacífica, les hiciese algun agravio, hubieron de aceptar la oferta que se les hacia. El caballero se apeó, y tomándolos á su lado, con la espada desnuda pasó por medio de la turba alborotada, rogándoles que se retirasen, y así lo hicieron.

Miró don Rafael á todas partes por ver si veria á Calvete con las mulas, y no le vió, á causa que él, así como ellos se apearon, las antecogió y se fué á un meson donde solia posar otras veces. Llegó el caballero á su casa, que era una de las principales de la ciudad, y preguntando á don Rafael en cuál galera venia, le respondió que en ninguna, pues habia llegado á la ciudad al mismo punto que se comenzaba la pendencia, y que por haber conocido en ella al caballero que llevaron herido de la pedrada en el esquife, se habia puesto en aquel peligro, y que le suplicaba diese órden cómo sacasen á tierra al herido, que en ello le importaba el

contento y la vida. «Eso haré yo de buena gana, dijo el caballero, y sé que me le dará seguramente el General, que es principal caballero y pariente mio»; y sin detenerse más, volvió á la galera, y halló que estaban curando á Marco Antonio, y que la herida que tenia era peligrosa, por ser en la sien izquierda; y por decir el cirujano ser de peligro, alcanzó con el General se le diese para curarle en tierra, y puesto con gran tiento en el esquife, le sacaron, sin quererle dejar Leocadia, que se embarcó con él, como en seguimiento del norte de su esperanza. En llegando á tierra, hizo el caballero traer de su casa una silla de manos, donde le llevasen. En tanto que esto pasaba, habia enviado don Rafael á buscar á Calvete, que en el meson estaba con cuidado de saber lo que la suerte habia hecho de sus amos, y cuando supo que estaban buenos, se alegró en extremo y vino adonde don Rafael estaba.

En esto llegaron el señor de la casa, Marco Antonio y Leocadia, y á todos alojó en ella con mucho amor y magnificencia. Ordenó luego cómo se llamase un cirujano famoso de la ciudad, para que de nuevo curase á Marco Antonio; vino, pero no quiso curarle hasta otro dia, diciendo que siempre los cirujanos de los ejércitos y armadas eran muy experimentados, por los muchos heridos que á cada paso tenian entre las manos, y así no convenia curarle hasta otro dia; lo que ordenó fué le pusiesen en un aposento abrigado, donde le dejasen sosegar. Llegó en aquel instante el cirujano de las galeras, y dió cuenta al de la ciudad de la herida, y de cómo le habia curado, y del peligro que de la vida, á su parecer, tenia el herido; con lo cual se acabó de enterar el de la ciudad que estaba bien curado, y asimismo

(segun la relacion que se le habia hecho) exageró el peligro de Marco Antonio.

Oyeron esto Leocadia y Teodosia con aquel sentimiento que si oyeran la sentencia de su muerte; mas por no dar muestras de su dolor, le reprimieron y callaron, y Leocadia determinó de hacer lo que le pareció convenir para satisfacion de su honra, y fué, que así como se fueron los cirujanos, se entró en el aposento de Marco Antonio, y delante del señor de la casa, de don Rafael, Teodosia y de otras personas, se llegó á la cabecera del herido, y asiéndole de la mano, le dijo estas razones: «No estais en tiempo, señor Marco Antonio Adorno, en que se puedan ni deban gastar con vos muchas palabras; y así, sólo querria que me oyésedes algunas que convienen, si no para la salud de vuestro cuerpo, para la de vuestra alma; y para decíroslas es menester que me deis licencia, y me advirtais si estais con intento de escucharme; que no seria razon, habiendo yo procurado desde el punto que os conocí, no salir de vuestro gusto, en este instante, que le tengo por el postrero, seros causa de pesadumbre.»

A estas razones abrió Marco Antonio los ojos, y los puso atentamente en Leocadia, y habiéndola casi conocido, más por el órgano de la voz que por la vista, con voz debilitada y doliente le dijo: «Decid, señor, lo que quisiéredes; que no estoy tan al cabo, que no pueda escucharos, ni esa voz me es tan desagradable, que me cause fastidio el oirla.»

Atentísima estaba á todo este coloquio Teodosia, y cada palabra que Leocadia decia, era una aguda saeta que le atravesaba el corazon, y áun el alma de don Rafael, que asimismo la escuchaba. Y prosiguiendo Leocadia, dijo: «Si

el golpe de la cabeza, ó por mejor decir, el que á mí me han dado en el alma, no os ha llevado, señor Marco Antonio, de la memoria la imágen de aquella que poco tiempo há que vos decíades ser vuestra gloria y vuestro cielo, bien os debeis acordar quién fué Leocadia, y cuál fué la palabra que le distes, firmada en una cédula de vuestra mano y letra; ni se os habrá olvidado el valor de sus padres, la entereza de su recato y honestidad, y la obligacion en que le estais, por haber acudido á vuestro gusto con todo lo que quisistes. Si esto no se os ha olvidado, aunque me veais en este traje tan diferente, conocereis con facilidad que yo soy Leocadia, que temerosa que nuevos accidentes y nuevas ocasiones no me quitasen lo que tan justamente es mio, así como supe que de vuestro lugar os habíades partido, atropellando por infinitos inconvenientes, determiné seguiros en este hábito, con intencion de buscaros por todas las partes de la tierra hasta hallaros; de lo cual no os debeis maravillar, si es que alguna vez habeis sentido hasta dónde llegan las fuerzas de un amor verdadero y la rabia de una mujer engañada. Algunos trabajos he pasado en esta mi demanda, todos los cuales los juzgo y tengo por descanso, con el descuento que han traido de veros; que puesto que esteis de la manera que estais, si fuere Dios servido de llevaros desta á mejor vida, con hacer lo que debeis á quien sois ántes de la partida, me juzgaré por más que dichosa, prometiéndoos, como os prometo, de darme tal vida despues de vuestra muerte, que bien poco tiempo se pase sin que os siga en esta última y forzosa jornada; y así os ruego primeramente por Dios, á quien mis deseos y intentos van encaminados, luego por vos, que debeis mucho á ser quien sois, y últimamente por

mí, á quien debeis más que á otra persona del mundo, que aquí luego me recibais por vuestra legítima esposa, no permitiendo haga la justicia lo que con tantas véras y obligaciones la razon os persuade.»

No dijo más Leocadia, y todos los que en la sala estaban guardaron un maravilloso silencio en tanto que estuvo hablando, y con el mismo silencio esperaban la respuesta de Marco Antonio, que fué ésta: «No puedo negar, señora, el conoceros, que vuestra voz y vuestro rostro no consentirán que lo niegue; tampoco puedo negar lo mucho que os debo, ni el gran valor de vuestros padres, junto con vuestra incomparable honestidad y recogimiento; ni os tengo ni os tendré en ménos por lo que habeis hecho en venirme á buscar en traje tan diferente del vuestro; ántes por esto os estimo y estimaré en el mayor grado que ser pueda; pero, pues mi corta suerte me ha traido á término, como vos decis, que creo que será el postrero de mi vida, y son los semejantes trances los apurados de las verdades, quiero deciros una verdad, que si no os fuere ahora de gusto, podria ser que despues os fuese de provecho. Confieso, hermosa Leocadia, que os quise bien y que me quisistes, y juntamente con esto, confieso que la cédula que os hice fué más por cumplir con vuestro deseo que con el mio, porque ántes que la firmase, con muchos dias, tenia entregada mi voluntad y mi alma á otra doncella de mi mismo lugar, que vos bien conoceis, llamada Teodosia, hija de tan nobles padres como los vuestros; y si á vos os dí cédula firmada de mi mano, á ella le dí la mano, firmada y acreditada con tales obras y testigos, que quedé imposibilitado de dar mi libertad á otra persona en el mundo. Los

amores que con vos tuve fueron de pasatiempo, sin que dellos alcanzase otra cosa sino las flores que vos sabeis, las cuales no os ofendieron ni pueden ofender en cosa alguna; lo que con Teodosia me pasó, fué alcanzar el fruto que ella pudo darme, y yo quise que me diese, con fe y seguro de ser su esposo, como lo soy; y si á ella y á vos os dejé en un mismo tiempo, á vos suspensa y engañada, y á ella temerosa y á su parecer sin honra, hícelo con poco discurso y con juicio de mozo, como lo soy, creyendo que todas aquellas cosas eran de poca importancia y que las podia hacer sin escrúpulo alguno, con otros pensamientos que entónces me vinieron y solicitaron lo que queria hacer, que fué venirme á Italia, y emplear en ella algunos de los años de mi juventud, y despues volver á ver lo que Dios habia hecho de vos y de mi verdadera esposa. Mas doliéndose de mí el cielo, sin duda creo que ha permitido ponerme de la manera que me veis, para que, confesando estas verdades, nacidas de mis muchas culpas, pague en esta vida lo que debo, y vos quedeis desengañada y libre para hacer lo que mejor os pareciere; y si en algun tiempo Teodosia supiere mi muerte, sabrá de vos y de los que están presentes cómo en la muerte le cumplí la palabra que le dí en la vida; y si en el poco tiempo que della me queda, señora Leocadia, os puedo servir en algo, decídmelo; que como no sea recebiros por esposa, pues no puedo, ninguna otra cosa dejaré de hacer que á mí sea posible, por daros gusto.»

En tanto que Marco Antonio decia estas razones, tenia la cabeza sobre el codo, y en acabándolas, dejó caer el brazo, dando muestras que se desmayaba. Acudió luego don Rafael, y abrazándole estrechamente, le dijo: «Volved en

vos, señor mio, y abrazad á vuestro amigo y á vuestro hermano, pues vos quereis que lo sea: conoced á don Rafael, vuestro camarada, que será el verdadero testigo de vuestra voluntad, y de la merced que á su hermana quereis hacer con admitirla por vuestra.» Volvió en sí Marco Antonio, y al momento conoció á don Rafael, y abrazándole estrechamente y besándole en el rostro, le dijo: «Ahora digo, hermano y señor mio, que la suma alegría que he recebido en veros no puede traer ménos descuento que un pesar grandísimo, pues se dice que tras el gusto se sigue la tristeza; pero yo daré por bien empleada cualquiera que me viniere, á trueco de haber gustado del contento de veros.

—Pues yo os le quiero hacer más cumplido, replicó don Rafael, con presentaros esta joya, que es vuestra amada esposa»; y buscando á Teodosia, la halló llorando detras de toda la gente, suspensa y atónita entre el pesar y la alegría por lo que veia y por lo que habia oido decir. Asióla su hermano de la mano, y ella, sin hacer resistencia, se dejó llevar donde él quiso, que fué ante Marco Antonio, que la conoció y se abrazó con ella, llorando los dos tiernas y amorosas lágrimas.

Admirados quedaron cuantos en la sala estaban, viendo tan extraño acontecimiento; mirábanse unos á otros, sin hablar palabra, esperando en qué habian de parar aquellas cosas. Mas la desengañada y sin ventura Leocadia, que vió por sus ojos lo que Marco Antonio hacia, y vió al que pensaba ser hermano de don Rafael en brazos del que tenia por su esposo, viendo, junto con esto, burlados sus deseos y perdidas sus esperanzas, se hurtó de los ojos de todos (que atentos estaban mirando lo que el enfermo hacia con el paje

que abrazado tenia), y se salió de la sala ó aposento, y en un instante se puso en la calle con intencion de irse desesperada por el mundo ó adonde gentes no la viesen; mas apénas habia llegado á la calle, cuando don Rafael la echó ménos, y como si le faltara el alma, preguntó por ella, y nadie le supo dar razon dónde se habia ido; y así, sin esperar más, desesperado salió á buscarla, y acudió adonde le dijeron que posaba Calvete, por si habia ido allá á procurar alguna cabalgadura en que irse; y no hallándola allí, andaba como loco por las calles, buscándola de unas partes á otras; y pensando si por ventura se habia vuelto á las galeras, llegó á la marina, y un poco ántes que llegase, oyó que á grandes voces llamaban desde tierra el esquife de la capitana, y conoció que quien las daba era la hermosa Leocadia, la cual, recelosa de algun desman, sintiendo pasos á sus espaldas, empuñó la espada y esperó apercebida que llegase don Rafael, á quien ella luego conoció, y le pesó de que la hubiese hallado, y más en parte tan sola, que ya ella habia entendido, por más de una muestra que don Rafael le habia dado, que no la queria mal, sino tan bien, que tomara por buen partido que Marco Antonio la quisiera otro tanto.

¿Con qué razones podré yo decir ahora las que don Rafael dijo á Leocadia, declarándole su alma, que fueron tantas y tales, que no me atrevo á escribirlas? Mas, pues es forzoso decir algunas, las que, entre otras, le dijo fueron éstas: «Si con la ventura que me falta, me faltase ahora ¡oh hermosa Leocadia! el atrevimiento de descubriros los secretos de mi alma, quedaria enterrada en los senos del perpétuo olvido la más enamorada y honesta voluntad que ha

nacido ni puede nacer en un enamorado pecho. Pero por no hacer este agravio á mi justo deseo, véngame lo que viniere, quiero, señora, que advirtais, si es que os da lugar vuestro arrebatado pensamiento, que en ninguna cosa se me aventaja Marco Antonio, sino es en el bien de ser de vos querido. Mi linaje es tan bueno como el suyo, y en los bienes que llaman de fortuna no me hace mucha ventaja; en los de naturaleza no conviene que me alabe, y más si á los ojos vuestros no son de estima. Todo esto digo, apasionada señora, porque tomeis el remedio y el medio que la suerte os ofrece en el extremo de vuestra desgracia. Ya veis que Marco Antonio no puede ser vuestro, porque el cielo le hizo de mi hermana, y el mismo cielo, que hoy os ha quitado á Marco Antonio, os quiere hacer recompensa conmigo, que no deseo otro bien en esta vida que entregarme por esposo vuestro. Mirad que el buen suceso está llamando á las puertas del malo que hasta ahora habeis tenido; y no penseis que el atrevimiento que habeis mostrado en buscar á Marco Antonio ha de ser parte para que no os estime y tenga en lo que mereciérades si nunca le hubiérades tenido; que en la hora que quiero y determino igualarme con vos, eligiéndoos por perpétua señora mia, en aquella misma se me ha de olvidar, y ya se me ha olvidado, todo cuanto en esto he sabido y visto; que bien sé que las fuerzas que á mí me han forzado á que tan de rondon y á rienda suelta me disponga á adoraros y á entregarme por vuestro, estas mismas os han traido á vos al estado en que estais; y así no habrá necesidad de buscar disculpa donde no ha habido yerro alguno.»

Callando estuvo Leocadia á todo cuanto don Rafael le

dijo, sino que de cuando en cuando daba unos profundos suspiros, salidos de lo íntimo de sus entrañas. Tuvo atrevimiento don Rafael de tomarle una mano, y ella no tuvo esfuerzo para estorbárselo, y así, besándosela muchas veces, le decia : «Acabad, señora de mi alma, de serlo del todo á vista destos estrellados cielos que nos cubren, y deste sosegado mar que nos escucha, y destas bañadas arenas que nos sustentan; dadme ya el sí, que sin duda conviene tanto á vuestra honra como á mi contento. Vuélvoos á decir que soy caballero, como vos sabeis, y rico, y que os quiero bien, que es lo que más habeis de estimar, y que en cambio de hallaros sola y en traje que desdice mucho del de vuestra honra, léjos de la casa de vuestros padres y parientes, sin persona que os acuda á lo que menester hubiéredes, y sin esperanza de alcanzar lo que buscábades, podeis volver á vuestra patria en vuestro propio, honrado y verdadero traje, acompañada de tan buen esposo como el que vos supistes escogeros; rica, contenta, estimada y servida, y áun loada de todos aquellos á cuya noticia llegaren los sucesos de vuestra historia. Si esto es así, como lo es, no sé en qué estais dudando; acabad (que otra vez os lo digo) de levantarme del suelo de mi miseria al cielo del mereceros, que en ello hareis por vos misma, y cumplireis con las leyes de la cortesía y del buen conocimiento, mostrándoos en un mismo punto agradecida y discreta.»

—Ea pues, dijo á esta sazon la dudosa Leocadia, pues así lo ha ordenado el cielo, y no es en mi mano ni en la de viviente alguno oponerse á lo que él determinado tiene, hágase lo que él quiere y vos quereis, señor mio; y sabe el mismo cielo con la vergüenza que vengo á condescender

con vuestra voluntad, no porque no entienda lo mucho que en obedeceros gano, sino porque temo que en cumpliendo vuestro gusto me habeis de mirar con otros ojos de los que quizá hasta agora, mirándome, os han engañado. Mas sea como fuere, que en fin el nombre de ser mujer legítima de don Rafael de Villavicencio no le podré perder, y con este título solo viviré contenta; y si las costumbres que en mí viéredes, despues de ser vuestra, fueren parte para que me estimeis en algo, daré al cielo las gracias de haberme traido por tan extraños rodeos y por tantos males á los bienes de ser vuestra. Dadme, señor, la mano de ser mio, y veis aquí os la doy de ser vuestra, y sirvan de testigos los que vos decis, el cielo, la mar, las arenas y este silencio, sólo interrompido de mis suspiros y de vuestros ruegos.»

Diciendo esto, se dejó abrazar y le dió la mano, y don Rafael le dió la suya, celebrando el nocturno y nuevo desposorio solas las lágrimas que el contento, á pesar de la pasada tristeza, sacaba de sus ojos. Luego se volvieron á casa del caballero, que estaba con grandísima pena de su falta, y la misma tenian Marco Antonio y Teodosia, los cuales ya por mano de clérigo estaban desposados; que á persuasion de Teodosia (temerosa que algun contrario accidente no le turbase el bien que habia hallado), el caballero envió luego por quien los desposase; de modo que cuando don Rafael y Leocadia entraron, y don Rafael contó lo que con Leocadia le habia sucedido, así les aumentó el gozo, como si ellos fueran sus cercanos parientes; que es condicion natural y propia de la nobleza catalana saber ser amigos, y favorecer á los extranjeros que dellos tienen necesidad alguna. El sacerdote, que presente estaba, ordenó que Leoca-

dia mudase el hábito y se vistiese en el suyo, y el caballero acudió á ello con presteza, vistiendo á las dos de dos ricos vestidos de su mujer, que era una principal señora, del linaje de los Granolleques, famoso y antiguo en aquel reino. Avisó al cirujano, quien por caridad se dolia del herido, cómo hablaba mucho y no le dejaban solo, el cual vino y ordenó lo que primero, que fué que le dejasen en silencio. Pero Dios, que así lo tenia ordenado, tomando por medio é instrumento de sus obras (cuando á nuestros ojos quiere hacer alguna maravilla) lo que la misma naturaleza no alcanza, ordenó que el alegría y poco silencio que Marco Antonio habia guardado fuese parte para mejorarle, de manera que otro dia, cuando le curaron le hallaron fuera de peligro, y de allí á catorce se levantó tan sano, que sin temor alguno se pudo poner en camino.

Es de saber que en el tiempo que Marco Antonio estuvo en el lecho, hizo voto, si Dios le sanase, de ir en romería á pié á Santiago de Galicia, en cuya promesa le acompañaron don Rafael, Leocadia y Teodosia, y áun Calvete, el mozo de mulas (obra pocas veces usada de los de oficios semejantes); pero la bondad y llaneza que habia conocido en don Rafael le obligó á no dejarle hasta que volviese á su tierra; y viendo que habian de ir á pié como peregrinos, envió las mulas á Salamanca con la que era de don Rafael, que no faltó con quién enviarlas.

Llegóse pues el dia de la partida, y acomodados de sus esclavinas y de todo lo necesario, se despidieron del liberal caballero que tanto les habia favorecido y agasajado, cuyo nombre era don Sancho de Cardona, ilustrísimo por sangre y famoso por su persona. Ofreciéronsele todos de guardar

perpetuamente, ellos y sus descendientes, á quien se lo dejarian mandado, la memoria de las mercedes tan singulares dél recebidas, para agradecellas siquiera, ya que no pudiesen servirlas. Don Sancho los abrazó á todos, diciéndoles que de su natural condicion nacia hacer aquellas obras, ó otras que fuesen buenas, á todos los que conocia ó imaginaba ser hidalgos castellanos. Reiteráronse dos veces los abrazos, y con alegría, mezclada con algun sentimiento triste, se despidieron, y caminando con la comodidad que permitia la delicadeza de las dos nuevas peregrinas, en tres dias llegaron á Monserrate, y estando allí otros tantos, haciendo lo que á buenos y católicos cristianos debian, con el mismo espacio volvieron á su camino, y sin sucederles reves ni desman alguno llegaron á Santiago. Y despues de cumplir su voto con la mayor devocion que pudieron, no quisieron dejar el hábito de peregrinos hasta entrar en sus casas, á las cuales llegaron poco á poco, descansados y contentos; mas ántes que llegasen, estando á vista del lugar de Leocadia (que, como se ha dicho, era á una legua del de Teodosia), desde encima de un recuesto los descubrieron á entrambos, sin poder encubrir las lágrimas que el contento de verlos les trujo á los ojos, á lo ménos á las dos desposadas, que con su vista renovaron la memoria de los pasados sucesos.

Descubríase desde la parte donde estaban un ancho valle, que los dos pueblos dividia, en el cual vieron á la sombra de un olivo un dispuesto caballero sobre un poderoso caballo, con una blanquísima adarga en el brazo izquierdo y una gruesa y larga lanza terciada en el derecho, y mirándole con atencion, vieron que asimismo por entre unos

olivares venian otros dos caballeros con las mismas armas, y de allí á poco vieron que se juntaron todos tres, y habiendo estado un pequeño espacio juntos, se apartaron, y uno de los que á lo último habian venido se apartó con el que estaba primero debajo del olivo; los cuales, poniendo las espuelas á los caballos, arremetieron el uno al otro, con muestras de ser mortales enemigos, comenzando á tirarse bravos y diestros botes de lanza, ya hurtando los golpes, ya recogiéndolos con tanta destreza, que daban bien á entender ser maestros en aquel ejercicio.

El tercero los estaba mirando, sin moverse de un lugar; mas no pudiendo don Rafael sufrir estar tan léjos mirando aquella tan reñida y singular batalla, á todo correr bajó del recuesto, siguiéndole su hermana y su esposa, y en poco espacio se puso junto á los dos combatientes, á tiempo que ya los dos caballeros andaban algo heridos; y habiéndosele caido al uno el sombrero, y con él un casco de acero, al volver el rostro conoció don Rafael ser su padre, y Marco Antonio conoció que el otro era el suyo. Leocadia, que con atencion habia mirado al que no se combatia, conoció que era el padre que la habia engendrado, de cuya vista todos cuatro suspensos, atónitos y fuera de sí quedaron; pero dando el sobresalto lugar al discurso de la razon, los dos cuñados, sin detenerse, se pusieron en medio de los que peleaban, diciendo á voces : «No más, caballeros, no más; que los que esto os piden y suplican son vuestros propios hijos. Yo soy Marco Antonio, padre y señor mio, decia Marco Antonio; yo soy aquel por quien, á lo que imagino, están vuestras canas venerables puestas en este riguroso trance : templad la furia y arrojad la lanza, ó volvedla contra otro

enemigo; que el que teneis delante ya de hoy más ha de ser vuestro hermano.»

Casi estas mismas razones decia don Rafael á su padre, á las cuales se detuvieron los caballeros y atentamente se pusieron á mirar á los que se las decian, y volviendo la cabeza, vieron que don Enrique, el padre de Leocadia, se habia apeado y estaba abrazado con el que pensaban ser peregrino; y era que Leocadia se habia llegado á él, y dándosele á conocer, le rogó que pusiese en paz á los que se combatian, contándole en breves razones cómo don Rafael era su esposo, y Marco Antonio lo era de Teodosia. Oyendo esto su padre, se apeó, y la tenia abrazada, como se ha dicho; pero dejándola, acudió á ponerlos en paz, aunque no fué menester, pues ya los dos habian conocido á sus hijos, y estaban en el suelo, teniéndolos abrazados, llorando todos lágrimas de amor y de contento nacidas. Juntáronse todos y volvieron á mirar á sus hijos, y no sabian qué decirse: atentábanles los cuerpos, por ver si eran fantásticos, que su improvisa llegada esta y otras sospechas engendraba; pero desengañados algun tanto, volvieron á las lágrimas y á los abrazos. Y en esto asomó por el mismo valle gran cantidad de gente armada, de á pié y de á caballo, los cuales venian á defender al caballero de su lugar; pero como llegaron, y los vieron abrazados de aquellos peregrinos, y preñados los ojos de lágrimas, se apearon y admiraron, estando suspensos, hasta tanto que don Enrique les dijo brevemente lo que Leocadia, su hija, les habia contado. Todos fueron á abrazar á los peregrinos con muestras de contento tales, que no se pueden encarecer. Don Rafael de nuevo contó á todos, con la brevedad que el tiempo requeria, todo

el suceso de sus amores, y de cómo venia casado con Leocadia, y su hermana Teodosia con Marco Antonio: nuevas que de nuevo causaron nueva alegría.

Luego, de los mismos caballos de la gente que llegó al socorro, tomaron los que hubieron menester para los cinco peregrinos, y acordaron de irse al lugar de Marco Antonio, ofreciéndoles su padre de hacer allí las bodas de todos, y con este parecer se partieron; y algunos de los que se habian hallado presentes se adelantaron á pedir albricias á los parientes y amigos de los desposados. En el camino supieron don Rafael y Marco Antonio la causa de aquella pendencia, que fué que el padre de Teodosia y el de Leocadia habian desafiado al padre de Marco Antonio en razon de que él habia sido sabidor de los engaños de su hijo, y habiendo venido los dos, y hallándole solo, no quisieron combatirse con alguna ventaja, sino uno á uno, como caballeros; cuya pendencia parara en la muerte de uno ó en la de entrambos, si ellos no hubieran llegado.

Dieron gracias á Dios los cuatro peregrinos del suceso felice. Y otro dia despues que llegaron, con real y espléndida magnificencia y suntuoso gasto hizo celebrar el padre de Marco Antonio las bodas de su hijo y Teodosia y las de don Rafael y Leocadia; los cuales luengos y felices años vivieron en compañía de sus esposas, dejando de sí ilustre generacion y decendencia, que hasta hoy dura en estos dos lugares, que son de los mejores de la Andalucía; y si no se nombran, es por guardar el decoro á las dos doncellas, á quien quizá las lenguas maldicientes ó neciamente escrupulosas les harán cargo de la ligereza de sus deseos y del súbito mudar de trajes; á los cuales ruego que no se arrojen

á vituperar semejantes libertades hasta que miren en sí, si alguna vez han sido tocados destas que llaman flechas de Cupido, que en efecto es una fuerza, si así se puede llamar, incontrastable, que hace el apetito á la razon. Calvete, el mozo de mulas, se quedó con la que de don Rafael habia enviado á Salamanca, y con otras muchas dádivas que los dos desposados le dieron; y los poetas de aquel tiempo tuvieron ocasion donde emplear sus plumas, exagerando la hermosura y los sucesos de las dos tan atrevidas cuanto honestas doncellas, sugeto principal deste extraño suceso.

FIN DE LAS DOS DONCELLAS.

LA SEÑORA CORNELIA.

Don Antonio de Isunza y don Juan de Gamboa, caballeros principales, de una edad, muy discretos y grandes amigos, siendo estudiantes en Salamanca, determinaron de dejar sus estudios por irse á Flándes, llevados del hervor de la sangre moza, y del deseo, como decirse suele, de ver mundo, y por parecerles que el ejercicio de las armas, aunque arma y dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre. Llegaron, pues, á Flándes á tiempo que estaban las cosas en paz, ó en conciertos y tratos de tenerla presto. Recibieron en Ambéres cartas de sus padres, donde les escribieron el grande enojo que habian recebido por haber dejado sus estudios sin avisárselo, para que hubieran venido con la comodidad que pedia el ser quien eran. Finalmente, conociendo la pesadumbre de sus padres, acordaron de volverse á España, pues no habia que hacer en Flándes; pero ántes de volverse, quisieron ver todas las más famosas ciudades de Italia; y habiéndolas visto todas, pararon en Bolonia, y admirados de los estudios de aquella insigne universidad, quisieron en ella proseguir los suyos. Dieron noticia de su intento á sus padres, de que se

holgaron infinito, y lo mostraron con proveerles magníficamente, y de modo, que mostrasen en su tratamiento quiénes eran y qué padres tenian. Desde el primero dia que salieron á las escuelas, fueron conocidos de todos por caballeros, galanes, discretos y bien criados.

Tendria don Antonio hasta veinte y cuatro años, y don Juan no pasaba de veinte y seis, y adornaban esta buena edad con ser muy gentiles hombres, músicos, poetas, diestros y valientes; partes que los hacian amables y bien queridos de cuantos los comunicaban. Tuvieron luego muchos amigos, así estudiantes españoles, de los muchos que en aquella universidad cursaban, como de los mismos de la ciudad y de los extranjeros; mostrábanse con todos liberales y comedidos, y muy ajenos de la arrogancia que dicen que suelen tener los españoles; y como eran mozos y alegres, no se disgustaban de tener noticia de las hermosas de la ciudad; y aunque habia muchas señoras, doncellas y casadas, con gran fama de ser honestas y hermosas, á todas se aventajaba la señora Cornelia Bentibolli, de la antigua y generosa familia de los Bentibollis, que un tiempo fueron señores de Bolonia.

Era Cornelia hermosísima en extremo, y estaba debajo de la guarda y amparo de Lorenzo Bentibolli, su hermano, honradísimo y valiente caballero, huérfanos de padre y madre, que aunque los dejaron solos, los dejaron ricos, y la riqueza es grande alivio de orfandad. Era el recato de Cornelia tanto, y la solicitud de su hermano tanta en guardarla, que ni ella se dejaba ver, ni su hermano consentia que la viesen. Esta fama traia deseosos á don Juan y á don Antonio de verla, aunque fuera en la iglesia; pero el tra-

bajo que en ello pusieron fué en balde, y el deseo, por la imposibilidad, cuchillo de la esperanza, fué menguando; y así, con solo el amor de sus estudios y el entretenimiento de algunas honestas mocedades, pasaban una vida tan alegre como honrada. Pocas veces salian de noche, y si salian, iban juntos y bien armados.

Sucedió, pues, que habiendo de salir una noche, dijo don Antonio á don Juan que él se queria quedar á rezar ciertas devociones; que se fuese, que luego le seguiria. «No hay para qué, dijo don Juan, que yo os aguardaré, y si no saliéremos esta noche, importa poco.

—No, por vida vuestra, replicó don Antonio; salid á coger el aire, que yo seré luego con vos, si es que vais por donde solemos ir.

—Haced vuestro gusto, dijo don Juan; quedaos en buen hora, y si saliéredes, las mismas estaciones andaré esta noche que las pasadas.»

Fuése don Juan, y quedóse don Antonio. Era la noche entre oscura, y la hora las once; y habiendo andado dos ó tres calles, y viéndose solo y que no tenia con quién hablar, determinó volverse á su casa, y poniéndolo en efeto, al pasar por una calle que tenia portales sustentados en mármoles, oyó que de una puerta le ceceaban. La escuridad de la noche, y la que causaban los portales, no le dejaban atinar el ceceo. Detúvose un poco, estuvo atento, y vió entreabrir una puerta; llegóse á ella, y oyó una voz baja, que dijo: «¿Sois por ventura Fabio?» Don Juan, por sí ó por no, respondió que sí. «Pues tomad, respondieron de dentro, y ponedlo en cobro, y volved luego, que importa.»

Alargó la mano don Juan y topó un bulto, y querién-

dolo tomar, vió que eran menester las dos manos, y así le hubo de asir con entrambas; y apénas se le dejaron en ellas, cuando le cerraron la puerta, y él se halló cargado en la calle, y sin saber de qué. Pero casi luego comenzó á llorar una criatura, al parecer recien nacida, á cuyo lloro quedó don Juan confuso y suspenso, sin saber qué hacerse ni qué córte dar en aquel caso; porque en volver á llamar á la puerta, le pareció que podia correr algun peligro cúya era la criatura, y en dejarla allí, la criatura misma; pues el llevarla á su casa, no tenia en ella quien la remediase, ni él conocia en toda la ciudad persona adonde poder llevarla; pero viendo que le habian dicho que la pusiese en cobro y que volviese luego, determinó de traerla á su casa y dejarla en poder de una ama que los servia, y volver luego á ver si era menester su favor en alguna cosa, puesto que bien habia visto que le habian tenido por otro, y que habia sido error darle á él la criatura. Finalmente, sin hacer más discursos, se vino á casa con ella, á tiempo que ya don Antonio no estaba en ella; entróse en un aposento y llamó al ama; descubrió la criatura, y vió que era la más hermosa que jamas hubiese visto; los paños en que venia envuelta mostraban ser de ricos padres nacida; desenvolvióla el ama, y hallaron que era varon.

«Menester es, dijo don Juan, dar de mamar á este niño, y ha de ser desta manera: que vos, ama, le habeis de quitar estas ricas mantillas, y ponerle otras más humildes, y sin decir que yo le he traido, le habeis de llevar en casa de una partera, que las tales siempre suelen dar recado y remedio á semejantes necesidades. Llevareis dineros con que la dejeis satisfecha, y dareisle los padres que quisiéredes, para encu-

brir la verdad de haberlo yo traido.» Respondió el ama que así lo haria, y don Juan, con la priesa que pudo, volvió á ver si le ceceaban otra vez; pero un poco ántes que llegase á la casa adonde le habian llamado, oyó gran ruido de espadas, como de mucha gente que se acuchillaba. Estuvo atento y no sintió palabra alguna; la herrería era á la sorda, y á la luz de las centellas que las piedras heridas de las espadas levantaban, casi pudo ver que eran muchos los que á uno solo acometian. Confirmóse en esta verdad oyendo decir : «¡Ah traidores, que sois muchos, y yo solo! pero con todo eso, no os ha de valer vuestra superchería.» Oyendo y viendo lo cual don Juan, llevado de su valeroso corazon, en dos brincos se puso á su lado, y metiendo mano á la espada y á un broquel que llevaba, dijo al que se defendia, en lengua italiana por no ser conocido por español : «No temais, que socorro os ha venido, que no os faltará hasta perder la vida; menead los puños, que traidores pueden poco, aunque sean muchos.» A estas razones respondió uno de los contrarios : «Mientes, que aquí no hay ningun traidor; que el querer cobrar la honra perdida, á toda demasía da licencia.»

No le habló más palabras, porque no les daba lugar á ello la priesa que se daban á herirse los enemigos, que, al parecer de don Juan, debian de ser seis. Apretaron tanto á su compañero, que de dos estocadas que le dieron á un tiempo en los pechos, dieron con él en tierra. Don Juan creyó que le habian muerto, y con ligereza y valor extraño se puso delante de todos, y los hizo arredrar á fuerza de una lluvia de cuchilladas y estocadas; pero no fuera bastante su diligencia para ofender y defenderse, si no le ayudara la buena suerte con hacer que los vecinos de la calle sacasen lumbres

á las ventanas, y á grandes voces llamasen á la justicia; lo cual visto por los contrarios, dejaron la calle, y á espaldas vueltas se ausentaron.

Ya en esto se habia levantado el caido, porque las estocadas hallaron un peto como de diamante, en que toparon. Habíasele caido á don Juan el sombrero en la refriega, y buscándole, halló otro, que se puso acaso, sin mirar si era el suyo ó no. El caido se llegó á él y le dijo: «Señor caballero, quien quiera que seais, yo confieso que os debo la vida que tengo, la cual, con lo que valgo y puedo, gastaré á vuestro servicio; hacedme merced de decirme quién sois y vuestro nombre, para que yo sepa á quién tengo de mostrarme agradecido.» A lo cual respondió don Juan: «No quiero ser descortés, ya que soy desinteresado. Por hacer, señor, lo que me pedis, y por daros gusto solamente, os digo que soy un caballero español y estudiante en esta ciudad; si el nombre os importara saberlo, os lo dijera; mas por si acaso os quisiéredes servir de mí en otra cosa, sabed que me llamo don Juan de Gamboa.

—Mucha merced me habeis hecho, respondió el caido; pero yo, señor don Juan de Gamboa, no quiero deciros quién soy, ni mi nombre, porque he de gustar mucho de que lo sepais de otro que de mí, y yo tendré cuidado de que os hagan sabidor dello.» Habíale preguntado primero don Juan si estaba herido, porque le habia visto dar dos grandes estocadas; y habíale respondido que un famoso peto que traia puesto, despues de Dios, le habia defendido; pero que, con todo esto, sus enemigos le acabaran si él no se hallara á su lado.

En esto vieron venir hácia ellos un bulto de gente, y don

Juan dijo: «Si éstos son los enemigos que vuelven, apercebios, señor, y haced como quien sois.

—A lo que yo creo, no son enemigos, sino amigos, los que aquí vienen.» Y así fué la verdad, porque los que llegaron, que fueron ocho hombres, rodearon al caido, y hablaron con él pocas palabras, pero tan calladas y secretas, que don Juan no las pudo oir. Volvió luego el defendido á don Juan y díjole: «A no haber venido estos amigos, en ninguna manera, señor don Juan, os dejara hasta que acabáredes de ponerme en salvo; pero ahora os suplico con todo encarecimiento que os vais y me dejeis, que me importa.» Hablando esto, se tentó la cabeza, y vió que estaba sin sombrero, y volviéndose á los que habian venido, pidió que le diesen un sombrero, que se le habia caido el suyo. Apénas lo hubo dicho, cuando don Juan le puso el que habia hallado en la calle. Tentóle el caido, y volviéndosele á don Juan, dijo: «Este sombrero no es mio; por vida del señor don Juan, que se le lleve por trofeo desta refriega, y guárdele, que creo que es conocido.» Diéronle otro sombrero al defendido, y don Juan, por cumplir lo que le habia pedido, pasando otros algunos, aunque breves, comedimientos, le dejó, sin saber quién era, y se vino á su casa, sin querer llegar á la puerta donde le habian dado la criatura, por parecerle que todo el barrio estaba despierto y alborotado con la pendencia.

Sucedió, pues, que volviéndose á su posada, en la mitad del camino encontró con don Antonio de Isunza, su camarada, y conociéndose, dijo don Antonio: «Volved conmigo, don Juan, hasta aquí arriba, y en el camino os contaré un extraño cuento que me ha sucedido, que no le habreis oido tal vez en toda vuestra vida.

—Como esos cuentos os podré contar yo, respondió don Juan; pero vamos donde quereis, y contadme el vuestro.»

Guió don Antonio y dijo: «Habeis de saber que poco más de una hora despues que salisteis de casa, salí á buscaros, y no treinta pasos de aquí vi venir casi á encontrarme un bulto negro de persona, que venia muy aguijando, y llegándose cerca, conocí ser mujer en el hábito largo, la cual con voz interrumpida de sollozos y de suspiros me dijo: «¿Por ventura, señor, sois extranjero, ó de la ciudad?

»—Extranjero soy, y español», respondí yo. Y ella: «Gracias al cielo, que no quiere que muera sin sacramentos.

»—¿Venis herida, señora, repliqué yo, ó traeis algun mal de muerte?

»—Podria ser que el que traigo lo fuese, si presto no se me da remedio; por la cortesía que siempre suele reinar en los de vuestra nacion, os suplico, señor español, que me saqueis destas calles y me lleveis á vuestra posada con la mayor priesa que pudiéredes; que allá, si gustáredes dello, sabreis el mal que llevo y quién soy, aunque sea á costa de mi crédito.» Oyendo lo cual, pareciéndome que tenia necesidad de lo que pedia, sin replicarla más, la así de la mano, y por calles desusadas la llevé á la posada. Abrióme Santistéban, el paje; hícele que se retirase, y sin que él la viese, la llevé á mi estancia, y ella, en entrando, se arrojó encima de mi lecho, desmayada. Lleguéme á ella y descubríla el rostro, que con el manto traia cubierto, y descubrí en él la mayor belleza que humanos ojos han visto: será, á mi parecer, de edad de diez y ocho años, ántes ménos que más. Quedé suspenso de ver tal extremo de belleza; acudí á echarle un poco de agua en el rostro, con que volvió en

sí, suspirando tiernamente; y lo primero que me dijo fué: «¿Conoceisme, señor?

»—No, respondí yo, ni es bien que yo haya tenido ventura de haber conocido tanta hermosura.

»—¡Desdichada de aquella, respondió ella, á quien se la da el cielo para mayor desgracia suya; pero, señor, no es tiempo éste de alabar hermosuras, sino de remediar desdichas. Por quien sois, que me dejeis aquí encerrada y no permitais que ninguno me vea, y volved luego al mismo lugar que me topastes, y mirad si riñe alguna gente, y no favorezcais á ninguno de los que riñeren, sino poned paz; que cualquier daño de las partes ha de resultar en acrecentar el mio.» Déjola encerrada, y vengo á poner en paz esta pendencia.

—¿Teneis más que decir, don Antonio? preguntó don Juan.

—Pues ¿no os parece que he dicho harto, respondió don Antonio, pues he dicho que tengo debajo de llave y en mi aposento la mayor belleza que humanos ojos han visto?

—El caso es extraño sin duda, dijo don Juan; pero oid el mio»; y luego le contó todo lo que le habia sucedido, y cómo la criatura que le habian dado estaba en casa, en poder de su ama, y la órden que le habia dejado de mudarle las ricas mantillas en pobres y de llevarla adonde la criasen, ó á lo ménos socorriesen la presente necesidad; y dijo más: que la pendencia que él venia á buscar ya era acabada y puesta en paz; que él se habia hallado en ella, y que, á lo que él imaginaba, todos los de la riña debian de ser gentes de prendas y de gran valor.

Quedaron entrambos admirados del suceso de cada uno,

y con priesa se volvieron á la posada, por ver lo que habia menester la encerrada. En el camino dijo don Antonio á don Juan que él habia prometido á aquella señora que no la dejaria ver de nadie, ni entraria en aquel aposento sino él solo, en tanto que ella no gustase de otra cosa. «No importa nada, respondió don Juan; que no faltará órden para verla, que ya lo deseo en extremo, segun me la habeis alabado de hermosa.»

Llegaron en esto, y á la luz que sacó uno de tres pajes que tenian, alzó los ojos don Antonio al sombrero que don Juan traia, y vióle resplandeciente de diamantes; quitósele, y vió que las luces salian de muchos que en un cintillo riquísimo traia. Miráronle y remiráronle entrambos, y concluyeron que si todos eran finos, como parecian, valia más de doce mil ducados. Aquí acabaron de conocer ser gente principal la de la pendencia, especialmente el socorrido de don Juan, de quien se acordó haberle dicho que trujese el sombrero y le guardase, porque era conocido. Mandaron retirar los pajes, y don Antonio abrió su aposento, y halló á la señora sentada en la cama, con la mano en la mejilla, derramando tiernas lágrimas. Don Juan, con el deseo que tenia de verla, se asomó á la puerta tanto, cuanto pudo entrar la cabeza, y al punto la lumbre de los diamantes dió en los ojos de la que lloraba, y alzándolos, dijo: «Entrad, señor Duque, entrad; ¿para qué me quereis dar con tanta escaseza el bien de vuestra visita?» A esto dijo don Antonio: «Aquí, señora, no hay ningun duque que se excuse de veros.

—¿Cómo no? replicó ella; el que allí se asomó ahora es el Duque de Ferrara; que mal le puede encubrir la riqueza de su sombrero.

—En verdad, señora, que el sombrero que vistes no le trae ningun duque, y si quereis desengañaros con ver quién le trae, dadle licencia que éntre.

—Entre enhorabuena, dijo ella, aunque si no fuese el Duque, mis desdichas serian mayores.»

Todas estas razones habia oido don Juan, y viendo que tenia licencia para entrar, con el sombrero en la mano entró en el aposento, y así como se le puso delante, y ella conoció no ser quien decia el del rico sombrero, con voz turbada y lengua presurosa dijo : «¡Ay desdichada de mí! Señor mio, decidme luego, sin tenerme más suspensa : ¿conoceis el dueño dese sombrero? ¿Dónde le dejastes, ó cómo vino á vuestro poder? ¿Es vivo por ventura, ó son ésas las nuevas que me envia de su muerte? ¡Ay bien mio, qué sucesos son éstos! Aquí veo tus prendas, aquí me veo sin tí, encerrada, y en poder que, á no saber que es de gentileshombres españoles, el temor de perder mi honestidad me hubiera quitado la vida.

—Sosegaos, señora, dijo don Juan; que ni el dueño deste sombrero es muerto, ni estais en parte donde se os ha de hacer agravio alguno, sino serviros con cuanto las fuerzas nuestras alcanzaren, hasta poner las vidas por defenderos y ampararos; que no es bien que os salga vana la fe que teneis de la bondad de los españoles; y pues nosotros lo somos, y principales (que aquí viene bien ésta que parece arrogancia), estad segura que se os guardará el decoro que vuestra presencia merece.

—Así lo creo yo, respondió ella; pero, con todo eso, decidme, señor : ¿cómo vino á vuestro poder ese rico sombrero, ó adónde está su dueño, que por lo ménos es Alfonso

de Este, Duque de Ferrara?» Entónces don Juan, por no tenerla más suspensa, le contó cómo le habia hallado en una pendencia, y en ella habia favorecido y ayudado á un caballero, que por lo que ella decia, sin duda debia de ser el Duque de Ferrara, y que en la pendencia habia perdido el sombrero y hallado aquel, y que aquel caballero le habia dicho que le guardase, que era conocido; y que la refriega se habia concluido sin quedar herido el caballero, ni él tampoco, y que despues de acabada habia llegado gente, que al parecer debian de ser criados ó amigos del que él pensaba ser el Duque, el cual le habia pedido le dejase y se viniese, mostrándose muy agradecido al favor que le habia dado; «de manera, señora mia, que este rico sombrero vino á mi poder por la manera que os he dicho, y su dueño, si es el Duque, como vos decis, no há una hora que le dejé bueno, sano y salvo. Sea esta verdad parte para vuestro consuelo, si es que le tendreis con saber del buen estado del Duque.

—Para que sepais, señores, si tengo razon y causa para preguntar por él, estadme atentos, y escuchad la no sé si diga mi desdichada historia.»

Todo el tiempo en que esto pasó le entretuvo el ama en paladear al niño con miel y en mudarle las mantillas de ricas en pobres, y ya que lo tuvo todo aderezado, quiso llevarle en casa de una partera, como don Juan se lo dejó ordenado, y al pasar con él por junto á la estancia donde estaba la que queria comenzar su historia, lloró la criatura de modo, que lo sintió la señora, y levantándose en pié, púsose atentamente á escuchar, y oyó más distintamente el llanto de la criatura, y dijo : «Señores mios, ¿qué criatura es aquella que parece recien nacida?» Don Juan respondió : «Es un

niño que esta noche nos han echado á la puerta de casa, y va el ama á buscar quien le dé de mamar.

—Tráiganmele aquí, por amor de Dios, dijo la señora; que yo haré esa caridad á los hijos ajenos, pues no quiere el cielo que la haga con los propios.» Llamó don Juan al ama, y tomóle el niño, y entrósele á la que le pedia, y púsosele en los brazos, diciendo: «Veis aquí, señora, el presente que nos han hecho esta noche, y no ha sido éste el primero; que pocos meses se pasan que no hallemos á los quicios de nuestras puertas semejantes hallazgos.» Tomóle ella en los brazos, y miróle atentamente así el rostro, como los pobres, aunque limpios, paños en que venia envuelto, y luego, sin poder tener las lágrimas, se echó la toca de la cabeza encima de los pechos, para poder dar con honestidad de mamar á la criatura, y aplicándosela á ellos, juntó su rostro con el suyo, y con la leche le sustentaba, y con las lágrimas le bañaba el rostro; y desta manera estuvo, sin levantar el suyo tanto espacio, cuanto el niño no quiso dejar el pecho.

En este espacio guardaban todos cuatro silencio: el niño mamaba; pero no era así, porque las recien paridas no pueden dar el pecho, y así, cayendo en la cuenta la que se lo daba, se volvió á don Juan, diciendo: «En balde me he mostrado caritativa; bien parezco nueva en estos casos: haced, señor, que á este niño le paladeen con un poco de miel, y no consintais que á estas horas le lleven por las calles; dejad llegar el dia, y ántes que le lleven, vuélvanmele á traer, que me consuelo en verle.»

Volvió el niño don Juan á la ama, y ordenóle le entretuviese hasta el dia, y que le pusiese las ricas mantillas con que le habia traido, y que no le llevase sin primero decírselo.

Y volviendo á entrar, y estando los tres solos, la hermosa Cornelia dijo: «Si quereis que hable, dadme primero algo que coma, que me desmayo, y tengo bastante ocasion para ello.» Acudió prestamente don Antonio á un escritorio, y sacó dél muchas conservas, y de algunas comió la desmayada, y bebió un vidrio de agua fria, con que volvió en sí, y algo sosegada, dijo: «Sentaos, señores, y escuchadme.» Hiciéronlo ansí, y ella, recogiéndose encima del lecho, y abrigándose bien con las faldas del vestido, dejó descolgar por las espaldas un velo que en la cabeza traia, dejando el rostro exento y descubierto, mostrando en él el mismo de la luna, ó por mejor decir, del mismo sol, cuando más hermoso y más claro se muestra. Llovíanle líquidas perlas de los ojos, y limpiábaselas con un lienzo blanquísimo y con unas manos tales, que entre ellas y el lienzo fuera de buen juicio el que supiera diferenciar la blancura. Finalmente, despues de haber dado muchos suspiros y despues de haber procurado sosegar algun tanto el pecho, con voz algo doliente y turbada dijo:

«Yo, señores, soy aquella que muchas veces habreis sin duda alguna oido nombrar por ahí, porque la fama de mi belleza, tal cual ella es, pocas lenguas hay que no la publiquen: soy, en efeto, Cornelia Bentibolli, hermana de Lorenzo Bentibolli; que con deciros esto, quizá habré dicho dos verdades: la una de mi nobleza, la otra de mi hermosura. De pequeña edad quedé huérfana de padre y madre, en poder de mi hermano, el cual desde niña puso en mi guarda el recato mismo, puesto que más confiaba de mi honrada condicion que de la solicitud que ponia en guardarme. Finalmente, entre paredes y entre soledades, acom-

pañada no más que de mis criadas, fuí creciendo, y juntamente conmigo crecia la fama de mi gentileza, sacada en público de los criados y de aquellos que en secreto me trataban, y de un retrato que mi hermano mandó hacer á un famoso pintor, para que, como él decia, no quedase sin mí el mundo, ya que el cielo á mejor vida me llevase; pero todo esto fuera poca parte para apresurar mi perdicion, si no sucediera venir el Duque de Ferrara á ser padrino de unas bodas de una prima mia, donde me llevó mi hermano con sana intencion y por honra de mi parienta. Allí miré y fuí vista; allí, segun creo, rendí corazones, avasallé voluntades; allí sentí que daban gusto las alabanzas, aunque fuesen dadas por lisonjeras lenguas; allí, finalmente, vi al Duque, y él me vió á mí, de cuya vista ha resultado verme ahora como me veo.

»No os quiero decir, señores, porque seria proceder en infinito, los términos, las trazas y los modos por donde el Duque y yo vinimos á conseguir, al cabo de dos años, los deseos que en aquellas bodas nacieron; porque ni guardas, ni recatos, ni honrosas amonestaciones, ni otra humana diligencia fué bastante para estorbar el juntarnos, que en fin hubo de ser, debajo de la palabra que él me dió de ser mi esposo, porque sin ella fuera imposible rendir la roca de la valerosa y honrada presuncion mia. Mil veces le dije que públicamente me pidiese á mi hermano, pues no era posible que me negase, y que no habia que dar disculpas al vulgo de la culpa que le pondrian de la desigualdad de nuestro casamiento, pues no desmentia en nada la nobleza del linaje Bentibolli á la suya Estense. A esto me respondió con excusas, que yo las tuve por bastantes y necesarias, y confiada como rendida, creí

como enamorada, y entreguéme de toda mi voluntad á la suya por intercesion de una criada mia, más blanda á las dádivas y promesas del Duque que lo que debia á la confianza que de su fidelidad mi hermano hacia. En resolucion, al cabo de pocos dias me sentí preñada, y ántes que mis vestidos manifestasen mis libertades (por no darles otro nombre), me fingí enferma y melancólica, y hice que mi hermano me trujese en casa de aquella mi prima de quien habia sido padrino el Duque. Allí le hice saber en el término en que estaba, y el peligro que me amenazaba, y la poca seguridad que tenia de mi vida, por tener barruntos de que mi hermano sospechaba mi desenvoltura. Quedó de acuerdo entre los dos que en entrando en el mes mayor se lo avisase; que él vendria por mí con otros amigos suyos, y me llevaria á Ferrara, donde en la sazon que esperaba se casaria públicamente conmigo. Esta noche en que estamos fué la del concierto de su venida, y esta misma noche, estándole esperando, sentí pasar á mi hermano con otros muchos hombres, al parecer armados, segun les crujian las armas; de cuyo sobresalto, de improviso me sobrevino el parto, y en un instante parí un hermoso niño. Aquella criada mia, sabidora y medianera de mis hechos, que estaba ya prevenida para el caso, envolvió la criatura en otros paños que no los que tiene la que á vuestra puerta echaron, y saliendo á la puerta de la calle, la dió, á lo que ella dijo, á un criado del Duque. Yo desde allí á un poco, acomodándome lo mejor que pude (segun la presente necesidad), salí de la casa, creyendo que estaba en la calle el Duque, y no lo debiera hacer hasta que él llegara á la puerta; mas el miedo que me habia puesto la cuadrilla armada de mi hermano, creyendo

que ya esgrimia su espada sobre mi cuello, no me dejó hacer otro mejor discurso; y así, desatentada y loca, salí donde me sucedió lo que habeis visto; y aunque me veo sin hijo y sin esposo, y con temor de peores sucesos, doy gracias al cielo, que me ha traido á vuestro poder, de quien me prometo todo aquello que de la cortesía española puedo prometerme, y más de la vuestra, que la sabreis realzar, por ser tan nobles como pareceis.»

Diciendo esto, se dejó caer del todo encima del lecho, y acudiendo los dos á ver si se desmayaba, vieron que no, sino que amargamente lloraba, y díjole don Juan: «Si hasta aquí, hermosa señora, yo y don Antonio, mi camarada, os teniamos compasion y lástima por ser mujer, ahora, que sabemos vuestra calidad, la lástima y compasion pasa á ser obligacion precisa de serviros. Cobrad ánimo y no desmayeis, y aunque no acostumbrada á semejantes casos, tanto más mostrareis quién sois, cuanto más con paciencia supiéredes llevarlos. Creed, señora, que imagino que estos tan extraños sucesos han de tener un feliz fin; que no han de permitir los cielos que tanta belleza se goce mal y tan honestos pensamientos se malogren. Acostaos, señora, y curad de vuestra persona, que lo habeis menester; que aquí entrará una criada nuestra que os sirva, de quien podeis hacer la misma confianza que de nuestras personas: tan bien sabrá tener en silencio vuestras desgracias, como acudir á vuestras necesidades.

—Tal es la que tengo, que á cosas más dificultosas me obliga, respondió ella; éntre, señor, quien vos quisiéredes, que encaminada por vuestra parte, no puedo dejar de tenerla muy buena en la que menester hubiere; pero con

todo eso, os suplico que no me vean más que vuestra criada.

—Así será», respondió don Antonio; y dejándola sola, se salieron, y don Juan dijo al ama que entrase dentro, y llevase la criatura con los ricos paños, si se los habia puesto. El ama dijo que sí, y que ya estaba de la misma manera que él la habia traido.

Entró el ama, advertida de lo que habia de responder á lo que acerca de aquella criatura la señora que hallaria allí dentro le preguntase. En viéndola Cornelia, le dijo: «Vengais en buen hora, amiga mia; dadme esa criatura, y llegadme aquí esa vela.» Hízolo así el ama, y tomando el niño Cornelia en sus brazos, se turbó toda, y le miró ahincadamente, y dijo al ama: «Decidme, señora, ¿este niño y el que me trujisteis, ó me trujeron poco há, es todo uno?

—Sí, señora, respondió el ama.

—Pues ¿cómo trae tan trocadas las mantillas? replicó Cornelia; en verdad, amiga, que me parece, ó que éstas son otras mantillas, ó que ésta no es la misma criatura.

—Todo podia ser, respondió el ama.

—Pecadora de mí, dijo Cornelia, ¿cómo todo podia ser? ¿cómo es esto, ama mia? que el corazon me revienta en el pecho hasta saber este trueco: decídmelo, amiga, por todo aquello que bien quereis; digo que me digais de dónde habeis habido estas tan ricas mantillas; porque os hago saber que son mias, si la vista no me miente ó la memoria no se acuerda; con estas mismas, ó otras semejantes, entregué yo á mi doncella la prenda querida de mi alma; ¿quién se las quitó? ¡ay desdichada! y ¿quién las trujo aquí? ¡ay sin ventura!» Don Juan y don Antonio, que todas estas quejas escuchaban, no quisieron que más adelante pasase en ellas,

ni permitieron que el engaño de las trocadas mantillas más la tuviese en pena, y así entraron, y don Juan le dijo: «Esas mantillas y ese niño son cosa vuestra, señora Cornelia»; y luego le contó punto por punto cómo él habia sido la persona á quien su doncella habia dado el niño, y de cómo le habia traido á casa, con la órden que habia dado al ama del trueco de las mantillas, y la ocasion por que lo habia hecho; aunque despues que le contó su parto, siempre tuvo por cierto que aquel era su hijo, y que si no se lo habia dicho, habia sido porque tras el sobresalto del estar en duda de conocerle, sobreviniese la alegría de haberle conocido. Allí fueron infinitas las lágrimas de alegría de Cornelia, infinitos los besos que dió á su hijo, infinitas las gracias que rindió á sus favorecedores, llamándolos ángeles humanos de su guarda, y otros títulos, que de su agradecimiento daban notoria muestra. Dejáronla con el ama, encomendándole mirase por ella, y la sirviese cuanto fuese posible, advirtiéndola en el término en que estaba, para que acudiese á su remedio, pues ella, por ser mujer, sabria más de aquel menester que no ellos. Con esto, se fueron á reposar lo que faltaba de la noche, con intencion de no entrar en el aposento de Cornelia, si no fuese, ó que ella los llamase, ó á necesidad precisa.

Vino el dia, y el ama trujo á quien secretamente y á excusas diese de mamar al niño, y ellos preguntaron por Cornelia. Dijo el ama que reposaba un poco. Fuéronse á las escuelas, y pasaron por la calle de la pendencia y por la casa de donde habia salido Cornelia, por ver si era ya pública su falta, ó si hacian corrillos della; pero en ningun modo sintieron ni oyeron cosa, ni de la riña, ni de la

ausencia de Cornelia. Con esto, oidas sus lecciones, se volvieron á su posada. Llamólos Cornelia con el ama, á quien respondieron que tenian determinado de no poner los piés en su aposento, para que con más decoro se guardase el que á su honestidad se debia; pero ella replicó con lágrimas y con ruegos que entrasen á verla, que aquel era el decoro más conveniente, si no para su remedio, á lo ménos para su consuelo. Hiciéronlo así, y ella los recebió con rostro alegre y con mucha cortesía: pidióles le hiciesen merced de salir por la ciudad, y ver si oian algunas nuevas de su atrevimiento; respondiéronle que ya estaba hecha aquella diligencia con toda curiosidad, pero que no se decia nada.

En esto llegó un paje, de tres que tenian, á la puerta del aposento, y desde fuera dijo: «A la puerta está un caballero, con dos criados, que dice se llama Lorenzo Bentibolli, y busca á mi señor don Juan de Gamboa.» A este recado cerró Cornelia ambos puños y se los puso en la boca, y por entre ellos salió la voz baja y temerosa, y dijo: «Mi hermano, señores, mi hermano es ése: sin duda debe haber sabido que estoy aquí, y viene á quitarme la vida. ¡Socorro, señores, y amparo!

—Sosegaos, señora, le dijo don Antonio; que en parte estais y en poder de quien no os dejará hacer el menor agravio del mundo. Acudid vos, señor don Juan, y mirad lo que quiere ese caballero, y yo me quedaré aquí á defender, si menester fuere, á Cornelia.» Don Juan, sin mudar semblante, bajó abajo, y luego don Antonio hizo traer dos pistoletes armados, y mandó á los pajes que tomasen sus espadas y estuviesen apercebidos. El ama, viendo aquellas prevenciones, temblaba; Cornelia, temerosa de algun mal

suceso, tremia; solos don Antonio y don Juan estaban en sí y muy bien puestos en lo que habian de hacer.

En la puerta de la calle halló don Juan á don Lorenzo, el cual, en viendo á don Juan, le dijo: «Suplico á V. S. (que ésta es la manera de Italia) me haga merced de venirse conmigo á aquella iglesia que está allí frontero, que tengo un negocio que comunicar con V. S., en que me va la vida y la honra.

—De muy buena gana, respondió don Juan; vamos, señor, donde quisiéredes.» Dicho esto, mano á mano se fueron á la iglesia, sentándose en un escaño y en parte donde no pudiesen ser oidos. Lorenzo habló primero y dijo:

«Yo, señor español, soy Lorenzo Bentibolli, si no de los más ricos, de los más principales desta ciudad. Ser esta verdad tan notoria servirá de disculpa de alabarme yo propio; quedé huérfano algunos años há, y quedó en mi poder una mi hermana, tan hermosa, que á no tocarme tanto, quizá os la alabara de manera, que me faltaran encarecimientos, por no poder ningunos corresponder del todo á su belleza. Ser yo honrado, y ella muchacha y hermosa, me hacian andar solícito en guardarla; pero todas mis prevenciones y diligencias las ha defraudado la voluntad arrojada de mi hermana Cornelia, que éste es su nombre; finalmente, por acortar, por no cansaros, éste, que pudiera ser cuento largo, digo que el Duque de Ferrara, Alfonso de Este, con ojos de lince venció á los de Argos, derribó y triunfó de mi industria, venciendo á mi hermana, y anoche me la llevó y sacó de casa de una parienta nuestra, y áun dicen que recien parida. Anoche lo supe, y anoche le salí á buscar, y creo que le hallé y acuchillé, pero fué socorrido de algun

ángel, que no consintió que con su sangre sacase la mancha de mi agravio. Hame dicho mi parienta, que es la que todo esto me ha dicho, que el Duque engañó á mi hermana debajo de palabra de recebirla por mujer : esto yo no lo creo, por ser desigual el matrimonio en cuanto á los bienes de fortuna; que en los de naturaleza el mundo sabe la calidad de los Bentibollis de Bolonia. Lo que creo es, que él se atuvo á lo que se atienen los poderosos que quieren atropellar una doncella temerosa y recatada, poniéndole á la vista el dulce nombre de esposo, haciéndola creer que por ciertos respetos no se desposaba luego; mentiras aparentes de verdades, pero falsas y mal intencionadas. Pero sea lo que fuere, yo me veo sin hermana y sin honra, puesto que todo esto hasta agora, por mi parte lo tengo puesto debajo de la llave del silencio, y no he querido contar á nadie este agravio, hasta ver si le puedo remediar y satisfacer en alguna manera; que las infamias mejor es que se presuman y sospechen, que no que se sepan de cierto y distintamente; que entre el sí y el no de la duda, cada uno puede inclinarse á la parte que más quisiere, y cada una tendrá sus valedores. Finalmente, yo tengo determinado de ir á Ferrara, y pedir al mismo Duque la satisfaccion de mi ofensa; y si la negare, desafiarle sobre el caso; y esto no ha de ser con escuadrones de gente, pues no los puedo ni formar ni sustentar, sino de persona á persona; para lo cual querria el ayuda de la vuestra, y que me acompañásedes en este camino, confiado en que lo hareis, por ser español y caballero, como ya estoy informado. Y por no dar cuenta á ningun pariente ni amigo mio, de quien no espero sino consejos y disuasiones, y de vos puedo esperar los que sean buenos y honrosos, aunque

rompan por cualquier peligro, vos, señor, me habeis de hacer merced de venir conmigo; que llevando un español á mi lado, y tal como vos me pareceis, haré cuenta que llevo en mi guarda los ejércitos de Jérjes. Mucho os pido, pero á más obliga la deuda de responder á lo que la fama de vuestra nacion pregona.

—No más, señor Lorenzo, dijo á esta sazon don Juan (que hasta allí, sin interrumpirle palabra, le habia estado escuchando); no más, que desde aquí me constituyo por vuestro defensor y consejero, y tomo á mi cargo la satisfacion ó venganza de vuestro agravio; y esto, no sólo por ser español, sino por ser caballero, y serlo vos tan principal como habeis dicho, y como yo sé, y como todo el mundo sabe. Mirad cuándo quereis que sea nuestra partida, y seria mejor que fuese luego, porque el hierro se ha de labrar miéntras estuviere encendido, y el ardor de la cólera acrecienta el ánimo, y la injuria reciente despierta la venganza.»

Levantóse Lorenzo y abrazó apretadamente á don Juan, y dijo: «A tan generoso pecho como el vuestro, señor don Juan, no es menester moverle con ponerle otro interes delante que el de la honra que ha de ganar en este hecho, la cual desde aquí os la doy, si salimos felizmente deste caso, y por añadidura os ofrezco cuanto tengo, puedo y valgo. La ida quiero que sea mañana, porque hoy pueda prevenir lo necesario para ella.

—Bien me parece, dijo don Juan, y dadme licencia, señor Lorenzo, que yo pueda dar cuenta deste hecho á un caballero, camarada mio, de cuyo valor y silencio os podeis prometer harto más que del mio.

—Pues vos, señor don Juan, segun decis, habeis tomado

mi honra á vuestro cargo, disponed della como quisiéredes, y decid della lo que quisiéredes y á quien quisiéredes; cuanto más, que camarada vuestro, ¿quién puede ser, que muy bueno no sea?» Con esto, se abrazaron y despidieron, quedando que otro dia por la mañana le enviaria á llamar, para que fuera de la ciudad se pusiesen á caballo, y siguiesen disfrazados su jornada.

Volvió don Juan, y dió cuenta á don Antonio y á Cornelia de lo que con Lorenzo habia pasado, y el concierto que quedaba hecho. «¡Válame Dios! dijo Cornelia; grande es, señor, vuestra cortesía y grande vuestra confianza. ¿Cómo? y ¿tan presto os habeis arrojado á emprender una hazaña llena de inconvenientes? y ¿qué sabeis vos, señor, si os lleva mi hermano á Ferrara ó á otra parte? Pero donde quiera que os llevare, bien podeis hacer cuenta que va con vos la fidelidad misma, aunque yo, como desdichada, en los átomos del sol tropiezo, de cualquier sombra temo. Y ¿no quereis que tema, si está puesta en la respuesta del Duque mi vida ó mi muerte? y ¿qué sé yo si responderá tan atentamente, que la cólera de mi hermano se contenga en los límites de su discrecion? y cuando así no salga, ¿paréceos que tiene flaco enemigo? y ¿no os parece que los dias que tardáredes he de quedar colgada, temerosa y suspensa, esperando las dulces ó amargas nuevas del suceso? ¿Quiero yo tan poco al Duque ó á mi hermano, que de cualquiera de los dos no tema las desgracias y las sienta en el alma?

—Mucho discurris y mucho temeis, señora Cornelia, dijo don Juan; pero dad lugar, entre tantos miedos, á la esperanza, y fiad en Dios, en mi industria y buen deseo, que habeis de ver con toda felicidad cumplido el vuestro. La

ida de Ferrara no se excusa, ni el dejar de ayudar yo á vuéstro hermano, tampoco. Hasta agora no sabemos la intencion del Duque, ni tampoco si él sabe vuestra falta, y todo esto se ha de saber de su boca, y nadie se lo podrá preguntar como yo. Entended, señora Cornelia, que la salud y contento de vuestro hermano y el del Duque llevo puestos en las niñas de mis ojos : yo miraré por ellos como por ellas.

—Si así os da el cielo, señor don Juan, respondió Cornelia, poder para remediar como gracia para consolar, en medio destos mis trabajos me cuento por bien afortunada. Ya querria veros ir y volver, por más que el temor me aflija en vuestra ausencia, ó la esperanza me suspenda.» Don Antonio aprobó la determinacion de don Juan, y le alabó la buena correspondencia que en él habia hallado la confianza de Lorenzo Bentibolli; díjole más : que él querria ir á acompañarlos, por lo que podia suceder.

«Eso no, dijo don Juan, así porque no será bien que la señora Cornelia quede sola, como porque no piense el señor Lorenzo que me quiero valer de esfuerzos ajenos.

—El mio es el vuestro mismo, replicó don Antonio, y así, aunque sea desconocido y desde léjos, os tengo de seguir; que la señora Cornelia sé que gustará dello, y no queda tan sola, que le falte quien la sirva, la guarde y acompañe.» A lo cual Cornelia dijo : «Gran consuelo será para mí, señores, si sé que vais juntos, ó á lo ménos de modo que os favorezcais el uno al otro si el caso lo pidiere; y pues al que vais, á mí se me semeja ser de peligro, hacedme merced, señores, de llevar estas reliquias con vosotros»; y diciendo esto, sacó del seno una cruz de diamantes de inestimable valor, y un *agnus* de oro tan rico como la cruz. Miraron

los dos las ricas joyas, y apreciáronlas aún más que lo que habian apreciado el cintillo; pero volviéronselas, no queriendo tomarlas en ninguna manera, diciendo que ellos llevarian reliquias consigo, si no tan bien adornadas, á lo ménos en su calidad tan buenas. Pesóle á Cornelia el no aceptarlas, pero al fin hubo de estar á lo que ellos querian. El ama tenia gran cuidado de regalar á Cornelia, y sabiendo la partida de sus amos, de que le dieron cuenta, pero no á lo que iban ni adónde iban, se encargó de mirar por la señora, cuyo nombre áun no sabia, de manera que sus mercedes no hiciesen falta.

Otro dia bien de mañana ya estaba Lorenzo á la puerta, y don Juan de camino, con el sombrero del cintillo, á quien adornó de plumas negras y amarillas, y cubrió el cintillo con una toquilla negra. Despidiéronse de Cornelia, la cual, imaginando que tenia á su hermano tan cerca, estaba tan temerosa, que no acertó á decir palabra á los dos que della se despidieron. Salió primero don Juan, y con Lorenzo se fué fuera de la ciudad, y en una huerta algo desviada hallaron dos muy buenos caballos, con dos mozos, que del diestro los tenian. Subieron en ellos, y los mozos delante, por sendas y caminos desusados caminaron á Ferrara. Don Antonio sobre un cuartago suyo y otro vestido, disimulado los seguia; pero parecióle que se recataban dél, especialmente Lorenzo, y así acordó de seguir el camino derecho de Ferrara, con seguridad que allí los encontraria.

Apénas hubieron salido de la ciudad, cuando Cornelia dió cuenta al ama de todos sus sucesos, y de cómo aquel niño era suyo y del Duque de Ferrara, con todos los puntos que hasta aquí se han contado tocantes á su historia, no

encubriéndole cómo el viaje que llevaban sus señores era á Ferrara, acompañando á su hermano, que iba á desafiar al Duque Alfonso. Oyendo lo cual el ama (como si el demonio se lo mandara, para intricar, estorbar ó dilatar el remedio de Cornelia), dijo : «¡Ay, señora de mi alma! y ¿todas esas cosas han pasado por vos, y estais aquí descuidada y á pierna tendida? O no teneis alma, ó teneisla tan desmazalada, que no siente. ¡Cómo! y ¿pensais vos por ventura que vuestro hermano va á Ferrara? No lo penseis, sino pensad y creed que ha querido llevar á mis amos de aquí y ausentallos desta casa, para volver á ella y quitaros la vida, que lo podrá hacer como quien bebe un jarro de agua. Mirad debajo de qué guarda y amparo quedamos, sino en la de tres pajes, que harto tienen ellos que hacer en rascarse la sarna de que están llenos, que en meterse en dibujos; á lo ménos de mí sé decir que no tendré ánimo para esperar el suceso y ruina que á esta casa amenaza. ¡El señor Lorenzo, italiano, y que se fie de españoles y les pida favor y ayuda! para mi ojo, si tal crea (y dióse ella misma una higa); si vos, hija mia, quisiéredes tomar mi consejo, yo os le daria tal que os luciese.»

Pasmada, atónita y confusa estaba Cornelia, oyendo las razones del ama, que las decia con tanto ahinco y con tantas muestras de temor, que le pareció ser todo verdad lo que decia, y quizá estaban muertos don Juan y don Antonio, y que su hermano entraba por aquellas puertas y la cosia á puñaladas; y así le dijo : «Y ¿qué consejo me daríades vos, amiga, que fuese saludable y que previniese la sobrestante desventura?

— Y cómo que le daré tal y tan bueno, que no pueda mejorarse, dijo el ama. Yo, señora, he servido á un *piovano*,

á un cura, digo, de una aldea, que está dos millas de Ferrara: es una persona santa y buena, y que hará por mí todo lo que yo le pidiere, porque me tiene obligacion más que de amo. Vámonos allá, que yo buscaré quien nos lleve luego, y la que viene á dar de mamar al niño es mujer pobre, y se irá con nosotras al cabo del mundo. Y ya, señora, que presupongamos que has de ser hallada, mejor será que te hallen en casa de un sacerdote de misa, viejo y honrado, que en poder de dos estudiantes, mozos y españoles; que los tales, como soy yo buen testigo, no desechan ripio, y agora, señora, como estás mala, te han guardado respeto; pero si sanas y convaleces en su poder, Dios lo podrá remediar, porque en verdad, que si á mí no me hubieran guardado mis repulsas, desdenes y enterezas, ya hubieran dado conmigo y con mi honra al traste; porque no es todo oro lo que en ellos reluce: uno dicen, y otro piensan; pero hanlo habido conmigo, que soy taimada y sé dó me aprieta el zapato, y sobre todo, soy bien nacida, que soy de los Cribelos de Milan, y tengo el punto de la honra diez millas más allá de las nubes; y en esto se podrá echar de ver, señora mia, las calamidades que por mí han pasado, pues con ser quien soy, he venido á ser *masara* de españoles, á quien ellos llaman ama; aunque á la verdad, no tengo de qué quejarme de mis amos, porque son unos benditos, como no estén enojados, y en esto parecen vizcaínos, como ellos dicen que lo son; pero quizá para contigo serán gallegos, que es otra nacion, segun es fama, algo ménos puntual y bien mirada que la vizcaína.»

En efecto, tantas y tales razones le dijo, que la pobre Cornelia se dispuso á seguir su parecer; y así, en ménos de

cuatro horas, disponiéndolo el ama y consintiéndolo ella, se vieron dentro de una carroza las dos y la ama del niño, y sin ser sentidas de los pajes, se pusieron en camino para la aldea del cura; y todo esto se hizo á persuasion del ama y con sus dineros, porque la habian pagado sus señores un año de su sueldo, y así no fué menester empeñar una joya que Cornelia le daba; y como habian oido decir á don Juan que él y su hermano no habian de seguir el camino derecho de Ferrara, sino por sendas apartadas, quisieron ellas seguir el derecho, y poco á poco por no encontrarse con ellos, y el dueño de la carroza se acomodó al paso de la voluntad dellas, porque le pagaron al gusto de la suya.

Dejémoslas ir, que ellas van tan atrevidas como bien encaminadas, y sepamos qué les sucedió á don Juan de Gamboa y al señor Lorenzo Bentibolli, de los cuales se dice que en el camino supieron que el Duque no estaba en Ferrara, sino en Bolonia; y así, dejando el rodeo que llevaban, se vinieron al camino real, ó á la estrada maestra, como allá se dice, considerando que aquella habia de traer el Duque cuando de Bolonia volviese. Y á poco espacio que en ella habian entrado, habiendo tendido la vista hácia Bolonia, por ver si por él alguno venia, vieron un tropel de gente de á caballo, y entónces dijo don Juan á Lorenzo que se desviase del camino, porque si acaso entre aquella gente viniese el Duque, le queria hablar allí, ántes que se encerrase en Ferrara, que estaba poco distante. Hízolo así Lorenzo, y aprobó el parecer de don Juan. Así como se apartó Lorenzo, quitó don Juan la toquilla que encubria el rico cintillo, y esto no con falta de discreto discurso, como él despues lo dijo.

En esto llegó la tropa de los caminantes, y entre ellos venia una mujer sobre una pia, vestida de camino, y el rostro cubierto con una mascarilla, ó por mejor encubrirse, ó por guardarse del sol y del aire. Paró el caballo don Juan en medio del camino, y estuvo con el rostro descubierto á que llegasen los caminantes, y en llegando cerca, el talle, el brío, el poderoso caballo, la bizarría del vestido y las luces de los diamantes llevaron tras sí los ojos de cuantos allí venian, especialmenre los del Duque de Ferrara, que era uno dellos, el cual, como puso los ojos en el cintillo, luego se dió á entender que el que le traia era don Juan de Gamboa, el que le habia librado en la pendencia; y tan de véras aprendió esta verdad, que sin hacer otro discurso, arremetió su caballo hácia don Juan, diciendo: «No creo que me engañaré en nada, señor caballero, si os llamo don Juan de Gamboa; que vuestra gallarda disposicion y el adorno dese capelo me lo están diciendo.

—Así es la verdad, respondió don Juan, porque jamas supe ni quise encubrir mi nombre; pero decidme, señor, quién sois, porque yo no caiga en alguna descortesía.

—Eso será imposible, respondió el Duque; que para mí tengo que no podeis ser descortés en ningun caso; con todo eso, os digo, señor don Juan, que yo soy el Duque de Ferrara, y el que está obligado á serviros todos los dias de su vida, pues no há cuatro noches que vos se la disteis.»

No acabó de decir esto el Duque, cuando don Juan con extraña ligereza saltó del caballo, y acudió á besar los piés del Duque; pero por presto que llegó, ya el Duque estaba fuera de la silla, de modo que se acabó de apear en brazos de don Juan. El señor Lorenzo, que desde algo léjos

miraba estas ceremonias, no pensando que lo eran de cortesía, sino de cólera, arremetió su caballo; pero en la mitad del repelon le detuvo, porque vió abrazados muy estrechamente al Duque y á don Juan, que ya habia conocido al Duque. El Duque, por cima de los hombros de don Juan, miró á Lorenzo y conocióle, de cuyo conocimiento algun tanto se sobresaltó, y así como estaba abrazado, preguntó á don Juan si Lorenzo Bentibolli, que allí estaba, venia con él ó no. A lo cual don Juan respondió : «Apartémonos algo de aquí, y contaréle á vuestra Excelencia grandes cosas.» Hízolo así el Duque, y don Juan le dijo : «Señor, Lorenzo Bentibolli, que allí veis, tiene una queja de vos, no pequeña: dice que habrá cuatro noches que sacastes á su hermana, la señora Cornelia, de casa de una prima suya, y que la habeis engañado y deshonrado, y quiere saber de vos qué satisfacion le pensais hacer, para que él vea lo que le conviene. Pidióme que fuese su valedor y medianero; yo se lo ofrecí, porque por barruntos que él me dió de la pendencia, conocí que vos, señor, érades el dueño deste cintillo, que por liberalidad y cortesía vuestra quisistes que fuese mio; y viendo que ninguno podia hacer vuestras partes mejor que yo, como ya he dicho, le ofrecí mi ayuda. Querria yo agora, señor, me dijésedes lo que sabeis acerca deste caso, y si es verdad lo que Lorenzo dice.

—¡Ay, amigo! respondió el Duque; es tan verdad, que no me atreveria á negarla aunque quisiese : yo no he engañado ni sacado á Cornelia, aunque sé que falta de la casa que dice : no la he engañado, porque la tengo por mi esposa; no la he sacado, porque no sé della. Si públicamente no celebré mis desposorios, fué porque aguardaba que mi

madre, que está ya en lo último, pasase desta á mejor vida; que tiene deseo que sea mi esposa la señora Livia, hija del Duque de Mantua, y por otros inconvenientes, quizá más eficaces que los dichos, y no conviene que ahora se digan. Lo que pasa es, que la noche que me socorristes la habia de traer á Ferrara, porque estaba ya en el mes de dar á la luz la prenda que ordenó el cielo que en ella depositase. O ya fuese por la riña, ó ya por mi descuido, cuando llegué á su casa hallé que salia la secretaria de nuestros conciertos; preguntéle por Cornelia, díjome que ya habia salido, y que aquella noche habia parido un niño el más bello del mundo, y que se le habia dado á un Fabio, mi criado. La doncella es aquella que allí viene, Fabio está aquí, y el niño y Cornelia no parecen, y yo he estado estos dos dias en Bolonia, esperando y escudriñando oir algunas nuevas de Cornelia, pero no he sentido nada.

—De modo, señor, dijo don Juan, que cuando Cornelia y vuestro hijo pareciesen, ¿no negareis ser vuestra esposa, y él vuestro hijo?

—No por cierto, porque aunque me precio de caballero, más me precio de cristiano; y más, que Cornelia es tal, que merece ser señora de un reino. Pareciese ella, y viva ó muera mi madre, que el mundo sabrá que si supe ser amante, supe la fe que di en secreto guardarla en público.

—Luego ¿bien direis, dijo don Juan, lo que á mí me habeis dicho, á vuestro hermano el señor Lorenzo?

—Antes me pesa, respondió el Duque, de que tarde tanto en saberlo.»

Al instante hizo don Juan señas á Lorenzo que se apease y viniese donde ellos estaban, como lo hizo, bien ajeno de

pensar la buena nueva que le esperaba. Adelantóse el Duque á recebirle con los brazos abiertos, y la primera palabra que le dijo fué llamarle hermano. Apénas supo Lorenzo responder á salutacion tan amorosa ni á tan cortés recebimiento; y estando así suspenso, ántes que hablase palabra, don Juan le dijo : «El Duque, señor Lorenzo, confiesa la conversacion secreta que ha tenido con vuestra hermana la señora Cornelia; confiesa asimismo que es su legítima esposa, y que, como lo dice aquí, lo dirá públicamente cuando se ofreciere; concede asimismo que fué, há cuatro noches, á sacarla de casa de su prima para traerla á Ferrara y aguardar coyuntura de celebrar sus bodas, que las ha dilatado por justísimas causas, que me ha dicho. Dice asimismo la pendencia que con vos tuvo, y que cuando fué por Cornelia, encontró con Sulpicia, su doncella, que es aquella mujer que allí viene, de quien supo que Cornelia no habia una hora que habia parido, y que ella dió la criatura á un criado del Duque, y que luego Cornelia, creyendo que estaba allí el Duque, habia salido de casa medrosa, porque imaginaba que ya vos, señor Lorenzo, sabíades sus tratos. Sulpicia no dió el niño al criado del Duque, sino á otro en su cambio; Cornelia no parece, él se culpa de todo, y dice que cada y cuando que la señora Cornelia parezca, la recebirá como á su verdadera esposa. Mirad, señor Lorenzo, si hay más que decir ni más que desear, si no es el hallazgo de las dos tan ricas como desgraciadas prendas.»

A esto respondió el señor Lorenzo, arrojándose á los piés del Duque, que porfiaba por levantarlo : «De vuestra cristiandad y grandeza, serenísimo señor y hermano mio, no podiamos mi hermana y yo esperar menor bien del que á

entrambos nos haceis, á ella en igualarla con vos, y á mí en ponerme en el número de los vuestros.» Ya en esto se le arrasaban los ojos de lágrimas, y al Duque lo mismo, enternecidos, el uno con la pérdida de su esposa, y el otro con el hallazgo de tan buen cuñado; pero considerando que pareceria flaqueza dar muestras con lágrimas de tanto sentimiento, las reprimieron y volvieron á encerrar en los ojos; y los de don Juan, alegres, casi les pedian las albricias de haber parecido Cornelia y su hijo, pues los dejaba en su misma casa.

En esto estaban, cuando se descubrió don Antonio de Isunza, que fué conocido de don Juan en el cuartago desde algo léjos; pero cuando llegó cerca se paró, y vió los caballos de don Juan y de Lorenzo, que los mozos tenian del diestro y acullá desviados; conoció á don Juan y á Lorenzo, pero no al Duque, y no sabia qué hacerse, si llegaria ó no adonde don Juan estaba; y llegándose á los criados del Duque, les preguntó si conocian á aquel caballero que con los otros dos estaba, señalando al Duque. Fuéle respondido ser el Duque de Ferrara; con que quedó más confuso y ménos sin saber qué hacerse; pero sacóle de su perplejidad don Juan, llamándole por su nombre. Apeóse don Antonio, viendo que todos estaban á pié, y llegóse á ellos; recibióle el Duque con mucha cortesía, porque don Juan le dijo que era su camarada. Finalmente, don Juan contó á don Antonio todo lo que con el Duque le habia sucedido hasta que él llegó. Alegróse en extremo don Antonio, y dijo á don Juan: «¿Por qué, señor don Juan, no acabais de poner la alegría y el contento destos señores en su punto, pidiendo las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo?

—Si vos no llegárades, señor don Antonio, yo las pidiera; pero pedidlas vos, que yo aseguro que os las den de muy buena gana.»

Como el Duque y Lorenzo oyeron tratar del hallazgo de Cornelia y de albricias, preguntaron qué era aquello.

«¿Qué ha de ser, respondió don Antonio, sino que yo quiero hacer un personaje en esta trágica comedia, y ha de ser el que pide las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo, que quedan en mi casa?» Y luego les contó punto por punto todo lo que hasta aquí se ha dicho; de lo cual el Duque y Lorenzo recibieron tanto placer y gusto, que don Lorenzo se abrazó con don Juan, y el Duque con don Antonio; el Duque prometiendo todo su estado en albricias, y el señor Lorenzo su hacienda, su vida y su alma. Llamaron á la doncella que entregó á don Juan la criatura, la cual habiendo conocido á Lorenzo, estaba temblando: preguntáronle si conoceria al hombre á quien habia dado el niño; dijo que no, sino que ella le habia preguntado si era Fabio, y él habia respondido que sí, y con esta buena fe se le habia entregado. «Así es la verdad, respondió don Juan; y vos, señora, cerrastes la puerta luego, y me dijistes que le pusiese en cobro y diese luego la vuelta.

—Así es, señor», respondió la doncella llorando. Y el Duque dijo: «Ya no son menester lágrimas aquí, sino júbilos y fiestas; el caso es, que yo no tengo de entrar en Ferrara, sino dar vuelta luego á Bolonia, porque todos estos contentos son en sombra hasta que los haga verdaderos la vista de Cornelia.» Y sin más decir, de comun consentimiento dieron la vuelta á Bolonia.

Adelantóse don Antonio para apercebir á Cornelia, por

no sobresaltarla con la improvisa llegada del Duque y de su hermano; pero, como no la halló, ni los pajes le supieron decir nuevas della, quedó el más triste y confuso hombre del mundo; y como vió que faltaba el ama, imaginó que por su industria faltaba Cornelia. Los pajes le dijeron que faltó el ama el mismo dia que ellos habian faltado, y que la Cornelia por quien preguntaba, nunca ellos la vieron. Fuera de sí quedó don Antonio con el no pensado caso, temiendo que quizá el Duque los tendria por mentirosos ó embusteros, ó quizá imaginaria otras peores cosas, que redundasen en perjuicio de su honra y del buen crédito de Cornelia.

En esta imaginacion estaba, cuando entraron el Duque y don Juan y Lorenzo, que por calles desusadas y encubiertas, dejando la demas gente fuera de la ciudad, llegaron á la casa de don Juan, y hallaron á don Antonio sentado en una silla, con la mano en la mejilla y con una color de muerto. Preguntóle don Juan qué mal tenia y dónde estaba Cornelia. Respondió don Antonio: «¿Qué mal quereis que no tenga, pues Cornelia no parece, que con el ama que la dejamos para su compañía, el mismo dia que de aquí faltamos, faltó ella?» Poco le faltó al Duque para espirar, y á Lorenzo para desesperarse, oyendo tales nuevas. Finalmente, todos quedaron turbados, suspensos é imaginativos.

En esto se llegó un paje á don Antonio, y al oido le dijo: «Señor, Santistéban, el paje del señor don Juan, desde el dia que vuesas mercedes se fueron, tiene una mujer muy bonita encerrada en su aposento, y yo creo que se llama Cornelia, que así la he oido llamar.» Alborotóse de nuevo don Antonio, y más quisiera que no hubiera parecido Cornelia, que sin duda pensó que era la que el paje tenia escondida, que

no que la hallaran en tal lugar. Con todo eso, no dijo nada, sino callando se fué al aposento del paje, y halló cerrada la puerta y que el paje no estaba en casa. Llegóse á la puerta, y dijo con voz baja : «Abrid, señora Cornelia, y salid á recebir á vuestro hermano y al Duque, vuestro esposo, que vienen á buscaros.» Respondieron de dentro : «¿Hacen burla de mí? pues en verdad que no soy tan fea ni tan desdichada, que no podian buscarme duques y condes, y eso se merece la persona que trata con pajes.» Por las cuales palabras entendió don Antonio que no era Cornelia la que respondia.

Estando en esto, vino Santistéban, el paje, y acudió luego á su aposento, y hallando allí á don Antonio, que pedia que le trujesen las llaves que habia en casa, por ver si alguna hacia á la puerta, el paje, hincado de rodillas y con la llave en la mano, le dijo : «El ausencia de vuesas mercedes, y mi bellaquería, por mejor decir, me hizo traer una mujer estas tres noches á estar conmigo; suplico á vuesa merced, señor don Antonio de Isunza, así oiga buenas nuevas de España, que si no lo sabe mi señor don Juan de Gamboa, que no se lo diga; que yo la echaré al momento.

—Y ¿cómo se llama la tal mujer? preguntó don Antonio.

—Llámase Cornelia», respondió el paje. El paje que habia descubierto la celada, que no era muy amigo de Santistéban, ni se sabe si simplemente ó con malicia, bajó donde estaban el Duque, don Juan y Lorenzo, diciendo : «Tómame el paje, por Dios, que le han hecho gormar á la señora Cornelia; escondidita la tenia : á buen seguro que no quisiera él que hubieran venido los señores, para alargar el *gaudeamus* tres ó cuatro dias más.» Oyó esto Lorenzo, y preguntóle : «¿Qué es lo que decis, gentilhombre? ¿Donde está Cornelia?

—Arriba», respondió el paje.

Apénas oyó esto el Duque, cuando como un rayo subió la escalera arriba á ver á Cornelia, que imaginó que habia parecido, y dió luego en el aposento donde estaba don Antonio, y entrando, dijo : «¿Dónde está Cornelia? ¿Dónde está la vida de la vida mia?

—Aquí está Cornelia», respondió una mujer que estaba envuelta en una sábana de la cama y cubierto el rostro, y prosiguió diciendo : «¡Válanos Dios! ¿es éste algun buey de hurto? ¿Es cosa nueva dormir una mujer con un paje, para hacer tantos milagrones?»

Lorenzo, que estaba presente, con despecho y cólera tiró de un cabo de la sábana, y descubrió una mujer moza y no de mal parecer, la cual, de vergüenza, se puso las manos delante del rostro y acudió á tomar sus vestidos, que le servian de almohada, porque la cama no la tenia, y en ellos vieron que debia de ser alguna pícara de las perdidas del mundo. Preguntóle el Duque que si era verdad que se llamaba Cornelia; respondió que sí, y que tenia muy honrados parientes en la ciudad, y nadie dijese «desta agua no beberé.» Quedó tan corrido el Duque, que casi estuvo por pensar si hacian los españoles burla dél; pero, por no dar lugar á tan mala sospecha, volvió las espaldas, y sin hablar palabra, siguiéndole Lorenzo, subieron en sus caballos y se fueron, dejando á don Juan y á don Antonio harto más corridos que ellos iban, y determinaron de hacer las diligencias posibles, y áun imposibles, en buscar á Cornelia y satisfacer al Duque de su verdad y buen deseo. Despidieron á Santistéban por atrevido, y echaron á la pícara Cornelia, y en aquel punto se les vino á la memoria que se les habia olvi-

dado de decir al Duque las joyas del *agnus* y la cruz de diamantes que Cornelia les habia ofrecido, pues con estas señas creeria que Cornelia habia estado en su poder, y que si faltaba, no habia estado en su mano.

Salieron á decirle esto, pero no le hallaron en casa de Lorenzo, donde creyeron que estaria; á Lorenzo sí, el cual les dijo que sin detenerse un punto se habia vuelto á Ferrara, dejándole órden de buscar á su hermana. Dijéronle lo que iban á decirle, pero Lorenzo les dijo que el Duque iba muy satisfecho de su buen proceder, y que entrambos habian echado la falta de Cornelia á su mucho miedo, y que Dios seria servido de que pareciese, pues no habia de haber tragado la tierra al niño y al ama y á ella. Con esto se consolaron todos, y no quisieron hacer la inquisicion de buscalla por bandos públicos, sino por diligencias secretas, pues de nadie, sino de su prima, se sabia su falta; y entre los que no sabian la intencion del Duque, correria riesgo el crédito de su hermana si la pregonasen, y ser gran trabajo andar satisfaciendo á cada uno de las sospechas que una vehemente presuncion les infunde.

Siguió su viaje el Duque, y la buena suerte, que iba disponiendo su ventura, hizo que llegase á la aldea del cura, donde ya estaban Cornelia y el niño, y su ama y la consejera, y ellas le habian dado cuenta de su vida, y pedídole consejo de lo que harian. Era el cura grande amigo del Duque, en cuya casa, acomodada á lo de clérigo rico y curioso, solia el Duque venirse desde Ferrara muchas veces, y desde allí salia á caza, porque gustaba mucho, así de la curiosidad del cura, como de su donaire, que le tenia en cuanto decia y hacia. No se alborotó por ver al Duque en su casa, por-

que, como se ha dicho, no era la vez primera; pero descontentóle verle venir triste, porque luego echó de ver que con alguna pasion traia ocupado el ánimo.

Entreoyó Cornelia que el Duque de Ferrara estaba allí, y turbóse en extremo, por no saber con qué intencion venia; torcíase las manos, y andaba de una parte á otra, como persona fuera de sentido: quisiera hablar Cornelia al cura, pero estaba entreteniendo al Duque, y no tenia lugar de hablarle. El Duque le dijo: «Yo vengo, padre mio, tristísimo, y no quiero hoy entrar en Ferrara, sino ser vuestro huésped; decid á los que vienen conmigo que pasen á Ferrara, y que sólo se quede Fabio.» Hízolo así el buen cura, y luego fué á dar órden cómo regalar y servir al Duque, y con esta ocasion, le pudo hablar Cornelia, la cual, tomándole de las manos, le dijo: «¡Ay, padre y señor mio! ¿y qué es lo que quiere el Duque? Por amor de Dios, señor, que le dé algun toque en mi negocio, y procure descubrir y tomar algun indicio de su intencion; en efeto, guíelo como mejor le pareciere y su mucha discrecion le aconsejare.» A esto le respondió el cura: «El Duque viene triste; hasta ahora no me ha dicho la causa; lo que se ha de hacer es, que luego se aderece ese niño muy bien, y ponedle, señora, las joyas todas que tuviéredes, principalmente las que os hubiere dado el Duque, y dejadme hacer; que yo espero en el cielo que hemos de tener hoy un buen dia.»

Abrazóle Cornelia y besóle la mano, y retiróse á aderezar y componer el niño. El cura salió á entretener al Duque en tanto que se hacia hora de comer, y en el discurso de su plática preguntó el cura al Duque si era posible saberse la causa de su melancolía, porque sin duda de una legua se

echaba de ver que estaba triste. «Padre, respondió el Duque, claro está que las tristezas del corazon salen al rostro: en los ojos se lee la relacion de lo que está en el alma; y lo peor es, que por ahora no puedo comunicar mi tristeza con nadie.

—Pues en verdad, señor, respondió el cura, que si estuviérades para ver cosas de gusto, que os enseñara yo una, que tengo para mí que os le causara, y grande.

—Simple seria, respondió el Duque, aquel que ofreciéndole el alivio de su mal, no quisiese recebirle. Por vida mia, padre, que me mostreis eso que decis, que debe de ser alguna de vuestras curiosidades, que para mí son todas de grandísimo gusto.»

Levantóse el cura, y fué donde estaba Cornelia, que ya tenia adornado á su hijo y puéstole las ricas joyas de la cruz y del *agnus*, con otras tres piezas preciosísimas, todas dadas del Duque á Cornelia; y tomando al niño entre sus brazos, salió adonde el Duque estaba, y diciéndole que se levantase y se llegase á la claridad de una ventana, quitó al niño de sus brazos y le puso en los del Duque, el cual, cuando miró y reconoció las joyas, y vió que eran las mismas que él habia dado á Cornelia, quedó atónito; y mirando ahincadamente al niño, le pareció que miraba su mismo retrato; y lleno de admiracion, preguntó al cura cúya era la criatura; que en su adorno y aderezo parecia hijo de algun príncipe.

«No sé, respondió el cura; solo sé que habrá no sé cuántas noches que aquí me le trujo un caballero de Bolonia, y me encargó mirase por él y le criase, que era hijo de un valeroso padre y de una principal y hermosísima madre. Tambien vino con el caballero una mujer para dar leche al

niño, á quien yo he preguntado si sabe algo de los padres desta criatura, y responde que no sabe palabra; y en verdad que si la madre es tan hermosa como el ama, que debe ser la más hermosa mujer de Italia.

—¿No la veriamos? preguntó el Duque.

—Sí por cierto, respondió el cura; venios, señor, conmigo; que si os suspende el adorno y la belleza desa criatura, como creo que os ha suspendido, el mismo efeto entiendo que ha de hacer la vista de su ama.» Quísole tomar la criatura el cura al Duque, pero él no la quiso dejar, ántes la apretó en sus brazos y le dió muchos besos. Adelantóse el cura un poco, y dijo á Cornelia que saliese sin turbacion alguna á recebir al Duque. Hízolo así Cornelia, y con el sobresalto le salieron tales colores al rostro, que sobre el modo mortal la hermosearon. Pasmóse el Duque cuando la vió, y ella, arrojándose á sus piés, se los quiso besar. El Duque, sin hablar palabra, dió el niño al cura, y volviendo las espaldas, se salió con gran priesa del aposento. Lo cual visto por Cornelia, volviéndose al cura, dijo: «¡Ay, señor mio! ¿si se ha espantado el Duque de verme? ¿si me tiene aborrecida? ¿si le he parecido fea? ¿si se le han olvidado las obligaciones que me tiene? ¿no me hablará siquiera una palabra? ¿tanto le cansaba ya su hijo, que así le arrojó de sus brazos?» A todo lo cual no respondia palabra el cura, admirado de la huida del Duque, que así le pareció que fuese huida, ántes que otra cosa; y no fué sino que salió á llamar á Fabio y decirle: «Corre, Fabio amigo, y á toda diligencia vuelve á Bolonia, y di que al momento Lorenzo Bentibolli y los dos caballeros españoles, don Juan de Gamboa y don Antonio de Isunza, sin poner excusa al-

guna, vengan luego á esta aldea : mira, amigo, que vueles, y no te vengas sin ellos, que me importa la vida el verlos.»

No fué perezoso Fabio, que luego puso en efeto el mandamiento de su señor. El Duque volvió luego adonde Cornelia estaba derramando hermosas lágrimas; cogióla el Duque en sus brazos, y añadiendo lágrimas á lágrimas, mil veces le bebió el aliento de la boca, teniéndoles el contento atadas las lenguas; y así en silencio honesto y amoroso se gozaban los dos felices amantes y esposos verdaderos. El ama del niño y la Cribela por lo ménos, como ella decia, que por entre las puertas de otro aposento habian estado mirando lo que entre el Duque y Cornelia pasaba, de gozo se daban calabazadas por las paredes, que no parecia sino que habian perdido el juicio. El cura daba mil besos al niño, que tenia en sus brazos, y con la mano derecha, que desocupó, no se hartaba de echar bendiciones á los dos abrazados señores. El ama del cura, que no se habia hallado presente al grave caso, por estar ocupada aderezando la comida, cuando la tuvo en su punto entró á llamarlos que se sentasen á la mesa. Esto apartó los estrechos abrazos, y el Duque desembarazó al cura del niño, y le tomó en sus brazos, y en ellos le tuvo todo el tiempo que duró la limpia y bien sazonada, más que suntuosa, comida; y en tanto que comian, dió cuenta Cornelia de todo lo que le habia sucedido hasta venir á aquella casa por consejo de la ama de los dos caballeros españoles, que la habian servido, amparado y guardado con el más honesto y puntual decoro que pudiera imaginarse. El Duque le contó asimismo á ella todo lo que por él habia pasado hasta aquel punto. Halláronse presentes las dos amas, y hallaron en el Duque grandes

ofrecimientos y promesas. En todos se renovó el gusto con el felice fin de su suceso, y sólo esperaban á colmarle y á ponerle en el estado mejor que acertara á desearse, con la venida de Lorenzo, de don Juan y don Antonio, los cuales de allí á tres dias vinieron, desalados y deseosos por saber si alguna nueva sabia el Duque de Cornelia; que Fabio, que los fué á llamar, no les pudo decir ninguna cosa de su hallazgo, pues no la sabia.

Saliólos á recebir el Duque á una sala ántes de donde estaba Cornelia, y esto sin muestras de contento alguno, de que los recien venidos se entristecieron. Hízoles sentar el Duque, y él se sentó con ellos, y encaminando su plática á Lorenzo, le dijo: «Bien sabeis, señor Lorenzo Bentibolli, que yo jamas engañé á vuestra hermana, de lo que es buen testigo el cielo y mi conciencia; sabeis asimismo la diligencia con que la he buscado, y el deseo que he tenido de hallarla para casarme con ella, como se lo tengo prometido. Ella no parece, y mi palabra no ha de ser eterna: yo soy mozo, y no tan experto en las cosas del mundo, que no me deje llevar de las que me ofrece el deleite á cada paso. La misma aficion que me hizo prometer ser esposo de Cornelia, me llevó tambien á dar ántes que á ella palabra de matrimonio á una labradora desta aldea, á quien pensaba dejar burlada por acudir al valor de Cornelia, aunque no acudiera á lo que la conciencia me pedia, que no fuera pequeña muestra de amor; pero, pues nadie se casa con mujer que no parece, ni es cosa puesta en razon que nadie busque la mujer que le deja, por no hallar la prenda que le aborrece, digo que veais, señor Lorenzo, qué satisfacion puedo daros del agravio que no os hice, pues jamas tuve intencion

de hacérosle, y luego quiero que me deis licencia para cumplir mi primera palabra, y desposarme con la labradora, que ya está dentro desta casa.»

En tanto que el Duque esto decia, el rostro de Lorenzo se iba mudando de mil colores, y no acertaba á estar sentado de una manera en la silla; señales claras que la cólera le iba tomando posesion de todos sus sentidos. Lo mismo pasaba por don Juan y por don Antonio, que luego propusieron de no dejar salir al Duque con su intencion, aunque le quitasen la vida. Leyendo pues el Duque en sus rostros sus intenciones, dijo : «Sosegáos, señor Lorenzo, que ántes que me respondais palabra, quiero que la hermosura que vereis en la que quiero recebir por esposa, os obligue á darme la licencia que os pido; porque es tal y tan extremada, que de mayores yerros será disculpa.» Esto dicho, se levantó, y entró donde Cornelia estaba, riquísimamente adornada, con todas las joyas que el niño tenia y muchas más.

Cuando el Duque volvió las espaldas, se levantó don Juan, y puestas ambas manos en los dos brazos de la silla donde estaba sentado Lorenzo, al oido le dijo : «Por Santiago de Galicia, señor Lorenzo, y por la fe de cristiano y de caballero que tengo, que así deje yo salir con su intencion al Duque como volverme moro : aquí, aquí y en mis manos ha de dejar la vida, ó ha de cumplir la palabra que á la señora Cornelia, vuestra hermana, tiene dada, ó á lo ménos nos ha de dar tiempo de buscarla, y hasta que de cierto se sepa que es muerta, él no ha de casarse.

—Yo estoy dese parecer mismo, respondió Lorenzo.

—Pues del mismo estará mi camarada don Antonio», replicó don Juan. En esto entró por la sala adelante Cornelia,

en medio del cura y del Duque, que la traia de la mano, detras de los cuales venian Sulpicia, la doncella de Cornelia, que el Duque habia enviado por ella á Ferrara, y las dos amas, la del niño y la de los caballeros.

Cuando Lorenzo vió á su hermana, y la acabó de refigurar y conocer, que al principio la imposibilidad, á su parecer, de tal suceso no le dejaba enterar en la verdad, tropezando en sus mismos piés, fué á arrojarse á los del Duque, que le levantó y le puso en los brazos de su hermana; quiero decir, que su hermana le abrazó con las muestras de alegría posibles. Don Juan y don Antonio dijeron al Duque que habia sido la más discreta y más sabrosa burla del mundo. El Duque tomó al niño, que Sulpicia traia, y dándosele á Lorenzo, le dijo: «Recebid, señor hermano, á vuestro sobrino y mi hijo, y ved si quereis darme licencia que me case con esta labradora, que es la primera á quien he dado palabra de casamiento.»

Seria nunca acabar contar lo que respondió Lorenzo, lo que preguntó don Juan, lo que sintió don Antonio, el regocijo del cura, la alegría de Sulpicia, el contento de la consejera, el júbilo del ama, la admiracion de Fabio, y finalmente, el general contento de todos. Luego el cura los desposó, siendo su padrino don Juan de Gamboa; y entre todos se dió traza que aquellos desposorios estuviesen secretos hasta ver en qué paraba la enfermedad, que tenia muy al cabo á la Duquesa, su madre, y que en tanto la señora Cornelia se volviese á Bolonia con su hermano. Todo se hizo así. La Duquesa murió, Cornelia entró en Ferrara, alegrando al mundo con su vista, los lutos se volvieron en galas, las amas quedaron ricas, Sulpicia por mujer de Fabio, y don Antonio

y don Juan contentísimos de haber servido en algo al Duque, el cual les ofreció dos primas suyas por mujeres, con riquísima dote. Ellos dijeron que los caballeros de la nacion vizcaína por la mayor parte se casaban en su patria, y que no por menosprecio, pues no era posible, sino por cumplir su loable costumbre y la voluntad de sus padres, que ya los debian de tener casados, no aceptaban tan ilustre ofrecimiento.

El Duque admitió su disculpa, y por modos honestos y honrosos, y buscando ocasiones lícitas, les envió muchos presentes á Bolonia, y algunos tan ricos y enviados á tan buena sazon y coyuntura, que aunque pudieran no admitirse por no parecer que recebian paga, el tiempo en que llegaban lo facilitaba todo; especialmente los que les envió al tiempo de su partida para España, y los que les dió cuando fueron á Ferrara á despedirse dél, y hallaron á Cornelia con otras dos criaturas hembras, y al Duque más enamorado que nunca. La Duquesa dió la cruz de diamantes á don Juan, y el *agnus* á don Antonio, que sin ser poderosos á hacer otra cosa, las recibieron. Llegaron á España y á su tierra, adonde se casaron con ricas, principales y hermosas mujeres, y siempre tuvieron correspondencia con el Duque y la Duquesa y con el señor Lorenzo Bentibolli, con grandísimo gusto de todos.

FIN DE LA SEÑORA CORNELIA.

EL CASAMIENTO ENGAÑOSO.

Salia del hospital de la Resurreccion, que está en Valladolid, fuera de la puerta del Campo, un soldado, que por servirle su espada de báculo, y por la flaqueza de sus piernas y amarillez de su rostro, mostraba bien claro que, aunque no era tiempo muy caluroso, debia de haber sudado en veinte dias todo el humor que quizá granjeó en una hora. Iba haciendo pinitos y dando traspiés, como convaleciente, y al entrar por la puerta de la ciudad, vió que hácia él venia un su amigo, á quien no habia visto en más de seis meses; el cual santiguándose, como si viera alguna mala vision, llegándose á él, le dijo : «¿Qué es esto, señor alférez Campuzano? ¿Es posible que está vuesa merced en esta tierra? ¡Como quien soy, que le hacia en Flándes, ántes terciando allá la pica que arrastrando aquí la espada! ¿Qué color, qué flaqueza es esa?» A lo cual respondió Campuzano : «A lo si estoy en esta tierra ó no, señor licenciado Peralta, el verme en ella le responde; á las demas preguntas no tengo qué decir, sino que salgo de aquel hospital, de sudar catorce cargas de bubas que me echó á cuestas una mujer que escogí por mia, que no debiera.

—Luego ¿casóse vuesa merced? replicó Peralta.

—Sí, señor, respondió Campuzano.

—Seria por amores, dijo Peralta, y tales casamientos traen consigo aparejada la ejecucion del arrepentimiento.

—No sabré decir si fué por amores, respondió el alférez, aunque sabré afirmar que fué por dolores, pues de mi casamiento ó cansamiento saqué tantos en el cuerpo y en el alma, que los del cuerpo para entretenerlos me cuestan cuarenta sudores, y los del alma no hallo remedio para aliviarlos siquiera; pero, porque no estoy para tener largas pláticas en la calle, vuesa merced me perdone; que otro dia con más comodidad le daré cuenta de mis sucesos, que son los más nuevos y peregrinos que vuesa merced habrá oido en todos los dias de su vida.

—No ha de ser así, dijo el licenciado, sino que quiero que venga conmigo á mi posada, y allí haremos penitencia juntos, que la olla es muy de enfermo, y aunque está tasada para dos, un pastel suplirá con mi criado, y si la convalecencia lo sufre, unas lonjas de jamon de Rute nos harán la salva, y sobre todo, la buena voluntad con que lo ofrezco, no sólo esta vez, sino todas las que vuesa merced quisiere.»

Agradecióselo Campuzano, y aceptó el convite y los ofrecimientos. Fueron á San Lorente, oyeron misa, llevóle Peralta á su casa, dióle lo prometido y ofreciósele de nuevo, y pidióle, en acabando de comer, le contase los sucesos que tanto le habia encarecido. No se hizo de rogar Campuzano; ántes comenzó á decir desta manera:

«Bien se acordará vuesa merced, señor licenciado Peralta, cómo yo hacia en esta ciudad camarada con el capitan Pedro de Herrera, que ahora está en Flándes.

—Bien me acuerdo, respondió Peralta.

—Pues un dia, prosiguió Campuzano, que acabamos de comer en aquella posada de la Solana, donde viviamos, entraron dos mujeres de gentil parecer con dos criadas: la una se puso á hablar con el capitan, en pié, arrimados á una ventana; y la otra se sentó en una silla junto á mí, derribado el manto hasta la barba, sin dejar ver el rostro más de aquello que concedia la raridad del manto; y aunque le supliqué por cortesía me hiciese merced de descubrirse, no fué posible acabarlo con ella; cosa que me encendió más el deseo de verla, y para acrecentarle más, ó ya fuese de industria ó acaso, sacó la señora una muy blanca mano con muy buenas sortijas. Estaba yo entónces bizarrísimo, con aquella gran cadena que vuesa merced debió de conocerme, el sombrero con plumas y cintillo, el vestido de colores, á fuer de soldado, y tan gallardo á los ojos de mi locura, que me daba á entender que las podia matar en el aire. Con todo esto, le rogué que se descubriese; á lo que ella me respondió: «No seais importuno: casa tengo; haced á un paje que me siga; que aunque soy más honrada de lo que promete esta respuesta, todavía, á trueco de ver si responde vuestra discrecion á vuestra gallardía, holgaré de que me veais más despacio.»

»Beséle las manos por la gran merced que me hacia, en pago de la cual le prometí montes de oro. Acabó el capitan su plática. Ellas se fueron; siguiólas un criado mio. Díjome el capitan que lo que la dama le queria era que le llevase unas cartas á Flándes á otro capitan, que decia ser su primo, aunque él sabia que no era sino su galan. Yo quedé abrasado con las manos de nieve que habia visto, y muerto por el rostro que deseaba ver; y así, otro dia, guiándome mi

criado, dióseme libre entrada. Hallé una casa muy bien aderezada, y una mujer de hasta treinta años, á quien conocí por las manos; no era hermosa en extremo, pero éralo de suerte, que podia enamorar comunicada, porque tenia un tono de habla tan suave, que se entraba por los oidos en el alma. Pasé con ella luengos y amorosos coloquios; blasoné, hendí, rajé, ofrecí, prometí y hice todas las demostraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bienquisto con ella; pero, como ella estaba hecha á oir semejantes ó mayores ofrecimientos y razones, parecia que les daba atento oido ántes que crédito alguno. Finalmente, nuestra plática se pasó en flores cuatro dias que continué en visitalla, sin que llegase á coger el fruto que deseaba.

»En el tiempo que la visité, siempre hallé la casa desembarazada, sin que viese visiones en ella de parientes fingidos ni de amigos verdaderos. Servíala una moza más taimada que simple. Finalmente, tratando mis amores como soldado que está en víspera de mudar, apuré á mi señora doña Estefanía de Caicedo (que éste es el nombre de la que así me tiene), y respondióme: «Señor alférez Campuzano, simplicidad seria si yo quisiese venderme á vuesa merced por santa; pecadora he sido, y áun ahora lo soy; pero no de manera, que los vecinos me murmuren ni los apartados me noten. Ni de mis padres ni de otro pariente heredé hacienda alguna, y con todo esto, vale el menaje de mi casa, bien validos, dos mil y quinientos ducados, y éstos en cosas que, puestas en almoneda, lo que se tardare en ponerlas se tardará en convertirse en dineros. Con esta hacienda busco marido á quien entregarme y á quien tener obediencia; á quien, juntamente con la enmienda de mi vida, le entre-

garé una increible solicitud de regalarle y servirle; porque no tiene príncipe cocinero más goloso ni que mejor sepa dar el punto á los guisados, que le sé dar yo cuando, mostrando ser casera, me quiero poner á ello. Sé ser mayordomo en casa, moza en la cocina y señora en la sala; en efecto, sé mandar y sé hacer que me obedezcan; no desperdicio nada, y allego mucho; mi real no vale ménos, sino mucho más, cuando se gasta por mi órden. La ropa blanca que tengo, que es mucha y muy buena, no se sacó de tiendas ni lenceros; estos pulgares y los de mis criadas la hilaron, y si pudiera tejerse en casa, se tejiera. Digo estas alabanzas mias, porque no acarrean vituperio cuando es forzosa la necesidad de decirlas; finalmente, quiero decir que yo busco marido que me ampare, me mande y me honre, y no galan que me sirva y me vitupere. Si vuesa merced gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aquí estoy moliente y corriente, sujeta á todo aquello que vuesa merced ordenare, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lenguas de casamenteros, y no hay ninguno tan bueno para concertar el todo, como las mismas partes.»

»Yo, que tenia entónces el juicio, no en la cabeza, sino en los carcañales, haciéndoseme el deleite en aquel punto mayor de lo que en la imaginacion le pintaba, y ofreciéndoseme tan á la vista la cantidad de hacienda, que ya la contemplaba en dineros convertida, sin hacer otros discursos de aquellos á que daba lugar el gusto, que me tenia echados grillos al entendimiento, le dije que yo era el venturoso y bienafortunado en haberme dado el cielo, casi por milagro, tal compañera, para hacerla señora de mi voluntad y de mi hacienda, que no era tan poca, que no valiese, con aquella

cadena que traia al cuello y con otras joyuelas que tenia en casa, y con deshacerme de algunas galas de soldado, más de dos mil ducados, que juntos con los dos mil y quinientos suyos, era suficiente cantidad para retirarnos á vivir á una aldea de donde yo era natural y adonde tenia algunas raíces; hacienda tal, que, sobrellevada con el dinero, vendiendo los frutos á su tiempo, nos podia dar una vida alegre y descansada. En resolucion, aquella vez se concertó nuestro desposorio, y se dió traza como los dos hiciésemos informacion de solteros, y en los tres dias de fiesta, que vinieron luego juntos en una pascua, se hicieron las amonestaciones, y al cuarto dia nos desposamos, hallándose presentes al desposorio dos amigos mios y un mancebo, que ella dijo ser primo suyo, á quien yo me ofrecí por pariente con palabras de mucho comedimiento, como lo habian sido todas las que hasta entónces á mi nueva esposa habia dado, con intencion tan torcida y traidora, que la quiero callar, porque aunque estoy diciendo verdades, no son verdades de confesion, que no pueden dejar de decirse.

»Mudó mi criado el baul de la posada á casa de mi mujer; encerré en él, delante della, mi magnífica cadena; mostréle otras tres ó cuatro, si no tan grandes, de mejor hechura, con otros tres ó cuatro cintillos de diversas suertes; hícele patentes mis galas y mis plumas, y entreguéle para el gasto de casa hasta cuatrocientos reales que tenia. Seis dias gocé del pan de la boda, espaciándome en casa como el yerno ruin en la del suegro rico; pisé ricas alfombras, ajé sábanas de Holanda, alumbréme con candeleros de plata; almorzaba en la cama, levantábame á las once, comia á las doce, y á las dos sesteaba en el estrado; bailábanme doña

Estefanía y la moza el agua delante. Mi mozo, que hasta allí le habia conocido perezoso y lerdo, se habia vuelto un corzo; el rato que doña Estefanía faltaba de mi lado, la habian de hallar en la cocina, toda solícita en ordenar guisados que me despertasen el gusto y me avivasen el apetito; mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores, segun olian, bañados en la agua de ángeles y de azahar que sobre ellos se derramaba.

»Pasáronse estos dias volando, como se pasan los años, que están debajo de la jurisdicion del tiempo; en los cuales dias, por verme tan regalado y tan bien servido, iba mudando en buena la mala intencion con que aquel negocio habia comenzado; al cabo de los cuales, una mañana, que áun estaba con doña Estefanía en la cama, llamaron con grandes golpes á la puerta de la calle. Asomóse la moza á la ventana, y quitándose al momento, dijo: «¡Oh, que sea ella la bienvenida! ¿Han visto y cómo ha venido más presto de lo que escribió el otro dia?

»—¿Quién es la que ha venido, moza? le pregunté.

»—¿Quién? respondió ella; es mi señora doña Clementa Bueso, y viene con ella el señor don Lope Melendez de Almendárez, con otros dos criados, y Hortigosa, la dueña que llevó consigo.

»—Corre, moza, bien haya yo, y ábreles, dijo á este punto doña Estefanía; y vos, señor, por mi amor, que no os alboroteis ni respondais por mí á ninguna cosa que contra mí oyéredes.

»—Pues ¿quién ha de decir cosa que os ofenda, y más estando yo delante? Decidme qué gente es ésta, que me parece que os ha alborotado su venida.

»—No tengo lugar de responderos, dijo doña Estefanía; sólo sabed que todo lo que aquí pasare es fingido, y que tira á cierto designio y efecto que despues sabreis.» Y aunque quisiera replicarle á esto, no me dió lugar la señora doña Clementa Bueso, que se entró en la sala, vestida de raso verde prensado, con muchos pasamanos de oro, capotillo de lo mismo y con la misma guarnicion, sombrero con plumas verdes, blancas y encarnadas, y con rico cintillo de oro, y con un delgado velo cubierto la mitad del rostro. Entró con ella el señor don Lope Melendez de Almendárez, no ménos bizarro que ricamente vestido de camino.

»La dueña Hortigosa fué la primera que habló, diciendo: «¡Jesus! ¿Qué es esto? ¡Ocupado el lecho de mi señora doña Clementa, y más con ocupacion de hombre! Milagros veo hoy en esta casa. A fe que se ha ido bien del pié á la mano la señora doña Estefanía, fiada en la amistad de mi señora.

»—Yo te lo prometo, Hortigosa, replicó doña Clementa; pero yo, yo me tengo la culpa: ¡que jamas escarmiente yo en tomar amigas que no lo saben ser sino es cuando les viene á cuento!» A todo lo cual respondió doña Estefanía: «No reciba vuesa merced pesadumbre, mi señora doña Clementa Bueso, y entienda que no sin misterio ve lo que ve en esta su casa; que cuando lo sepa, yo sé que quedaré disculpada y vuesa merced sin ninguna queja.»

»En esto ya me habia puesto yo en calzas y en jubon, y tomándome doña Estefanía por la mano, me llevó á otro aposento, y allí me dijo que aquella su amiga queria hacer una burla á aquel don Lope que venia con ella, con quien pretendia casarse, y que la burla era darle á entender que

aquella casa y cuanto estaba en ella era todo suyo, de lo cual pensaba hacerle carta de dote; y que hecho el casamiento, se le daba poco que se descubriese el engaño, fiada en el grande amor que el don Lope la tenia; «y luego se me volverá lo que es mio, y no se le tendrá á mal á ella ni á otra mujer alguna de que procure buscar marido honrado, aunque sea por medio de cualquier embuste.» Yo le respondí que era grande extremo de amistad el que queria hacer, y que primero se mirase bien en ello, porque despues podria ser tener necesidad de valerse de la justicia para cobrar su hacienda. Pero ella me respondió con tantas razones, representando tantas obligaciones que la obligaban á servir á doña Clementa, áun en cosas de más importancia, que mal de mi grado y con remordimiento de mi juicio hube de condescender con el gusto de doña Estefanía; asegurándome ella que solos ocho dias podia durar el embuste, los cuales estariamos en casa de otra amiga suya. Acabámonos de vestir ella y yo, y luego, entrándose á despedir de la señora doña Clementa Bueso y del señor don Lope Melendez de Almendárez, hizo á mi criado que se cargase el baul y que la siguiese, á quien yo tambien seguí, sin despedirme de nadie.

»Paró doña Estefanía en casa de una amiga suya, y ántes que entrásemos dentro, estuvo un buen espacio hablando con ella, al cabo del cual salió una moza, y dijo que entrásemos yo y mi criado. Llevónos á un aposento estrecho, en el cual habia dos camas, tan juntas, que parecian una, á causa que no habia espacio que las dividiese, y las sábanas de entrambas se besaban. En efeto, allí estuvimos seis dias, y en todos ellos no se pasó hora que no tuviésemos

pendencia, diciéndole la necedad que habia hecho en haber dejado su casa y su hacienda, aunque fuera á su misma madre.

»En esto iba yo y venia por momentos, tanto, que la huéspeda de casa, un dia que doña Estefanía dijo que iba á ver en qué término estaba su negocio, quiso saber de mí qué era la causa que me movia á reñir tanto con ella, y qué cosa habia hecho, que tanto se la afeaba, diciéndole que habia sido necedad notoria más que amistad perfeta. Contéle todo el cuento, y cuando llegué á decir que me habia casado con doña Estefanía, y la dote que trujo, y la simplicidad que habia hecho en dejar su casa y hacienda á doña Clementa, aunque fuese con tan sana intencion como era alcanzar tan principal marido como don Lope, se comenzó á santiguar y hacerse cruces con tanta priesa y con tanto «¡Jesus, Jesus, de la mala hembra!» que me puso en gran turbacion, y al fin me dijo: «Señor alférez, no sé si voy contra mi conciencia en descubriros lo que me parece que tambien la cargaria si lo callase; pero á Dios y á ventura, sea lo que fuere, viva la verdad y muera la mentira. La verdad es, que doña Clementa Bueso es la verdadera señora de la casa y de la hacienda de que os hicieron la dote; la mentira es todo cuanto os ha dicho doña Estefanía; que ni ella tiene casa ni hacienda, ni otro vestido del que trae puesto; y el haber tenido lugar y espacio para hacer este embuste, fué que doña Clementa fué á visitar unos parientes suyos á la ciudad de Plasencia, y de allí fué á tener novenas en Nuestra Señora de Guadalupe, y en este entretanto dejó en su casa á doña Estefanía que mirase por ella, porque en efeto son grandes amigas; aunque, bien mirado, no hay que culpar á la pobre

señora, pues ha sabido granjear á una tal persona como la del señor alférez por marido.»

»Aquí dió fin á su plática, y yo dí principio á desesperarme, y sin duda lo hiciera, si tantico se descuidara el ángel de mi guarda en socorrerme, acudiendo á decirme en el corazon que mirase que era cristiano, y que el mayor pecado de los hombres era el de la desesperacion, por ser pecado de demonios. Esta consideracion ó buena inspiracion me conhortó algo; pero no tanto, que dejase de tomar mi capa y espada, y salir á buscar á doña Estefanía, con presupuesto de hacer en ella un ejemplar castigo; pero la suerte, que no sabré decir si mis cosas empeoraba ó mejoraba, ordenó que en ninguna parte donde pensé hallar á doña Estefanía la hallase. Fuíme á San Lorente, encomendéme á Nuestra Señora, sentéme sobre un escaño, y con la pesadumbre, me tomó un sueño tan pesado, que no despertara tan presto si no me despertaran. Fuí, lleno de pensamientos y congojas, á casa de doña Clementa, y halléla con tanto reposo, como señora de su casa; no le osé decir nada, porque estaba el señor don Lope delante. Volví en casa de mi huéspeda, que me dijo haber contado á doña Estefanía cómo yo sabia toda su maraña y embuste, y que ella le preguntó qué semblante habia yo mostrado con tal nueva, y que le habia respondido que muy malo, y que, á su parecer, habia salido yo con mala intencion y con peor determinacion á buscarla; díjome, finalmente, que doña Estefanía se habia llevado cuanto en el baul tenia, sin dejarme en él sino un solo vestido de camino.

»Aquí fué ello, aquí me tuvo de nuevo Dios de su mano: fuí á ver mi baul, y halléle abierto y como sepultura que

esperaba cuerpo difunto, y á buena razon habia de ser el mio, si yo tuviera entendimiento para saber sentir y ponderar tamaña desgracia.

—Bien grande fué, dijo á esta sazon el licenciado Peralta, haberse llevado doña Estefanía tanta cadena y tanto cintillo; que, como suele decirse, todos los duelos, etc.

—Ninguna pena me dió esa falta, respondió el alférez, pues tambien podré decir: «Pensóse don Simueque que me engañaba con su hija la tuerta, y por Dios, contrecho soy de un lado.»

—No sé á qué propósito puede vuesa merced decir eso, respondió Peralta.

—El propósito es, respondió el alférez, de que toda aquella balumba y aparato de cadenas, cintillos y brincos podia valer hasta diez ó doce escudos.

—Eso no es posible, replicó el licenciado, porque la que el señor alférez traia al cuello mostraba pesar más de docientos ducados.

—Así fuera, respondió el alférez, si la verdad respondiera al parecer; pero, como no es todo oro lo que reluce, las cadenas, cintillos, joyas y brincos con sólo ser de alquimia se contentaron; pero estaban tan bien hechas, que sólo el toque ó el fuego podia descubrir su malicia.

—Desa manera, dijo el licenciado, entre vuesa merced y la señora doña Estefanía, pata es la traviesa.

—Y tan pata, respondió el alférez, que podemos volver á barajar; pero el daño está, señor licenciado, en que ella se podrá deshacer de mis cadenas, y yo no de la falsía de su término; y en efeto, mal que me pese, es prenda mia.

—Dad gracias á Dios, señor Campuzano, dijo Peralta,

que fué prenda con piés y que se os ha ido, y que no estais obligado á buscarla.

—Así es, respondió el alférez; pero, con todo esto, sin que la busque la hallo siempre en la imaginacion, y adonde quiera que estoy tengo mi afrenta presente.

—No sé qué responderos, dijo Peralta, sino es traeros á la memoria dos versos de Petrarca, que dicen:

Che chi prende diletto di far frode,
Non s'ha di lamentar s'altro l'inganna.

Que responden en nuestro castellano: «Que el que tiene costumbre y gusto de engañar á otro, no se debe quejar cuando es engañado.»

—Yo no me quejo, respondió el alférez, sino lastímome; que el culpado, no por conocer su culpa, deja de sentir la pena del castigo. Bien veo que quise engañar y fuí engañado, porque me hirieron por mis propios filos; pero no puedo tener tan á raya el sentimiento, que no me queje de mí mismo. Finalmente, por venir á lo que hace más al caso á mi historia (que este nombre se le puede dar al cuento de mis sucesos), digo que supe que se habia llevado á doña Estefanía el primo que dije que se halló á nuestros desposorios, el cual de luengos tiempos atras era su amigo á todo ruedo. No quise buscarla, por no hallar el mal que me faltaba. Mudé posada, y mudé el pelo dentro de pocos dias; porque comenzaron á pelárseme las cejas y las pestañas, y poco á poco me dejaron los cabellos, y ántes de edad me hice calvo, dándome una enfermedad que llaman lupicia, y por otro nombre más claro la pelarela. Halléme verdaderamente hecho pelon, porque ni tenia

barbas que peinar, ni dineros que gastar. Fué la enfermedad caminando al paso de mi necesidad, y como la pobreza atropella á la honra, y á unos lleva á la horca, y á otros al hospital, y á otros les hace entrar por las puertas de sus enemigos con ruegos y sumisiones, que es una de las mayores miserias que puede suceder á un desdichado, por no gastar en curarme los vestidos que me habian de cubrir y honrar en salud, llegado el tiempo en que se dan los sudores en el hospital de la Resurreccion, me entré en él, donde he tomado cuarenta sudores. Dicen que quedaré sano si me guardo: espada tengo; lo demas Dios lo remedie.»

Ofreciósele de nuevo el licenciado, admirándose de las cosas que le habia contado.

«Pues de poco se maravilla vuesa merced, señor Peralta, dijo el alférez; que otros sucesos me quedan por decir, que exceden á toda imaginacion, pues van fuera de todos los términos de naturaleza: no quiera vuesa merced saber más, sino que son de suerte, que doy por bien empleadas todas mis desgracias, por haber sido parte de haberme puesto en el hospital, donde vi lo que ahora diré, que es lo que ahora ni nunca vuesa merced podrá creer, ni habrá persona en el mundo que lo crea.» Todos estos preámbulos y encarecimientos que el alférez hacia ántes de contar lo que habia visto, encendian el deseo de Peralta de manera, que con no menores encarecimientos le pidió que luego luego le dijese las maravillas que le quedaban por decir.

«Ya vuesa merced habrá visto, dijo el alférez, dos perros que con dos linternas andan de noche con los hermanos de la Capacha, alumbrándoles cuando piden limosna.

—Sí he visto, respondió Peralta.

—Tambien habrá visto ó oido vuesa merced, dijo el alférez, lo que dellos se cuenta: que si acaso echan limosna de las ventanas y se cae en el suelo, ellos acuden luego á alumbrar y á buscar lo que se cae, y se paran delante de las ventanas donde saben que tienen costumbre de darles limosna; y con ir allí con tanta mansedumbre, que más parecen corderos que perros, en el hospital son unos leones, guardando la casa con grande cuidado y vigilancia.

—Yo he oido decir, dijo Peralta, que todo es así; pero eso no me puede ni debe causar maravilla.

—Pues lo que ahora diré dellos, dijo el alférez, es razon que la cause, y que sin hacerse cruces ni alegar imposibles ni dificultades, vuesa merced se acomode á creerlo; y es, que yo oí y casi vi con mis ojos á estos dos perros, que el uno se llama Cipion y el otro Berganza, estar una noche, que fué la penúltima que acabé de sudar, echados detras de mi cama en unas esteras viejas, y á la mitad de aquella noche, estando á escuras y desvelado, pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias, oí hablar allí junto, y estuve con atento oido escuchando, por ver si podia venir en conocimiento de los que hablaban y de lo que hablaban, y á poco rato vine á conocer, por lo que hablaban los que hablaban, que eran los dos perros Cipion y Berganza.»

Apénas acabó de decir esto Campuzano, cuando levantándose el licenciado, dijo: «Vuesa merced quede mucho en buen hora, señor Campuzano; que hasta aquí estaba en duda si creeria ó no lo que de su casamiento me habia contado, y esto que ahora me cuenta, de que oyó hablar los perros, me ha hecho declarar por la parte de no creelle ninguna cosa. Por amor de Dios, señor alférez, que no

cuente estos disparates á persona alguna, si ya no fuere á quien sea tan su amigo como yo.

—No me tenga vuesa merced por tan ignorante, replicó Campuzano, que no entienda que si no es por milagro, no pueden hablar los animales; que bien sé que si los tordos, picazas y papagayos hablan, no son sino las palabras que aprenden y toman de memoria, y por tener la lengua estos animales cómoda para poder pronunciarlas; mas no por esto pueden hablar y responder con discurso concertado, como estos perros hablaban; y así, muchas veces despues que los oí, yo mismo no he querido dar crédito á mí mismo, y he querido tener por cosa soñada lo que realmente estando despierto con todos mis cinco sentidos, tales cuales nuestro Señor fué servido de dármelos, oí, escuché, noté, y finalmente escrebí, sin faltar palabra, por su concierto; de donde se puede tomar indicio bastante que mueva y persuada á creer esta verdad que digo. Las cosas de que trataron fueron grandes y diferentes, y más para ser tratadas por varones sabios que para ser dichas por bocas de perros : así que, pues yo no las pude inventar de mio, á mi pesar y contra mi opinion vengo á creer que no soñaba, y que los perros hablaban.

—¡Cuerpo de mí, replicó el licenciado, si se nos ha vuelto el tiempo de Maricastaña, cuando hablaban las calabazas, ó el de Esopo, cuando departia el gallo con la zorra y unos animales con otros!

—Uno dellos seria yo, y el mayor, replicó el alférez, si creyese que ese tiempo ha vuelto, y áun tambien lo seria si dejase de creer lo que oí y lo que vi, y lo que me atreveré á jurar con juramento, que obligue y áun fuerce á que lo crea la misma incredulidad; pero, puesto caso que me

haya engañado y que mi verdad sea sueño, y el porfiarla disparate, ¿no se holgará vuesa merced, señor Peralta, de ver escritas en un coloquio las cosas que estos perros, ó sean quien fueren, hablaron?

—Como vuesa merced, replicó el licenciado, no se canse más en persuadirme que oyó hablar á los perros, de muy buena gana oiré ese coloquio, que por ser escrito y notado del buen ingenio del señor alférez, ya le juzgo por bueno.

—Pues hay en esto otra cosa, dijo el alférez: que como yo estaba tan atento y tenia delicado el juicio, delicada, sutil y desocupada la memoria (merced á las muchas pasas y almendras que habia comido), todo lo tomé de coro, y casi por las mismas palabras que habia oido, lo escribí otro dia, sin buscar colores retóricas para adornarlo, ni que añadir ni quitar, para hacerle gustoso. No fué una noche sola la plática, que fueron dos consecutivamente, aunque yo no tengo escrita más de una, que es la vida de Berganza; y la del compañero Cipion pienso escribir (que fué la que se contó la noche segunda) cuando viere, ó que ésta se crea, ó á lo ménos no se desprecie. El coloquio traigo en el seno: púselo en forma de coloquio, por ahorrar de *dijo Cipion*, *respondió Berganza*, que suele alargar la escritura.» Y en diciendo esto, sacó del pecho un cartapacio y le puso en las manos del licenciado, el cual le tomó riyéndose y como haciendo burla de todo lo que habia oido y de lo que pensaba leer. «Yo me recuesto, dijo el alférez, en esta silla, en tanto que vuesa merced lee, si quiere, esos sueños ó disparates, que no tienen otra cosa de bueno, sino es el poderlos dejar cuando enfaden.

—Haga vuesa merced su gusto, dijo Peralta; que yo con

brevedad me despediré desta letura.» Recostóse el alférez, abrió el licenciado el cartapacio, y en el principio vió que estaba puesto este título:

COLOQUIO QUE PASÓ ENTRE CIPION Y BERGANZA,
PERROS DEL HOSPITAL DE LA RESURRECCION,
QUE ESTÁ EN LA CIUDAD DE VALLADOLID, FUERA DE LA PUERTA DEL CAMPO, Á QUIEN COMUNMENTE LLAMAN LOS PERROS DE MAHUDES.

Cipion. Berganza amigo, dejemos esta noche el hospital en guarda de la confianza, y retirémonos á esta soledad y entre estas esteras, donde podremos gozar sin ser sentidos desta no vista merced que el cielo en un mismo punto á los dos nos ha hecho.

Berganza. Cipion hermano, óyote hablar y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.

Cip. Así es la verdad, Berganza, y viene á ser mayor este milagro en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razon, estando tan sin ella, que la diferencia que hay del animal bruto al hombre, es ser el hombre animal racional, y el bruto irracional.

Berg. Todo lo que dices, Cipion, entiendo, y el decirlo tú y entenderlo yo me causa nueva admiracion y nueva maravilla; bien es verdad que en el discurso de mi vida, diversas y muchas veces he oido decir grandes prerogativas nuestras, tanto, que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para

mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento, capaz de discurso.

Cip. Lo que yo he oido alabar y encarecer, es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra, tanto, que nos suelen pintar por símbolo de la amistad; y así habrás visto, si has mirado en ello, que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, cuando son marido y mujer, ponen entre los dos, á los piés, una figura de perro, en señal que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.

Berg. Bien sé que ha habido perros tan agradecidos, que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura; otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus señores, sin apartarse dellas, sin comer hasta que se les acababa la vida; sé tambien que despues del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento, luego el caballo, y el último la jimia.

Cip. Así es; pero bien confesarás que ni has visto ni oido decir jamas que haya hablado ningun elefante, perro, caballo ó mona; por donde me doy á entender que este nuestro hablar tan de improviso cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza á las gentes.

Berg. Desa manera, no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los dias pasados á un estudiante, pasando por Alcalá de Henares.

Cip. ¿Qué le oiste decir?

Berg. Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la universidad, los dos mil oian medicina.

Cip. Pues ¿qué vienes á inferir deso?

Berg. Infiero, ó que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que seria harta plaga y mala ventura), ó ellos se han de morir de hambre.

Cip. Pero, sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento ó no; que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir; y así, no hay para qué ponernos á disputar nosotros cómo ó por qué hablamos. Mejor será que este buen dia, ó buena noche, la metamos en nuestra casa; y pues la tenemos tan buena en estas esteras, y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della, y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mí por largos tiempos deseado.

Berg. Y áun de mí, que desde que tuve fuerzas para roer un hueso, tuve deseo de hablar, para decir cosas que depositaba en la memoria, y allí, de antiguas y muchas, ó se enmohecian ó se me olvidaban; empero ahora, que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino dón de la habla, pienso gozarle y aprovecharme dél lo más que pudiere, dándome priesa á decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente, porque no sé cuándo me volverán á pedir este bien, que por prestado tengo.

Cip. Sea ésta la manera, Berganza amigo: que esta noche me cuentes tu vida, y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas; y si mañana en la noche estuviéremos con habla, yo te contaré la mia; porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias, que en procurar saber las ajenas vidas.

Berg. Siempre, Cipion, te he tenido por discreto y por

amigo, y ahora más que nunca, pues como amigo, quieres decirme tus sucesos y saber los mios, y como discreto, has repartido el tiempo donde podamos manifestallos; pero advierte primero si nos oye alguno.

Cip. Ninguno, á lo que creo, puesto que aquí cerca está un soldado tomando sudores; pero en esta sazon más estará para dormir que para ponerse á escuchar á nadie.

Berg. Pues si puedo hablar con ese seguro, escucha; y si te cansare lo que te fuere diciendo, ó me reprende, ó manda que calle.

Cip. Habla hasta que amanezca ó hasta que seamos sentidos; que yo te escucharé de muy buena gana, sin impedirte sino cuando viere ser necesario.

Berg. Paréceme que la primera vez que vi el sol fué en Sevilla, y en su matadero, que está fuera de la puerta de la Carne; por donde imaginara (si no fuera por lo que despues diré) que mis padres debieron de ser alanos de aquellos que crian los ministros de aquella confusion, á quien llaman jiferos. El primero que conocí por amo fué uno llamado Nicolas el Romo, mozo robusto, doblado y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería. Este tal Nicolas me enseñaba á mí y á otros cachorros á que, en compañía de alanos viejos, arremetiésemos á los toros y les hiciésemos presa de las orejas. Con mucha facilidad salí un águila en esto.

Cip. No me maravillo, Berganza; que como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerle.

Berg. ¿Qué te diria, Cipion hermano, de lo que vi en aquel matadero, y de las cosas exorbitantes que en él pasan? Primero has de presuponer que todos cuantos en él tra-

bajan, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al Rey ni á su justicia; los más, amancebados; son aves de rapiña carniceras; mantiénense ellos y sus amigas de lo que hurtan. Todas las mañanas que son dias de carne, ántes que amanezca están en el matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas, que viniendo vacías, vuelven llenas de pedazos de carne, y las criadas con criadillas y lomos medios y enteros. No hay res alguna que se mate, de quien no lleve esta gente diezmos y primicias de lo más sabroso y bien parado; y como en Sevilla no hay obligado de la carne, cada uno puede traer la que quisiere, y la que primero se mata, ó es la mejor ó la de más baja postura; y con este concierto, hay siempre mucha abundancia. Los dueños se encomiendan á esta buena gente que he dicho, no para que no les hurten (que esto es imposible), sino para que se moderen en las tajadas y socaliñas que hacen en las reses muertas, que las escamondan y podan como si fuesen sauces ó parras; pero ninguna cosa me admiraba más ni me parecia peor, que el ver que estos jiferos con la misma facilidad matan á un hombre que á una vaca; por quítame allá esa paja, á dos por tres, meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona, como si acocotasen un toro. Por maravilla se pasa dia sin pendencias y sin heridas, y á veces sin muertes; todos se pican de valientes, y áun tienen sus puntas de rufianes; no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado con lomos y lenguas de vaca. Finalmente, oí decir á un hombre discreto que tres cosas tenia el Rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero.

Cip. Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y áun temo que al paso que llevas, no llegarás á la mitad de tu historia. Y quiérote advertir de una cosa, de la cual verás la experiencia cuando te cuente los sucesos de mi vida; y es, que los cuentos, unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos; quiero decir, que algunos hay, que aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras, dan contento; otros hay, que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos, y con mudar la voz, se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados, se vuelven agudos y gustosos; y no se te olvide este advertimiento, para aprovecharte dél en lo que te queda por decir.

Berg. Yo lo haré así, si pudiere, y si me da lugar la grande tentacion que tengo de hablar, aunque me parece que con grandísima dificultad me podré ir á la mano.

Cip. Véte á la lengua; que en ella consisten los mayores daños de la humana vida.

Berg. Digo pues que mi amo me enseñó á llevar una espuerta en la boca, y á defenderla de quien quitármela quisiese; enseñóme tambien la casa de su amiga, y con esto se excusó la venida de su criada al matadero, porque yo le llevaba las madrugadas lo que él habia hurtado las noches. Y un dia que entre dos luces iba yo diligente á llevarle la porcion, oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana; alcé los ojos, y vi una moza hermosa en extremo; detúveme un poco, y ella bajó á la puerta de la calle y me

tornó á llamar; lleguéme á ella, como si fuera á ver lo que me queria, que no fué otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta, y ponerme en su lugar un chapin viejo. Entónces dije entre mí : «La carne se ha ido á la carne.» Díjome la moza, en habiéndome quitado la carne : «Andad, Gavilan, ó como os llamais, y decid á Nicolas el Romo, vuestro amo, que no se fie de animales, y que del lobo un pelo, y ése, de la espuerta.» Bien pudiera yo volver á quitar lo que me quitó, pero no quise, por no poner mi boca jifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas.

Cip. Hiciste muy bien, por ser prerogativa de la hermosura que siempre se le tenga respeto.

Berg. Así lo hice yo, y así me volví á mi amo sin la porcion y con el chapin; parecióle que volví presto, vió el chapin, imaginó la burla, sacó uno de cachas, y tiróme una puñalada, que á no desviarme, nunca tú oyeras ahora este cuento, ni áun otros muchos que pienso contarte. Puse piés en polvorosa, y tomando el camino en las manos y en los piés por detras de San Bernardo, me fuí por aquellos campos de Dios adonde la fortuna quisiese llevarme. Aquella noche dormí al cielo abierto, y otro dia me deparó la suerte un hato ó rebaño de ovejas y carneros. Así como le vi, creí que habia hallado en él el centro de mi reposo, pareciéndome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se encierra una virtud grande, como es amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que poco pueden. Apénas me hubo visto uno de tres pastores que el ganado guardaban, cuando, diciendo : «To! to!» me llamó, y yo, que otra cosa no deseaba, me llegué á él, bajando la cabeza y meneando la cola; trújome la mano por

el lomo, abrióme la boca, escupióme en ella, miróme las presas, conoció mi edad, y dijo á otros pastores que yo tenia todas las señales de ser perro de casta. Llegó á este instante el señor del ganado sobre una yegua rucia á la jineta, con lanza y adarga, que más parecia atajador de la costa que señor de ganado. Preguntó al pastor: «¿Qué perro es éste? que tiene señales de ser bueno.

—Bien lo puede vuesa merced creer, respondió el pastor; que yo le he cotejado bien, y no hay señal en él que no muestre y prometa que ha de ser un gran perro: agora se llegó aquí, y no sé cúyo sea, aunque sé que no es de los rebaños de la redonda.

—Pues así es, respondió el señor, ponle luego el collar de Leoncillo, el perro que se murió, y dénle la racion que á los demas y acaríciale todo cuanto pudieres, porque tome cariño al hato y se quede de hoy adelante en él.» En diciendo esto, se fué, y el pastor me puso luego al cuello unas carlancas llenas de puntas de acero, habiéndome dado primero en un dornajo gran cantidad de sopas en leche, y asimismo me puso nombre, y me llamó Barcino. Vime harto y contento con el segundo amo y con el nuevo oficio; mostréme solícito y diligente en la guarda del rebaño, sin apartarme dél sino las siestas, que me iba á pasarlas, ó ya á la sombra de algun árbol, ó de algun ribazo ó peña, ó á la de alguna mata, á la márgen de algun arroyo de los muchos que por allí corrian; y estas horas de mi sosiego no las pasaba ociosas, porque en ellas ocupaba la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la vida que habia tenido en el matadero, y en la que tenia mi amo y todos los que, como él, están sujetos á cumplir los gustos imperti-

nentes de sus amigas. ¡Oh, qué de cosas te pudiera decir ahora de las que aprendí en la escuela de aquella jifera dama de mi amo! pero habrélas de callar, porque no me tengas por largo y por murmurador.

Cip. Por haber oido decir que dijo un gran poeta de los antiguos que era difícil cosa el escribir sátiras, consentiré que murmures un poco de luz, y no de sangre; quiero decir, que señales, y no hieras ni dés mate á ninguno en cosa señalada; que no es buena la murmuracion, aunque haga reir á muchos, si mata á uno; y si puedes agradar sin ella, te tendré por muy discreto.

Berg. Yo tomaré tu consejo, y esperaré con gran deseo que llegue el tiempo en que me cuentes tus sucesos; que de quien tan bien sabe conocer y enmendar los defectos que tengo en contar los mios, bien se puede esperar que contará los suyos de manera que enseñen y deleiten á un mismo punto. Pero, anudando el roto hilo de mi cuento, digo que en aquel silencio y soledad de mis siestas, entre otras cosas, consideraba que no debia de ser verdad lo que habia oido contar de la vida de los pastores, á lo ménos de aquellos que la dama de mi amo leia en unos libros, cuando yo iba á su casa, que todos trataban de pastores y pastoras, diciendo que se les pasaba toda la vida cantando y tañendo con gaitas, zampoñas, rabeles y churumbelas, y con otros instrumentos extraordinarios. Deteníame á oirla leer, y leia cómo el pastor de Anfriso cantaba extremada y divinamente, alabando á la sin par Belisarda, sin haber en todos los montes de Arcadia árbol en cuyo tronco no se hubiese sentado á cantar, desde que salia el sol en los brazos del Aurora hasta que se ponia en los de Tétis; y áun despues de haber tendido la

negra noche por la faz de la tierra sus negras y escuras alas, él no cesaba de sus bien cantadas y mejor lloradas quejas. No se le quedaba entre renglones el pastor Elicio, más enamorado que atrevido, de quien decia que sin atender á sus amores ni á su ganado, se entraba en los cuidados ajenos. Decia tambien que el gran pastor de Fílida, único pintor de un retrato, habia sido más confiado que dichoso. De los desmayos de Sireno y arrepentimiento de Diana, decia que daba gracias á Dios y á la sabia Felicia, que con su agua encantada deshizo aquella máquina de enredos y aclaró aquel laberinto de dificultades. Acordábame de otros muchos libros que deste jaez le habia oido leer, pero no eran dignos de traerlos á la memoria.

Cip. Aprovechándote vas, Berganza, de mi aviso; murmura, pica y pasa, y sea tu intencion limpia, aunque la lengua no lo parezca.

Berg. En estas materias nunca tropieza la lengua, si no cae primero la intencion; pero si acaso por descuido ó por malicia murmurare, responderé á quien me reprendiere, lo que respondió Mauleon, poeta tonto y académico de burla de la academia de los Imitadores, á uno que le preguntó qué queria decir *Deum de Deo*, y respondió que: dé donde diere.

Cip. Esa fué respuesta de un simple; pero tú, si eres discreto ó lo quieres ser, nunca has de decir cosa de que debas dar disculpa. Di adelante.

Berg. Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos más, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores y todos los demas de aquella marina tenian, de aquellos que habia oido leer que tenian los pas-

tores de los libros; porque si los mios cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un *cata el lobo dó va, Juanica*, y otras cosas semejantes; y esto no al són de churumbelas, rabeles ó gaitas, sino al que hacia el dar un cayado con otro ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos; y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncas, que solas ó juntas, parecia, no que cantaban, sino que gritaban ó gruñian. Lo más del dia se les pasaba espulgándose ó remendándose sus abarcas; ni entre ellos se nombraban Amarílis, Fílidas, Galateas y Dianas, ni habia Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos; todos eran Antones, Domingos, Pablos ó Llorentes; por donde vine á entender lo que pienso que deben de creer todos, que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna; que á serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes, y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora, acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro.

Cip. Basta, Berganza; vuelve á tu senda, y camina.

Berg. Agradézcotelo, Cipion amigo; porque si no me avisaras, de manera se me iba calentando la boca, que no parara hasta pintarte un libro entero destos que me tenian engañado; pero tiempo vendrá en que lo diga todo con mejores razones y con mejor discurso que ahora.

Cip. Mírate á los piés, y desharás la rueda, Berganza; quiero decir que mires que eres un animal que carece de

razon, y si ahora muestras tener alguna, ya hemos averiguado entre los dos ser cosa sobrenatural y jamas vista.

Berg. Eso fuera así si yo estuviera en mi primera ignorancia; mas ahora, que me ha venido á la memoria lo que te habia de haber dicho al principio de nuestra plática, no sólo no me maravillo de lo que hablo, pero espántome de lo que dejo de hablar.

Cip. Pues ¿ahora no puedes decir lo que ahora se te acuerda?

Berg. Es una cierta historia que me pasó con una grande hechicera, discípula de la Camacha de Montilla.

Cip. Digo que me la cuentes ántes que pases más adelante en el cuento de tu vida.

Berg. Eso no haré yo por cierto hasta su tiempo; ten paciencia, y escucha por su órden mis sucesos, que así te darán más gusto, si ya no te fatiga querer saber los medios ántes de los principios.

Cip. Sé breve, y cuenta lo que quisieres y como quisieres.

Berg. Digo, pues, que yo me hallaba bien con el oficio de guardar ganado, por parecerme que comia el pan de mi sudor y trabajo, y que la ociosidad, raíz y madre de todos los vicios, no tenia que ver conmigo, á causa que si los dias holgaba, las noches no dormia, dándonos asaltos á menudo y tocándonos al arma los lobos; y apénas me habian dicho los pastores : *Al lobo, Barcino*, cuando acudia, primero que los otros perros, á la parte que me señalaban que estaba el lobo; corria los valles, escudriñaba los montes, desentrañaba las selvas, saltaba barrancos, cruzaba caminos, y á la mañana volvia al hato, sin haber hallado lobo ni rastro dél,

anhelando, cansado, hecho pedazos y los piés abiertos de los garranchos, y hallaba en el hato, ó ya una oveja muerta, ó un carnero degollado y medio comido del lobo. Desesperábame de ver de cuán poco servia mi mucho cuidado y diligencia. Venia el señor del ganado, salian los pastores á recebirle con las pieles de la res muerta; culpaba á los pastores por negligentes, y mandaba castigar á los perros por perezosos. Llovian sobre nosotros palos, y sobre ellos reprensiones; y así, viéndome un dia castigado sin culpa, y que mi cuidado, ligereza y braveza no eran de provecho para coger el lobo, determiné de mudar estilo, no desviándome á buscarle, como tenia de costumbre, léjos del rebaño, sino estarme junto á él; que pues el lobo allí venia, allí seria más cierta la presa. Cada semana nos tocaban á rebato, y en una escurísima noche tuve yo vista para ver los lobos, de quien era imposible que el ganado se guardase. Agachéme detras de una mata, pasaron los perros mis compañeros adelante, y desde allí oteé y vi que dos pastores asieron de un carnero de los mejores del aprisco, y le mataron de manera, que verdaderamente pareció á la mañana que habia sido su verdugo el lobo. Pasméme, quedé suspenso cuando vi que los pastores eran los lobos, y que despedazaban el ganado los mismos que le habian de guardar. Al punto hacian saber á su amo la presa del lobo, dábanle el pellejo y parte de la carne, y comíanse ellos lo más y lo mejor. Volvia á reñirles el señor, y volvia tambien el castigo de los perros; no habia lobos, menguaba el rebaño; quisiera yo descubrillo, hallábame mudo; todo lo cual me traia lleno de admiracion y de congoja. «¡Válame Dios! decia entre mí, ¿quién podrá remediar esta maldad? ¿Quién será poderoso

á dar á entender que la defensa ofende, que las centinelas duermen, que la confianza roba, y que el que os guarda os mata?»

Cip. Y decias muy bien, Berganza; porque no hay mayor ni más sutil ladron que el doméstico, y así mueren muchos más de los confiados que de los recatados; pero el daño está en que es imposible que puedan pasar bien las gentes en el mundo si no se fia y se confia; mas quédese aquí esto, que no quiero que parezcamos predicadores. Pasa adelante.

Berg. Paso adelante, y digo que determiné dejar aquel oficio, aunque parecia tan bueno, y escoger otro, donde por hacerle bien, ya que no fuese remunerado, no fuese castigado. Volvíme á Sevilla, y entré á servir á un mercader muy rico.

Cip. ¿Qué modo tenias para entrar con amo? porque, segun lo que se usa, con gran dificultad el dia de hoy halla un hombre de bien señor á quien servir. Muy diferentes son los señores de la tierra del Señor del cielo; aquellos para recebir un criado, primero le espulgan el linaje, examinan la habilidad, le marcan la apostura, y áun quieren saber los vestidos que tiene; pero para entrar á servir á Dios, el más pobre es más rico, el más humilde, de mejor linaje, y con sólo que se disponga con limpieza de corazon á querer servirle, luego le manda poner en el libro de sus gajes, señalándoselos tan aventajados, que de muchos y grandes, apénas pueden caber en su deseo.

Berg. Todo eso es predicar, Cipion amigo.

Cip. Así me lo parece á mí, y así callo.

Berg. A lo que me preguntaste del órden que tenia para

entrar con amo, digo que ya tú sabes que la humildad es la basa y fundamento de todas virtudes, y que sin ella no hay ninguna que lo sea. Ella allana inconvenientes, vence dificultades, y es un medio que siempre á gloriosos fines nos conduce; de los enemigos hace amigos, templa la cólera de los airados y menoscaba la arrogancia de los soberbios; es madre de la modestia y hermana de la templanza; en fin, con ella no pueden atravesar triunfo que les sea de provecho los vicios, porque en su blandura y mansedumbre se embotan y despuntan las flechas de los pecados. Desta, pues, me aprovechaba yo cuando queria entrar á servir en alguna casa, habiendo primero considerado y mirado muy bien ser casa que pudiese mantener y donde pudiese entrar un perro grande; luego arrimábame á la puerta, y cuando, á mi parecer, entraba algun forastero, le ladraba, y cuando venia el señor, bajaba la cabeza, y moviendo la cola, me iba á él y con la lengua le limpiaba los zapatos. Si me echaban á palos, sufríalos, y con la misma mansedumbre volvia á hacer halagos al que me apaleaba, que ninguno segundaba, viendo mi porfía y mi noble término. Desta manera, á dos porfías me quedaba en casa; servia bien, queríanme luego bien, y nadie me despidió si no era que yo me despidiese, ó por mejor decir, me fuese; y tal vez hallé amo, que éste fuera el dia que yo estuviera en su casa, si la contraria suerte no me hubiera perseguido.

Cip. De la misma manera que has contado, entraba yo con los amos que tuve, y parece que nos leimos los pensamientos.

Berg. Como en esas cosas nos hemos encontrado, si no me engaño, y yo te las diré á su tiempo, como tengo pro-

metido; y ahora escucha lo que me sucedió despues que dejé el ganado en poder de aquellos perdidos. Volvíme á Sevilla, como dije, que es amparo de pobres y refugio de desechados, que en su grandeza, no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes; arriméme á la puerta de una gran casa de un mercader, hice mis acostumbradas diligencias, y á pocos lances me quedé en ella. Recibiéronme para tenerme atado detras de la puerta de dia, y suelto de noche; servia con gran cuidado y diligencia, ladraba á los forasteros y gruñia á los que no eran muy conocidos; no dormia de noche, visitando los corrales, subiendo á los terrados, hecho universal centinela de la mia y de las casas ajenas. Agradóse tanto mi amo de mi buen servicio, que mandó que me tratasen bien, y me diesen racion de pan y los huesos que se levantasen ó arrojasen de su mesa, con las sobras de la cocina, á lo que yo me mostraba agradecido, dando infinitos saltos cuando veia á mi amo, especialmente cuando venia de fuera, que eran tantas las muestras de regocijo que daba, y tantos los saltos, que mi amo ordenó que me desatasen y me dejasen andar suelto de dia y de noche. Como me vi suelto, corrí á él, rodeéle todo, sin osar llegarle con las manos, acordándome de la fábula de Esopo, cuando aquel asno tan asno, que quiso hacer á su señor las mismas caricias que le hacia una perrilla regalada suya, que le granjearon ser molido á palos. Parecióme que en esta fábula se nos dió á entender que las gracias y donaires de algunos no están bien en otros: apode el truhan, juegue de manos y voltee el histrion, rebuzne el pícaro, imite el canto de los pájaros y los diversos gestos y acciones de los animales y los hombres el hombre bajo que se hubiere dado

á ello, y no lo quiera hacer el hombre principal, á quien ninguna habilidad destas le puede dar crédito ni nombre honroso.

Cip. Basta; adelante, Berganza, que ya estás entendido.

Berg. ¡Ojalá que como tú me entiendes, me entendiesen aquellos por quien lo digo! que no sé qué tengo de buen natural, que me pesa infinito cuando veo que un caballero se hace chocarrero y se precia que sabe jugar los cubiletes y las agallas, y que no hay quien como él sepa bailar la chacona. Un caballero conozco yo, que se alababa que á ruegos de un sacristan habia cortado de papel treinta y dos flores para poner en un monumento, sobre paños negros, y destas cortaduras hizo tanto caudal, que así llevaba á sus amigos á verlas, como si los llevara á ver las banderas y despojos de enemigos que sobre la sepultura de sus padres y abuelos estaban puestas. Este mercader, pues, tenia dos hijos, el uno de doce, y el otro de hasta catorce años, los cuales estudiaban gramática en el estudio de la Compañía de Jesus; iban con autoridad, con ayo y con pajes, que les llevaban los libros y aquel que llaman *vade mecum*. El verlos ir con tanto aparato, en sillas si hacia sol, en coche si llovia, me hizo considerar y reparar en la mucha llaneza con que su padre iba á la Lonja á negociar sus negocios, porque no llevaba otro criado que un negro, y algunas veces se desmandaba á ir en un machuelo áun no bien aderezado.

Cip. Has de saber, Berganza, que es costumbre y condicion de los mercaderes de Sevilla, y áun de las otras ciudades, mostrar su autoridad y riqueza, no en sus personas, sino en las de sus hijos; porque los mercaderes son mayores en su sombra que en sí mismos, y como ellos por maravilla

atienden á otra cosa que á sus tratos y contratos, trátanse modestamente, y como la ambicion y la riqueza muere por manifestarse, revienta por sus hijos, y así los tratan y autorizan como si fuesen hijos de algun príncipe; y algunos hay que les procuran títulos y ponerles en el pecho la marca que tanto distingue la gente principal de la plebeya.

Berg. Ambicion es, pero ambicion generosa, la de aquel que pretende mejorar su estado sin perjuicio de tercero.

Cip. Pocas ó ninguna vez se cumple con la ambicion, que no sea con daño de tercero.

Berg. Ya hemos dicho que no hemos de murmurar.

Cip. Sí, que yo no murmuro de nadie.

Berg. Ahora acabo de confirmar por verdad lo que muchas veces he oido decir. Acaba un maldiciente murmurador de echar á perder diez linajes y de calumniar veinte buenos, y si alguno le reprende por lo que ha dicho, responde que él no ha dicho nada, y que si ha dicho algo, no lo ha dicho por tanto, y que si pensara que alguno se habia de agraviar, no lo dijera. A la fe, Cipion, mucho ha de saber y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversacion sin tocar los límites de la murmuracion; porque yo veo en mí que, con ser un animal como soy, á cuatro razones que digo, me acuden palabras á la lengua como mosquitos al vino, y todas maliciosas y murmurantes; por lo cual vuelvo á decir lo que otra vez he dicho, que el hacer y decir mal lo heredamos de nuestros primeros padres y lo mamamos en la leche. Vese claro en que apénas ha sacado el niño el brazo de las fajas, cuando levanta la mano, con muestras de querer vengarse de quien, á su parecer, le ofende; y casi la primera pa-

labra articulada que habla, es llamar puta á su ama ó á su madre.

Cip. Así es verdad, y yo confieso mi yerro, y quiero que me le perdones, pues te he perdonado tantos; echemos pelillos á la mar, como dicen los muchachos, y no murmuremos de aquí adelante; y sigue tu cuento, que le dejaste en la autoridad con que los hijos del mercader, tu amo, iban al estudio de la Compañía de Jesus.

Berg. A él me encomiendo en todo acontecimiento; y aunque el dejar de murmurar lo tengo por dificultoso, pienso usar de un remedio, que oí decir que usaba un gran jurador, el cual, arrepentido de su mala costumbre, cada vez que despues de su arrepentimiento juraba, se daba un pellizco en el brazo ó besaba la tierra, en pena de su culpa; pero con todo esto, juraba. Así yo, cada vez que fuere contra el precepto que me has dado de que no murmure, y contra la intencion que tengo de no murmurar, me morderé el pico de la lengua, de modo que me duela, y me acuerde de mi culpa, para no volver á ella.

Cip. Tal es ese remedio, que si usas dél, espero que te has de morder tantas veces, que has de quedar sin lengua, y así quedarás imposibilitado de murmurar.

Berg. A lo ménos yo haré de mi parte mis diligencias, y supla las faltas el cielo. Y así, digo que los hijos de mi amo se dejaron un dia un cartapacio en el patio, donde yo á la sazon estaba; y como estaba enseñado á llevar la esportilla del jifero mi amo, así del *vade mecum* y fuíme tras ellos, con intencion de no soltalle hasta el estudio. Sucedióme todo como lo deseaba; que mis amos, que me vieron venir con el *vade mecum* en la boca, asido sotilmente de las cintas, man-

daron á un paje me le quitase; mas yo no lo consentí, ni le solté hasta que entré en el aula; cosa que causó risa á todos los estudiantes. Lleguéme al mayor de mis amos, y á mi parecer con mucha crianza, se le puse en las manos, y quedéme sentado en cuclillas á la puerta del aula, mirando de hito en hito al maestro que en la cátedra leia. No sé qué tiene la virtud, que con alcanzárseme á mí tan poco ó nada della, luego recebí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban. Consideraba cómo los reñian con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaban con cordura, y finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que, aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados.

Cip. Muy bien dices, Berganza, porque yo he oido decir desa bendita gente, que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan. Son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y finalmente, la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza.

Berg. Todo es así como lo dices. Y siguiendo mi historia, digo que mis amos gustaron de que les llevase siempre el *vade mecum*, lo que hice de muy buena voluntad, con lo cual tenia una vida de rey, y áun mejor, porque era descan-

sada, á causa que los estudiantes dieron en burlarse conmigo, y domestiquéme con ellos de tal manera, que me metian la mano en la boca, y los más chiquillos subian sobre mí; arrojaban los bonetes ó sombreros, y yo se los volvia á la mano limpiamente y con muestras de grande regocijo. Dieron en darme de comer cuanto ellos podian, y gustaban de ver que cuando me daban nueces ó avellanas, las partia como mona, dejando las cáscaras y comiendo lo tierno; tal hubo, que por hacer prueba de mi habilidad, me trujo en un pañuelo gran cantidad de ensalada, la cual comí como si fuera persona. Era tiempo de invierno, cuando campean en Sevilla los molletes y mantequillas, de quien era tan bien servido, que más de dos *Antonios* se empeñaron ó vendieron para que yo almorzase. Finalmente, yo pasaba una vida de estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo más que se puede encarecer para decir que era buena; porque si la sarna y la hambre no fuesen tan unas con los estudiantes, en las vidas no habria otra de más gusto y pasatiempo, porque corren parejas en ellas la virtud y el gusto, y se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose. Desta gloria y desta quietud me vino á quitar una señora, que á mi parecer llaman por ahí razon de estado, que cuando con ella se cumple, se ha de descumplir con otras razones muchas. Es el caso, que á aquellos señores maestros les pareció que la media hora que hay de licion á licion, la ocupaban los estudiantes, no en repasar las liciones, sino en holgarse conmigo; y así ordenaron á mis amos que no me llevasen más al estudio. Obedecieron, volviéronme á casa y á la antigua guarda de la puerta, y sin acordarse el señor viejo de la merced que me habia hecho de que de dia y de noche andu-

viese suelto, volví á entregar el cuello á la cadena y el cuerpo á una esterilla que detras de la puerta me pusieron. ¡Ay, amigo Cipion, si supieses cuán dura cosa es de sufrir el pasar de un estado felice á un desdichado! Mira: cuando las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, ó se acaban presto con la muerte, ó la continuacion dellas hace un hábito y costumbre en padecellas, que suele en su mayor rigor servir de alivio; mas cuando de la suerte desdichada y calamitosa, sin pensarlo y de improviso, se sale á gozar de otra suerte próspera, venturosa y alegre, y de allí á poco se vuelve á padecer la suerte primera y á los primeros trabajos y desdichas, es un dolor tan riguroso, que si no acaba la vida, es por atormentarla más viviendo. Digo, en fin, que volví á mi racion perruna y á los huesos que una negra de casa me arrojaba, y áun éstos me diezmaban dos gatos romanos, que, como sueltos y ligeros, érales fácil quitarme lo que no caia debajo del distrito que alcanzaba mi cadena. Cipion hermano, así el cielo te conceda el bien que deseas, que sin que te enfades me dejes ahora filosofar un poco; porque si dejase de decir las cosas que en este instante me han venido á la memoria, de aquellas que entónces me ocurrieron, me parece que no seria mi historia cabal ni de fruto alguno.

Cip. Advierte, Berganza, no sea tentacion del demonio esa gana de filosofar que dices te ha venido; porque no tiene la murmuracion mejor velo para paliar y encubrir su maldad disoluta, que darse á entender el murmurador que todo cuanto dice son sentencias de filósofos, y que el decir mal es reprension, y el descubrir los defectos ajenos buen celo; y no hay vida de ningun murmurante, que si la consideras

y escudriñas, no la halles llena de vicios y de insolencias. Y debajo de saber esto, filosofea ahora cuanto quisieres.

Berg. Seguro puedes estar, Cipion, de que más murmure, porque así lo tengo propuesto. Es pues el caso, que como me estaba todo el dia ocioso, y la ociosidad sea madre de los pensamientos, dí en repasar por la memoria algunos latines que me quedaron en ella, de muchos que oí cuando fuí con mis amos al estudio, con que, á mi parecer, me hallé algo más mejorado de entendimiento, y determiné, como si hablar supiera, aprovecharme dellos en las ocasiones que se me ofreciesen; pero en manera diferente de la que se suelen aprovechar algunos ignorantes. Hay algunos romancistas que en las conversaciones disparan de cuando en cuando con algun latin breve y compendioso, dando á entender á los que no lo entienden, que son grandes latinos, y apénas saben declinar un nombre ni conjugar un verbo.

Cip. Por menor daño tengo ése que el que hacen los que verdaderamente saben latin, de los cuales hay algunos tan imprudentes, que hablando con un zapatero ó con un sastre, arrojan latines como agua.

Berg. Deso podremos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorándolos.

Cip. Pues otra cosa puedes advertir, y es, que hay algunos que no les excusa el ser latinos, de ser asnos.

Berg. Pues ¿quién lo duda? La razon está clara, pues cuando en tiempo de los romanos hablaban todos latin, como lengua materna suya, algun majadero habria entre ellos, á quien no excusaria el hablar latin dejar de ser necio.

Cip. Para saber callar en romance y hablar en latin, discrecion es menester, hermano Berganza.

Berg. Así es; porque tambien se puede decir una necedad en latin como en romance, y yo he visto letrados tontos y gramáticos pesados, y romancistas vareteados con sus listas de latin, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo, no una, sino muchas veces.

Cip. Dejemos esto, y comienza á decir tus filosofías.

Berg. Ya las he dicho; éstas son que acabo de decir.

Cip. ¿Cuáles?

Berg. Estas de los latines y romances, que yo comencé y tú acabaste.

Cip. ¿Al murmurar llamas filosofar? Así va ello; canoniza, canoniza, Berganza, á la maldita plaga de la murmuracion, y dale el nombre que quisieres; que ella dará á nosotros el de cínicos, que quiere decir perros murmuradores; y por tu vida, que calles ya, y sigas tu historia.

Berg. ¿Cómo la tengo de seguir si callo?

Cip. Quiero decir que la sigas de golpe, sin que la hagas que parezca pulpo, segun la vas añadiendo colas.

Berg. Habla con propiedad; que no se llaman colas las del pulpo.

Cip. Ese es el error que tuvo el que dijo que no era torpedad ni vicio nombrar las cosas por sus propios nombres, como si no fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circunloquios y rodeos, que templen la asquerosidad que causa el oirlas por sus mismos nombres. Las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó las escribe.

Berg. Quiero creerte, y digo que no contenta mi fortuna

de haberme quitado de mis estudios, y de la vida que en ellos pasaba tan regocijada y compuesta, y haberme puesto atraillado tras de una puerta, y de haber trocado la liberalidad de los estudiantes en la mezquindad de la negra, ordenó de sobresaltarme en lo que ya por quietud y descanso tenia. Mira, Cipion : ten por cierto y averiguado, como yo lo tengo, que al desdichado las desdichas le buscan, y le hallan aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra. Dígolo porque la negra de casa estaba enamorada de un negro, asimismo esclavo de casa, el cual negro dormia en el zaguan, que es entre la puerta de la calle y la de enmedio, detras de la cual yo estaba, y no se podian juntar sino de noche, y para esto habian hurtado ó contrahecho las llaves; y así las más de las noches bajaba la negra, y tapándome la boca con algun pedazo de carne ó queso, abria al negro, con quien se daba buen tiempo, facilitándolo mi silencio y á costa de muchas cosas que la negra hurtaba. Algunos dias me estragaron la conciencia las dádivas de la negra, pareciéndome que sin ellas se me apretarian las ijadas, y daria de mastin en galgo; pero en efecto, llevado de mi buen natural, quise responder á lo que á mi amo debia, pues tiraba sus gajes y comia su pan, como lo deben hacer, no sólo los perros honrados, á quienes se les da renombre de agradecidos, sino todos aquellos que sirven.

Cip. Esto sí, Berganza, quiero que pase por filosofía, porque son razones que consisten en buena verdad y en buen entendimiento; y adelante, y no hagas soga, por no decir cola, de tu historia.

Berg. Primero te quiero rogar me digas, si es que lo sabes, qué quiere decir filosofía; que aunque yo la nombro,

no sé lo que es; sólo me doy á entender que es cosa buena.

Cip. Con brevedad te lo diré. Este nombre se compone de dos nombres griegos, que son *filos* y *sofia* : *filos* quiere decir amor, y *sofia* la ciencia; así que *filosofía* significa amor de la ciencia, y filósofo, amador de la ciencia.

Berg. Mucho sabes, Cipion : ¿quién diablos te enseñó á tí nombres griegos?

Cip. Verdaderamente, Berganza, que eres simple, pues desto haces caso; porque éstas son cosas que las saben los niños de la escuela, y tambien hay quien presuma saber la lengua griega sin saberla, como la latina ignorándola.

Berg. Eso es lo que yo digo, y quisiera que á estos tales los pusieran en una prensa, y á fuerza de vueltas les sacaran el jugo de lo que saben, porque no anduviesen engañando al mundo con el oropel de sus gregüescos rotos y sus latines falsos, como hacen los portugueses con los negros de Guinea.

Cip. Ahora sí, Berganza, que te puedes morder la lengua, y tarazármela yo, porque todo cuanto decimos es murmurar.

Berg. Sí, que no estoy obligado á hacer lo que he oido decir que hizo un llamado Corondas, tirio, el cual puso ley que ninguno entrase en el ayuntamiento de su ciudad con armas, so pena de la vida. Descuidóse desto, y otro dia entró en el cabildo ceñida la espada : advirtiéronselo, y acordándose de la pena por él puesta, al momento desenvainó su espada, y se pasó con ella el pecho, y fué el primero que puso y quebrantó la ley, y pagó la pena. Lo que yo dije no fué poner ley, sino prometer que me morderia la lengua cuando murmurase; pero ahora no van las cosas por el tenor y rigor de las antiguas; hoy se hace una ley, y mañana se rompe, y quizá conviene que así sea. Ahora promete uno

de enmendarse de sus vicios, y de allí á un momento cae en otros mayores. Una cosa es alabar la disciplina, y otra el darse con ella; y en efecto, del dicho al hecho hay gran trecho. Muérdase el diablo; que yo no quiero morderme, ni hacer finezas detras de una estera, donde de nadie soy visto que pueda alabar mi honrosa determinacion.

Cip. Segun eso, Berganza, si tú fueras persona, fueras hipócrita, y todas las obras que hicieras fueran aparentes, fingidas y falsas, cubiertas con la capa de la virtud, sólo por que te alabaran, como todos los hipócritas hacen.

Berg. No sé lo que entónces hiciera: esto sé que quiero hacer ahora, que es no morderme, quedándome tantas cosas por decir, que no sé cómo ni cuándo podré acabarlas, y más estando temeroso que al salir del sol nos hemos de quedar á escuras, faltándonos la habla.

Cip. Mejor lo hará el cielo. Sigue tu historia, y no te desvies del camino carretero con impertinentes digresiones; y así, por larga que sea, la acabarás presto.

Berg. Digo, pues, que habiendo visto la insolencia, latrocinio y deshonestidad de los negros, determiné, como buen criado, estorbarlo por los mejores medios que pudiese, y pude tan bien, que salí con mi intento. Bajaba la negra, como has oido, á refocilarse con el negro, fiada en que me enmudecian los pedazos de carne, pan ó queso que me arrojaba... Mucho pueden las dádivas, Cipion.

Cip. Mucho. No te diviertas, pasa adelante.

Berg. Acuérdome que cuando estudiaba oí decir al preceptor un refran latino, que ellos llaman adagio, que decia: *Habet bovem in lingua.*

Cip. ¡Oh! que en hora mala hayais encajado vuestro latin.

¿Tan presto se te ha olvidado lo que poco há dijimos contra los que entremeten latines en las conversaciones de romance?

Berg. Este latin viene aquí de molde; que has de saber que los atenienses usaban, entre otras, de una moneda sellada con la figura de un buey, y cuando algun juez dejaba de decir ó hacer lo que era razon y justicia, por estar cohechado, decian : «Este tiene el buey en la lengua.»

Cip. La aplicacion falta.

Berg. ¿No está bien clara, si las dádivas de la negra me tuvieron muchos dias mudo, que ni queria ni osaba ladrar cuando bajaba á verse con su negro enamorado? por lo que vuelvo á decir que pueden mucho las dádivas.

Cip. Ya te he respondido que pueden mucho; y si no fuera por no hacer ahora una larga digresion, con mil ejemplos probara lo mucho que las dádivas pueden; mas quizá lo diré, si el cielo me concede tiempo, lugar y habla para contarte mi vida.

Berg. Dios te dé lo que deseas, y escucha. Finalmente, mi buena intencion rompió por las malas dádivas de la negra, á la cual, bajando una noche muy escura á su acostumbrado pasatiempo, arremetí sin ladrar, porque no se alborotasen los de casa, y en un instante le hice pedazos toda la camisa, y le arranqué un pedazo de muslo : burla que fué bastante á tenerla de véras mas de ocho dias en la cama, fingiendo para con sus amos no sé qué enfermedad. Sanó, volvió otra noche, y yo volví á la pelea con ella, y sin morderla, la arañé todo el cuerpo, como si la hubiera cardado como manta. Nuestras batallas eran á la sorda, de las cuales salia siempre vencedor, y la negra mal parada y peor con-

tenta; pero sus enojos se parecian bien en mi pelo y en mi salud : alzóseme con la racion y los huesos, y los mios poco á poco iban señalando los ñudos del espinazo. Con todo esto, aunque me quitaron el comer, no me pudieron quitar el ladrar; pero la negra, por acabarme de una vez, me trujo una esponja frita con manteca : conocí la maldad, vi que era peor que comer zarazas; porque á quien la come se le hincha el estómago, y no sale dél sin llevarse tras sí la vida; y pareciéndome ser imposible guardarme de las asechanzas de tan indignados enemigos, acordé de poner tierra en medio, quitándomeles delante de los ojos. Halléme un dia suelto, y sin decir adios á ninguno de casa, me puse en la calle, y á ménos de cien pasos me deparó la suerte al alguacil que dije al principio de mi historia que era grande amigo de mi amo, Nicolas el Romo, el cual, apénas me hubo visto, cuando me conoció y me llamó por mi nombre. Tambien le conocí yo, y al llamarme, me llegué á él con mis acostumbradas ceremonias y caricias. Asióme del cuello, y dijo á los corchetes suyos : «Este es famoso perro de ayuda, que fué de un grande amigo mio; llevémosle á casa.» Holgáronse los corchetes, y dijeron que si era de ayuda, á todos seria de provecho. Quisieron asirme para llevarme, y mi amo dijo que no era menester asirme; que yo me iria, porque le conocia. Háseme olvidado decirte que las carlancas con puntas de acero que saqué cuando me desgarré y ausenté del ganado, me las quitó un gitano en una venta, y ya en Sevilla andaba sin ellas; pero el alguacil me puso un collar tachonado todo de laton morisco. Considera, Cipion, ahora esta rueda variable de la fortuna mia : ayer me vi estudiante, y hoy me ves corchete.

Cip. Así va el mundo, y no hay para qué te pongas ahora á exagerar los vaivenes de fortuna, como si hubiera mucha diferencia de ser mozo de un jifero á serlo de un corchete. No puedo sufrir ni llevar en paciencia oir las quejas que dan de la fortuna algunos hombres, que la mayor que tuvieron fué tener premisas y esperanzas de llegar á ser escuderos. ¡Con qué maldiciones la maldicen! ¡con cuántos improperios la deshonran! y no por más de que porque piense el que los oye, que de alta, próspera y buena ventura han venido á la desdichada y baja en que los miran.

Berg. Tienes razon; y has de saber que este alguacil tenia amistad con un escribano, con quien se acompañaba. Estaban los dos amancebados con dos mujercillas, no de poco más ó ménos, sino de ménos en todo; verdad es que tenian algo de buenas caras, pero mucho de desenfado y de taimería putesca. Estas les servian de red y de anzuelo para pescar en seco, en esta forma : vestíanse de suerte, que por la pinta descubrian la figura, y á tiro de arcabuz mostraban ser damas de la vida libre; andaban siempre á caza de extranjeros, y cuando llegaba la vendeja á Cádiz y á Sevilla, llegaba la huella de su ganancia, no quedando breton con quien no embistiesen; y en cayendo el grasiento con alguna destas limpias, avisaban al alguacil y al escribano adónde y á qué posada iban, y en estando juntos, les daban asalto y los prendian por amancebados; pero nunca los llevaban á la cárcel, á causa que los extranjeros siempre redimian la vejacion con dineros. Sucedió pues que la Colindres, que así se llamaba la amiga del alguacil, pescó un breton, unto y bisunto; concertó con él cena y noche en su posada; dió el cañuto á su amigo, y apénas se habian desnudado, cuando

el alguacil, el escribano, dos corchetes y yo dimos con ellos. Alborotáronse los amantes, exageró el alguacil el delito, mandólos vestir á toda priesa para llevarlos á la cárcel. Afligióse el breton; terció, movido de caridad, el escribano, y á puros ruegos redujo la pena á solos cien reales. Pidió el breton unos follados de camuza, que habia puesto en una silla á los piés de la cama, donde tenia dineros para pagar su libertad, y no parecieron los follados, ni podian parecer; porque así como yo entré en el aposento, llegó á mis narices un olor de tocino, que me consoló todo; descubríle con el olfato, y halléle en una faldriquera de los follados. Digo que hallé en ella un pedazo de jamon famoso, y por gozarle y poderle sacar sin rumor, saqué los follados á la calle, y allí me entregué en el jamon á toda mi voluntad, y cuando volví al aposento, hallé que el breton daba voces, diciendo en lenguaje adúltero y bastardo, aunque se entendia, que le volviesen sus calzas, que en ellas tenia cincuenta *escuti* de oro *in oro*. Imaginó el escribano ó que la Colindres ó los corchetes se los habian robado; el alguacil pensó lo mismo: llamólos aparte, no confesó ninguno, y diéronse al diablo todos. Viendo yo lo que pasaba, volví á la calle, donde habia dejado los follados, para volverlos, pues á mí no me aprovechaba nada el dinero; no los hallé, porque ya algun venturoso que pasó se los habia llevado. Como el alguacil vió que el breton no tenia dinero para el cohecho, se desesperaba, y pensó sacar de la huéspeda de casa lo que el breton no tenia: llamóla, y vino medio desnuda, y como oyó las voces y quejas del breton, y á la Colindres desnuda y llorando, al alguacil en cólera, y al escribano enojado, y á los corchetes despabilando lo que hallaban en el aposento,

no le plugo mucho. Mandó el alguacil que se cubriese y se viniese con él á la cárcel, porque consentia en su casa hombres y mujeres de mal vivir. Aquí fué ello; aquí sí que fué cuando se aumentaron las voces y creció la confusion, porque dijo la huéspeda : «Señor alguacil y señor escribano, no conmigo tretas, que entreveo toda costura; no conmigo dijes ni poleos; callen la boca, y váyanse con Dios; si no, por mi santiguada que arroje el bodegon por la ventana, y que saque á plaza toda la chirinola desta historia; que bien conozco á la señora Colindres, y sé que há muchos meses que es su cobertor el señor alguacil, y no hagan que me aclare más, sino vuélvase el dinero á este señor, y quedemos todos por buenos; porque yo soy mujer honrada, y tengo un marido con su carta de ejecutoria, y con *á perpenan rei de memoria*, con sus colganderos de plomo, Dios sea loado; y hago este oficio muy limpiamente y sin daño de barras : el arancel tengo clavado donde todo el mundo le vea; y no conmigo cuentos, que por Dios que sé despolvorearme. Bonita soy yo, para que por mi órden entren mujeres con los huéspedes; ellos tienen las llaves de sus aposentos, y yo no soy lince, que tengo de ver tras siete paredes.» Pasmados quedaron mis amos de haber oido la arenga de la huéspeda, y de ver cómo les leia la historia de sus vidas; pero como vieron que no tenian de quién sacar dinero, si della no, porfiaban en llevarla á la cárcel. Quejábase ella al cielo de la sinrazon y injusticia que la hacian, estando su marido ausente y siendo tan principal hidalgo. El breton bramaba por sus cincuenta *escuti*. Los corchetes porfiaban que ellos no habian visto los follados, ni Dios permitiese tal. El escribano, por lo callado, insistia al alguacil que mi-

rase los vestidos de la Colindres, que le daba sospecha que ella debia de tener los cincuenta *escuti*, por tener de costumbre visitar los escondrijos y faldriqueras de aquellos que con ella se envolvian. Ella decia que el breton estaba borracho, y que debia de mentir en lo del dinero. En efeto, todo era confusion, gritos y juramentos, sin llevar modo de apaciguarse; ni se apaciguaran si al instante no entrara en el aposento el Teniente de asistente, que viniendo á visitar aquella posada, las voces le llevaron adonde era la grita. Preguntó la causa de aquellas voces. La huéspeda se la dió muy por menudo. Dijo quién era la ninfa Colindres, que ya estaba vestida; publicó y hizo patente la pública amistad suya y del alguacil; echó en la calle sus tretas y modo de robar; disculpóse á sí misma de que, con su consentimiento, jamas habia entrado en su casa mujer de mala sospecha; canonizóse por santa y á su marido por un bendito, y dió voces á una moza que fuese corriendo y trujese de un cofre la carta ejecutoria de su marido, para que la viese el señor Teniente, diciéndole que por ella echaria de ver que mujer de tan honrado marido no podia hacer cosa mala, y que si tenia aquel oficio de casa de camas, era á no poder más; que Dios sabia lo que le pesaba, y si quisiera ella más tener alguna renta y pan cotidiano para pasar la vida, que tener aquel ejercicio. El Teniente, enfadado de su mucho hablar y presumir de ejecutoria, le dijo: «Hermana camera, yo quiero creer que vuestro marido tiene carta de hidalguía, con que vos me confeseis que es hidalgo mesonero.

—Y con mucha honra, respondió la huéspeda, y ¿qué linaje hay en el mundo, por bueno que sea, que no tenga algun dime y direte?

—Lo que yo os digo, hermana, es que os cubrais; que habeis de venir á la cárcel»; la cual nueva dió con ella en el suelo. Arañóse el rostro, alzó el grito; pero, con todo eso, el Teniente, demasiadamente severo, los llevó á todos á la cárcel; conviene á saber: al breton, á la Colindres y á la huéspeda. Despues supe que el breton perdió sus cincuenta *escuti*, y más dicen, que le condenaron en las costas; la huéspeda pagó otro tanto, y la Colindres salió libre por la puerta afuera; y el mismo dia que la soltaron, pescó á un marinero, que pagó por el breton con el mismo embuste del soplo; porque veas, Cipion, cuántos y cuán grandes inconvenientes nacieron de mi golosina.

Cip. Mejor dijeras de la bellaquería de tu amo.

Berg. Pues escucha; que áun más adelante tiraba la barra, puesto que me pesa de decir mal de alguaciles y de escribanos.

Cip. Sí, que decir mal de uno, no es decirlo de todos; sí, que muchos y muy muchos escribanos hay buenos, fieles y legales, y amigos de hacer placer sin daño de tercero; sí, que no todos entretienen los pleitos ni avisan á las partes, ni todos llevan más de sus derechos, ni todos van buscando é inquiriendo las vidas ajenas para ponerlas en tela de juicio, ni todos se aunan con el juez para «hazme la barba y hacerte he el copete», ni todos los alguaciles se conciertan con los vagamundos y fulleros, ni tienen todos las amigas como la de tu amo, para sus embustes. Muchos y muy muchos hay hidalgos por naturaleza, y de hidalgas condiciones; muchos no son arrojados, insolentes ni mal criados ni rateros, como los que andan por los mesones midiendo las espadas á los extranjeros, y hallándolas un pelo más de la

marca, destruyen á sus dueños; sí, que no todos como prenden sueltan, y son jueces y abogados cuando quieren.

Berg. Más alto picaba mi amo, otro camino era el suyo: presumia de valiente y de hacer prisiones famosas; sustentaba la valentía sin peligro de su persona, pero á costa de su bolsa. Un dia acometió, en la puerta de Jerez, él solo á seis famosos rufianes, sin que yo le pudiese ayudar en nada, porque llevaba con un freno de cordel impedida la boca; que así me traia de dia, y de noche me le quitaba. Quedé maravillado de ver su atrevimiento, su brío y su denuedo: así se entraba y salia por las seis espadas de los rufos, como si fueran varas de mimbre; era cosa maravillosa ver la ligereza con que acometia, las estocadas que tiraba, los reparos, la cuenta, el ojo alerta porque no le tomasen las espaldas. Finalmente, él quedó, en mi opinion y en la de todos cuantos la pendencia miraron y supieron, por un nuevo Radamonte, habiendo llevado á sus enemigos desde la puerta de Jerez hasta los mármoles del colegio de maese Rodrigo, que hay más de cien pasos. Dejólos encerrados, y volvió á coger los trofeos de la batalla, que fueron tres vainas, y luego se las fué á mostrar al Asistente, que si mal no me acuerdo, lo era entónces el licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destruicion de la Sauceda. Miraban á mi amo por las calles do pasaba, señalándole con el dedo, como si dijeran: «Aquel es el valiente que se atrevió á reñir solo con la flor de los bravos de la Andalucía.» En dar vueltas á la ciudad para dejarse ver, se pasó lo que quedaba del dia, y la noche nos halló en Triana, en una calle junto al molino de la pólvora; y habiendo mi amo avizorado, como en la jácara se dice, si álguien le veia, se entró en

una casa, y yo tras él, y hallamos en un patio á todos los jayanes de la pendencia sin capas ni espadas, y todos desabrochados; y uno, que debia de ser el huésped, tenia un gran jarro de vino en la una mano, y en la otra una copa grande de taberna, la cual colmándola de vino generoso y espumante, brindaba á toda la compañía. Apénas hubieron visto á mi amo, cuando todos se fueron á él con los brazos abiertos, y todos le brindaron, y él hizo la razon á todos, y áun la hiciera á otros tantos, si le fuera algo en ello, por ser de condicion afable y amigo de no enfadar á nadie por pocas cosas. Quererte yo contar ahora lo que allí se trató, la cena que cenaron, las peleas que se contaron, los hurtos que se refirieron, las damas que de su trato se calificaron, y las que se reprobaron, las alabanzas que los unos á los otros se dieron, los bravos ausentes que se nombraron, la destreza que allí se puso en su punto, levantándose en mitad de la cena á poner en práctica las tretas que se les ofrecian, esgrimiendo con las manos los vocablos tan exquisitos de que usaban; y finalmente, el talle de la persona del huésped, á quien todos respetaban como á señor y padre, sería meterme en un laberinto, donde no me fuese posible salir cuando quisiese. Finalmente, vine á entender con toda certeza que el dueño de la casa, á quien llamaban Monipodio, era encubridor de ladrones y pala de rufianes, y que la gran pendencia de mi amo habia sido primero concertada con ellos, con las circunstancias del retirarse y de dejar las vainas, las cuales pagó mi amo allí luego de contado, con todo cuanto Monipodio dijo que habia costado la cena, que se concluyó casi al amanecer, con mucho gusto de todos; y fué su postre dar soplo á mi amo de un rufian forastero que nuevo y fla-

mante habia llegado á la ciudad. Debia de ser más valiente que ellos, y de envidia, le soplaron. Prendióle mi amo la siguiente noche, desnudo en la cama; que si vestido estuviera, yo vi en su talle que no se dejara prender tan á mansalva. Con esta prision, que sobrevino sobre la pendencia, creció la fama de mi cobarde, que lo era mi amo más que una liebre, y á fuerza de meriendas y tragos sustentaba la fama de ser valiente, y todo cuanto con su oficio y con sus inteligencias granjeaba, se le iba y desaguaba por la canal de la valentía. Pero ten paciencia, y escucha ahora un cuento que le sucedió, sin añadir ni quitar de la verdad una tilde. Dos ladrones hurtaron en Antequera un caballo muy bueno; trujéronle á Sevilla, y para venderle sin peligro, usaron de un ardid, que á mi parecer, tiene del agudo y del discreto : fuéronse á posadas diferentes, y el uno se fué á la justicia, y pidió por una peticion que Pedro de Losada le debia cuatrocientos reales prestados, como parecia por una cédula firmada de su nombre, de la cual hacia presentacion. Mandó el Teniente que el tal Losada reconociese la cédula, y que si la reconociese, le sacasen prendas de la cantidad, ó le pusiesen en la cárcel. Tocó hacer esta diligencia á mi amo y al escribano su amigo; llevóles el ladron á la posada del otro, y al punto reconoció su firma y confesó la deuda, y señaló por prenda de la ejecucion el caballo, el cual visto por mi amo, le creció el ojo y le marcó por suyo, si acaso se vendiese. Dió el ladron por pasados los términos de la ley, y el caballo se puso en venta, y se remató en quinientos reales, en un tercero que mi amo echó de manga para que se le comprase. Valia el caballo tanto y medio más de lo que dieron por él; pero como el bien del vendedor estaba

en la brevedad de la venta, á la primer postura remató su mercaduría. Cobró el un ladron la deuda que no le debian, y el otro la carta de pago que no habia menester, y mi amo se quedó con el caballo, que para él fué peor que el Seyano lo fué para sus dueños. Mondaron luego la haza los ladrones, y de allí á dos dias, despues de haber trastejado mi amo las guarniciones y otras faltas del caballo, pareció sobre él en la plaza de San Francisco, más hueco y pomposo que aldeano vestido de fiesta. Diéronle mil parabienes de la buena compra, afirmándole que valia ciento y cincuenta ducados, como un huevo un maravedí, y él, volteando y revolviendo el caballo, representaba su tragedia en el teatro de la referida plaza. Y estando en sus caracoles y rodeos, llegaron dos hombres de buen talle y de mejor ropaje, y el uno dijo: «¡Vive Dios, que éste es Piedehierro, mi caballo, que há pocos dias que me le hurtaron en Antequera!» Todos los que venian con él, que eran cuatro criados, dijeron que así era la verdad, que aquel era Piedehierro, el caballo que le habian hurtado. Pasmóse mi amo, querellóse el dueño, hubo pruebas, y fueron las que hizo el dueño tan buenas, que salió la sentencia en su favor, y mi amo fué desposeido del caballo. Súpose la burla y la industria de los ladrones, que por manos é intervencion de la misma justicia vendieron lo que habian hurtado, y casi todos se holgaban de que la codicia de mi amo le hubiese rompido el saco. Y no paró en esto su desgracia; que aquella noche, saliendo á rondar el mismo Asistente, por haberle dado noticia que hácia los barrios de San Julian andaban ladrones, al pasar de una encrucijada vieron pasar un hombre corriendo, y dijo á este punto el Asistente, asiéndome por el collar y azu-

zándome: «Al ladron, Gavilan; ea, Gavilan, hijo, al ladron.» Yo, á quien ya tenian cansado las maldades de mi amo, por cumplir lo que el señor Asistente me mandaba, sin discrepar en nada, arremetí con mi propio amo, y sin que pudiese valerse, dí con él en el suelo, y si no me le quitaran, yo hiciera á más de cuatro vengados; quitáronme, con mucha pesadumbre de entrambos. Quisieran los corchetes castigarme, y áun matarme á palos, y lo hicieran si el Asistente no les dijera: «No le toque nadie; que el perro hizo lo que yo le mandé.» Entendióse la malicia, y yo, sin despedirme de nadie, por un agujero de la muralla salí al campo, y ántes que amaneciese me puse en Mairena, que es un lugar que está cuatro leguas de Sevilla. Quiso mi buena suerte que hallé allí una compañía de soldados, que segun oí decir, se iban á embarcar á Cartagena. Estaban en ella cuatro rufianes de los amigos de mi amo, y el atambor era uno que habia sido corchete y gran chocarrero, como lo suelen ser los más atambores. Conociéronme todos, y todos me hablaron, y así me preguntaban por mi amo, como si les hubiera de responder; pero el que más aficion me mostró fué el atambor, y así determiné de acomodarme con él, si él quisiese, y seguir aquella jornada, aunque me llevase á Italia ó á Flándes; porque me parece á mí, y áun á tí te debe parecer lo mismo, que puesto que dice el refran: «Quien necio es en su villa, necio es en Castilla», el andar tierras y comunicar con diversas gentes hace á los hombres discretos.

Cip. Es eso tan verdad, que me acuerdo haber oido decir á un amo que tuve de bonísimo ingenio, que al famoso griego llamado Ulíses le dieron renombre de prudente por sólo haber andado muchas tierras, y comunicado con

diversas gentes y várias naciones; y así, alabo la intencion que tuviste de irte donde te llevasen.

Berg. Es pues el caso, que el atambor, por tener con qué mostrar más sus chocarrerías, comenzó á enseñarme á bailar al són del atambor, y á hacer otras monerías, tan ajenas de poder aprenderlas otro perro que no fuera yo, como las oirás cuando te las diga. Por acabarse el distrito de la comision se marchaba poco á poco; no habia comisario que nos limitase; el capitan era mozo, pero muy buen caballero y gran cristiano; el alférez no habia muchos meses que habia dejado la córte y el tinelo; el sargento era mohatrero y sagaz, y grande arriero de compañías, desde donde se levantan hasta el embarcadero. Iba la compañía llena de rufianes churrulleros, los cuales hacian algunas insolencias por los lugares do pasábamos, que redundaban en maldecir á quien no lo merecia: ¡infelicidad del buen príncipe! ser culpado de sus súbditos por la culpa de sus súbditos, á causa que los unos son verdugos de los otros, sin culpa del señor; pues aunque quiera y lo procure, no puede remediar estos daños, porque todas ó las más cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguridad y desconveniencia. En fin, en ménos de quince dias, con mi buen ingenio y con la diligencia que puso el que habia escogido por patron, supe saltar por el rey de Francia, y no saltar por la mala tabernera; enseñóme á hacer corvetas como caballo napolitano, y andar á la redonda como mula de atahona, con otras cosas, que si yo no tuviera cuenta en no adelantarme á mostrarlas, pusiera en duda si era algun demonio en figura de perro el que las hacia. Púsome nombre el *Perro Sabio*, y no habiamos llegado al alojamiento, cuando, tocando su

atambor, andaba por todo el lugar, pregonando que todas las personas que quisiesen venir á ver las maravillosas gracias y habilidades del perro sabio, en tal casa ó en tal hospital las mostraban, á ocho ó á cuatro maravedís, segun era el pueblo, grande ó chico. Con estos encarecimientos no quedaba persona en todo el lugar que no me fuese á ver, y ninguno habia que no saliese admirado y contento de haberme visto. Triunfaba mi amo con la mucha ganancia, y sustentaba seis camaradas como unos reyes. La codicia y la envidia despertó en los rufianes voluntad de hurtarme, y andaban buscando ocasion para ello; que esto del ganar de comer holgando tiene muchos aficionados y golosos : por esto hay tantos titereros en España, tantos que muestran retablos, tantos que venden alfileres y coplas; que todo su caudal, aunque le vendiesen todo, no llega á poderse sustentar un dia; y con esto, los unos y los otros no salen de los bodegones y tabernas en todo el año; por do me doy á entender que de otra parte que de la de sus oficios sale la corriente de sus borracheras. Toda esta gente es vagamunda, inútil y sin provecho, esponjas del vino y gorgojos del pan.

Cip. No más, Berganza; no volvamos á lo pasado; sigue, que se va la noche, y no querria que al salir del sol quedásemos á la sombra del silencio.

Berg. Tenle, y escucha. Como sea cosa fácil añadir á lo ya inventado, viendo mi amo cuán bien sabia imitar el corcel napolitano, hízome unas cubiertas de guadamacil y una silla pequeña, que me acomodó en las espaldas, y sobre ella puso una figura liviana de un hombre con una lancilla de correr sortija, y enseñóme á correr derechamente á una sortija que entre dos palos ponia; y el dia que habia de cor-

rerla pregonaba que aquel dia corria sortija el perro sabio, y hacia otras nuevas y nunca vistas galanterías, las cuales de mi santiscario, como dicen, las hacia, por no sacar mentiroso á mi amo. Llegamos, pues, por nuestras jornadas contadas á Montilla, villa del famoso y gran cristiano Marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar y de Montilla. Alojaron á mi amo, porque él lo procuró, en un hospital; echó luego el ordinario bando, y como ya la fama se habia adelantado á llevar las nuevas de las habilidades y gracias del perro sabio, en ménos de una hora se llenó el patio de gente. Alegróse mi amo, viendo que la cosecha iba de guilla, y mostróse aquel dia chocarrero en demasía. Lo primero en que comenzaba la fiesta era en los saltos que yo daba por un aro de cedazo, que parecia de cuba; conjurábame por las ordinarias preguntas, y cuando él bajaba una varilla de mimbre que en la mano tenia, era señal del salto, y cuando la tenia alta, de que me estuviese quédo. El primer conjuro deste dia (memorable entre todos los de mi vida) fué decirme: «Ea, Gavilan amigo, salta por aquel viejo verde que tú conoces, que se escabecha las barbas; y si no quisieres, salta por la pompa y aparato de doña Pimpinela de Plafagonia, que fué compañera de la moza gallega que servia en Valdeastillas. ¿No te cuadra el conjuro, hijo Gavilan? pues salta por el bachiller Pasillas, que se firma licenciado sin tener grado alguno. ¡Oh! perezoso estás; ¿por qué no saltas? Pero ya entiendo y alcanzo tus marrullerías; ahora salta por el licor de Esquivias, famoso al par del de Ciudad Real, San Martin y Rivadavia.» Bajó la varilla, y salté yo, y noté sus malas entrañas. Volvióse luego al pueblo, y en voz alta dijo: «No piensen vuesas mercedes, senado valeroso, que es cosa de

burla lo que este perro sabe; veinte y cuatro piezas le tengo enseñadas, que por la menor dellas volaria un gavilan; quiero decir, que por ver la menor se puede caminar treinta leguas. Sabe bailar la zarabanda y chacona mejor que su inventora misma; bébese una azumbre de vino sin dejar gota; entona un sol, fa, mi, re, tan bien como un sacristan; todas estas cosas, y otras muchas que me quedan por decir, las irán viendo vuesas mercedes en los dias que estuviere aquí la compañía, y por ahora dé otro salto nuestro sabio, y luego entraremos en lo grueso.» Con esto suspendió al auditorio, que habia llamado senado, y les encendió el deseo de no dejar de ver todo lo que yo sabia. Volvióse á mí mi amo, y dijo: «Volved, hijo Gavilan, y con gentil agilidad y destreza deshaced los saltos que habeis hecho; pero ha de ser á devocion de la famosa hechicera que dicen que hubo en este lugar.» Apénas hubo dicho esto, cuando alzó la voz la hospitalera, que era una vieja, al parecer, de más de sesenta años, diciendo: «Bellaco, charlatan, embaidor y hijo de puta, aquí no hay hechicera alguna; si lo decis por la Camacha, ya ella pagó su pecado y está donde Dios se sabe; si lo decis por mí, chocarrero, ni yo soy ni he sido hechicera en mi vida; y si he tenido fama de haberlo sido, merced á los testigos falsos, y á la ley del encaje, y al juez arrojadizo y mal informado, ya sabe todo el mundo la vida que hago, en penitencia, no de los hechizos que no hice, sino de otros muchos pecados, que como pecadora he cometido; así que, socarron tamborilero, salid del hospital; si no, por vida de mi santiguada, que os haga salir más que de paso»; y con esto, comenzó á dar tantos gritos y á decir tantas y tan atropelladas injurias á mi amo, que le puso en

confusion y sobresalto; finalmente, no dejó que pasase adelante la fiesta en ningun modo. No le pesó á mi amo del alboroto, porque se quedó con los dineros, y aplazó para otro dia y en otro hospital lo que en aquel habia faltado. Fuése la gente, maldiciendo á la vieja, añadiendo al nombre de hechicera el de bruja, y el de barbuda sobre vieja. Con todo esto, nos quedamos en el hospital aquella noche, y encontrándome la vieja en el corral solo, me dijo: «¿Erés tú, hijo Montiel? ¿Eres tú, por ventura, hijo?» Alcé la cabeza y miréla muy despacio; lo cual visto por ella, con lágrimas en los ojos se vino á mí y me echó los brazos al cuello, y si la dejara, me besara en la boca; pero tuve asco, y no lo consentí.

Cip. Bien hiciste, porque no es regalo, sino tormento, el besar ni dejarse besar de una vieja.

Berg. Esto que ahora te quiero contar, te lo habia de haber dicho al principio de mi cuento, y así excusáramos la admiracion que nos causó el vernos con habla; porque has de saber que la vieja me dijo: «Hijo Montiel, vente tras mí y sabrás mi aposento, y procura que esta noche nos veamos á solas en él, que yo dejaré abierta la puerta; y sabe que tengo muchas cosas que decirte de tu vida y para tu provecho.» Bajé yo la cabeza, en señal de obedecerla, por lo cual ella se acabó de enterar en que yo era el perro Montiel que buscaba, segun despues me lo dijo. Quedé atónito y confuso, esperando la noche, por ver en lo que paraba aquel misterio ó prodigio de haberme hablado de aquella suerte; y como habia oido llamarla de hechicera, esperaba de su vista y habla grandes cosas. Llegóse en fin el punto de verme con ella en su aposento, que era oscuro, estrecho y bajo, y sola-

mente claro con la débil luz de un candil de barro, que en él estaba; atizóle la vieja y sentóse sobre una arquilla, y llegóme junto á sí, y sin hablar palabra, me volvió á abrazar, y yo volví á tener cuenta con que no me besase. Lo primero que me dijo fué : «Bien esperaba yo en el cielo que ántes que estos mis ojos se cerrasen con el último sueño, te habia de ver, hijo mio, y ya que te he visto, venga la muerte y llévеme desta cansada vida. Has de saber, hijo, que en esta villa vivió la más famosa hechicera que hubo en el mundo, á quien llamaron la Camacha de Montilla; fué tan única en su oficio, que las Eritos, las Circes, las Medeas, de quien he oido decir que están las historias llenas, no la igualaron : ella congelaba las nubes cuando queria, cubriendo con ellas la faz del sol; y cuando se le antojaba, volvia sereno el más turbado cielo; traia los hombres en un instante de lejas tierras; remediaba maravillosamente las doncellas que habian tenido algun descuido en guardar su entereza; cubria á las viudas de modo que con honestidad fuesen deshonestas; descasaba las casadas, y casaba las que ella queria; por Diciembre tenia rosas frescas en su jardin, y por Enero segaba trigo. Esto de hacer nacer berros en una artesa, era lo ménos que ella hacia, ni el hacer ver en un espejo, ó en la uña de una criatura, los vivos ó los muertos que le pedian que mostrase. Tuvo fama que convertia los hombres en animales, y que se habia servido de un sacristan seis años en forma de asno, real y verdaderamente, lo que yo nunca he podido alcanzar cómo se haga; porque lo que se dice de aquellas antiguas magas, que convertian los hombres en bestias, dicen los que más saben, que no era otra cosa, sino que ellas, con su mu-

cha hermosura y con sus halagos, atraian los hombres de manera á que las quisiesen bien, y los sujetaban de suerte, sirviéndose dellos en todo cuanto querian, que parecian bestias. Pero en tí, hijo mio, la experiencia me muestra lo contrario; que sé que eres persona racional, y te veo en semejanza de perro, si ya no es que esto se hace con aquella ciencia que llaman tropelía, que hace parecer una cosa por otra. Sea lo que fuere, lo que me pesa es, que yo ni tu madre, que fuimos discípulas de la buena Camacha, nunca llegamos á saber tanto como ella, y no por falta de ingenio, ni de habilidad, ni de ánimo, que ántes nos sobraba que faltaba, sino por sobra de su malicia, que nunca quiso enseñarnos las cosas mayores, porque las reservaba para ella. Tu madre, hijo, se llamó la Montiela, que despues de la Camacha, fué famosa; yo me llamo la Cañizares, si ya no tan sábia como las dos, á lo ménos de tan buenos deseos como cualquiera dellas; verdad es que al ánimo que tu madre tenia de hacer y entrar en un cerco, y encerrarse en él con una legion de demonios, no le hacia ventaja la misma Camacha. Yo fuí siempre algo medrosilla; con conjurar media legion me contentaba; pero, con paz sea dicho de entrambas, en esto de conficionar las unturas con que las brujas nos untamos, á ninguna de las dos diera ventaja, ni la daré á cuantas hoy siguen y guardan nuestras reglas; que has de saber, hijo, que como yo he visto y veo que la vida, que corre sobre las ligeras alas del tiempo, se acaba, he querido dejar todos los vicios de la hechicería, en que estaba engolfada muchos años habia, y sólo me he quedado con la curiosidad de ser bruja, que es un vicio dificultosísimo de dejar. Tu madre hizo lo mismo : de muchos vicios se apartó,

muchas buenas obras hizo en esta vida; pero al fin murió bruja, y no murió de enfermedad alguna, sino de dolor de que supo que la Camacha, su maestra, de envidia que la tuvo porque se le iba subiendo á las barbas en saber tanto como ella, ó por otra pendenzuela de celos, que nunca pude averiguar, estando tu madre preñada, y llegándose la hora del parto, fué su comadre la Camacha, la cual recibió en sus manos lo que tu madre parió, y mostróle que habia parido dos perritos; y así como los vió, dijo: «Aquí hay maldad, aquí hay bellaquería; pero, hermana Montiela, tu amiga soy; yo encubriré este parto, y atiende tú á estar sana, y haz cuenta que esta tu desgracia queda sepultada en el mismo silencio; no te dé pena alguna este suceso; que ya sabes tú que puedo yo saber que, si no es con Rodriguez el ganapan, tu amigo, dias há que no tratas con otro; así que, este perruno parto de otra parte viene, y algun misterio contiene.» Admiradas quedamos tu madre y yo, que me hallé presente á todo, del extraño suceso. La Camacha se fué y se llevó los cachorros; yo me quedé con tu madre para asistir á su regalo, la cual no podia creer lo que le habia sucedido. Llegóse el fin de la Camacha, y estando en la última hora de su vida, llamó á tu madre, y le dijo cómo ella habia convertido á sus hijos en perros por cierto enojo que con ella tuvo; pero que no tuviese pena, que ellos volverian á su sér cuando ménos lo pensasen; mas que no podia ser primero que ellos por sus mismos ojos viesen lo siguiente:

»Volverán en su forma verdadera
Cuando vieren con presta diligencia
Derribar los soberbios levantados,
Y alzar á los humildes abatidos,
Con poderosa mano para hacello.

»Esto dijo la Camacha á tu madre al tiempo de su muerte, como ya te he dicho. Tomólo tu madre por escrito y de memoria, y yo lo fijé en la mia, para si sucediese tiempo de poderlo decir á alguno de vosotros; y para poder conoceros, á todos los perros que veo de tu color los llamo con el nombre de tu madre, no por pensar que los perros han de saber el nombre, sino por ver si respondian á ser llamados tan diferentemente como se llaman los otros perros; y esta tarde, como te vi hacer tantas cosas, y que te llaman el perro sabio, y tambien como alzaste la cabeza á mirarme cuando te llamé en el corral, he creido que tú eres hijo de la Montiela, á quien con grandísimo gusto doy noticia de tus sucesos y del modo con que has de cobrar tu forma primera; el cual modo quisiera yo que fuera tan fácil como el que se dice de Apuleyo, en el *Asno de oro*, que consistia en solo comer una rosa; pero este tuyo va fundado en acciones ajenas, y no en tu diligencia. Lo que has de hacer, hijo, es encomendarte á Dios allá en tu corazon, y espera á que estas, que no quiero llamarlas profecías, sino adivinanzas, han de suceder presto y prósperamente; que pues la buena de la Camacha las dijo, sucederán sin duda alguna, y tú y tu hermano, si es vivo, os vereis como deseais. De lo que á mí me pesa es, que estoy tan cerca de mi acabamiento, que no tendré lugar de verlo. Muchas veces he querido preguntar á mi cabron qué fin tendrá vuestro suceso; pero no me he atrevido, porque nunca á lo que le preguntamos responde á derechas, sino con razones torcidas y de muchos sentidos; así que, á este nuestro amo y señor no hay que preguntarle nada, porque con una verdad mezcla mil mentiras, y á lo que he colegido de sus respuestas, él no sabe nada de lo por venir cier-

tamente, sino por conjeturas; con todo esto, nos trae tan engañadas á las que somos brujas, que con hacernos mil burlas, no le podemos dejar. Vamos á verle muy léjos de aquí, á un gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, brujos y brujas, y allí nos da de comer desabridamente, y pasan otras cosas, que en verdad, y en Dios y en mi ánima, que no me atrevo á contarlas, segun son de sucias y asquerosas, y no quiero ofender tus castas orejas. Hay opinion que no vamos á estos convites sino con la fantasía, en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que despues contamos que nos han sucedido; otros dicen que no, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima; y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos cuándo vamos de una ó de otra manera; porque todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamente, que no hay diferenciarlo de cuando vamos real y verdaderamente. Algunas experiencias desto han hecho los señores inquisidores con algunas de nosotras que han tenido presas, y pienso que han hallado ser verdad lo que digo. Quisiera yo, hijo, apartarme deste pecado, y para ello he hecho mis diligencias: heme acogido á ser hospitalera; curo á los pobres, y algunos se mueren que me dan á mí la vida con lo que me mandan, ó con lo que se les queda entre los remiendos, por el cuidado que yo tengo de espulgarlos los vestidos. Rezo poco y en público, murmuro mucho y en secreto. Vame mejor con ser hipócrita que con ser pecadora declarada; las apariencias de mis buenas obras presentes van borrando en la memoria de los que me conocen las malas obras pasadas. En efeto, la santidad fingida no hace daño á ningun tercero, sino al

que la usa. Mira, hijo Montiel, este consejo te doy: que seas bueno en todo cuanto pudieres, y si has de ser malo, procura no parecerlo en todo cuanto pudieres; bruja soy, no te lo niego; bruja y hechicera fué tu madre, que tampoco te lo puedo negar; pero las buenas apariencias de las dos podian acreditarnos en todo el mundo. Tres dias ántes que muriese habiamos estado las dos en un valle de los montes Pirineos, en una gran gira; y con todo eso, cuando murió fué con tal sosiego y reposo, que si no fueron algunos visajes que hizo un cuarto de hora ántes que rindiese el alma, no parecia sino que estaba en aquella cama como en un tálamo de flores. Llevaba atravesados en el corazon sus dos hijos, y nunca quiso, áun en el artículo de la muerte, perdonar á la Camacha: tal era ella de entera y firme en sus cosas. Yo le cerré los ojos y fuí con ella hasta la sepultura; allí la dejé para no verla más, aunque no tengo perdida la esperanza de verla ántes que muera, porque se ha dicho por el lugar que la han visto algunas personas andar por los cimenterios y encrucijadas en diferentes figuras, y quizá alguna vez la toparé yo, y le preguntaré si manda que haga alguna cosa en descargo de su conciencia.» Cada cosa destas que la vieja me decia en alabanza de la que decia ser mi madre, era una lanzada que me atravesaba el corazon, y quisiera arremeter á ella y hacerla pedazos entre los dientes; y si lo dejé de hacer, fué porque no le tomase la muerte en tan mal estado. Finalmente, me dijo que aquella noche pensaba untarse para ir á uno de sus usados convites, y que cuando allá estuviese, pensaba preguntar á su dueño algo de lo que estaba por sucederme. Quisiérale yo preguntar qué unturas eran aquellas que decia, y parece que me leyó el

deseo, pues respondió á mi intencion como si se lo hubiera preguntado, pues dijo: «Este ungüento con que las brujas nos untamos, es compuesto de jugos de yerbas en todo extremo frios, y no es, como dice el vulgo, hecho con la sangre de los niños que ahogamos. Aquí pudieras tambien preguntarme qué gusto ó provecho saca el demonio de hacernos matar las criaturas tiernas, pues sabe que estando bautizadas, como inocentes y sin pecado, se van al cielo, y él recibe pena particular con cada alma cristiana que se le escapa; á lo que no te sabré responder otra cosa, sino lo que dice el refran: que tal hay que se quiebra dos ojos porque su enemigo se quiebre uno, y por la pesadumbre que da á sus padres, matándoles los hijos, que es la mayor que se puede imaginar. Y lo que más le importa es hacer que nosotras cometamos á cada paso tan cruel y perverso pecado; y todo esto lo permite Dios por nuestros pecados; que sin su permision, yo he visto por experiencia que no puede ofender el diablo á una hormiga; y es tan verdad esto, que rogándole yo una vez que destruyese una viña de un mi enemigo, me respondió que ni áun tocar á una hoja della no podia, porque Dios no queria; por lo cual podrás venir á entender, cuando seas hombre, que todas las desgracias que vienen á las gentes, á los reinos, á las ciudades y á los pueblos; las muertes repentinas, los naufragios, las caidas; en fin, todos los males que llaman de daño, vienen de la mano del Altísimo y de su voluntad permitente; y los daños y males que llaman de culpa vienen y se causan por nosotros mismos. Dios es impecable, de do se infiere que nosotros somos autores del pecado, formándole en la intencion, en la palabra y en la obra; todo permitiéndolo Dios por nues-

tros pecados, como ya he dicho. Dirás tú ahora, hijo, si es que acaso me entiendes, que ¿quién me hizo á mí teóloga? y áun quizá dirás entre tí: «¡Cuerpo de tal con la puta vieja! ¿Por qué no deja de ser bruja, pues sabe tanto, y se vuelve á Dios, pues sabe que está más pronto á perdonar pecados que á permitirlos?» A esto te respondo, como si me lo preguntaras, que la costumbre del vicio se vuelve en naturaleza, y éste de ser brujas se convierte en sangre y carne, y en medio de su ardor, que es mucho, trae un frio, que pone el alma tal, que la resfria y entorpece áun en la fe, de donde nace un olvido de sí misma, que ni se acuerda de los temores con que Dios la amenaza, ni de la gloria con que la convida; y en efeto, como es pecado de carne y de deleites, es fuerza que amortigüe todos los sentidos, y los embelese y absorte, sin dejarlos usar sus oficios como deben; y así, quedando el alma inútil, floja y desmazalada, no puede levantar la consideracion siquiera á tener algun buen pensamiento; y así, dejándose estar sumida en la profunda sima de su miseria, no quiere alzar la mano á la de Dios, que se la está dando, por sola su misericordia, para que se levante. Yo tengo una destas almas que te he pintado: todo lo veo y todo lo entiendo, y como el deleite me tiene echados grillos á la voluntad, siempre he sido y seré mala. Pero dejemos esto, y volvamos á lo de las unturas, y digo que son tan frias, que nos privan de todos los sentidos en untándonos con ellas, y quedamos tendidas y desnudas en el suelo, y entónces dicen que en la fantasía pasamos todo aquello que nos parece pasar verdaderamente. Otras veces, acabadas de untar, á nuestro parecer, mudamos forma, y convertidas en gallos, lechuzas ó cuervos, vamos al lugar donde nuestro

dueño nos espera, y allí cobramos nuestra primera forma, y gozamos de los deleites, que te dejo de decir, por ser tales, que la memoria se escandaliza en acordarse dellos, y así la lengua huye de contarlos; y con todo esto, soy bruja, y cubro con la capa de la hipocresía todas mis muchas faltas. Verdad es que si algunos me estiman y honran por buena, no faltan muchos que me dicen, no dos dedos del oido, el nombre de las fiestas, que es el que nos imprimió la furia de un juez colérico, que en los tiempos pasados tuvo que ver conmigo y con tu madre, depositando su ira en las manos de un verdugo, que por no estar sobornado, usó de toda su plena potestad y rigor con nuestras espaldas; pero esto ya pasó, y todas las cosas pasan; las memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados. Hospitalera soy, buenas muestras doy de mi proceder, buenos ratos me dan mis unturas; no soy tan vieja, que no pueda vivir un año, puesto que tengo setenta y cinco; y ya que no puedo ayunar por la edad, ni rezar por los vaguidos, ni andar romerías por la flaqueza de mis piernas, ni dar limosna porque soy pobre, ni pensar en bien porque soy amiga de murmurar, y para haberlo de hacer es forzoso pensarlo primero, así que siempre mis pensamientos han de ser malos; con todo esto, sé que Dios es bueno y misericordioso, y que él sabe lo que ha de ser de mí, y basta, y quédese aquí esta plática, que verdaderamente me entristece. Ven, hijo, y verásme untar, que todos los duelos con pan son ménos; el buen dia meterle en casa, pues miéntras se rie, no se llora; quiero decir, que aunque los gustos que nos da el demonio son aparentes y falsos, todavía nos parecen gustos, y el deleite mucho ma-

yor es imaginado que gozado, aunque en los verdaderos gustos debe de ser al contrario.» Levantóse en diciendo esta larga arenga, y tomando el candil, se entró en otro aposentillo más estrecho; seguíla, combatido de mil varios pensamientos, y admirado de lo que habia oido y de lo que esperaba ver. Colgó la Cañizares el candil en la pared, y con mucha priesa se desnudó hasta la camisa, y sacando de un rincon una olla vidriada, metió en ella la mano, y murmurando entre dientes, se untó desde los piés á la cabeza, que tenia sin toca. Antes que se acabase de untar me dijo que, ora se quedase su cuerpo en aquel aposento sin sentido, ora desapareciese dél, que no me espantase, ni dejase de aguardar allí hasta la mañana, porque sabria las nuevas de lo que me quedaba por pasar hasta ser hombre. Díjele, bajando la cabeza, que sí haria, y con esto acabó su untura, y se tendió en el suelo como muerta; llegué mi boca á la suya, y vi que no respiraba poco ni mucho. Una verdad te quiero confesar, Cipion amigo : que me dió gran temor verme encerrado en aquel estrecho aposento con aquella figura delante, la cual te la pintaré como mejor supiere. Ella era larga de más de siete piés; toda era notomía de huesos, cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida; con la barriga, que era de badana, se cubria las partes deshonestas, y áun le colgaba hasta la mitad de los muslos; las tetas semejaban dos vejigas de vaca secas y arrugadas, denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desgreñada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos; finalmente, toda era flaca y endemoniada. Púseme despacio á mirarla, y apriesa comenzó á apoderarse de mí el miedo, considerando la mala

vision de su cuerpo y la peor ocupacion de su alma; quise morderla por ver si volvia en sí, y no hallé parte en toda ella, que el asco no me lo estorbase; pero, con todo eso, la así de un carcaño y la saqué arrastrando al patio, mas ni por esto dió muestras de tener sentido. Allí, con mirar al cielo y verme en parte ancha, se me quitó el temor, á lo ménos se templó de manera, que tuve ánimo de esperar á ver en lo que paraba la ida y vuelta de aquella mala hembra, y lo que me contaba de mis sucesos. En esto me preguntaba yo á mí mismo : ¿Quién hizo á esta mala vieja tan discreta y tan mala? ¿De dónde sabe ella cuáles son males de daño y cuáles de culpa? ¿Cómo entiende y habla tanto de Dios, y obra tanto del diablo? ¿Cómo peca tan de malicia, no excusándose con ignorancia? En estas consideraciones se pasó la noche y se vino el dia, que nos halló á los dos en mitad del patio; ella no vuelta en sí, y á mí junto á ella en cuclillas, atento mirando su espantosa y fea catadura. Acudió la gente del hospital, y viendo aquel retablo, unos decian : «Ya la bendita Cañizares es muerta; mirad cuán disfigurada y flaca la tenia la penitencia.» Otros, más considerados, la tomaron el pulso, y vieron que le tenia y que no era muerta, por do se dieron á entender que estaba en éxtasis y arrobada, de puro buena; otros hubo que dijeron : «Esta puta vieja sin duda debe de ser bruja y debe de estar untada; que nunca los santos hacen tan deshonestos arrobos, y hasta ahora, entre los que la conocemos, más fama tiene de bruja que de santa.» Curiosos hubo, que se llegaron á hincarle alfileres por las carnes desde la punta hasta la cabeza; ni por eso recordaba la dormilona, ni volvió en sí hasta las siete del dia; y como se sintió acribada de los alfileres, y mordida de los

carcañares, y magullada del arrastramiento fuera de su aposento, y á vista de tantos ojos que la estaban mirando, creyó, y creyó la verdad, que yo habia sido el autor de su deshonra; y así arremetió á mí, y echándome ambas manos á la garganta, procuraba ahogarme, diciendo: «Oh bellaco, desagradecido, ignorante y malicioso, y ¿es éste el pago que merecen las buenas obras que á tu madre hice, y de las que te pensaba hacer á tí?» Yo, que me vi en peligro de perder la vida entre las uñas de aquella fiera arpía, sacudíme, y asiéndola de las luengas faldas de su vientre, la zamarreé y arrastré por todo el patio, y ella daba voces, que la librasen de los dientes de aquel maligno espíritu. Con estas razones de la mala vieja, creyeron los más que yo debia de ser algun demonio de los que tienen ojeriza contínua con los buenos cristianos, y unos acudieron á echarme agua bendita, otros no osaban llegar á quitarme, otros daban voces que me conjurasen; la vieja gruñia, yo apretaba los dientes, crecia la confusion, y mi amo, que ya habia llegado al ruido, se desesperaba, oyendo decir que yo era demonio. Otros, que no sabian de exorcismos, acudieron á tres ó cuatro garrotes, con los cuales comenzaron á santiguarme los lomos; escocióme la burla, solté la vieja, y en tres saltos me puse en la calle, y en pocos más salí de la villa, perseguido de una infinidad de muchachos, que iban á grandes voces diciendo: «Apártense, que rabia el perro sabio.» Otros decian: «No rabia, sino que es demonio en figura de perro.» Con este molimiento, á campana herida salí del pueblo, siguiéndome muchos, que indubitablemente creyeron que era demonio, así por las cosas que me habian visto hacer, como por las palabras que la vieja dijo cuando despertó de su maldito

sueño. Dime tanta priesa á huir y á quitarme delante de sus ojos, que creyeron que me habia desparecido como demonio; en seis horas anduve doce leguas, y llegué á un rancho de gitanos, que estaba en un campo junto á Granada. Allí me reparé un poco, porque algunos de los gitanos me conocieron por el perro sabio, y con no pequeño gozo me acogieron y escondieron en una cueva, porque no me hallasen si fuese buscado, con intencion, á lo que despues entendí, de ganar conmigo, como lo hacia el atambor mi amo. Veinte dias estuve con ellos, en los cuales supe y noté su vida y costumbres, que, por ser notables, es forzoso que te las cuente.

Cip. Antes, Berganza, que pases adelante, es bien que reparemos en lo que te dijo la bruja, y averigüemos si puede ser verdad la grande mentira á quien das crédito. Mira, Berganza: grandísimo disparate seria creer que la Camacha mudase los hombres en bestias, y que el sacristan en forma de jumento la sirviese los años que dicen que la sirvió; todas estas cosas y las semejantes son embelecos, mentiras ó apariencias del demonio; y si á nosotros nos parece ahora que tenemos algun entendimiento y razon, pues hablamos siendo verdaderamente perros, ó estando en su figura, ya hemos dicho que éste es caso portentoso y jamas visto, y que aunque le tocamos con las manos, no le habemos de dar crédito hasta tanto que el suceso dél nos muestre lo que conviene que creamos. ¿Quiéreslo ver más claro? Considera en qué vanas cosas y en cuán tontos puntos dijo la Camacha que consistia nuestra restauracion, y aquellas, que á tí te deben parecer profecías, no son sino palabras de consejas ó cuentos de viejas, como aquellos del caballo sin

cabeza, y de la varilla de virtudes, con que se entretienen al fuego las dilatadas noches del invierno, porque, á ser otra cosa, ya estaban cumplidas; si no es que sus palabras se han de tomar en un sentido, que he oido decir se llama alegórico, el cual sentido no quiere decir lo que la letra suena, sino otra cosa que, aunque diferente, le haga semejanza; y así, decir :

Volverán en su forma verdadera
Cuando vieren con presta diligencia
Derribar los soberbios levantados,
Y alzar á los humildes abatidos,
Con poderosa mano para hacello;

tomándolo en el sentido que he dicho, paréceme que quiere decir que cobraremos nuestra forma cuando viéremos que los que ayer estaban en la cumbre de la rueda de fortuna, hoy están hollados y abatidos á los piés de la desgracia, y tenidos en poco de aquellos que más los estimaban; y asimismo cuando viéremos que otros que no há dos horas que no tenian deste mundo otra parte que servir en él de número que acrecentase el de las gentes, ahora están tan encumbrados sobre la buena dicha, que los perdemos de vista; y si primero no parecian por pequeños y encogidos, ahora no los podemos alcanzar por grandes y levantados. Y si en esto consistiera volver nosotros á la forma que dices, ya lo hemos visto y lo vemos á cada paso; por do me doy á entender que no en el sentido alegórico, sino en el literal, se han de tomar los versos de la Camacha; ni tampoco en éste consiste nuestro remedio, pues muchas veces hemos visto lo que dicen, y nos estamos tan perros como ves; así que, la Camacha fué burladora falsa, y la Cañizares embustera, y la Montiela tonta, maliciosa y be-

llaca, con perdon sea dicho, si acaso es nuestra madre de entrambos, ó tuya; que yo no la quiero tener por madre. Digo, pues, que el verdadero sentido es un juego de bolos, donde con presta diligencia derriban los que están en pié, y vuelven á alzar los caidos, y esto por la mano de quien lo puede hacer. Mira, pues, si en el discurso de nuestra vida habremos visto jugar á los bolos, y si hemos visto por esto haber vuelto á ser hombres, si es que lo somos.

Berg. Digo que tienes razon, Cipion hermano, y que eres más discreto de lo que pensaba; y de lo que has dicho vengo á pensar y creer que todo lo que hasta aquí hemos pasado y lo que estamos pasando es sueño, y que somos perros; pero no por esto dejemos de gozar deste bien de la habla que tenemos, y de la excelencia tan grande de tener discurso humano todo el tiempo que pudiéremos; y así, no te canse el oirme contar lo que me pasó con los gitanos que me escondieron en la cueva.

Cip. De buena gana te escucho, por obligarte á que me escuches cuando te cuente, si el cielo fuere servido, los sucesos de mi vida.

Berg. La que tuve con los gitanos fué considerar en aquel tiempo sus muchas malicias, sus embaimientos y embustes, los hurtos en que se ejercitan, así gitanas como gitanos, desde el punto casi que salen de las mantillas y saben andar. ¿Ves la multitud que hay dellos esparcida por España? pues todos se conocen y tienen noticia los unos de los otros, y trasiegan y trasponen los hurtos destos en aquellos, y los de aquellos en éstos; dan la obediencia, mejor que á su rey, á uno que llaman conde, el cual, y todos los que dél suceden, tienen el sobrenombre de Maldonado; y no porque vengan del

apellido deste noble linaje, sino porque un paje de un caballero deste nombre se enamoró de una gitana muy hermosa, la cual no le quiso conceder su amor si no se hacia gitano y la tomaba por mujer. Hízolo así el paje, y agradó tanto á los demas gitanos, que le alzaron por señor y le dieron la obediencia, y como en señal de vasallaje, le acuden con parte de los hurtos que hacen, como sean de importancia. Ocúpanse, por dar color á su ociosidad, en labrar cosas de hierro, haciendo instrumentos con que facilitan sus hurtos; y así los verás siempre traer á vender por las calles tenazas, barrenas, martillos, y ellas trébedes y badiles. Todas ellas son parteras, y en esto llevan ventaja á las nuestras, porque sin costa ni adherentes sacan sus partos á luz, y lavan las criaturas con agua fria en naciendo, y desde que nacen hasta que mueren se curten y muestran á sufrir las inclemencias y rigores del cielo; y así verás que todos son alentados, volteadores, corredores y bailadores. Cásanse siempre entre ellos, porque no salgan sus malas costumbres á ser conocidas de otros; ellas guardan el decoro á sus maridos, y pocas hay que les ofendan con otros que no sean de su generacion. Cuando piden limosna, más la sacan con invenciones y chocarrerías que con devociones, y á título de que no hay quien se fie dellas, no sirven, y dan en ser holgazanas; y pocas ó ninguna vez he visto, si mal no me acuerdo, ninguna gitana al pié del altar comulgando, puesto que muchas veces he entrado en las iglesias. Son sus pensamientos imaginar cómo han de engañar y dónde han de hurtar. Confieren sus hurtos y el modo que tuvieron en hacellos; y así un dia contó un gitano delante de mí á otros un engaño y hurto que un dia habia hecho á un labrador,

y fué, que el gitano tenia un asno rabon, y en el pedazo de la cola que tenia sin cerdas le ingirió otra peluda, que parecia ser suya natural. Sacóle al mercado, comprósele un labrador por diez ducados, y en habiéndosele vendido y cobrado el dinero, le dijo que si queria comprarle otro asno hermano del mismo, y tan bueno como el que llevaba, que se le venderia por más buen precio. Respondióle el labrador que fuese por él y le trujese, que él se le compraria, y que en tanto que volviese llevaria el comprado á su posada. Fuése el labrador, siguióle el gitano, y sea como sea, el gitano tuvo maña de hurtar al labrador el asno que le habia vendido, y al mismo instante le quitó la cola postiza y quedó con la suya pelada; mudóle la albarda y jáquima, y atrevióse á ir á buscar al labrador para que se le comprase: hallóle ántes que hubiese echado ménos el asno primero, y á pocos lances compró el segundo. Fuésele á pagar á la posada, donde halló ménos la bestia á la bestia; y aunque lo era mucho, sospechó que el gitano se le habia hurtado, y no queria pagarle. Acudió el gitano por testigos, y trujo á los que habian cobrado la alcabala del primer jumento, y juraron que el gitano habia vendido al labrador un asno con una cola muy larga y muy diferente del asno segundo que vendia. A todo esto se halló presente un alguacil, que hizo las partes del gitano con tantas véras, que el labrador hubo de pagar el asno dos veces. Otros muchos hurtos contaron, y todos ó los más de bestias, en quien son ellos graduados y en lo que más se ejercitan. Finalmente, ella es mala gente, y aunque muchos y muy prudentes jueces han salido contra ellos, no por eso se enmiendan. Al cabo de veinte dias me quisieron llevar á Murcia: pasé por Granada,

donde ya estaba el capitan cuyo atambor era mi amo. Como los gitanos lo supieron, me encerraron en un aposento del meson donde vivian. Oíles decir la causa; no me pareció bien el viaje que llevaban, y así determiné soltarme, como lo hice; y saliéndome de Granada, dí en una huerta de un morisco, que me acogió de buena voluntad, y yo quedé con mejor, pareciéndome que no me querria para más de para guardarle la huerta, oficio, á mi cuenta, de ménos trabajo que el de guardar ganado; y como no habia allí altercar sobre tanto más, cuanto al salario, fué cosa fácil hallar el morisco criado á quien mandar, y yo amo á quien servir. Estuve con él más de un mes, no por el gusto de la vida que tenia, sino por el que me daba saber la de mi amo, y por ella la de todos cuantos moriscos viven en España. ¡Oh, cuántas y cuáles cosas te pudiera decir, Cipion amigo, desta morisca canalla, si no temiera no poderlas dar fin en dos semanas! Y si las hubiera de particularizar, no acabara en dos meses; mas en efeto habré de decir algo, y así, oye en general lo que yo vi y noté en particular desta buena gente. Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana: todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan y no comen; en entrando el real en su poder, como no sea sencillo, le condenan á cárcel perpétua y á escuridad eterna; de modo que ganando siempre y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España. Ellos son su hucha, su polilla, sus picazas y sus comadrejas; todo lo llegan, todo lo esconden y todo lo tragan. Considérese que ellos son muchos, y que cada dia ganan y esconden poco ó mucho, y que una calentura lenta

acaba la vida como la de un tabardillo; y como van creciendo, se van aumentando los escondedores, que crecen y han de crecer en infinito, como la experiencia lo muestra. Entre ellos no hay castidad, ni entran en religion ellos ni ellas; todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sobriamente aumenta las causas de la generacion. No los consume la guerra, ni ejercicio que demasiadamente los trabaje. Róbannos á pié quédo, y con los frutos de nuestras propias heredades, que nos revenden, se hacen ricos, dejándonos á nosotros pobres. No tienen criados, porque todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la del robarnos, y ésta fácilmente la deprenden. De los doce hijos de Jacob, que he oido decir que entraron en Egipto, cuando los sacó Moisen de aquel cautiverio, salieron seiscientos mil varones, sin niños y mujeres; de aquí se podrá inferir lo que multiplicarán las destos, que, sin comparacion, son en mayor número.

Cip. Buscado se ha remedio para todos los daños que has apuntado y bosquejado en sombra; que bien sé que son más y mayores los que callas que los que cuentas, y hasta agora no se ha dado con el que conviene; pero celadores prudentísimos tiene nuestra república, que considerando que España cria y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios, hallarán á tanto daño cierta, presta y segura salida. Di adelante.

Berg. Como mi amo era mezquino, como lo son todos los de su casta, sustentábame con pan de mijo y con algunas sobras de zahinas, comun sustento suyo; pero esta miseria me ayudó á llevar el cielo por un modo tan extraño como el que ahora oirás. Cada mañana, juntamente con el

alba, amanecia sentado al pié de un granado, de muchos que en la huerta habia, un mancebo, al parecer, estudiante, vestido de bayeta, no tan negra ni tan peluda, que no pareciese parda y tundida. Ocupábase en escribir en un cartapacio, y de cuando en cuando se daba palmadas en la frente y se mordia las uñas, estando mirando al cielo; y otras veces se ponia tan imaginativo, que no movia pié ni mano, ni áun las pestañas: tal era su embelesamiento. Una vez me llegué junto á él sin que me echase de ver: oíle murmurar entre dientes, y al cabo de un buen espacio dió una gran voz, diciendo: «Vive el Señor, que es la mejor octava que he hecho en todos los dias de mi vida»; y escribiendo apriesa en su cartapacio, daba muestras de gran contento; todo lo cual me dió á entender que el desdichado era poeta. Hícele mis acostumbradas caricias, por asegurarle de mi mansedumbre: echéme á sus piés, y él, con esta seguridad, prosiguió en sus pensamientos, y tornó á rascarse la cabeza, y á sus arrobos, y á volver á escribir lo que habia pensado. Estando en esto, entró en la huerta otro mancebo galan y bien aderezado, con unos papeles en la mano, en los cuales de cuando en cuando leia; llegó donde estaba el primero y díjole: «¿Habeis acabado la primera jornada?

—Ahora le dí fin, respondió el poeta, lo más gallardamente que imaginarse puede.

—¿De qué manera? preguntó el segundo.

—Desta, respondió el primero. Sale su Santidad el Papa, vestido de pontifical, con doce cardenales, todos vestidos de morado, porque cuando sucedió el caso que cuenta la historia de mi comedia, era tiempo de *mutatio caparum*, en el cual los cardenales no se visten de rojo, sino de morado; y

así en todas maneras conviene para guardar la propiedad, que estos mis cardenales salgan de morado, y éste es un punto que hace mucho al caso para la comedia; y á buen seguro dieran en él, y así hacen á cada paso mil impertinencias y disparates; yo no he podido errar en esto, porque he leido todo el ceremonial romano por sólo acertar en estos vestidos.

—Pues ¿de dónde quereis vos, replicó el otro, que tenga mi autor vestidos morados para doce cardenales?

—Pues si me quita uno tan sólo, respondió el poeta, así le daré yo mi comedia, como volar. ¡Cuerpo de tal! ¿esta apariencia tan grandiosa se ha de perder? Imaginad vos desde aquí lo que parecerá en un teatro un sumo pontífice con doce graves cardenales, y con otros ministros de acompañamiento que forzosamente han de traer consigo; ¡vive el cielo, que sea uno de los mayores y más altos espectáculos que se haya visto en comedia, aunque sea la del *Ramillete de Daraja!*» Aquí acabé de entender que el uno era poeta y el otro comediante. El comediante aconsejó al poeta que cercenase algo de los cardenales, si no queria imposibilitar al autor el hacer la comedia; á lo cual dijo el poeta que le agradeciesen que no habia puesto todo el cónclave que se halló junto al acto memorable que pretendia traer á la memoria de las gentes en su felicísima comedia. Rióse el recitante, y dejóle en su ocupacion, por irse á la suya, que era estudiar un papel de una comedia nueva. El poeta, despues de haber escrito algunas coplas de su magnífica comedia, con mucho sosiego y espacio sacó de la faldriquera algunos mendrugos de pan y obra de veinte pasas, que, á mi parecer, entiendo que se las conté, y áun

estoy en duda si eran tantas, porque juntamente con ellas hacian bulto ciertas migajas de pan, que las acompañaban. Sopló y apartó las migajas, y una á una se comió las pasas y los palillos, porque no le vi arrojar ninguno, ayudándolas con los mendrugos, que morados con la borra de la faldriquera, parecian mohosos, y eran tan duros de condicion, que aunque él procuró enternecerlos, paseándolos por la boca una y muchas veces, no fué posible moverlos de su terquedad; todo lo cual redundó en mi provecho, porque me los arrojó, diciendo: «To, to, toma, que buen provecho te hagan.» Mirad, dije entre mí, qué néctar ó ambrosía me da este poeta, de los que ellos dicen que se mantienen los dioses y su Apolo allá en el cielo. En fin, por la mayor parte, grande es la miseria de los poetas; pero mayor era mi necesidad, pues me obligó á comer lo que él desechaba. En tanto que duró la composicion de su comedia, no dejó de venir á la huerta, ni á mí me faltaron mendrugos, porque los repartia conmigo con mucha liberalidad, y luego nos íbamos á la noria, donde yo de bruces y él con un cangilon satisfaciamos la sed como unos monarcas. Pero faltó el poeta, y sobró en mí la hambre, tanto, que determiné dejar al morisco, y entrarme en la ciudad á buscar ventura, que la halla el que se muda, particularmente si es de malo á mejor estado. Al entrar en la ciudad, vi que salia del famoso monasterio de San Jerónimo mi poeta, que como me vió, se vino á mí con los brazos abiertos, y yo me fuí á él con nuevas muestras de regocijo por haberle hallado; luego al instante comenzó á desembaular pedazos de pan más tiernos de los que solia llevar á la huerta, y á entregarlos á mis dientes sin repasarlos por los suyos; merced

que con nuevo gusto satisfizo mi hambre. Los tiernos mendrugos, y el haber visto salir á mi poeta del monasterio dicho, me pusieron en sospecha de que tenia las musas vergonzantes, como otros muchos las tienen. Encaminóse á la ciudad, y yo le seguí con determinacion de tenerle por amo, si él quisiese, imaginando que de las sobras de su castillo se podia mantener mi real, porque no hay mayor ni mejor bolsa que la de la caridad, cuyas liberales manos jamas están pobres ni necesitadas; y así, no estoy bien con aquel refran que dice : «Más da el duro que el desnudo»; como si el duro y avaro diese algo, como lo da el liberal desnudo, que en efeto da el buen deseo, cuando más no tiene. De lance en lance paramos en la casa de un autor de comedias, que, á lo que me acuerdo, se llamaba Angulo el Malo, por distinguirle de otro Angulo, no autor, sino representante, el más gracioso que entónces tuvieron y ahora tienen las comedias. Juntóse toda la compañía á oir la comedia de mi amo, que ya por tal le tenia, y á la mitad de la jornada primera, uno á uno y dos á dos se fueron saliendo todos, excepto el autor y yo, que serviamos de oyentes. La comedia era tal, que, con ser yo un asno en esto de la poesía, me pareció que la habia compuesto el mismo Satanas para total ruina y perdicion del mismo poeta, que ya iba tragando saliva, viendo la soledad en que el auditorio le habia dejado; y no era mucho, si el alma présaga le decia allá dentro la desgracia que le estaba amenazando, que fué volver todos los recitantes, que pasaban de doce, y sin hablar palabra, asieron de mi poeta, y si no fuera porque la autoridad del autor, llena de ruegos y voces, se puso de por medio, sin duda le manteáran. Quedé yo del caso pasmado, el autor desabrido,

los farsantes alegres, y el poeta mohino, el cual con mucha paciencia, aunque algo torcido el rostro, tomó su comedia, y encerrándosela en el seno, medio murmurando, dijo: «No es bien echar las margaritas á los puercos»; y sin decir más palabra, se fué con mucho sosiego. Yo, de corrido, ni pude ni quise seguirle, y acertélo, á causa que el autor me hizo tantas caricias, que me obligaron á que con él me quedase, y en ménos de un mes salí grande entremesista y gran farsante de figuras mudas. Pusiéronme un freno de orillos, y enseñáronme á que arremetiese en el teatro á quien ellos querian; de modo que, como los entremeses solian acabar por la mayor parte en palos, en la compañía de mi amo acababan en zuzarme, y yo derribaba y atropellaba á todos, con que daba que reir á los ignorantes, y mucha ganancia á mi dueño. ¡Oh Cipion, quién te pudiera contar lo que vi en esta y en otras dos compañías de comediantes en que anduve! mas, por no ser posible reducirlo á narracion sucinta y breve, lo habré de dejar para otro dia, si es que ha de haber otro dia en que nos comuniquemos. ¿Ves cuán larga ha sido mi plática? ¿ves mis muchos y diversos sucesos? ¿consideras mis caminos y mis amos tantos como han sido? pues todo lo que has oido ès nada, comparado á lo que te pudiera contar de lo que noté, averigüé y vi desta gente: su proceder, su vida, sus costumbres, sus ejercicios, sus trabajos, su ociosidad, su ignorancia y su agudeza, con otras infinitas cosas, unas para decirse al oido, otras para aclamallas en público, y todas para hacer memoria dellas, y para desengaño de muchos que idolatran en figuras fingidas, y en bellezas de artificio y de transformacion.

Cip. Bien se me trasluce, Berganza, el largo campo que

se te descubria para dilatar tu plática, y soy de parecer que la dejes para cuento particular y para sosiego no sobresaltado.

Berg. Sea así, y escúchame ahora un poco. Con una compañía llegué á esta ciudad de Valladolid, donde en un entremes me dieron una herida, que me llevó casi al fin de la vida; no pude vengarme, por estar enfrenado entónces, y despues á sangre fria no quise; que la venganza pensada arguye crueldad y mal ánimo. Cansóme aquel ejercicio, no por ser trabajoso, sino porque veia en él cosas que juntamente pedian enmienda y castigo, y como á mí estaba más el sentillo que el remediallo, acordé de no verlo, y así me acogí á sagrado, como hacen aquellos que dejan los vicios cuando no pueden ejercitallos; aunque más vale tarde que nunca. Digo, pues, que viéndote una noche llevar la linterna con el buen cristiano Mahudes, te consideré contento y justa y santamente ocupado; y lleno de buena envidia, quise seguir tus pasos, y con esta loable intencion me puse delante de Mahudes, que luego me eligió para tu compañero y me trujo á este hospital. Lo que en él me ha sucedido no es tan poco, que no haya menester espacio para contallo, especialmente lo que oí á cuatro enfermos, que la suerte y la necesidad trujo á este hospital, y á estar todos cuatro juntos en cuatro camas apareadas. Perdóname, porque el cuento es breve y no sufre dilacion, y viene aquí de molde.

Cip. Sí perdono. Concluye presto; que, á lo que creo, no debe estar muy léjos el dia.

Berg. Digo que en las cuatro camas que están al cabo desta enfermería, en la una estaba un alquimista, en la otra un poeta, en la otra un matemático, y en la otra uno de los que llaman arbitristas.

Cip. Ya me acuerdo haber visto á esa buena gente.

Berg. Digo, pues, que una siesta de las del verano pasado, estando cerradas las ventanas, y yo cogiendo el aire debajo de la cama del uno dellos, el poeta se comenzó á quejar lastimosamente de su fortuna; y preguntándole el matemático de qué se quejaba, respondió que de su corta suerte. «¿Cómo, y no será razon que me queje, prosiguió, que habiendo yo guardado lo que Horacio manda en su *Poética*, que no salga á luz la obra que despues de compuesta no hayan pasado diez años por ella, y que tenga yo una de veinte años de ocupacion y doce de pasante, grande en el sugeto, admirable y nueva en la invencion, grave en el verso, entretenida en los episodios, maravillosa en la division, porque el principio responde al medio y al fin, de manera que constituyen el poema alto, sonoro, heroico, deleitable y sustancioso, y que con todo esto, no hallo un príncipe á quien dirigille? Príncipe, digo, que sea inteligente, liberal y magnánimo. ¡Mísera edad y depravado siglo nuestro! — ¿De qué trata el libro?» preguntó el alquimista. Respondió el poeta : «Trata de lo que dejó de escribir el Arzobispo Turpin del Rey Artus de Inglaterra, con otro suplemento de la historia de la demanda del Santo Grial, y todo en verso heroico, parte en otavas y parte en verso suelto; pero todo esdrújulamente; digo, en esdrújulos de nombres sustantivos, sin admitir verbo alguno. — A mí, respondió el alquimista, poco se me entiende de poesía; y así no sabré poner en su punto la desgracia de que vuesa merced se queja, puesto que, aunque fuera mayor, no se igualaba á la mia, que es que por faltarme instrumento, ó un príncipe que me apoye y me dé á la mano los requisitos que la ciencia de la alquimia pide, no

estoy ahora manando en oro y con más riquezas que los Midas, que los Crasos y Cresos.—¿Ha hecho vuesa merced, dijo á esta sazon el matemático, señor alquimista, la experiencia de sacar plata de otros metales?—Yo, respondió el alquimista, no la he sacado hasta ahora; pero realmente sé que se saca, y á mí no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal, con que se puede hacer plata y oro de las mismas piedras.—Bien han exagerado vuesas mercedes sus desgracias, dijo á esta sazon el matemático; pero al fin, el uno tiene libro que dirigir, y el otro está en potencia propincua de sacar la piedra filosofal, con que quedará tan rico como lo han quedado todos aquellos que han seguido este rumbo; mas ¿qué diré yo de la mia, que es tan sola, que no tiene dónde arrimarse? Veinte y dos años há que ando tras hallar el punto fijo, y aquí lo dejo, y allí lo tomo, y pareciéndome que ya lo he hallado, y que no se me puede escapar en ninguna manera, cuando no me cato me hallo tan léjos dél, que me admiro; lo mismo me acaece con la cuadratura del círculo, que he llegado tan al remate de hallarla, que no sé ni puedo pensar cómo no la tengo ya en la faldriquera; y así es mi pena semejante á las de Tántalo, que está cerca del fruto y muere de hambre, y propincuo al agua y perece de sed. Por momentos pienso dar en la coyuntura de la verdad, y por minutos me hallo tan léjos della, que vuelvo á subir el monte que acabé de bajar, con el canto de mi trabajo á cuestas, como otro nuevo Sísifo.» Habia hasta este punto guardado silencio el arbitrista, y aquí le rompió, diciendo: «Cuatro quejosos, tales que lo pueden ser del Gran Turco, ha juntado en este hospital la pobreza, y reniego yo de oficios y ejercicios que ni entre-

tienen ni dan de comer á sus dueños. Yo, señores, soy arbitrista, y he dado á su Majestad, en diferentes tiempos, muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo y sin daño del reino, y ahora tengo hecho un memorial, donde le suplico me señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo, tal, que ha de ser la total restauracion de sus empeños; pero por lo que me ha sucedido con los otros memoriales, entiendo que éste tambien ha de parar en el carnero. Mas, porque vuesas mercedes no me tengan por mentecato, aunque mi arbitrio quede desde este punto público, le quiero decir, que es éste. Hase de pedir en Córtes que todos los vasallos de su Majestad, desde la edad de catorce á sesenta años, sean obligados á ayunar una vez en el mes á pan y agua, y esto ha de ser el dia que se escogiere y señaláre, y que todo el gasto que en otros condumios de fruta, carne y pescado, vino, huevos y legumbres, se han de gastar aquel dia, se reduzga á dinero, y se dé á su Majestad, sin defraudalle un ardite, so cargo de juramento; y con esto en veinte años queda libre de socaliñas y desempeñado, porque si se hace la cuenta, como yo la tengo hecha, bien hay en España más de tres millones de personas de la dicha edad, fuera de los enfermos ó más viejos ó más muchachos, y ninguno destos dejará de gastar, y esto contado al menorete, cada dia real y medio, y yo quiero que sea no más de un real, que no puede ser ménos, aunque coma alholvas. Pues ¿paréceles á vuesas mercedes que seria barro tener cada mes tres millones de reales como ahechados? Y esto ántes sería provecho que daño á los ayunantes, porque con el ayuno agradarian al cielo y servirian á su rey, y tal podria ayunar, que le fuese conveniente para su salud.

Este es el arbitrio, limpio de polvo y de paja, y podríase coger por parroquias, sin costa de comisarios, que destruyen la república.» Riyéronse todos del arbitrio y del arbitrante, y él tambien se riyó de sus disparates, y yo quedé admirado de haberlos oido, y de ver que, por la mayor parte, los de semejantes humores venian á morir en los hospitales.

Cip. Tienes razon, Berganza. Mira si te queda más que decir.

Berg. Dos cosas no más, con que daré fin á mi plática; que ya me parece que viene el dia. Yendo una noche mi mayor á pedir limosna en casa del Corregidor desta ciudad, que es un gran caballero y muy gran cristiano, hallámosle solo, y parecióme á mí tomar ocasion de aquella soledad para decille ciertos advertimientos que habia oido decir á un viejo enfermo deste hospital acerca de cómo se podia remediar la perdicion tan notoria de las mozas vagamundas, que por no servir dan en malas, y tan malas, que pueblan los hospitales de los perdidos que las siguen : plaga intolerable y que pedia presto y eficaz remedio. Digo que queriendo decírselo, alcé la voz, pensando que tenia habla, y en lugar de pronunciar razones concertadas, ladré con tanta priesa y con tan levantado tono, que, enfadado el Corregidor, dió voces á sus criados que me echasen de la sala á palos, y un lacayo que acudió á la voz de su señor, que fuera mejor que por entónces estuviera sordo, asió de una cantimplora de cobre que le vino á la mano, y diómela tal en mis costillas, que hasta ahora guardo las reliquias de aquellos golpes.

Cip. Y ¿quéjaste deso, Berganza?

Berg. Pues ¿no me tengo de quejar, si hasta ahora me

duele, como he dicho, y si me parece que no merecia tal castigo mi buena intencion?

Cip. Mira, Berganza: nadie se ha de meter donde no le llaman, ni ha de querer usar del oficio que por ningun caso le toca; y has de considerar que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido, ni el pobre humilde ha de tener presuncion de aconsejar á los grandes y á los que piensan que se lo saben todo. La sabiduría en el pobre está asombrada; que la necesidad y miseria son sombras y nubes que la escurecen, y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad y la tratan con menosprecio.

Berg. Tienes razon, y escarmentando en mi cabeza, de aquí adelante seguiré tus consejos. Entré asimismo otra noche en casa de una señora principal, la cual tenia en los brazos una perrilla destas que llaman de falda, tan pequeña, que se pudiera esconder en el seno; la cual, cuando me vió, saltó de los brazos de su señora y arremetió á mí ladrando, y con tan gran denuedo, que no paró hasta morderme de una pierna. Volvíla á mirar con respeto y con enojo, y dije entre mí: «Si yo os cogiera, animalejo ruin, en la calle, ó no hiciera caso de vos, ó os hiciera pedazos entre los dientes.» Consideré en ella que hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos é insolentes cuando son favorecidos, y se adelantan á ofender á los que valen más que ellos.

Cip. Una muestra y señal desa verdad que dices, nos dan algunos hombrecillos, que á la sombra de sus amos se atreven á ser insolentes; y si acaso la muerte ó otro accidente de fortuna derriba el árbol donde se arriman, luego se descubre y manifiesta su poco valor, porque, en efeto, no son de más quilates sus prendas que los que les dan sus

dueños y valedores. La virtud y el buen entendimiento siempre es una y siempre es uno; desnudo ó vestido, solo ó acompañado, no ha menester apoyos ni necesita de amparos; por sí solo vale, sin que las grandes dichas le ensoberbezcan, ni las adversidades le desanimen; bien es verdad que puede padecer acerca de la estimacion de las gentes, mas no en la realidad verdadera de lo que merece y vale. Y con esto pongamos fin á esta plática; que la luz que entra por estos resquicios muestra que es muy entrado el dia, y esta noche que viene, si no nos ha dejado este grande beneficio de la habla, será la mia para contarte mi vida.

Berg. Sea así, y mira que acudas á este mismo puesto; que yo fio en el cielo que nos ha de conservar el habla para decir las muchas verdades que ahora se nos quedan por falta de tiempo.»

El acabar el coloquio el licenciado, y el despertar el alférez, fué todo á un tiempo, y el licenciado dijo : «Aunque este coloquio sea fingido y nunca haya pasado, paréceme que está tan bien compuesto, que puede el señor alférez pasar adelante con el segundo.

—Con ese parecer, respondió el alférez, me animaré y dispondré á escribille, sin ponerme más en disputas con vuesa merced si hablaron los perros ó no.» A lo que dijo el licenciado : «Señor alférez, no volvamos más á esa disputa; yo alcanzo el artificio del coloquio y la invencion, y basta. Vámonos al Espolon á recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los del entendimiento.

—Vamos en buen hora», dijo el alférez; y con esto, se fueron.

FIN DEL CASAMIENTO ENGAÑOSO Y DEL COLOQUIO DE LOS PERROS.

LA TIA FINGIDA.

Pasando por cierta calle de Salamanca dos estudiantes, manchegos y mancebos, más amigos del baldeo y rodancho que de Bártulo y Baldo, vieron en una ventana de una casa y tienda de carne una celosía, y pareciéndoles novedad, porque la gente de la tal casa, si no se descubria y apregonaba, no se vendia, queriéndose informar del caso, deparóles su diligencia un oficial vecino, pared en medio, el cual les dijo: «Señores, habrá ocho dias que vive en esta casa una señora forastera, medio beata y de mucha austeridad; tiene consigo una doncella de extremado parecer y brío, que dicen ser su sobrina; sale con un escudero y dos dueñas, y segun he juzgado, es gente granada y de gran recogimiento. Hasta ahora no he visto entrar persona alguna de la ciudad ni de fuera á visitallas, ni sabré decir de dónde vinieron á Sala-

Pasando por una calle de Salamanca dos estudiantes mancebos, más amigos del baldeo ó rodancho que de Bártulo ó Baldo, alzaron acaso los ojos á una ventana, y vieron en ella una celosía puesta, que otras veces no habian visto; y pareciéndoles cosa nueva, repararon, considerando qué novedad era aquella; porque ellos sabian que en aquella casa no vivia gente que requiriese poner celosías en las ventanas. Quisiéronse informar de un vecino oficial que pared en medio estaba, el cual les dijo: «Señores, habrá ocho dias que vive en esta casa una señora forastera, medio beata y de mucha autoridad; tiene consigo una doncella de extremado parecer y donaire, que dicen que es su sobrina; sale con escudero y dos amas, y á lo que parece, es gente honrada y de gran recogimiento. Hasta ahora no he visto entrar á nadie á visitallas, ni sé si son de esta ciudad ó si han venido de fuera; sólo sé que la moza es hermosa y honesta,

manca; mas lo que sé es, que la moza es hermosa y honesta, al parecer, y que el fausto y la autoridad de la tia no es de gente pobre.»

La relacion que dió el vecino oficial á los estudiantes les puso codicia de dar cima á aquella aventura; porque, siendo pláticos en la ciudad, y deshollinadores de cuantas ventanas tenian albahacas con tocas, en toda ella no sabian que tal tia y sobrina hubiese, que hospedáran cursantes en su universidad, principalmente que viniesen á vivir á semejante calle, en la cual, por ser de tan buen peaje, siempre se habia vendido tinta, aunque no de la fina; que hay casas, así en Salamanca como en otras ciudades, que llevan de suelo vivir siempre en ellas mujeres cortesanas, ó por otro nombre trabajadoras ó enamoradas.

Eran ya casi las doce del dia, y la dicha casa estaba cerrada por fuera, de lo que coligieron, ó que no comian en ella sus moradoras, ó que vendrian con brevedad; y no les salió vana su presuncion, porque á poco rato vieron venir una reverenda matrona, con unas tocas blancas como la nieve, más largas que sobrepelliz de canónigo portugues, plegadas sobre la frente con su ventosa, y con un gran rosario al cuello, de cuentas sonadoras, tan grandes como las de Santinuflo, que á la cintura le llegaba; manto de seda y lana, guantes blancos y nuevos sin vuelta, y un báculo

y que el trato y el fausto de la tia no es de gente pobre.» La relacion que dió el oficial á los estudiantes les puso codicia y gana de saber aquella aventura; porque, con ser pláticos en la ciudad, no imaginaban que tal tia y sobrina hubiese en toda ella, á lo ménos para que viniese á morar y vivir en aquella casa, que llevaba de suelo habitar siempre en ella mujeres que comunmente el vulgo suele llamar cortesanas ó enamoradas.

Eran casi las doce, y la casa estaba cerrada por defuera, por do coligieron, ó que no comian en casa, ó que presto vendrian; y no les salió vano su pensamiento, porque de allí á poco rato vieron venir una reverenda matrona, con unas tocas blancas como la nieve, que casi llegaban al suelo, plegadas sobre la frente, y un gran rosario de cuentas sonadoras echado al cuello, que á la cintura le llegaba; manto de

ó junco de las Indias, con su remate de plata. De la mano izquierda la traia un escudero de los del tiempo de Fernan Gonzalez, con su sayo de velludo, ya sin vello, su martingala de escarlata, sus borceguíes bejaranos, capa de fajas, gorra de Milan, con su bonete de aguja, porque era enfermo de vaguidos, y sus guantes peludos, con su tahalí y espada navarrisca. Delante venia su sobrina, moza, al parecer, de diez y ocho años, de rostro mesurado y grave, más aguileño que redondo; los ojos negros, rasgados y al descuido adormecidos; cejas tiradas y bien compuestas, pestañas largas, y encarnada la color del rostro; los cabellos rubios y crespos por artificio, segun se descubrian por las sienes; saya de burriel fino, ropa justa de contray ó frisado; los chapines de terciopelo negro, con sus clavetes y rapacejos de plata bruñida; guantes olorosos, y no de polvillo, sino de ámbar: el ademan era grave, el mirar honesto, el paso airoso y de garza. Mirada por partes parecia muy bien, y en el todo mucho mejor; y aunque la condicion é inclinacion de los dos manchegos era la misma que la de los cuervos nuevos, que á cualquier carne se abaten, vista la de la nueva garza, se abatieron á ella con todos sus cinco sentidos, quedando suspensos y enamorados de tal donaire y belleza; que esta prerogativa tiene la hermosura, aunque sea

seda y lana, guantes blancos sin vuelta, y un báculo ó junco de Indias á la mano derecha, y á la izquierda un escudero de los del Conde Fernan Gonzalez. Delante venia su sobrina, moza, al parecer, de diez y siete á diez y ocho años, de rostro mesurado, más aguileño que redondo; ojos negros y rasgados, cejas tiradas y bien compuestas, pestañas negras, y encarnada la color del rostro; los cabellos castaños y crespos por artificio, segun se descubrian por ambas sienes, aunque traia la toca baja; saya parda de paño fino, ropa justa de bayeta frisada, el chapin de terciopelo negro, con sus varillas al uso, de bruñida plata; guantes olorosos, y no de polvillo, sino de ámbar: el ademan era grave, el mirar honesto, el paso airoso. Mirada en partes parecia muy bien, y en el todo mucho mejor; y aunque la condicion de los dos manchegos era como la de los cuervos nuevos, que á cualquiera carne se abaten, vista la de la nueva garza, se abatieron á ella con todos sus cinco sentidos, quedando suspensos de ver tal donaire y apostura; que esta prerogativa tiene la hermosura y buena gracia, que aunque cubierta de sayal, por medio

cubierta de sayal. Venian detras dos dueñas de honor, vestidas á la traza del escudero.

Con todo este estruendo llegó la buena señora á su casa, y abriendo el buen escudero la puerta, se entraron en ella; bien es verdad que al entrar, los estudiantes derribaron sus bonetes con extraordinario modo de crianza y respeto mezclado de aficion, plegando sus rodillas é inclinando sus ojos, como si fueran los más benditos y corteses hombres del mundo. Atrancáronse las señoras; quedáronse los señores en la calle, pensativos y medio enamorados, dando y tomando brevemente en lo que hacer debian, creyendo sin duda que pues aquella gente era forastera, no habria venido á Salamanca á aprender leyes, sino á quebrantarlas. Acordáronse, pues, en darle una música la noche siguiente; que éste es el primer servicio que á sus damas hacen los estudiantes pobres. Fuéronse luego á dar finiquito á su pobreza, que era una tenue porcion, y comidos que fueron, convocaron á sus amigos, juntaron guitarras é instrumentos, previnieron músicos, y fuéronse á un poeta de los que sobran en aquella ciudad, al cual rogaron que sobre el nombre de *Es-*

de la toca helada se descubre su excelencia y valor, y se hace mirar y admirar áun de los corazones rústicos.

Venian detras dos dueñas de las que llaman de honor, y de las que enfadan el mundo y atosigan las almas de aquellos que con ellas tratan; gente que viven como de nones ó demasía en la tierra.

Pues con todo este estruendo y aplauso llegó esta buena señora á su casa, y abriendo el escudero la puerta, se entraron en ella; bien es verdad que al entrar, los estudiantes derribaron los bonetes con gentil modo de crianza, plegando sus rodillas, inclinando sus ojos, como si fueran los más benditos y corteses hombres del mundo.

Encerráronse las señoras; quedáronse ellos en la calle, pensativos y medio enamorados, y dando y tomando brevemente entrambos á dos en lo que hacer debian, creyendo sin duda que pues aquella gente era forastera, que no habian venido allí para aprender leyes, sino para falsearlas, acordaron de dallas aquella misma noche una música; que éste es el primer servicio que á sus damas hacen los estudiantes pobres.

Fuéronse luego á dar finiquito á una atenuada porcion, y en comiendo, convocaron sus amigos, juntaron sus guitarras, previnieron los músicos, y fuéronse á un poeta de los muchos que sobran en aquella universidad, al cual encomendaron que sobre el nombre de *Esperanza* (que así se llamaba la ley de sus

peranza, que así se llamaba la de sus vidas, pues ya por tal la tenian, fuese servido de componerles alguna letra para cantar aquella noche; mas que en todo caso incluyese en la composicion el nombre de Esperanza. Encargóse deste cuidado el poeta, y en poco rato, mordiéndose los labios y las uñas, y rascándose las sienes y la frente, forjó un soneto, como le pudiera hacer un cardador ó peraile. Dióselc á los amantes; contentóles, y acordaron que el mismo autor se le fuese diciendo á los músicos, porque no habia lugar de tomallo de memoria.

Llegóse en esto la noche, y en la hora acomodada para la solemne fiesta juntáronse nueve matantes de la Mancha y cuatro músicos de voz y guitarra, un salterio, una arpa, una bandurria, doce cencerros y una gaita zamorana, treinta broqueles y otras tantas cotas, todo repartido entre una tropa de paniaguados, ó por mejor decir, de panivinagres. Con toda esta procesion y estruendo llegaron á la calle y casa de la señora, y en entrando por ella, sonaron los crueles cencerros con tal ruido, que puesto que la noche habia ya pasado el filo, y todos los vecinos y moradores estaban de dos dormidas, como gusanos de seda, no les fué posible dormir más sueño, ni quedó persona en toda la vecindad que no despertase y á las ventanas se pusiese. Sonó luego la gaita za-

ojos, que ya por tal la tenian) les compusiese lo que más fuese servido para cantar aquella noche; pero en todo caso se habia de nombrar en la cancion el nombre de Esperanza. Encargóse de ello el poeta, y en ménos de nonada, mordiéndose las uñas y rascándose las sienes, forjó de manera un soneto, malo como la brevedad y el ingenio del poeta requeria. Díjoscle á los enamorados; contentóles mucho, acordaron que él mesmo se lo fuese diciendo á los músicos, porque no habia lugar de tomarlo de memoria.

Llegóse en esto la noche y la hora acomodada para la solemne fiesta; juntáronse media docena de matantes y cuatro músicos de voz y guitarras, un salterio, una arpa, doce cencerros y una gaita zamorana, treinta broqueles y otras tantas cotas, y una gran procesion de paniaguados y bienhechores.

Con todo este estruendo y aparato llegaron á la calle de la señora, y en entrando por ella, sonaron los cencerros con tanto ruido, que puesto que la noche habia ya pasado el filo y áun el córte de la quietud, no quedó persona en toda la calle que no dispertase y á las ventanas se pusiese. Sonó luego la gaita

morana las gambetas, y acabó con el esturdion, ya debajo de las ventanas de la dama. Luego al són de la arpa, dictándolo el poeta su artífice, cantó el soneto un músico de los que no se hacen de rogar, en voz acordada y suave; el cual decia desta manera:

En esta calle yace mi Esperanza,
A quien yo con el alma y cuerpo adoro;
Esperanza de vida y de tesoro,
Pues no le tiene aquel que no la alcanza.
Si yo la alcanzo, tal será mi andanza,
Que no invidie al frances, al indio, al moro;
Por tanto, tu favor gallardo imploro,
Cupido, dios de toda dulce holganza.
Que aunque es esta Esperanza tan pequeña,
Que apénas tiene años diez y nueve,
Será quien la alcanzáre un gran gigante.
Crezca el incendio, añádase la leña,
¡Oh Esperanza gentil! á quien se atreve
A no ser en servicios vigilante.

Apénas se habia acabado de cantar este descomulgado soneto, cuando un bellacon de los circunstantes, graduado *in utroque*, dijo á otro que al lado tenia, con voz levantada

las gambetas, y acabó con el esturdion casi á la puerta de la dama. Luego al són de la arpa, ditando el lánguido poeta su pervertido y mal limado soneto, le cantó un músico en voz acordada y suave; el cual dicen que decia desta mala manera:

SONETO.

En esta casa yace mi Esperanza,
A quien yo con el alma y cuerpo adoro;
Esperanza de vida y de tesoro,
Que no la tiene aquel que no la alcanza.
Si yo la alcanzo, tal será mi andanza,
Que no envidie al frances, al indio, al moro;
Por eso tu favor gallardo imploro,
Cupido, dios de toda dulce holganza.
Que aunque es esta Esperanza tan pequeña,
Que apénas tiene años diez y nueve,
Será el que la alcanzáre un gran gigante.
Crezca el incendio, añádase la leña,
¡Oh Esperanza gentil! al que se atreve
A no ser en serviros vigilante.

Apénas se acabó de cantar este descomulgado soneto, cuando dijo uno de los circunstantes, graduado *in utroque*, á otro que al lado tenia, en voz bien levantada: «¡Voto á tal, que no he oido mejor estrambote

y sonora : «¡Voto á tal, que no he oido mejor estrambote en los dias de mi vida! ¡Ha visto vuesa merced aquel concordar de versos, aquel jugar del vocablo con el nombre de la dama, y aquella invocacion de Cupido, y aquel *gallardo* tan bien encajado, y los años de la niña tan bien engeridos, con aquella comparacion tan bien contrapuesta y traida de *pequeña* á *gigante!* ¡Pues ya la maldicion ó imprecacion me digan con aquel admirable y sonoro vocablo de *leña!* ¡Juro á tal, que si conociera al poeta que tal soneto compuso, que le habia de enviar mañana media docena de chorizos que me trajo esta mañana el recuero de mi tierra!» Por sola la palabra *chorizos* se persuadieron los oyentes ser el que las alabanzas decia extremeño sin duda, y no se engañaron, porque se supo despues que era de un lugar de Extremadura que está junto á Jaraicejo; y de allí adelante quedó en opinion de todos por hombre docto y versado en el arte poética, sólo por haberle oido desmenuzar tan en particular el cantado y descomunal soneto.

A todo lo cual se estaban las ventanas de la casa cerradas como su madre las parió, de lo que no poco se desesperaban los dos esperantes manchegos; pero, con todo eso, al són de las guitarras segundaron á tres voces con el siguiente ro-

en todos los dias de mi vida! ¡Ha visto vuesa merced aquel acordar de versos y aquel jugar del vocablo con el nombre de la dama, y aquel *imploro* tan bien encajado, y los años de la niña tan bien engeridos, con aquella comparacion tan bien traida de *pequeña á gigante!* ¡Pues la maldicion ó imprecacion postrera me digan con aquel admirable y sonoro vocablo de *incendio!* Juro á tal, que si conociera al poeta que tal suceso compuso, que le habia de enviar mañana media docena de chorizos que me trajo esta mañana el arriero de mi tierra.»

Por sola esta palabra de *chorizos* creyeron los circunstantes que el que las alabanzas hacia, sin duda era extremeño, y no se engañaron, que despues se supo que era de un lugar que está en Extremadura, junto á Jaraicejo; y de allí adelante quedó en opinion de todos por hombre docto y versado en el arte poética, sólo por haberle oido desmenuzar tan bien el cantado y encantado soneto.

A todo esto se estaban las ventanas de la casa cerradas, de lo que se desesperaban los manchegos; pero, con todo eso, al són de las guitarras y á tres voces segundaron con los versos de un romance, que pa-

mance, asimismo hecho á posta y por la posta para el propósito:

Salid, Esperanza mia,
A favorecer el alma,
Que, sin vos agonizando,
Casi el cuerpo desampara.
Las nubes del temor frio
No cubran vuestra luz clara;
Que es mengua de vuestros soles
No rendir quien los contrasta.
En el mar de mis enojos
Tened tranquilas las aguas,
Si no quereis que el deseo
Dé al traves con la esperanza.
Por vos espero la vida
Cuando la muerte me mata,
Y la gloria en el infierno,
Y en el desamor la gracia.

A este punto llegaban los músicos con el romance, cuando sintieron abrir la ventana, y ponerse á ella una de las dueñas que aquel dia habian visto, la cual les dijo con una voz afilada y pulida: «Señores, mi señora doña Claudia de Astudillo y Quiñones suplica á vuesas mercedes la reciba tan

recció hecho á posta, aunque de otra mano é ingenio que la del soneto pasado; los cuales fueron éstos:

ROMANCE.

Salid, Esperanza mia,
A favorecer el alma,
Que, sin vos agonizando,
Casi el cuerpo desampara.
Las nubes del temor frio
No cubran vuestra luz clara;
Que es mengua de vuestros soles
No rendir quien los contrasta.
En el mar de mis enojos
Tened tranquilas las aguas,
Si no quereis que el deseo
Dé al traves con la esperanza.
Por vos espero la vida
Cuando la muerte me mata,
Y la gloria en el infierno,
Y en el desamor la gracia.

A este punto llegaban del romance, cuando sintieron abrir la ventana, y vieron que á ella se asomaba una de las dueñas que aquel dia habian visto, la cual les dijo: «Señores, mi señora doña Claudia de Astudillo y Quiñones suplica á vuesas mercedes la reciba tan señalada, que se vayan á otra parte á dar esa

señalada, que se vayan á otra parte á dar esa música, por excusar el escándalo y mal ejemplo que se da á la vecindad, respeto de tener en su casa una sobrina doncella, que es mi señora doña Esperanza de Torralva, Menéses y Pacheco, y no le estar bien á su profesion y estado que semejantes cosas se hagan á su puerta y á tales horas; que de otra suerte y por otro estilo, y con ménos escándalo, la podrá recibir de vuesarcedes.» A lo cual respondió uno de los dos pretendientes: «Hacedme regalo y merced, señora dueña, de decir á mi señora doña Esperanza de Torralva, Menéses y Pacheco que se ponga en esa ventana; que la quiero decir solas dos palabras, que son de su manifiesta utilidad y servicio.

—¡Huy! ¡huy! dijo la dueña; ¡en eso por cierto está mi señora doña Esperanza! Sepa, señor mio, que no es de las que piensa; porque es mi señora muy principal, muy honesta, muy recogida, muy discreta, muy leida y muy escribida, y no hará lo que vuesa merced la suplica, aunque la cubriese de perlas.»

Estando en este deporte y conversacion con la repulgada dueña del *huy* y de las *perlas*, venia por la calle gran tropel de gentes, y creyendo los músicos y acompañamiento que era la justicia de la ciudad, se hicieron todos una rueda, y recogieron en medio del escuadron el bagaje de los músicos;

música, por excusar el mal ejemplo que se da á la vecindad, respeto de que ella tiene una sobrina doncella, que es mi señora doña Esperanza de Torralba, Menéses y Pacheco, y no le está bien á su profesion que semejantes cosas se hagan á su puerta; que de otra manera y por otro estilo, y con ménos escándalo, la podrá recibir de vuesas mercedes.» A lo cual respondió uno de los pretendientes: «Hacedme regalo y merced, señora, de decir á mi señora doña Esperanza de Torralba, Menéses y Pacheco que se asome á la ventana; que le quiero decir solas dos palabras, que son de su manifiesta utilidad.—¡Huy! dijo á esto la dueña; en eso está por cierto mi señora. Sepa, señor mio, que no es de las que piensa; porque es mi señora muy principal y muy discreta, y muy leida y escribida, y no hará lo que le piden, si la cubriesen de perlas.»

Estando en estas palabras con la dueña repulgada del *huy* y las *perlas*, asomó por la calle gran tropel de gente, y creyendo los de la música que era la justicia de la ciudad, se hicieron todos una rueda, y

y como llegase la justicia, empezaron á repicar los broqueles y crujir las mallas, á cuyo són no quiso la justicia danzar la danza de espadas de los hortelanos de la fiesta del Córpus de Sevilla, sino que pasó adelante, por no parecer á sus ministros, corchetes y porquerones aquella feria de ganancia. Quedaron ufanos los bravos, y quisieron proseguir su comenzada música; mas uno de los dueños de la máquina no quiso se prosiguiera, si la señora doña Esperanza no se asomase á la ventana, á la cual ni áun la dueña se asomó, por más que la volvieron á llamar; de lo que enfadados y corridos todos, quisieron apedrealle la casa y quebralle la celosía, y darle una matraca ó cantaleta: condicion propia de mozos en casos semejantes. Mas, aunque enojados, volvieron á hacer la refaccion de la música con algunos villancicos; volvió á sonar la gaita y el enfadoso y brutal són de los cencerros, con el cual ruido acabaron su serenata.

Casi al alba sería cuando el escuadron se deshizo, mas no el enojo que los manchegos tenian, viendo lo poco que habia aprovechado su música; con el cual se fueron á casa de cierto caballero amigo suyo, de los que llaman generosos en Salamanca, y se sientan en cabecera de banco; el cual era mozo, rico, gastador, músico, enamorado, y sobre todo,

recogieron en medio del escuadron el bagaje de los músicos; y como llegó la justicia, comenzaron á repicar los broqueles y á crujir las mallas, á cuyo són no quiso la justicia danzar la danza de espadas, sino pasarse de largo, por no parecelles aquella feria de ganancia alguna.

Quedaron ufanos los bravos, y quisieron proseguir su comenzada música; mas uno de los dos estudiantes, señores de la máquina, no quiso, si la señora no se asomaba á la ventana; pero aunque tornaron á llamar á la dueña, no fué posible que respondiese; de lo cual enfadados todos, quisieron apedrealle la casa y dalle de repente alguna matraca: condicion propia de mozos en casos semejantes. Enojados con todo esto, quisieron hacer la refaicion con otros villancicos; tornó á sonar la gaita, y acabaron con el enfadoso ruido de los cencerros.

Casi el alba sería cuando el escuadron se deshizo; mas no se deshizo el enojo que los manchegos tenian de ver lo poco que habia aprovechado su música, y con él se fueron á la casa de un principal caballero, estudiante, mozo, rico, enamorado, gastador y amigo de valientes; al cual los dos le contaron

amigo de valientes; al cual le contaron muy por extenso su suceso sobre la belleza, donaire, brío y gracia de la doncella, juntamente con la gravedad y fausto de la tia, y el poco ó ningun remedio que esperaban para gozarla; pues el de la música, que era el primero y el postrer servicio que ellos podian hacerla, no les habia aprovechado ni servido de más que indignarla, con el disfame de la vecindad. El caballero, pues, que era de los de campo traves, no tardó mucho en ofrecerles que él la conquistaria para ellos, costase lo que costase; y luego aquel mismo dia envió un recado, tan largo como comedido, á la señora doña Claudia, ofreciendo á su servicio la persona, la vida, la hacienda y su favor. Informóse del paje la astuta Claudia de la calidad y condiciones de su señor, de su renta, de su inclinacion y de sus entretenimientos y ejercicios, como si le hubiera de tomar por verdadero yerno; y el paje, diciendo la verdad, le retrató de suerte, que ella quedó medianamente satisfecha, y envió con él la dueña del *huy* con la respuesta, no ménos larga y comedida que habia sido la embajada.

Entró la dueña, recebióla el caballero cortesmente, sentóla junto á sí en una silla, y dióla un lenzuelo de encajes con que se quitase el sudor, porque venia algo fatigadilla

muy por extenso su intencion y suceso; dijéronle las partes de la dama, su brío, su gracia y apostura, con la gravedad de la tia, y el poco ó ningun remedio que tenian para gozar la doncella; pues el de la música, que era el primero y el postrero que ellos podian hacer, no les habia podido servir de más de indignarla. El caballero, que era de los del campo traves, no tardó mucho en ofrecerles que él la conquistaria para ellos, costase lo que costase; y aquel mesmo dia envió un largo y comedido recado á la señora doña Claudia, ofreciéndole á su servicio la persona, la hacienda y la vida. Informóse del paje la astuta Claudia de la calidad de su señor, su condicion, su renta, la edad, el ejercicio, como si le hubiera de tomar para verdadero yerno; el paje, diciéndole verdad, le respondió de manera, que ella quedó más que medianamente satisfecha, y envió con él la dueña del *huy* con la respuesta, no ménos luenga y comedida que habia sido la embajada.

Entró la dueña, recibióla el caballero cortesmente, asentóla junto á sí en una silla y quitóle el manto de encima de la cabeza, y dióle un pañizuelo con que se limpiase el sudor; que venia algo fatigadilla

del camino; y ántes que le dijese palabra del recado que traia, hizo que la sacasen una caja de mermelada, y él por su mano le cortó dos buenas postas della, haciéndola enjuagar los dientes con dos buenos pares de tragos de vino del santo, con lo cual quedó hecha una amapola y más contenta que si la hubiesen dado una canongía. Propuso luego su embajada, con sus torcidos, repulgados y acostumbrados vocablos, y concluyó con una muy forjada mentira, cual fué que su señora doña Esperanza de Torralva, Menéses y Pacheco estaba tan pulcela como su madre la parió; mas que, con todo eso, no habria para su merced puerta de su señora cerrada. Respondióla el caballero que todo cuanto le habia dicho del merecimiento, valor, hermosura, recogimiento y principalidad, por hablar á su modo, de su ama, lo creia; pero que aquello del pulcelaje se le hacia algo durillo; por lo cual le rogaba que en este punto le declarase la verdad de lo que sabia, y que la juraba, á fe de caballero, que si le desengañaba, le daria un manto de seda de los de cinco en pua.

No fué menester, con esta promesa, dar otra vuelta al cordel del ruego, ni atesarle los garrotes, para que la melindrosa dueña confesase la verdad, la cual era, por el paso en

del camino; y ántes que le dijese palabra del recado que traia, hizo que sacasen una caja de conserva, y él por su mano le dió á comer, haciéndole enjuagar los dientes con dos docenas de tragos de vino de lo del santo, con lo que quedó hecha una amapola y más contenta que si le hubieran dado una canongía. Propuso luego su embajada, con sus torcidos y acostumbrados vocablos, y concluyó con una muy formada mentira, diciendo que su señora doña Esperanza de Torralba, Menéses y Pacheco estaba tan pulcela como su madre la parió; pero, con todo eso, para su merced no habia de haber puerta de su señora cerrada. Respondióle el buen Galaor (que así era la condicion del señor caballero) que todo cuanto le habia dicho del conocimiento, valor y hermosura y principalidad (por hablar á su modo) de su ama, lo creia; pero aquello del pulcelazgo se le hacia algo durillo; y que así le rogaba que en este punto le declarase la verdad de lo que sabia, y que le juraba, á fe de caballero, que si le desengañaba, darle un manto de seda de los de cinco en pua. Luego no fué menester dar otra vuelta al cordel del ruego, ni atesarle los garrotes, para que la melindrosa dueña confesase, porque la tela del prometido manto, aun-

que estaba y por el de la hora de su postrimería, que su señora doña Esperanza de Torralva, Menéses y Pacheco estaba de tres mercados, ó por mejor decir, de tres ventas, añadiendo el cómo y en cuánto, el con quién y en dónde, con otras mil circunstancias; con que quedó don Félix, que así se llamaba el caballero, satisfecho de todo cuanto saber queria; y acabó con ella que aquella misma noche le encerrase en casa, donde queria hablar á solas con la Esperanza, sin que lo supiese la tia. Despidióla con buenas palabras y ofrecimientos que llevase á sus amas, y dióla en dinero cuanto pudiese costar el negro manto. Tomó la órden que tendria para entrar aquella noche en la casa, con lo cual la dueña se fué loca de contenta, y él quedó pensando en su idea y aguardando la noche, que le pareció tardaba mil años, segun deseaba verse con aquellas compuestas fantasmas.

Llegó el plazo, que ninguno hay que no llegue; y hecho un San Jorge, sin amigo ni criado, se fué don Félix donde halló que la dueña le esperaba, y abriendo la puerta, le entró en casa con mucho tino y silencio, y le puso en el aposento de su señora Esperanza, tras las cortinas de su cama,

que invisible, se le puso ante los ojos, y sin mirar lo que hacia, dijo que su señora estaba de tres mercados, ó por mejor decir, de tres ventas, añadiendo el cuánto, el con quién y adónde, con otros mil géneros de circunstancias; con que quedó don Félix (que éste era el nombre del caballero) satisfecho de todo aquello que saber queria; y acabó con ella que aquella misma noche le encerrase en casa, que queria hablar á solas con la Esperanza, sin que lo viese ó supiese la tia. Despidióla con ofrecimientos que llevó de su parte á sus amas, dándola asimesmo en dinero aquello que podia costar el negro manto. Tomó la órden que tendria para entrar aquella noche en su casa, y con esto ella fué loca de contento, y el quedó pensando en su ida y esperando la noche, que ya le parecia que tardaba mil años, segun deseaba verse con aquellas compuestas fantasmas. Corrió el tiempo, como suele, y pasáronse las olas volando, y entrándose el dia por las puertas del Poniente, asomó la noche por las del Oriente, sentada en su estrellado coro, mostrándose favorable y verdadera á todo malhechor y á todo enamorado pensamiento.

A la sombra de ella, hecho como dicen un San Jorge, sin querer dar parte á sus amigos ni criados, se fué don Félix á donde halló que la dueña le esperaba, y abriéndole la puerta con mucho tiento, le metió en casa, y con grandísimo silencio le puso en un aposento excusado, detras de unas cortinas de una

encargándole no hiciese ningun ruido, porque ya la señora doña Esperanza sabia que estaba allí, y que sin que su tia lo supiese, á persuasion suya, queria darle todo contento; y apretándole la mano, en señal de palabra de que así lo haria, se salió la dueña, y don Félix se quedó tras la cama de su Esperanza, esperando en qué habia de parar aquel embuste ó enredo.

Serian las nueve de la noche cuando entró á esconderse don Félix, y en una sala conjunta á este aposento estaba la tia, sentada en una silla baja, de espaldas, la sobrina en un estrado frontero, y en medio un gran brasero de lumbre, la casa puesta ya en silencio, el escudero acostado, la otra dueña retirada y dormida; sola la sabedora del negocio estaba en pié y solicitando que su señora la vieja se acostase, afirmando que las nueve que el reloj habia dado eran las diez, muy deseosa de que sus conciertos viniesen á efecto, segun su señora la moza y ella lo tenian ordenado; cuales eran : que sin que la Claudia lo supiese, todo aquello que don Félix diese fuese para ellas solas, sin que tuviese que ver ni haber en ello la vieja, la cual era tan mezquina y avara, y tan señora de lo que la sobrina ganaba y adquiria, que jamas le daba un solo real para comprar lo que extraor-

cama, diciéndole con voz baja que no hiciese algun ruido, que aquella era la cama de su señora Esperanza, la cual ya sabia que estaba allí, y que sin que su tia lo supiese, á persuasion suya, estaba de parecer de darle todo contento que desease; y apretándole la mano don Félix, en señal que así lo haria, se salió la dueña, y él se quedó solo detras de la cama, esperando en qué habia de parar aquel enredo.

Serian las nueve de la noche cuando entró á esconderse don Félix, y una sala más adelante estaba la tia, sentada en una silla baja, de espaldas, y la sobrina en un estrado frontero, y en medio un gran brasero de lumbre. La casa estaba toda en silencio, el escudero ya acostado, la una de las amas retirada; sólo la sabidora del negocio estaba en pié y andaba de una parte á otra, persuadiendo á su señora que se acostase, afirmando que las nueve que habian dado eran las diez, deseosa que sus conciertos viniesen á efecto, que eran que entre ella y su señora la moza habian ordenado que sin que la Claudia lo supiese, todo aquello con que don Félix cayese y pechase fuese para ellas solas, sin que la otra tuviese que ver en ello; la cual era tan mezquina y avara, y tan señora de lo que la sobrina adquiria, que jamas la daba

dinariamente hubiese menester; pensando sisalle este contribuyente, de los muchos que esperaban tener, andando el tiempo. Pero, aunque sabia la dicha Esperanza que don Félix estaba en casa, no sabia la parte secreta donde estaba escondido. Convidada, pues, del mucho silencio de la noche y de la comodidad del tiempo, dióle gana de hablar á Claudia; y así, en medio tono comenzó á decir á la sobrina en esta guisa:

«Muchas veces te he dicho, Esperanza mia, que no se te pasen de la memoria los consejos, documentos y advertencias que te he dado siempre, los cuales, si los guardas, como debes y me has prometido, te servirán de tanta utilidad y provecho, cuanto la mesma experiencia y tiempo, que es maestro de todas las cosas, te lo darán á entender. No pienses que estamos en Plasencia, de donde eres natural, ni en Zamora, donde comenzaste á saber qué cosa es mundo, ni ménos estamos en Toro, donde diste el tercer esquilmo de tu fertilidad; las cuales tierras son habitadas de gente buena y llana, sin malicia ni recelo, y no tan intricada ni versada en bellaquerías y diabluras como en la que hoy estamos. Advierte, hija mia, que estás en Salamanca, que es llamada en todo el mundo madre de las ciencias, y que de ordinario cursan en ella y habitan diez ó doce mil

un solo real para comprar lo que extraordinariamente hubiese menester, y pensaban sisalle este contribuyente, de los muchos que esperaba tener andando los dias. Pero, aunque sabia que don Félix estaba en casa, no sabia á la parte adonde estaba ascondido.

Convidada, pues, del mucho silencio y de la comodidad del tiempo, porque le dió gana de hablar á doña Claudia; y así, en media voz de esta manera comenzó á decir: «Muchas veces te he dicho, Esperanza mia, que no te pasen de la memoria los documentos y advertimientos que te he dado, los cuales, si los guardas como debes, te servirán de tanta utilidad y provecho, cuanto la mesma verdad y experiencia te lo dará á entender. No pienses que estamos aquí en Plasencia, de donde eres natural, ni en Zamora, donde comenzastes á saber qué cosa es mundo, ni ménos en Toro, donde distes el tercer esquilmo de tu fertilidad; que todas estas tierras son habitadas de gente buena y llana, no tan intricada y versada en malicias como es la en que ahora estamos. Adviértote, hija, que estás en Salamanca, que es llamada

estudiantes, gente moza, antojadiza, arrojada, libre, aficionada, gastadora, discreta, diabólica y de humor. Esto es en lo general; pero en lo particular, como todos por la mayor parte son forasteros y de diferentes partes y provincias, no todos tienen unas mesmas condiciones; porque los vizcaínos, aunque son pocos, es gente corta de razones, pero si se pican de una mujer, son largos de bolsa. Los manchegos son gente avalentonada, de los de «Cristo me lleve», y llevan ellos el amor á mogicones. Hay aquí tambien una masa de aragoneses, valencianos y catalanes: tenlos por gente pulida, olorosa, bien criada y mejor aderezada; mas no los pidas más, y si más quieres saber, sábete, hija, que no saben de burlas; porque son, cuando se enojan con una mujer, algo crueles y no de buenos hígados. A los castellanos nuevos tenlos por nobles de pensamientos, y que si tienen, dan, y por lo ménos, si no dan, no piden. Los extremeños tienen de todo, como boticarios, y son como la alquimia, que si llega á plata, lo es, y si á cobre, cobre se queda. Para los andaluces, hija, hay necesidad de tener quince sentidos, no que cinco; porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces y no nada miserables. Los gallegos no se colocan en predicamento, porque no son álguien. Los asturianos son buenos para el sábado, porque siempre traen á casa grosura y mugre. Pues ya los portugueses es cosa larga

madre de las ciencias, tesorera de las habilidades, y que en ella de ordinario están y habitan diez ó doce mil estudiantes, gente moza, antojadiza y arrojada, liberal y discreta.

»Esto es en lo general; pero en lo particular, como todos ó los más son forasteros y de diferentes provincias, no tienen todos unas mesmas condiciones. Los vizcaínos, aunque son pocos, es gente corta de razones, pero si se pican, son largos de bolsa. Los manchegos es gente avalentada y que llevan el amor á mogicones. Hay una masa de aragoneses, catalanes y valencianos: tenlos por gente pulida, olorosa y bien criada, y no les pidas más. Los castellanos nuevos tenlos por nobles de pensamientos, y que si tienen, dan, y si no dan, no piden. Los extremeños tienen de todo, y son como alquimia, que si llega á plata, lo es, y si al cobre, lo mesmo. Los andaluces son agudos, astutos y no nada miserables. Los por-

de pintarse sus condiciones y propiedades; porque, como son gente enjuta de cerebro, cada loco con su tema, mas la de casi todos es, que puedes hacer cuenta que el mismo amor vive en ellos envuelto en laceria. Mira, pues, Esperanza, con qué variedad de gentes has de tratar, y si será necesario, habiéndote de engolfar en un mar de tantos bajíos, que te señale yo y enseñe un norte por donde te guies y rijas, porque no dé al traves el navío de nuestra intencion y pretensa, y echemos al agua la mercadería de mi nave, que es tu gentil y gallardo cuerpo, tan dotado de gracia, donaire y garabato para cuantos dél toman envidia. Advierte, niña, que no hay maestro en toda esta universidad que sepa tan bien leer en su facultad, como yo sé y puedo enseñarte en esta arte mundanal que profesamos; pues así por los muchos años que he vivido en ella y por ella, como por las muchas experiencias que he hecho, puedo ser jubilada. Y aunque lo que ahora te quiero decir es parte del todo que otras muchas veces te he dicho, con todo eso, quiero que me estés atenta y me dés grato oido; porque no todas veces lleva el marino tendidas las velas de su navío, ni todas las lleva cogidas; pues segun el viento, tal es el tiento.»

Estaba á todo lo dicho, la dicha niña Esperanza, bajos los ojos y escarbando el brasero con un cuchillo, inclinada la

tugueses, si hay algunos, haz cuenta que el mismo amor vive en ellos envuelto con la laceria. Mira, pues, Esperanza, con qué variedad de gente has de tratar, y si será menester que habiéndote de engolfar en un mar de tantos inconvenientes, te señale un norte y estrella por donde te guies y rijas, porque no dé al traves el navío de nuestra intencion, y echemos al agua la mercadería de mi nave, que es la de tu gentil cuerpo y tu donaire y gentileza. Advierte, niña, que no hay maestro en toda esta universidad, por más afamado que sea, que sepa tan bien leer su facultad, como yo te podré enseñar en ésta del arte mundanal que profesamos, que por muchos años y por mucha experiencia puedo estar jubilada en ello. Y aunque lo que ahora te quiero decir es parte del todo de lo que otras muchas veces te he dicho, con todo eso, quiero que me estés atenta y me des grato oido; porque no todas veces lleva el marinero tendidas las velas de su navío, ni todas las veces las lleva cogidas; porque segun el viento, tal el tiento.»

Estaba á esto todo la niña Esperanza escarbando el brasero con un cuchillo, la cabeza baja, sin ha-

cabeza, y al parecer muy atenta y obediente á cuanto le iba diciendo; pero no contenta Claudia con esto, le dijo: «Alza, niña, la cabeza, y deja de escarbar el fuego; clava y fija en mí los ojos, no te duermas; que para lo que te quiero decir, otros cinco sentidos más de los que tienes, debieras tener para aprenderlo y percebirlo.» A lo cual replicó Esperanza: «Señora tia, no se canse ni me canse en alargar y proseguir su arenga; que ya me tiene quebrada la cabeza con las muchas veces que me ha predicado y advertido de lo que me conviene y tengo de hacer; no quiera ahora de nuevo volvérmela á quebrar. Mire ahora ¡qué más tienen los hombres de Salamanca que los de las otras tierras! ¿Todos no son de carne y hueso? ¿todos no tienen alma, con tres potencias y cinco sentidos? ¿Qué importa que tengan algunos más letras y estudios que los otros? Antes imagino yo que los tales se ciegan y caen más presto que los otros, porque tienen más entendimiento para conocer y estimar cuánto vale la hermosura. ¿Hay más que hacer, que incitar al tibio, provocar al casto, negarse al carnal, animar al cobarde, alentar al corto, refrenar al presumido, despertar al dormido, convidar al descuidado, escribir al ausente, alabar al necio, celebrar al discreto, acariciar al rico, desengañar

blar palabra, y al parecer muy atenta á todo lo que la tia la iba diciendo; pero no contenta Claudia con esto, la dijo: «Alza, niña, la cabeza; deja de escarbar el fuego; clava en mí los ojos, no te duermas; que para lo que te pienso decir, otros cinco sentidos más de los que tienes, quisiera que tuvieras para aprenderlo y apercebirlo.» A lo cual replicó Esperanza: «Señora tia, no se canse en añadir su arenga; que ya me tiene quebrada la cabeza con las muchas veces que me ha predicado y advertido de lo que me conviene y de lo que tengo de hacer; no quiera ahora de nuevo tornármela á quebrar. ¿Qué más tienen los hombres de Salamanca que los de las otras tierras? ¿Todos no son de carne y hueso? ¿todos no tienen alma y cinco sentidos? ¿Qué importa que tengan algunos más letras ó estudios que los otros hombres? Antes imagino yo que los tales son los que más presto se ciegan, porque tienen entendimiento para conocer y estimar lo que vale la hermosura. ¿Hay más que incitar al tibio, animar al cobarde, refrenar al presuntuoso, despertar al dormido, convidar al descuidado, acariciar al rico, desengañar al pobre, alabar al necio, solemnizar al discreto, ser ángel en la calle, santa en la iglesia, honesta

al pobre, ser ángel en la calle, santa en la iglesia, hermosa en la ventana, honesta en la casa y demonio en la cama? Todas estas cosas, señora tia, ya me las sé yo de coro; tráigame otras nuevas que avisarme y advertirme, y déjelas para otra coyuntura, porque le hago saber que toda me duermo, y no estoy para poderla escuchar. Mas una sola cosa le quiero decir y le aseguro, para que dello esté muy cierta y enterada, y es, que no me dejaré más martirizar de su mano, por toda la ganancia que se me pueda ofrecer. Tres flores he dado ya, y otras tantas las ha vuesa merced vendido, y tres veces he pasado insufrible martirio. ¿Soy yo por ventura de bronce? ¿No tienen sensibilidad mis carnes? ¿no hay más sino dar puntadas en ellas como ropa descosida? ¡Por el siglo de mi madre, que no conocí, que no lo tengo más de consentir! Deje, señora tia, ya rebuscar mi viña; que á veces es más sabroso el rebusco que el esquilmo principal; y si todavía está determinada que mi jardin se venda por entero y jamas tocado, busque otro modo más suave de cerradura para su postigo, porque el del sirgo y aguja no hay pensar que llegue más á mis carnes.

—¡Ay, boba, boba, replicó la vieja Claudia, y qué poco sabes destos achaques! No hay cosa que se iguale para este menester á la de la aguja y sirgo encarnado; que todo lo

en casa y demonio en la cama? Señora tia, ya todo esto yo me lo sé de coro; si hay otras cosas de nuevo que avisar y advertirme, déjelas para otra coyuntura, porque sepa que toda me duermo, y no estoy para poderla escuchar. Una cosa le aseguro, y quiero que esté de ella muy cierta: que no me dejaré más martirizar de su mano, por toda la ganancia que se me puede ofrecer. Tres flores he dado, y tantas ha vuesa merced vendido, y tres veces he pasado martirio insufrible. ¿So yo por ventura de bronce? ¿No tienen sentido mis carnes? ¿no hay sino dar puntadas en ella como ropa desgarrada? ¡Por el siglo de la madre que no conocí, que no lo tengo más de consentir! Deje, señora, rebuscar mi viña; que á veces es más sabroso el rebusco que el esquilmo principal; y si todavia está determinada que mi jardin se venda por entero y jamas tocado, busque otro modo de cerradura para su puerta, porque la del sirgo y aguja no hay pensar que más llegue á mí.—¡Ay, boba, boba, replicó la vieja, y qué poco sabes de estos achaques! No hay cosa que se le iguale para este menester como la del aguja y sirgo colorado; todo lo

demas es andar por las ramas. No vale nada el zumaque y vidrio molido; vale mucho ménos la sanguijuela; la mirra no es de algun provecho, ni la cebolla albarrana, ni el papo de palomino, ni otros impertinentes menjurjes que hay, que todo es aire; porque no hay rústico ya, que si tantico quiere estar en lo que hace, no caiga en la cuenta de la moneda falsa. Vívame mi dedal y mi aguja, y vívame juntamente tu paciencia y buen sufrimiento, y venga á embestirme todo el género humano, que ellos quedarán engañados, tú con honra y yo con hacienda y más ganancia que la ordinaria.

—Yo confieso ser así, señora, lo que dice, replicó Esperanza; pero, con todo, estoy resuelta en mi determinacion, aunque se menoscabe mi provecho. Cuanto y más que en la tardanza de la venta está el perder la ganancia que se puede adquirir abriendo tienda desde luego; que si, como dice, hemos de ir á Sevilla para la venida de la flota, no será razon que se nos pase el tiempo en flores, aguardando á vender la mia cuarta vez, que ya está negra, de puro marchita. Váyase á dormir, señora, por mi vida, y piense en esto; y mañana habrá de tomar la resolucion que mejor le pareciere, pues al cabo al cabo habré de seguir sus consejos, pues la tengo por madre y más que madre.»

demas es andar por las ramas. No vale nada el zumaque y vidrio; vale ménos la sanguijuela y la mirra; no es de provecho la cebolla albarrana y el papo del palomino, que todo es aire, y que no hay rústico alguno que si tantico quiere estar en ello, no caiga en la cuenta de la moneda falsa. Vívame mi dedal y aguja, y vívame juntamente tu paciencia y constancia, y venga á embestirte todo el género humano, que tú quedaras con honra y ellos engañados, y yo con más ganancia que la ordinaria.—Yo confieso que es así, señora, lo que dices, replicó Esperanza; pero, con todo eso, estoy resuelta en mi determinacion, aunque se menoscabe mi provecho. Cuanto y más que en la tardanza de la venta está el perder la ganancia que se puede adquirir abriendo tienda desde luego, y más, que no hemos de hacer aquí nuestro asiento y morada; que si, como dice, hemos de ir luego á Sevilla á la venida de la flota que se espera, no será razon que se nos pase el tiempo en flores, aguardando á vender la mia, que ya está marchita. Váyase á dormir, señora, y piense en esto; y mañana podrá tomar la resolucion que mejor le pareciere, que al cabo habré de seguir sus consejos, pues la tengo por madre y más que madre.»

Aquí llegaban en su plática la tia y la sobrina, la cual plática toda la habia oido don Félix, no poco admirado, cuando, sin ser poderoso para excusarlo, comenzó á estornudar con tanta fuerza y ruido, que se pudiera oir en la calle; al cual se levantó doña Claudia, toda alborotada y confusa, y tomando la vela, entró en el aposento donde estaba la cama de Esperanza, y como si se lo hubieran dicho, se fué derecha á la cama, y alzando las cortinas, halló al señor caballero, empuñada la espada, calado el sombrero, muy aferruzado el semblante y puesto á punto de guerra. Así como le vió la vieja, comenzó á santiguarse, diciendo: «¡Jesus, valme! ¿Qué gran desventura y desdicha es ésta? ¡Hombres en mi casa, y en tal lugar y á tales horas! ¡Desdichada de mí! ¡Desventurada fuí yo! ¿Qué dirá quien lo supiese?

—Sosiéguese vuesa merced, mi señora doña Claudia, dijo don Félix; que yo no he venido aquí por su deshonra y menoscabo, sino por su honor y provecho. Soy caballero, rico y callado, y sobre todo, enamorado de mi señora doña Esperanza; y para alcanzar lo que merecen mis deseos y aficion, he procurado, por cierta negociacion secreta que vuesa merced sabrá algun dia, ponerme en este lugar, no con otra intencion, sino de ver y gozar desde cerca de la que de léjos

Aunque aquí llegaban de su plática la tia y sobrina, la cual toda la habia oido sin perder palabra don Félix, y estaba admirado de entender semejantes embustes como encerraban aquellas dos mujeres, al parecer tan honestas y buenas, cuando, sin ser poderoso á otra cosa, comenzó á estornudar con tanta furia, que se pudiera oir en la calle el estruendo; al cual se levantó doña Claudia, toda alborotada y confusa, y tomando la vela en la mano, entró en el aposento donde estaba la cama de Esperanza, y como si se lo hubieran dicho y ella lo supiera, se fué derecha á ella, y alzando las cortinas, halló al señor caballero, empuñada su espada y puesto á punto de guerra. Así como le vió la vieja, comenzó á santiguarse, diciendo: «¡Jesus y valme! ¿qué desventura es ésta? ¡Hombres en esta casa, y en tal lugar y á tales horas! ¡Desdichada de mí y de mi honra! ¿Qué dirá quien lo supiere?—Sosiéguese vuesa merced, mi señora doña Claudia, dijo don Felix; que yo no he venido aquí por su deshonra y menoscabo, sino por su honor y provecho. Soy caballero y rico, y sobre todo, enamorado de mi señora doña Esperanza, y para alcanzar lo que merecen mis deseos, he procurado, por cierta negociacion que vuesa merced sabrá algun dia, de ponerme en este lugar, no con otra intencion, sino de ver de cerca quien desde léjos me ha hecho

me ha hecho quedar sin vida. Y si esta culpa merece alguna pena, en parte estoy y á tiempo somos donde y cuando se me pueda dar; pues ninguna me vendrá de sus manos, que yo no estime por muy crecida gloria, ni podrá ser más rigurosa para mí que la que padezco de mis deseos.

—¡Ay, sin ventura de mí! volvió á replicar Claudia, ¡y á cuántos peligros estamos expuestas las mujeres que vivimos sin maridos y sin hombres que nos defiendan y amparen! Ahora sí que te echo de ménos, malogrado de tí, don Juan de Bracamonte, mal desdichado consorte mio; que si tú fueras vivo, ni yo me viera en esta ciudad, ni en la confusion y afrenta en que me veo. Vuesa merced, señor mio, sea servido luego al punto de volverse por donde entró; y si algo quiere en esta casa, de mí ó de mi sobrina, desde afuera se podrá negociar con más despacio, con más honra y con más provecho y gusto.

—Para lo que yo quiero en la casa, replicó don Félix, lo mejor que ello tiene, señora mia, es estar dentro della; que la honra por mí no se perderá; la ganancia está en la mano, que es el provecho; y por lo que hace al gusto, sé decir que no puede faltar. Y para que no sea todo palabras, y que sean verdaderas estas mias, esta cadena de oro doy para fiador de ellas»; y quitándose una buena cadena de oro

quedar sin mí. Y si esta culpa merece alguna pena, en parte estoy donde se me puede dar; que ninguna me vendrá de su mano, que yo no estime y tenga por muy crecida gloria.—¡Ay, sin ventura! tornó á replicar Claudia, ¡y á qué de peligros están puestas las mujeres que viven sin maridos y sin hombres que las defiendan y amparen! Ahora sí que te echo ménos, malogrado de tí, don Juan de Bracamonte, mal desdichado consorte mio; que si tú fueras vivo, ni yo me viera en esta ciudad, ni en la confusion que me veo. Vuesa merced, señor mio, sea servido de volverse por donde entró; y si algo quiere de esta casa, de mí ó de mi sobrina, desde fuera se podrá negociar con más espacio, con más honra y con más provecho y gusto.—Para lo que yo quiero, señora mia, lo mejor es que esté dentro de casa; la honra por mí no se perderá; la ganancia está en la mano, y el gusto sé que no ha de faltar. Y para hacer verdaderas estas palabras, esta cadena de oro doy por fiador de ellas»; quitándose al punto una buena cadena del cuello, que podia valer cien ducados. Y así como la vió la dueña del concierto, ántes que su ama

del cuello, que pesaba cien ducados, se la ponia en el suyo.

A este punto, luego que vió tal oferta y tan cumplida parte de paga, la dueña del concierto, ántes que su ama respondiese ni la tomase, dijo: «¿Hay príncipe en la tierra como éste, ni papa, ni emperador, ni cajero de mercader, ni perulero, ni áun canónigo, que haga tal generosidad y largueza? Señora doña Claudia, por vida mia, que no se trate más deste negocio, sino que se le eche tierra, y haga luego todo cuanto este señor quisiere.

—¿Estás en tu seso, Grijalva, que así se llamaba la dueña; estás en tu seso, loca, desatinada? dijo doña Claudia; ¿y la limpieza de Esperanza, su flor cándida, su pureza, su doncellez no tocada? ¿Así la habia yo de aventurar y vender, sin más ni más, cebada de esa cadenilla? ¿Estoy yo tan sin juicio, que me tengo de encandilar de sus resplandores, ni atar con sus eslabones, ni prender con sus ligamentos? ¡Por el siglo del que pudre, que tal no será! Vuesa merced se vuelva á poner su cadena, señor caballero, y mírenos con mejores ojos, y entienda que, aunque mujeres solas, somos principales, y que esta niña está como su madre la parió, sin que haya persona alguna en el mundo que pueda decir otra cosa; y si contra esta verdad le hubiesen dicho alguna mentira, todo el mundo se engaña, y al tiempo y la experiencia doy por testigos.

respondiese, dijo: «¿Hay príncipe en la tierra como éste, ni papa, ni emperador, ni perulero, ni áun canónigo? Señora doña Claudia, por vida mia, que no se trate más de este negocio, sino que haga luego todo lo que este señor quisiere.—¿Estás en tu seso, Grijalba (que así se llamaba la dueña); estás en tu seso, di, loca desatinada? dijo doña Claudia; ¿y la limpieza de Esperanza, su doncellez no tocada, así se habia de aventurar, sin más ni más, cebada de esta cadenilla? ¿Estoy yo tan sin seso, que me tengo de dejar cegar de su resplandor ni atar de sus eslabones? ¡Por el siglo del que pudre, que tal no sea! Vuesa merced se vuelva á poner su cadena, y mírenos con mejores ojos, y entienda que, aunque solas, somos principales, y que esta niña está como su madre la parió, sin que haya persona en el mundo que pueda decir otra çosa; y si en contra de esta verdad hubieren dicho alguna mentira, todo el mundo se engaña, y al

—Calle, señora, dijo á esta sazon la Grijalva; que, ó yo sé poco, ó que me maten, si este señor no sabe toda la verdad del hecho de mi señora la moza.

—¿Qué ha de saber, desvergonzada, qué ha de saber? replicó Claudia. ¿No sabeis vos la limpieza de mi sobrina?

—Por cierto, bien limpia estoy, dijo entónces Esperanza, que estaba en medio del aposento, medio embobada y suspensa, viendo lo que pasaba sobre su cuerpo; y tan limpia, que no há una hora que, con todo este frio, me vestí una camisa limpia.

—Esté vuesa merced como estuviere, dijo don Félix; que sólo por la muestra del paño que he visto, no saldré de la tienda sin comprar toda la pieza; y porque no se me deje de vender por melindre ó ignorancia, sepa, señora Claudia, que he oido toda la plática ó sermon que acaba de hacer á la niña, y que quisiera yo ser el primero que esquilmara este majuelo ó vendimiara esta viña, aunque se añadieran á esta cadena unos zarcillos de oro y unas esposas de diamantes. Y pues estoy tan al cabo de esta verdad, y tengo tan buena prenda, ya que no se estima la que doy ni la que tiene mi persona, úsese de mejor término conmigo, que será justo, con protestacion y juramento que por mí nadie

tiempo y á la experiencia doy por testigos.—Calle, señora, dijo á esta sazon Grijalba; que yo sé poco, ó que me maten, si este señor no sabe la verdad de todo el hecho de mi señora la moza.—¿Qué ha de saber, desvergonzada, replicó la Claudia, qué ha de saber? ¿No sabeis vos que la limpieza de mi sobrina... —Por cierto, bien limpia soy, dijo entónces la Esperanza (que estaba en mitad de la sala, como embobada y suspensa, mirando lo que pasaba), y tan limpia, que no há una hora que, con todo este frio, me he vestido una camisa.—Esté vuesa merced como estuviere, dijo don Félix; que sólo por la muestra del paño que he visto, no saldré de la tienda sin comprar toda la pieza; y para que no me deje de vender por melindre ó ignorancia, sepa, señora Claudia, que he oido toda la plática ó sermon que ha hecho á la niña, y que no se ha dado puntada en la costura que no me haya llegado al alma, porque quisiera ser el primero que esquilmara este majuelo, aunque se añadiera á esta cadena unos grillos de oro y unas esposas de diamantes. Y pues estoy tan al cabo de esta verdad, úsese de mejor término conmigo, con protestacion que por mí nadie sabrá en el mundo el rompimiento de esta muralla, sino que yo mesmo seré el

sabrá en el mundo el rompimiento desta muralla, sino que yo seré el pregonero de su entereza y bondad.

—Ea, dijo entónces la Grijalva, buen pro, buen pro le haga; para en uno son, yo los junto y los bendigo»; y tomando de la mano á la niña, se la acomodaba á don Félix; de lo cual se encolerizó tanto la vieja, que quitándose un chapin, comenzó á dar á la Grijalva como en real de enemigos; la cual, viéndose maltratar, echó mano de las tocas de Claudia, y no la dejó pedazo en la cabeza, descubriendo la buena señora una calva más lucia que la de un fraile, y un pedazo de cabellera postiza que le colgaba por un lado, con que quedó la más fea y abominable catadura del mundo.

Viéndose maltratar así de su criada, comenzó á dar grandes alaridos y voces, apellidando á la justicia; y al primer grito, como si fuera cosa de encantamiento, entró por la sala el Corregidor de la ciudad, con más de veinte personas, entre acompañados y corchetes; el cual, habiendo tenido soplo de las personas que en aquella casa vivian, determinó visitallas aquella noche, y habiendo llamado á la puerta, no le oyeron, como estaban embebecidas en sus pláticas, y los corchetes con dos palancas, de que de noche andan carga-

pregonero de su entereza y bondad.—Ea, dijo Grijalba, buen provecho le haga : suya es la joya, á pesar de maliciosos; para en uno son, yo los junto y los bendigo»; y tomando de la mano á la niña, se la llevaba á don Félix; de lo que se encolerizó tanto la Claudia, que quitándose del pié un chapin, comenzó á dar á Grijalba como en real de enemigos; la cual, viéndose tratar de aquella suerte, echó mano de las tocas de Claudia, que no le dejó pedazo en la cabeza, y descubrió la buena señora una calva muy reluciente y un pedazo de cabellera postiza colgada de un lado, con que quedó con la más fea catadura del mundo. Y viéndose parar tan mal de su criada, comenzó á dar grandes voces, á llamar la justicia; y al primer grito que dió, como si fuera cosa de encantamiento, entró en la sala de improviso el Corregidor de la ciudad, con más de veinte personas, entre acompañados y corchetes; el cual, habiendo tenido noticia de las personas que en aquella casa vivian, determinó de visitallas aquella noche, y habiendo llamado á la puerta, no le oyeron, como estaban embebecidos en su plática, y los corchetes con dos palancas, de que de noche andan cargados para semejantes efetos, desquiciaron la puerta de la calle, y subieron al corredor tan

dos para semejantes efectos, desquiciaron la puerta, y subieron tan quedito, que no fueron sentidos; y desde el principio de los documentos de la tia hasta la pendencia de la Grijalva estuvo oyendo el Corregidor, sin perder un punto; y así, cuando entró dijo: «Descomedida andais con vuestra ama, señora criada.

—Y ¡cómo si anda descomedida esta bellaca, señor Corregidor, dijo Claudia, pues se ha atrevido á poner las manos do jamas han llegado otras algunas desde que Dios me arrojó á este mundo!

—Bien decis que os arrojó, dijo el Corregidor, porque vos no sois buena sino para arrojada. Cubrios, honrada, y cúbranse todas, y vénganse á la cárcel.

—¡A la cárcel, señor! ¿Por qué? dijo Claudia. ¿A las personas de mi calidad y estofa úsase en esta tierra tratallas desta manera?

—No deis más voces, señora; que habeis de venir sin duda, mal que os pese, y con vos esta señora colegial trilingüe en el desfrute de su heredad.

—Que me maten, dijo la Grijalva, si el señor Corregidor no lo ha oido todo; que aquello de las tres pringues, por lo de Esperanza lo ha dicho.» Llegóse en esto don Félix

paso, que no fueron sentidos; y desde el principio de los documentos que la tia daba á la sobrina hasta la pendencia de la Grijalba estuvo escuchando el Corregidor, sin perder punto; y así, cuando entró dijo: «Descomedida andais, para ser ama, con vuestra señora, señora criada.—Y ¡cómo si anda descomedida esta bellaca, señor Corregidor, dijo Claudia, pues se ha atrevido á poner las manos do jamas han llegado otras algunas desde que Dios me arrojó en este mundo.—Bien decis que os arrojó, dijo el Corregidor, porque vos no sois buena sino para arrojada. Cubrios y cúbranse todos, y vénganse á la cárcel.—¡A la cárcel, señor! ¿por qué? dijo Claudia. ¿A las personas de mi calidad y estofa se usa en esta tierra tratallas de esta manera?—No deis más voces, hermana; que habeis de venir sin duda, y con vos esta señora colegial trilingüe en el desfruto de su heredad.—Que me maten, si no lo ha oido todo el señor Corregidor, dijo Grijalba; que aquello de tres pringues, por lo de Esperanza lo ha dicho.»

Llegóse en esto don Félix y habló aparte al señor Corregidor, suplicándole que no las llevase, que él las tomaria en fiado; pero no pudieron aprovechar nada sus ruegos ni áun promesas.

y habló aparte al Corregidor, suplicándole no las llevase, que él las tomaba en fiado; mas no pudieron aprovechar con él los ruegos, ni ménos las promesas.

Empero quiso la suerte que entre la gente que acompañaba al Corregidor venian los dos estudiantes manchegos, y se hallaron presentes á toda esta historia; y viendo lo que pasaba, y que en todas maneras habian de ir á la cárcel Esperanza, Claudia y la Grijalva, en un instante se concertaron entre sí en lo que habian de hacer; y sin ser sentidos se salieron de la casa, y se pusieron en cierta calle tras canton, por donde habian de pasar las presas, con seis amigos de su traza y que luego les deparó su buena ventura, á quienes rogaron les ayudasen en un hecho de importancia contra la justicia del lugar, para cuyo efecto los hallaron más prontos y listos que si fuera para ir á algun solemne banquete. De allí á poco asomó la justicia con las prisioneras, y ántes que llegasen, pusieron mano los estudiantes con tal brío y denuedo, que á poco rato no les esperó porqueron en la calle, si bien no pudieron librar más que á la Esperanza; porque así como los corchetes vieron trabada la pelea, los que llevaban á Claudia y á la Grijalva se fueron con ellas por otra calle y las pusieron en la cárcel. El Corregi-

Quiso la suerte que entre la gente que acompañaba al Corregidor venian los dos estudiantes manchegos, y halláronse presentes á todas estas cosas; y viendo lo que pasaba, y que en todas maneras habian de ir á la cárcel Esperanza y Claudia y la Grijalba, en un instante se concertaron á lo que habian de hacer; y sin ser sentidos se salieron de casa, y se pusieron en una calle por donde el Corregidor habia de pasar; y habiendo hallado acaso otros seis estudiantes, les rogaron les ayudasen en un hecho de importancia contra la justicia del lugar, para cuyo efeto los hallaron más prontos y listos que si fuera para ir á algun solemne banquete.

De allí á poco asomó la justicia con los prisioneros, y ántes que llegasen, pusieron mano los estudiantes con tan buen brío, que á poca pieza no les esperó porqueron en la calle, puesto que no pudieron librar á más que la Esperanza; porque así como los corchetes vieron comenzar la pelea, los que llevaban á Claudia y á Grijalba se fueron con ellas por otra calle y las pusieron en la cárcel.

Corrido el Corregidor y afrentado, se fué á su casa, don Félix á la suya, y los estudiantes con la presa

dor, corrido y afrentado, se fué á su casa, don Félix á la suya, y los estudiantes á su posada. Y queriendo el que habia quitado á Esperanza á la justicia gozarla aquella noche, el otro no lo quiso consentir, ántes le amenazó de muerte si tal hiciese.

¡Oh milagros del amor! ¡Oh fuerzas poderosas del deseo! Digo esto porque, viendo el estudiante de la presa que el otro su compañero con tanto ahinco y véras le prohibia el gozalla, sin hacer otro discurso, y sin mirar cuál le estaba lo que queria hacer, dijo: «Ahora, pues, ya que vos no consentis que yo goce á la que tanto me ha costado, y no quereis que por amiga me entregue en ella, á lo ménos no me podreis negar que como á mujer legítima no me la habeis, ni podeis, ni debeis quitar»; y volviendo á la moza, á quien de la mano no habia dejado, le dijo: «Esta mano, que hasta aquí os he dado, señora de mi alma, como defensor vuestro, ahora, si vos quereis, os la doy como legítimo esposo y marido.» La Esperanza, que de más bajo partido fuera contenta, al punto que vió el que se la ofrecia, dijo que sí y que *resí*, no una, sino muchas veces, y abrazóle como á su señor y marido. El compañero, admirado de ver tan extraña resolucion, sin decirles nada, se quitó de delante

á la suya. Y queriendo el que la hubo quitado á la justicia gozarla aquella noche, el otro no lo quiso consentir, ántes le amenazó de muerte si tal hiciese. ¡Ah sucesos extraños que en el mundo suceden! ¡Oh cosas que es menester contarlas con recato para ser creidas! ¡Oh milagros de amor nunca vistos! ¡Oh fuerzas poderosas del deseo, á qué extraños casos nos precipitas! Dícese esto porque, viendo el estudiante de la presa que el otro compañero con tanto ahinco y tantas véras le prohibia el gozalla, sin hacer otro discurso alguno y sin mirar cuán mal le estaba lo que queria hacer, dijo: «Ahora, pues, ya que vos no consentis que goce lo que tanto me ha costado, y no quereis que por amiga yo me entregue en ella, á lo ménos no me podreis negar que como á mujer legítima no me la habeis, ni podeis, ni debeis quitar»; y volviéndose á la moza, á quien áun de la mano no habia dejado, la dijo: «Esta mano, que hasta aquí os he dado, señora de mi alma, como defensor vuestro, ahora, si vos quereis, os la doy como legítimo esposo y marido.» La Esperanza, que de más bajo partido fuera contenta, al punto que vió el que se le proponia, dijo que sí y que *resí*, no una, sino muchas veces, y abrazóle como á su señor y marido. El compañero, admirado de ver tan extraña resolucion, sin decilles nada, se les quitó de de-

y se fué á su aposento. El desposado, temeroso de que sus amigos y conocidos le estorbasen el fin de su deseo y le impidiesen el casamiento, que áun no estaba hecho con las debidas circunstancias, aquella misma noche se fué al meson donde posaba el arriero de su tierra. Quiso la buena suerte de Esperanza que el tal arriero se partia al otro dia por la mañana, con el cual se fueron; y segun se dijo, llegó á casa de su padre, donde le dió á entender que aquella señora que allí traia era hija de un caballero principal, y que la habia sacado de casa de su padre, dándole palabra de casamiento. Era el padre viejo, y creyó fácilmente cuanto le decia el hijo, y viendo la buena cara de la nuera, se tuvo por más que satisfecho, y alabó como mejor supo la buena determinacion de su hijo.

No le sucedió así á Claudia, porque se le averiguó por su misma confesion que la Esperanza no era su sobrina ni parienta, sino una niña á quien habia tomado de la puerta de una iglesia, y que á ella y á otras que en su poder habia tenido, las habia vendido por doncellas muchas veces á diferentes personas, y que desto se mantenia y esto tenia por oficio y ejercicio. Averiguósele tambien tener sus puntas de hechicera, por cuyos delitos el Corregidor la senten-

lante y se fué á su aposento. El otro, temeroso que sus conocidos no le estorbasen el fin de su deseo y le impidiesen el casamiento, porque áun no estaba hecho con las debidas circunstancias que la Iglesia manda, aquella mesma noche se fué al meson donde posaba el arriero de su tierra, y quiso su buena suerte de la Esperanza que otro dia por la mañana se partió, con el cual se fueron; y segun se dijo, llegó el estudiante á casa de su padre, donde le dió á entender que aquella que allí traia era hija de un caballero muy principal, y que él la habia sacado de en casa de su padre, dándole palabra de casamiento.

Era el padre viejo, y creyó fácilmente lo que le decia el hijo, y viendo la buena cara de la nuera, se tuvo por más que satisfecho, y alabó como mejor supo la buena determinacion del hijo.

No le sucedió así á Claudia, porque se le averiguó por su mesma confesion que la Esperanza no era su sobrina ni parienta, sino una niña que habia tomado de la puerta de la iglesia, y que á ella y á otras tres que en su poder habian crecido, las habia vendido muchas veces á diferentes personas por doncellas, y que de esto se mantenia y lo tenia por oficio y ejercicio, y que las otras dos mozas se le habian ido, enfadadas de su cobdicia y miseria. Averiguósele tener sus puntas y collares de hechicera, por cuyos

ció á cuatrocientos azotes y á estar en una escalera, con una jaula y coroza, en medio de la plaza; que fué el mejor dia que aquel año tuvieron los muchachos de Salamanca.

Súpose luego el casamiento del estudiante; y aunque algunos escribieron á su padre la verdad del caso y la calidad de la nuera, ella se habia dado con su astucia y discrecion tan buena maña en contentar y servir al viejo suegro, que aunque mayores males le dijeran della, no quisiera haber dejado de alcanzarla por hija: tal fuerza tienen la discrecion y la hermosura. Y tal fin y paradero tuvo la señora Claudia de Astudillo y Quiñones, y tal le tengan todas cuantas su vida y proceder tuvieren.

delitos el Corregidor la condenó á cuatrocientos azotes y á estar en una escalera, con una jaula y coroza, en mitad de la plaza; que fué un dia el mejor que en todo aquel año tuvieron los muchachos en Salamanca.

Súpose luego el casamiento del estudiante; y aunque algunos escribieron á su padre la verdad del caso y la bajeza de la nuera, ella se habia dado con su discrecion tan buena maña en contentar al viejo suegro, que aunque mayores males le dijeran de ella, no quisiera haber dejado de alcanzalla por hija: tal fuerza tiene la discrecion y hermosura.

Este fin tuvo la señora doña Claudia de Astudillo y Quiñones, y le tendrán peor todas aquellas (que hay muchas) que su vivir hicieren; y no habrá otra Esperanza en la vida, que de tan mala como ella la vivia, salga al descanso y buen paradero que ella tuvo; porque las más de su trato pueblan las camas de los hospitales, y mueren en ellos miserables y desventuradas.

FIN DE LA TIA FINGIDA Y DE LAS NOVELAS EJEMPLARES.

VIAJE DEL PARNASO.

A DON RODRIGO DE TAPIA,

Caballero del hábito de Santiago, hijo del señor don Pedro de Tapia, oidor del Consejo real y consultor del santo oficio de la Inquisicion suprema.

Dirijo á vuesa merced este *Viaje* que hice *al Parnaso*, que no desdice á su edad florida ni á sus loables y estudiosos ejercicios. Si vuesa merced le hace el acogimiento que yo espero de su condicion ilustre, él quedará famoso en el mundo, y mis deseos premiados. Nuestro Señor, etc.

Miguel de Cervántes Saavedra.

PROLOGO.

Si por ventura, lector curioso, eres poeta, y llegáre á tus manos (aunque pecadoras) este *Viaje;* si te hallares en él escrito, y notado entre los buenos poetas, da gracias á Apolo por la merced que te hizo; y si no te hallares, tambien se las puedes dar. Y Dios te guarde.

D. AUGUSTINI DE CASANATE ROJAS.

EPIGRAMMA.

Excute cæruleum, proles Saturnia, tergum,
  Verbera quadrigæ sentiat alma Tethys.
Agmen Apollineum, nova sacri injuria ponti,
  Carmineis ratibus per freta tendit iter.
Proteus æquoreas pecudes, modulamina Triton,
  Monstra cavos latices obstupefacta sinunt.
At caveas tantæ torquent quæ mollis habenas,
  Carmina si excipias nulla tridentis opes.
Hesperiis Michaël claros conduxit ab oris
  In pelagus vates. Delphica castra petit.
Imò age, pone metus, mediis subsiste carinis,
  Parnassi in littus vela secunda gere.

EL AUTOR Á SU PLUMA.

SONETO.

  Pues veis que no me han dado algun soneto
Que ilustre deste libro la portada,
Venid vos, pluma mia mal cortada,
Y hacedle, aunque carezca de discreto.
  Haréis que excuse el temerario aprieto
De andar de una en otra encrucijada,
Mendigando alabanzas, excusada
Fatiga é impertinente, yo os prometo.
  Todo soneto y rima allá se avenga,
Y adonde los umbrales de los buenos,
Aunque la adulacion es de ruin casta;
  Y dadme vos que este *Viaje* tenga
De sal un panecillo por lo ménos;
Que yo os le marco por vendible, y basta.

VIAJE DEL PARNASO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Un quídam caporal italïano,
De patria perusino, á lo que entiendo,
De ingenio griego, y de valor romano,
Llevado de un capricho reverendo,
Le vino en voluntad de ir á Parnaso,
Por huir de la córte el vário estruendo.
Solo y á pié partióse, y paso á paso
Llegó donde compró una mula antigua,
De color parda y tartamudo paso.
Nunca á medroso pareció estantigua
Mayor, ni ménos buena para carga,
Grande en los huesos, y en la fuerza exigua,
Corta de vista, aunque de cola larga,
Estrecha en los ijares, y en el cuero
Más dura que lo son los de una adarga.
Era de ingenio cabalmente entero,
Caia en cualquier cosa fácilmente,
Así en Abril, como en el mes de Enero.
En fin, sobre ella el poeton valiente
Llegó al Parnaso, y fué del rubio Apolo
Agasajado con serena frente.

Contó, cuando volvió el poeta solo
Y sin blanca á su patria, lo que en vuelo
Llevó la fama deste al otro polo.
Yo, que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia, que no quiso darme el cielo,
Quisiera despachar á la estafeta
Mi alma, ó por los aires, y ponella
Sobre las cumbres del nombrado Oeta;
Pues descubriendo desde allí la bella
Corriente de Aganipe, en un saltico
Pudiera el labio remojar en ella,
Y quedar del licor süave y rico
El pancho lleno, y ser de allí adelante
Poeta ilustre, ó al ménos magnifíco.
Mas mil inconvenientes al instante
Se me ofrecieron, y quedó el deseo
En cierne, desvalido é ignorante;
Porque en la piedra que en mis hombros veo,
Que la fortuna me cargó pesada,
Mis mal logradas esperanzas leo.
Las muchas leguas de la gran jornada
Se me representaron, que pudieran
Torcer la voluntad aficionada,
Si en aquel mesmo instante no acudieran
Los humos de la fama á socorrerme,
Y corto y fácil el camino hicieran.
Dije entre mí: «Si yo viniese á verme
En la difícil cumbre deste monte,
Y una guirnalda de laurel ponerme;
»No envidiaria el bien decir de Aponte,
Ni del muerto Galarza la agudeza,
En manos blando, en lengua Radamonte.»

Mas como de un error otro se empieza,
Creyendo á mi deseo, dí al camino
Los piés, porque dí al viento la cabeza.
En fin, sobre las ancas del destino,
Llevando á la eleccion puesta en la silla,
Hacer el gran vïaje determino.
Si esta cabalgadura maravilla,
Sepa el que no lo sabe, que se usa
Por todo el mundo, no solo en Castilla.
Ninguno tiene, ó puede dar, excusa
De no oprimir desta gran bestia el lomo,
Ni mortal caminante lo rehusa.
Suele tal vez ser tan ligera como
Va por el aire el águila ó saeta,
Y tal vez anda con los piés de plomo.
Pero para la carga de un poeta,
Siempre ligera, cualquièr bestia puede
Llevarla, pues carece de maleta;
Que es caso ya infalible que aunque herede
Riquezas un poeta, en poder suyo
No aumentarlas, perderlas le sucede.
Desta verdad ser la ocasion arguyo,
Que tú ¡oh gran padre Apolo! les infundes
En sus intentos el intento tuyo.
Y como no le mezclas ni confundes
En cosas de *agibílibus* rateras,
Ni en el mar de ganancia vil le hundes;
Ellos, ó traten burlas, ó sean véras,
Sin aspirar á la ganancia en cosa,
Sobre el convexo van de las esferas,
Pintando en la palestra rigurosa
Las acciones de Marte, ó entre flores
Las de Vénus, más blanda y amorosa.

Llorando guerras ó cantando amores,
La vida como en sueño se les pasa,
O como suele el tiempo á jugadores.
Son hechos los poetas de una masa
Dulce, süave, correosa y tierna,
Y amiga del hogar de ajena casa.
El poeta más cuerdo se gobierna
Por su antojo baldío y regalado,
De trazas lleno, y de ignorancia eterna.
Absorto en sus quimeras, y admirado
De sus mismas acciones, no procura
Llegar á rico como á honroso estado.
Vayan, pues, los leyentes con letura,
Cual dice el vulgo mal limado y bronco,
Que yo soy un poeta desta hechura:
Cisne en las canas, y en la voz un ronco
Y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
Desbastar de mi ingenio el duro tronco;
Y que en la cumbre de la vária rueda
Jamas me pude ver sólo un momento,
Pues cuando subir quiero, se está queda.
Pero por ver si un alto pensamiento
Se puede prometer feliz suceso,
Seguí el vïaje á paso tardo y lento.
Un candëal con ocho mis de queso
Fué en mis alforjas mi repostería,
Util al que camina, y leve peso.
«Adios, dije á la humilde choza mia,
Adios, Madrid, adios tu Prado, y fuentes
Que manan néctar, llueven ambrosía.
»Adios, conversaciones suficientes
A entretener un pecho cuidadoso,
Y á dos mil desvalidos pretendientes.

»Adios, sitio agradable y mentiroso,
Do fueron dos gigantes abrasados
Con el rayo de Júpiter fogoso.
»Adios, teatros públicos, honrados
Por la ignorancia, que ensalzada veo
En cien mil disparates recitados.
»Adios, de San Felipe el gran paseo,
Donde si baja ó sube el turco galgo,
Como en gaceta de Venecia, leo.
»Adios, hambre sotil de algun hidalgo;
Que por no verme ante tus puertas muerto,
Hoy de mi patria y de mí mismo salgo.»
Con esto, poco á poco llegué al puerto
A quien los de Cartago dieron nombre,
Cerrado á todos vientos y encubierto;
A cuyo claro y singular renombre
Se postran cuantos puertos el mar baña,
Descubre el sol, y ha navegado el hombre.
Arrojóse mi vista á la campaña
Rasa del mar, que trujo á mi memoria
Del heroico don Juan la heroica hazaña.
Donde, con alta de soldados gloria,
Y con propio valor y airado pecho,
Tuve, aunque humilde, parte en la vitoria.
Allí con rabia y con mortal despecho
El otomano orgullo vió su brío
Hollado y reducido á pobre estrecho.
Lleno, pues, de esperanzas, y vacío
De temor, busqué luego una fragata
Que efetüase el alto intento mio.
Cuando por la, aunque azul, líquida plata,
Vi venir un bajel á vela y remo,
Que tomar tierra en el gran puerto trata.

Del más gallardo y más vistoso extremo
De cuantos las espaldas de Neptuno
Oprimieron jamas, ni más supremo,
Cual éste, nunca vió bajel alguno
El mar, ni pudo verse en el armada
Que destruyó la vengativa Juno.
No fué del vellocino á la jornada
Argos tan bien compuesta y tan pomposa,
Ni de tantas riquezas adornada.
Cuando entraba en el puerto, la hermosa
Aurora por las puertas del Oriente
Salia en trenza blanda y amorosa.
Oyóse un estampido de repente,
Haciendo salva la rëal galera,
Que despertó y alborotó la gente.
El són de los clarines la ribera
Llenaba de dulcísima armonía,
Y el de la chusma alegre y placentera.
Entrábanse las horas por el dia,
A cuya luz con distincion más clara
Se vió del gran bajel la bizarría.
Áncoras echa, y en el puerto pára,
Y arroja un ancho esquife al mar tranquilo,
Con música, con grita y algazara.
Usan los marineros de su estilo;
Cubren la popa con tapetes tales,
Que es oro y sirgo de su trama el hilo.
Tocan de la ribera los umbrales;
Sale del rico esquife un caballero
En hombros de otros cuatro principales;
En cuyo traje y ademan severo
Vi de Mercurio al vivo la figura,
De los fingidos dioses mensajero.

En el gallardo talle y compostura,
En los alados piés, y el caduceo,
Símbolo de prudencia y de cordura,
Digo que al mismo paraninfo veo,
Que trujo mentirosas embajadas
A la tierra del alto coliseo.
Vile, y apénas puso las aladas
Plantas en las arenas, venturosas
Por verse de divinos piés tocadas,
Cuando yo, revolviendo cien mil cosas
En la imaginacion, llegué á postrarme
Ante las plantas por adorno hermosas.
Mandóme el dios parlero luego alzarme,
Y con medidos versos y sonantes,
Desta manera comenzó á hablarme:
«¡Oh Adan de los poetas! ¡oh Cervántes!
¿Qué alforjas y qué traje es éste, amigo,
Que así muestra discursos ignorantes?»
Yo, respondiendo á su demanda, digo:
«Señor, voy al Parnaso, y como pobre,
Con este aliño mi jornada sigo.»
Y él á mí dijo: «¡Oh sobre humano y sobre
Espíritu Cilenio levantado!
Toda abundancia y todo honor te sóbre;
»Que, en fin, has respondido á ser soldado
Antiguo y valeroso, cual lo muestra
La mano de que estás estropeado.
»Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra;
»Y sé que aquel instinto sobrehumano
Que de raro inventor tu pecho encierra,
No te le ha dado el padre Apolo en vano.

»Tus obras los rincones de la tierra,
Llevándolas en grupa Rocinante,
Descubren, y á la envidia mueven guerra.
»Pasa, raro inventor, pasa adelante
Con tu sotil disinio, y presta ayuda
A Apolo; que la tuya es importante;
»Antes que el escuadron vulgar acuda
De más de veinte mil sietemesinos
Poetas, que de serlo están en duda.
»Llenas van ya las sendas y caminos
Desta canalla inútil contra el monte,
Que áun de estar á su sombra no son dinos.
»Armate de tus versos luego, y ponte
A punto de seguir este vïaje
Conmigo, y á la gran obra disponte.
»Conmigo segurísimo pasaje
Tendrás, sin que te empaches, ni procures
Lo que suelen llamar matalotaje.
»Y porque esta verdad que digo, apures,
Entra conmigo en mi galera, y mira
Cosas con que te asombres y asegures.»
Yo, aunque pensé que todo era mentira,
Entré con él en la galera hermosa,
Y vi lo que pensar en ello admira.
De la quilla á la gavia, ¡oh extraña cosa!
Toda de versos era fabricada,
Sin que se entremetiese alguna prosa.
Las ballesteras eran de ensalada
De glosas, todas hechas á la boda
De la que se llamó Malmaridada.
Era la chusma de romances toda,
Gente atrevida, empero necesaria,
Pues á todas acciones se acomoda.

La popa de materia extraordinaria,
Bastarda, y de legítimos sonetos,
De labor peregrina en todo, y vária.
Eran dos valentísimos tercetos
Los espaldares de la izquierda y diestra,
Para dar boga larga muy perfetos.
Hecha ser la crujía se me muestra
De una luenga y tristísima elegía,
Que no en cantar, sino en llorar es diestra.
Por ésta entiendo yo que se diria
Lo que suele decirse á un desdichado,
Cuando lo pasa mal : «Pasó crujía.»
El árbol hasta el cielo levantado
De una dura cancion prolija estaba,
De canto de seis dedos embreado.
Él, y la entena que por él cruzaba,
De duros estrambotes, la madera
De que eran hechos claro se mostraba.
La racamenta, que es siempre parlera,
Toda la componian redondillas,
Con que ella se mostraba más ligera.
Las jarcias parecian seguidillas,
De disparates mil y más compuestas,
Que suelen en el alma hacer cosquillas.
Las rumbadas, fortísimas y honestas
Estancias, eran tablas poderosas,
Que llevan un poema y otro á cuestas.
Era cosa de ver las bulliciosas
Banderillas que al aire tremolaban,
De várias rimas algo licenciosas.
Los grumetes, que aquí y allí cruzaban,
De encadenados versos parecian,
Puesto que como libres trabajaban.

Todas las obras muertas componian
O versos sueltos, ó sextinas graves,
Que la galera más gallarda hacian.
En fin, con modos blandos y süaves,
Viendo Mercurio que yo visto habia
El bajel, que es razon, lector, que alabes,
Junto á mí se sentó, y su voz envia
A mis oidos en razones claras
Y llenas de suavísima armonía,
Diciendo: «Entre las cosas que son raras
Y nuevas en el mundo y peregrinas,
Verás, si en ello adviertes y reparas,
»Que es una este bajel de las más dinas
De admiracion, que llegue á ser espanto
A naciones remotas y vecinas.
»No le formaron máquinas de encanto,
Sino el ingenio del divino Apolo,
Que puede, quiere, y llega y sube á tanto.
»Formóle ¡oh nuevo caso! para sólo
Que yo llevase en él cuantos poetas
Hay desde el claro Tajo hasta Pactolo.
»De Malta el gran maestre, á quien secretas
Espías dan aviso que en Oriente
Se aperciben las bárbaras saetas,
»Teme, y envia á convocar la gente
Que sella con la blanca cruz el pecho,
Porque en su fuerza su valor se aumente;
»A cuya imitacion Apolo ha hecho
Que los famosos vates al Parnaso
Acudan, que está puesto en duro estrecho.
»Yo, condolido del doliente caso,
En el ligero casco, ya instruido
De lo que he de hacer, aguijo el paso.

»De Italia las riberas he barrido;
He visto las de Francia, y no tocado,
Por venir sólo á España dirigido.
»Aquí con dulce y con felice agrado
Hará fin mi camino, á lo que creo,
Y seré fácilmente despachado.
»Tú, aunque en tus canas tu pereza veo,
Serás el paraninfo de mi asunto
Y el solicitador de mi deseo.
»Parte, y no te detengas solo un punto,
Y á los que en esta lista van escritos,
Dirás de Apolo cuanto aquí yo apunto.»
Sacó un papel, y en él casi infinitos
Nombres vi de poetas, en que habia
Yangüeses, vizcaínos y coritos.
Allí famosos vi de Andalucía,
Y entre los castellanos, vi unos hombres
En quien vive de asiento la poesía.
Dijo Mercurio: «Quiero que me nombres
Desta turba gentil, pues tú lo sabes,
La alteza de su ingenio, con los nombres.»
Yo respondí: «De los que son más graves
Diré lo que supiere, por moverte
A que ante Apolo su valor alabes.»
Él escuchó. Yo dije desta suerte.

CAPÍTULO II.

Colgado estaba de mi antigua boca
El dios hablante, pero entónces mudo;
Que al que escucha, el guardar silencio toca:

Cuando dí de improviso un estornudo,
Y haciendo cruces por el mal agüero,
Del gran Mercurio al mandamiento acudo.
Miré la lista, y vi que era el primero
El licenciado Juan de Ochoa, amigo
Por poeta, y cristiano verdadero.
«Deste varon, en su alabanza digo
Que puede acelerar y dar la muerte,
Con su claro discurso, al enemigo,
»Y que si no se aparta y se divierte
Su ingenio en la gramática española,
Será de Apolo sin igual la suerte;
»Pues de su poësía, al mundo sola,
Puede esperar poner el pié en la cumbre
De la inconstante rueda ó vária bola.
»Este, que de los cómicos es lumbre,
Que el licenciado Poyo es su apellido,
No hay nube que á su sol claro deslumbre.
»Pero, como está siempre entretenido
En trazas, en quimeras é invenciones,
No ha de acudir á este marcial rüido.
»Este que en lista por tercero pones,
Que Hipólito se llama de Vergara,
Si llevarle al Parnaso te dispones,
»Haz cuenta que en él llevas una jara,
Una saëta, un arcabuz, un rayo,
Que contra la ignorancia se dispara.
»Este que tiene, como mes de Mayo,
Florido ingenio, y que comienza ahora
A hacer de sus comedias nuevo ensayo,
»Godinez es; y estotro que enamora
Las almas con sus versos regalados,
Cuando de amor ternezas canta ó llora,

»Es uno que valdrá por mil soldados
Cuando á la extraña y nunca vista empresa
Fueren los escogidos y llamados:
»Digo que es don Francisco, el que profesa
Las armas y las letras con tal nombre,
Que por su igual Apolo le confiesa;
»Es de Calatayud su sobrenombre.
Con esto queda dicho todo cuanto
Puedo decir, con que á la invidia asombre.
»Este que sigue es un poeta santo,
Digo famoso: Miguel Cid se llama,
Que al coro de las Musas pone espanto.
»Estotro que sus versos encarama
Sobre los mismos hombros de Calisto,
Tan celebrado siempre de la fama,
»Es aquel agradable, aquel bienquisto,
Aquel agudo, aquel sonoro y grave
Sobre cuantos poetas Febo ha visto;
»Aquel que tiene de escribir la llave
Con gracia y agudeza en tanto extremo,
Que su igual en el orbe no se sabe:
»Es don Lüis de Góngora, á quien temo
Agraviar en mis cortas alabanzas,
Aunque las suba al grado más supremo.
»¡Oh tú, divino espíritu, que alcanzas
Ya el premio merecido á tus deseos
Y á tus bien colocadas esperanzas!
»Ya en nuevos y justísimos empleos,
Divino Herrera, tu caudal se aplica,
Aspirando del cielo á los trofeos;
»Ya de tu hermosa *Luz*, tan clara y rica,
El bello resplandor miras seguro
En la que el alma tuya beatifica;

»Y arrimada tu hiedra al fuerte muro
De la inmortalidad, no estimas cuanto
Mora en las sombras deste mundo escuro.
»Y tú, DON JUAN DE JÁUREGUI, que á tanto
El sabio curso de tu pluma aspira,
Que sobre las esferas le levanto;
»Aunque Lucano por tu voz respira,
Déjale un rato, y con piadosos ojos
A la necesidad de Apolo mira:
»Que te están esperando mil despojos
De otros mil atrevidos, que procuran
Fértiles campos ser, siendo rastrojos.
»Y tú, por quien las musas aseguran
Su partido, DON FÉLIX ARIAS, siente
Que por su gentileza te conjuran
»Y ruegan que defiendas desta gente
Non sancta su hermosura, y de Aganipe
Y de Hipocrene la inmortal corriente.
»¿Consentirás tú, á dicha, participe
Del licor süavísimo un poeta
Que al hacer de sus versos sude y hipe?
»No lo consentirás, pues tu discreta
Vena, abundante y rica, no permite
Cosa que sombra tenga de imperfeta.
»Señor, éste que aquí viene se quite,
Dije á Mercurio; que es un chacho necio,
Que juega, y es de sátiras su envite.
»Este sí que podrás tener en precio,
Que es ALONSO DE SALAS BARBADILLO,
A quien me inclino y sin medida aprecio.
»Este que viene aquí, si he de decillo,
No hay para qué le embarques, y así puedes
Borrarle.» Dijo el dios: «Gusto de oillo.

»—Es un cierto rapaz, que á Ganimédes
Quiere imitar, vistiéndose á lo godo,
Y así, aconsejo que sin él te quedes.
»No lo harás con éste dese modo,
Que es el gran Luis Cabrera, que pequeño
Todo lo alcanza, pues lo sabe todo:
»Es de la historia conocido dueño,
Y en discursos discretos tan discreto,
Que á Tácito verás, si te le enseño.
»Este que viene es un galan, sujeto
De la vária fortuna á los vaivenes,
Y del mudable tiempo al duro aprieto;
»Un tiempo rico de caducos bienes,
Y ahora de los firmes é inmudables
Más rico, á tu mandar firme le tienes.
»Pueden los altos riscos siempre estables
Ser tocados del mar, mas no movidos
De sus ondas en cursos varïables.
»Ni ménos á la tierra trae rendidos
Los altos cedros Bóreas, cuando airado
Quiere humillar los más fortalecidos.
»Y éste, que vivo ejemplo nos ha dado
Desta verdad con tal filosofía,
Don Lorenzo Ramirez es de Prado.
»Deste que se le sigue aquí, diria
Que es don Antonio de Monroy, que veo
En él lo que es ingenio y cortesía.
»Satisfaccion al más alto deseo
Puede dar de valor heroico y ciencia,
Pues mil descubro en él, y otras mil creo.
»Este es un caballero de presencia
Agradable, y que tiene de Torcato
El alma, sin alguna diferencia:

»De don Antonio de Paredes trato,
A quien dieron las Musas, sus amigas,
En tierna edad anciano ingenio y trato.
»Este que por llevarle te fatigas,
Es don Antonio de Mendoza, y veo
Cuánto, en llevarle, al sacro Apolo obligas.
»Este que de las Musas es recreo,
La gracia, y el donaire, y la cordura,
Que de la discrecion lleva el trofeo,
»Es Pedro de Morales, propria hechura
Del gusto cortesano, y es asilo
Adonde se repara mi ventura.
»Este, aunque tiene parte de Zoílo,
Es el grande Espinel, que en la guitarra
Tiene la prima, y en el raro estilo.
»Este que tanto allí tira la barra,
Que las cumbres se deja atras de Pindo,
Que jura, que vocea y que desgarra,
»Tiene más de poeta que de lindo,
Y es Jusepe de Vargas, cuyo astuto
Ingenio y rara condicion deslindo.
»Este á quien pueden dar justo tributo
La gala y el ingenio, que más pueda
Ofrecer á las musas flor y fruto,
»Es el famoso Andres de Balmaseda,
De cuyo grave y dulce entendimiento
El magno Apolo satisfecho queda.
»Este es Enciso, gloria y ornamento
Del Tajo, y claro honor de Manzanares,
Que con tal hijo aumenta su contento.
»Este que es escogido entre millares,
De Guevara Luis Velez es el bravo,
Que se puede llamar quitapesares.

»Es poeta gigante, en quien alabo
El verso numeroso, el peregrino
Ingenio, si un Gnaton pinta, ó un Davo.
»Este es don Juan de España, que es más dino
De alabanzas divinas que de humanas,
Pues en todos sus versos es divino.
»Este, por quien de Lugo están ufanas
Las musas, es Silveira, aquel famoso,
Que por llevarle con razon te afanas.
»Este que se le sigue es el curioso
Gran don Pedro de Herrera, conocido
Por de ingenio elevado en punto honroso.
»Este que de la cárcel del olvido
Sacó otra vez á Proserpina hermosa,
Con que á España y al Dauro ha enriquecido,
»Veráste en la contienda rigurosa
Que se teme y se espera en nuestros dias,
Culpa de nuestra edad, poco dichosa,
»Mostrar de su valor las lozanías;
Pero ¿qué mucho, si es aqueste el doto
Y grave don Francisco de Farías?
»Este de quien yo fuí siempre devoto,
Oráculo y Apolo de Granada,
Y áun deste clima nuestro y del remoto,
»Pedro Rodriguez es. Este es Tejada,
De altitonantes versos y sonoros,
Con majestad en todo levantada.
»Este, que brota versos por los poros,
Y halla patria y amigos donde quiera,
Y tiene en los ajenos sus tesoros,
»Es Medinilla, el que la vez primera
Cantó el romance de la tumba escura,
Entre cipreses puestos en hilera.

»Este que en verdes años se apresura
Y corre al sacro lauro, es don Fernando
Bermudez, donde vive la cordura;
»Este es aquel poeta memorando,
Que mostró de su ingenio la agudeza
En las selvas de Erífile cantando.
»Este que la coluna nueva empieza,
Con estos dos que con su sér convienen,
Nombrarlos, áun lo tengo por bajeza.
»Miguel Cejudo y Miguel Sanchez vienen
Juntos aquí, ¡oh par sin par! En éstos
Las sacras Musas fuerte amparo tienen,
»Que en los piés de sus versos bien compuestos,
Llenos de erudicion rara y dotrina,
Al ir al grave caso serán prestos.
»Este gran caballero, que se inclina
A la leccion de los poetas buenos,
Y al sacro monte con su luz camina,
»Don Francisco de Silva es por lo ménos:
¿Qué será por lo más? ¡Oh edad madura
En verdes años, de cordura llenos!
»Don Gabriel Gomez viene aquí; segura
Tiene con él Apolo la vitoria
De la canalla siempre necia y dura.
»Para honor de su ingenio, para gloria
De su florida edad, para que admire
Siempre de siglo en siglo su memoria,
»En este gran sugeto se retire
Y abrevie la esperanza deste hecho,
Y Febo al gran Valdés atento mire.
»Verá en él un gallardo y sabio pecho,
Un ingenio sutil y levantado,
Con que le deje en todo satisfecho.

»Figueroa es estotro, el doctorado,
Que cantó de Amarili la constancia
En dulce prosa y verso regalado.
»Cuatro vienen aquí en poca distancia,
Con mayúsculas letras de oro escritos,
Que son del alto asunto la importancia.
»De tales cuatro, siglos infinitos
Durará la memoria, sustentada
En la alta gravedad de sus escritos.
»Del claro Apolo la rëal morada,
Si viniere á caer de su grandeza,
Será por estos cuatro levantada.
»En ellos nos cifró naturaleza
El todo de las partes que son dinas
De gozar celsitud, que es más que alteza.
»Esta verdad, gran Conde de Salinas,
Bien la acreditas con tus raras obras,
Que en los términos tocan de divinas.
»Tú, el de Esquilache príncipe, que cobras
De dia en dia crédito tamaño,
Que te adelantas á tí mismo y sobras,
»Serás escudo fuerte al grave daño
Que teme Apolo, con ventajas tantas,
Que no te espere el escuadron tacaño.
»Tú, conde de Saldaña, que con plantas
Tiernas pisas de Pindo la alta cumbre,
Y en alas de tu ingenio te levantas,
»Hacha has de ser de inextinguible lumbre,
Que guie al sacro monte al deseoso
De verse en él, sin que la luz deslumbre.
»Tú, el de Villamediana, el más famoso
De cuantos, entre griegos y latinos,
Alcanzaron el lauro venturoso,

»Cruzarás por las sendas y caminos
Que al monte guian, porque más seguros
Lleguen á él los simples peregrinos.
»A cuya vista, destos cuatro muros
Del Parnaso caerán las arrogancias
De los mancebos, sobre necios, duros.
»¡Oh cuántas y cuán graves circunstancias
Dijera destos cuatro, que felices
Aseguran de Apolo las ganancias!
»Y más si se les llega el de ALCAÑICES
MARQUÉS insigne, harán (puesto que hay una
En el mundo no más) cinco fenices.
»Cada cual de por sí será coluna,
Que sustente y levante el edificio
De Febo sobre el cerco de la luna.
»Este (puesto que acude al grave oficio
En que se ocupa) el lauro y palma lleva,
Que Apolo da por honra y beneficio.
»En esta ciencia es maravilla nueva,
Y en la jurispericia único y raro;
Su nombre es DON FRANCISCO DE LA CUEVA.
»Este, que con Homero le comparo,
Es el gran DON RODRIGO DE HERRERA,
Insigne en letras, y en virtudes claro.
»Este que se le sigue es el DE VERA
DON JUAN, que por su espada y por su pluma
Le honran en la quinta y cuarta esfera.
»Este que el cuerpo y áun el alma bruma
De mil, aunque no muestra ser cristiano,
Sus escritos el tiempo no consuma.»
Cayóseme la lista de la mano
En este punto, y dijo el dios: «Con estos
Que has referido está el negocio llano.

»Haz que con piés y pensamientos prestos
Vengan aquí, donde aguardando quedo
La fuerza de tan válidos supuestos.
»—Mal podrá don Francisco de Quevedo
Venir», dije yo entónces; y él me dijo:
«Pues partirme sin él de aquí no puedo.
»Ese es hijo de Apolo, ése es el hijo
De Calíope musa: no podemos
Irnos sin él, y en esto estaré fijo.
»Es el flagelo de poetas memos,
Y echará á puntillazos del Parnaso
Los malos que esperamos y tememos.
»—Oh señor, repliqué, que tiene el paso
Corto, y no llegará en un siglo entero.
—Deso, dijo Mercurio, no hago caso;
»Que el poeta que fuere caballero,
Sobre una nube entre pardilla y clara
Vendrá muy á su gusto caballero.
»—Y el que no, pregunté, ¿qué le prepara
Apolo? ¿qué carrozas ó qué nubes?
¿Qué dromerio ó alfana, en paso rara?
»—Mucho, me respondió, mucho te subes
En tus preguntas; calla y obedece.
—Sí haré, pues no es *infando* lo que *jubes.*»
Esto le respondí, y él me parece
Que se turbó algun tanto; y en un punto
El mar se turba, el viento sopla y crece.
Mi rostro entónces como el de un difunto
Se debió de poner, y sí haria;
Que soy medroso, á lo que yo barrunto.
Vi la noche mezclarse con el dia,
Las arenas del hondo mar alzarse
A la region del aire, entónces fria.

Todos los elementos vi turbarse;
La tierra, el agua, el aire, y áun el fuego
Vi entre rompidas nubes azorarse.
Y en medio deste gran desasosiego
Llovian nubes, de poetas llenas,
Sobre el bajel, que se anegára luego,
Si no acudieran más de mil sirenas
A dar de azotes á la gran borrasca,
Que hacia el saltarel por las entenas.
Una, que ser pensé Juana la Chasca,
De dilatado vientre y luengo cuello,
Pintiparado á aquel de la tarasca,
Se llegó á mí y me dijo: «De un cabello,
Deste bajel estaba la esperanza
Colgada, á no venir á socorrello.
»Traemos, y no es burla, á la bonanza,
Que estaba descuidada, oyendo atenta
Los discursos de un cierto Sancho Panza.»
En esto sosegóse la tormenta,
Volvió tranquilo el mar, serenó el cielo;
Que al regañon el céfiro le ahuyenta.
Volví la vista, y vi en ligero vuelo
Una nube romper el aire claro,
De la color del condensado hielo.
¡Oh maravilla nueva! ¡Oh caso raro!
Vilo, y he de decillo, aunque se dude
Del hecho que por brújula declaro.
Lo que yo pude ver, lo que yo pude
Notar, fué, que la nube, dividida
En dos mitades, á llover acude.
Quien ha visto la tierra prevenida
Con tal disposicion, que cuando llueve,
Cosa ya averiguada y conocida,

De cada gota, en un instante breve,
Del polvo se levanta ó sapo ó rana,
Que á saltos ó despacio el paso mueve;
Tal se imagine ver (¡oh soberana
Virtud!) de cada gota de la nube
Saltar un bulto, aunque con forma humana.
Por no creer esta verdad estuve
Mil veces, pero vila con la vista,
Que entónces clara y sin legañas tuve.
Eran aquestos bultos de la lista
Pasada los poetas referidos,
A cuya fuerza no hay quien la resista.
Unos por hombres buenos conocidos,
Otros de rumbo y hampo y Dios es Cristo,
Poquitos bien y muchos mal vestidos.
Entre ellos parecióme de haber visto
A don Antonio de Galarza el bravo,
Gentilhombre de Apolo, y muy bienquisto.
El bajel se llenó de cabo á cabo,
Y su capacidad á nadie niega
Copioso asiento, que es lo más que alabo.
Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
Poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
Ninguno le aventaja, ni áun le llega.
Era cosa de ver maravillosa
De los poetas la apretada enjambre,
En recitar sus versos muy melosa;
Este muerto de sed, aquel de hambre.
Yo dije, viendo tantos, con voz alta:
«¡Cuerpo de mí, con tanta poetambre!»
Por tantas sobras conoció una falta
Mercurio, y acudiendo á remedialla,
Ligero en la mitad del bajel salta;

Y con una zaranda que allí halla,
No sé si antigua, ó si de nuevo hecha,
Zarandó mil poetas de gramalla.
Los de capa y espada no desecha,
Y destos zarandó dos mil y tantos;
Que fué neguilla entónces la cosecha.
Colábanse los buenos y los santos,
Y quedábanse arriba los granzones,
Más duros en sus versos que los cantos;
Y sin que les valiesen las razones
Que en su disculpa daban, daba luego
Mercurio al mar con ellos á montones.
Entre los arrojados se oyó un ciego,
Que murmurando entre las ondas iba
De Apolo con un pésete y reniego.
Un sastre (aunque en sus piés flojos estriba,
Abriendo con los brazos el camino)
Dijo: «Sucio es Apolo, así yo viva.»
Otro (que al parecer iba mohino,
Con ser un zapatero de obra prima)
Dijo dos mil, no un solo desatino.
Trabaja un tundidor, suda y se anima
Por verse á la ribera conducido,
Que más la vida que la honra estima.
El escuadron nadante, reducido
A la marina, vuelve á la galera
El rostro con señales de ofendido.
Y uno por todos dijo: «Bien pudiera
Ese chocante embajador de Febo
Tratarnos bien, y no desta manera.
»Mas oigan lo que digo: yo me atrevo
A profanar del monte la grandeza
Con libros nuevos y en estilo nuevo.»

Calló Mercurio, y á poner empieza
Con gran curiosidad seis camarines,
Dando á la gracia ilustre rancho y pieza.
De nuevo resonaron los clarines,
Y así Mercurio, lleno de contento,
Sin darle mal agüero los delfines,
Remos al agua dió, velas al viento.

CAPÍTULO III.

Eran los remos de la real galera
De esdrújulos, y dellos compelida,
Se deslizaba por el mar ligera.
Hasta el tope la vela iba tendida,
Hecha de muy delgados pensamientos,
De varios lizos por amor tejida.
Soplaban dulces y amorosos vientos,
Todos en popa, y todos se mostraban
Al gran vïaje solamente atentos.
Las sirenas en torno navegaban,
Dando empellones al bajel lozano,
Con cuya ayuda en vuelo le llevaban.
Semejaban las aguas del mar cano
Colchas encarrujadas, y hacian
Azules visos por el verde llano.
Todos los del bajel se entretenian,
Unos glosando piés dificultosos,
Otros cantaban, otros componian.
Otros de los tenidos por curiosos
Referian sonetos, muchos hechos
A diferentes casos amorosos.

Otros, alfeñicados y deshechos
En puro azúcar, con la voz süave,
De su melifluidad muy satisfechos,
En tono blando, sosegado y grave,
Églogas pastorales recitaban,
En quien la gala y la agudeza cabe.
Otros de sus señoras celebraban,
En dulces versos, de la amada boca
Los excrementos que por ella echaban.
Tal hubo á quien amor así le toca,
Que alabó los riñones de su dama,
Con gusto grande y no elegancia poca.
Uno cantó, que la amorosa llama
En mitad de las aguas le encendia,
Y como toro agarrochado brama.
Desta manera andaba la poesía
De uno en otro, haciendo que hablase
Este latin, aquel algarabía.
En esto sesga la galera vase,
Rompiendo el mar con tanta ligereza,
Que el viento áun no consiente que la pase;
Y en esto descubrióse la grandeza
De la escombrada playa de Valencia
Por arte hermosa y por naturaleza.
Hizo luego de sí grata presencia
El gran don Luis Ferrer, marcado el pecho
De honor, y el alma de divina ciencia.
Desembarcóse el dios, y fué derecho
A darle cuatro mil y más abrazos,
De su vista y su ayuda satisfecho.
Volvió la vista, y reiteró los lazos
En don Guillen de Castro, que venía
Deseoso de verse en tales brazos.

Cristóbal de Virués se le seguia,
Con Pedro de Aguilar, junta famosa
De las que Turia en sus riberas cria.
No le pudo llegar más valerosa
Escuadra al gran Mercurio, ni él pudiera
Desearla mejor ni más honrosa.
Luego se descubrió por la ribera
Un tropel de gallardos valencianos,
Que á ver venian la sin par galera,
Todos con instrumentos en las manos
De estilos y librillos de memoria,
Por bizarría y por ingenio ufanos,
Codiciosos de hallarse en la vitoria,
Que ya tenian por segura y cierta,
De las heces del mundo y de la escoria.
Pero Mercurio les cerró la puerta:
Digo, no consintió que se embarcasen,
Y el porqué no lo dijo, aunque se acierta;
Y fué, porque temió que no se alzasen,
Siendo tantos y tales, con Parnaso,
Y nuevo imperio y mando en él fundasen.
En esto vióse con brioso paso
Venir al magno Andres Rey de Artïeda,
No por la edad descaecido ó laso.
Hicieron todos espaciosa rueda,
Y cogiéndole en medio, le embarcaron,
Más rico de valor que de moneda.
Al momento las áncoras alzaron,
Y las velas ligadas á la entena
Los grumetes apriesa desataron.
De nuevo por el aire claro suena
El són de los clarines, y de nuevo
Vuelve á su oficio cada cual sirena.

Miró el bajel por entre nubes Febo,
Y dijo en voz que pudo ser oida:
«Aquí mi gusto y mi esperanza llevo.»
De remos y sirenas impelida,
La galera se deja atras el viento,
Con milagrosa y próspera corrida.
Leíase en los rostros el contento
Que llevaban los sabios pasajeros,
Durable, por no ser nada violento.
Unos, por el calor, iban en cueros;
Otros, por no tener godescas galas,
En traje se vistieron de romeros.
Hendia en tanto las neptúneas salas
La galera, del modo como hiende
La grulla el aire con tendidas alas.
En fin, llegamos donde el mar se extiende
Y ensancha, y forma el golfo de Narbona,
Que de ningunos vientos se defiende.
Del gran Mercurio la cabal persona
Sobre seis resmas de papel sentada
Iba, con cetro y con rëal corona;
Cuando una nube, al parecer preñada,
Parió cuatro poetas en crujía,
O los llovió, razon más concertada.
Fué el uno aquel de quien Apolo fia
Su honra, JUAN LÜIS DE CASANATE,
Poeta insigne de mayor cuantía.
El mismo Apolo de su ingenio trate,
Él le alabe, él le premie y recompense;
Que el alabarle yo sería dislate.
Al segundo llovido, el uticense
Caton no le igualó, ni tiene Febo
Quien tanto por él mire ni en él piense.

Del contador GASPAR DE BARRIO NUEVO
Mal podrá el corto flaco ingenio mio
Loar el suyo así como yo debo.
Llenó del gran bajel el gran vacío
El gran FRANCISCO DE RIOJA al punto
Que saltó de la nube en el navío.
A CRISTÓBAL DE MESA vi allí junto,
A los piés de Mercuric, dando fama
A Apolo, siendo dél propio trasunto.
A la gavia un grumete se encarama,
Y dijo á voces : «La ciudad se muestra
Que Génova, del dios Jano, se llama.
»—Déjesele la ciudad á la siniestra
Mano, dijo Mercurio ; el bajel vaya
Y siga su derrota por la diestra.»
Hacer al Tíber vimos blanca raya
Dentro del mar, habiendo ya pasado
La ancha romana y peligrosa playa.
De léjos vióse el aire condensado,
Del humo que el Estrómbalo vomita,
De azufre y llamas, y de horror formado.
Huyen la isla infame, y solicita
El suave poniente así el vïaje
Que lo acorta, lo allana y facilita.
Vímonos en un punto en el paraje
Do la nutriz de Enéas pïadoso
Hizo el forzoso y último pasaje.
Vimos desde allí á poco el más famoso
Monte que encierra en sí nuestro hemisfero,
Más gallardo á la vista y más hermoso.
Las cenizas de Títiro y Sincero
Están en él, y puede ser por esto
Nombrado entre los montes por primero.

Luego se descubrió, donde echó el resto
De su poder naturaleza amiga,
De formar de otros muchos un compuesto.
Vióse la pesadumbre sin fatiga
De la bella Parténope, sentada
A la orilla del mar, que sus piés liga;
De castillos y torres coronada,
Por fuerte y por hermosa en igual grado
Tenida, conocida y estimada.
Mandóme el del alígero calzado
Que me aprestase, y fuese luego á tierra,
A dar á los LUPERCIOS un recado,
En que les diese cuenta de la guerra
Temida, y que á venir les persuadiese
Al duro y fiero asalto, al cierra, cierra.
«Señor, le respondí, si acaso hubiese
Otro que la embajada les llevase,
Que más grato á los dos hermanos fuese,
»Que yo no soy, sé bien que negociase
Mejor.» Dijo Mercurio: «No te entiendo,
Y has de ir ántes que el tiempo más se pase.
»—Que no me han de escuchar estoy temiendo,
Le repliqué, ya si el ir yo no importa,
Puesto que en todo obedecer pretendo.
»Que no sé quién me dice y quién me exhorta
Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad, como la vista, corta.
»Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera,
Ni diera en un tan hondo desatino.
»Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas que al partir me hicieron,
Lléveme Dios si entrára en tu galera.

»Mucho esperé, si mucho prometieron,
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron.
»Muchos, señor, en la galera llevas,
Que te podrán sacar el pié del lodo;
Parte, y excusa de hacer más pruebas.
»—Ninguno, dijo, me hable dese modo;
Que si me desembarco y los embisto,
Voto á Dios, que me traiga al Conde y todo.
»Con estos dos famosos me enemisto,
Que habiendo levantado á la poesía
Al buen punto en que está, como se ha visto,
»Quieren con perezosa tiranía
Alzarse, como dicen, á su mano
Con la ciencia que á ser divinos guia.
»Por el solio de Apolo soberano
Juro... y no digo más»; y ardiendo en ira,
Se echó á las barbas una y otra mano.
Y prosiguió diciendo: «El DOTOR MIRA,
Apostaré, si no lo manda el Conde,
Que tambien en sus puntos se retira.
»Señor galan, parezca; ¿á qué se esconde?
Pues á fe, por llevarle, si él no gusta,
Que ni le busque, aseche, ni le ronde.
»¿Es esta empresa acaso tan injusta,
Que se esquiven de hallar en ella cuantos
Tienen conciencia limitada y justa?
»¿Carece el cielo de poetas santos,
Puesto que brote á cada paso el suelo
Poetas, que lo son tantos y tantos?
»¿No se oyen sacros himnos en el cielo?
¿La arpa de David allá no suena,
Causando nuevo accidental consuelo?

»¡Fuera melindres : ícese la entena;
Que llegue al tope!» Y luego obedecido,
Fué de la chusma sobre buenas buena.
Poco tiempo pasó, cuando un rüido
Se oyó, que los oidos atronaba,
Y era de perros áspero ladrido.
Mercurio se turbó; la gente estaba
Suspensa al triste són, y en cada pecho
El corazon más válido temblaba.
En esto descubrióse el corto estrecho
Que Scila y que Caríbdis espantosas
Tan temeroso con su furia han hecho.
«Estas olas que veis presuntüosas
En visitar las nubes de contino,
Y áun de tocar el cielo codiciosas,
»Venciólas el prudente peregrino
Amante de Calipso, al tiempo cuando
Hizo, dijo Mercurio, este camino.
»Su prudencia nosotros imitando,
Echarémos al mar en que se ocupen,
En tanto que el bajel pasa volando.
»Que en tanto que ellas tasquen, roan, chupen
Al mísero que al mar ha de entregarse,
Seguro estoy que el paso desocupen.
»Miren si puede en la galera hallarse
Algun poeta desdichado acaso,
Que á las fieras gargantas pueda darse.»
Buscáronle, y hallaron á LOFRASO,
Poeta militar, sardo, que estaba
Desmayado á un rincon, marchito y laso;
Que á sus diez libros *de Fortuna* andaba
Añadiendo otros diez, y el tiempo escoge
Que más desocupado se mostraba.

Gritó la chusma toda : «Al mar se arroje;
Vaya Lofraso al mar sin resistencia.
— Por Dios, dijo Mercurio, que me enoje.
»¿Cómo? y ¿no será cargo de conciencia,
Y grande, echar al mar tanta poesía,
Puesto que aquí nos hunda su inclemencia?
»Viva Lofraso en tanto que dé al dia
Apolo luz, y en tanto que los hombres
Tengan discreta alegre fantasía.
»Tócante á tí ¡oh Lofraso! los renombres
Y epítetos de agudo y de sincero,
Y gusto que mi cómitre te nombres.»
Esto dijo Mercurio al caballero,
El cual en la crujía en pié se puso
Con un rebenque despiadado y fiero.
Creo que de sus versos le compuso,
Y no sé cómo fué, que en un momento
(O ya el cielo ó Lofraso lo dispuso)
Salimos del estrecho á salvamento,
Sin arrojar al mar poeta alguno :
Tanto del sardo fué el merecimiento.
Mas luego otro peligro, otro importuno
Temor amenazó, si no gritára
Mercurio, cual jamas gritó ninguno,
Diciendo al timonero : «¡A orza! ¡pára!
¡Amáinese de golpe!» Y todo á un punto
Se hizo, y el peligro se repara.
«Estos montes que veis que están tan juntos,
Son los que Acroceraunos son llamados,
De infame nombre, como yo barrunto.»
Asieron de los remos los honrados,
Los tiernos, los melífluos, los godescos,
Y los de á cantimplora acostumbrados.

Los frios los asieron y los frescos,
Asiéronlos tambien los calurosos,
Y los de calzas largas y gregüescos.
Del sopraestante daño temerosos,
Todos á una la galera empujan,
Con flacos y con brazos poderosos.
Debajo del bajel se somurmujan
Las sirenas, que dél no se apartaron,
Y á sí mismas en fuerzas sobrepujan.
Y en un pequeño espacio la llevaron
A vista de Corfú, y á mano diestra
La isla inexpugnable se dejaron.
Y dando la galera á la siniestra,
Discurria de Grecia las riberas,
Adonde el cielo su hermosura muestra.
Mostrábanse las olas lisonjeras,
Impeliendo el bajel süavemente,
Como burlando con alegres véras.
Y luego, al parecer por el Oriente,
Rayando el rubio sol nuestro horizonte
Con rayas rojas, hebras de su frente,
Gritó un grumete y dijo: «El monte, el monte,
El monte se descubre, donde tiene
Su buen rocin el gran Belorofonte.
»Por el monte se arroja, y á pié viene
Apolo á recebirnos.—Yo lo creo,
Dijo Lofraso, y llega á la Hipocrene.
»Yo desde aquí columbro, miro y veo
Que se andan solazando entre unas matas
Las Musas con dulcísimo recreo.
»Unas antiguas son, otras novatas,
Y todas con ligero paso y tardo
Andan, las cinco en pié, las cuatro á gatas.

»—Si tú tal ves, dijo Mercurio, ¡oh sardo
Poeta! que me corten las orejas,
O me tengan los hombres por bastardo.
»Dime, ¿por qué algun tanto no te alejas
De la ignorancia, pobreton, y adviertes
Lo que cantan tus rimas en tus quejas?
»¿Por qué con tus mentiras nos diviertes
De recibir á Apolo cual se debe,
Por haber mejorado vuestras suertes?»
En esto, mucho más que el viento leve,
Bajó el lucido Apolo á la marina,
A pié, porque en su carro no se atreve.
Quitó los rayos de la faz divina,
Mostróse en calzas y en jubon vistoso,
Porque dar gusto á todos determina.
Seguíale detras un numeroso
Escuadron de doncellas bailadoras,
Aunque pequeñas, de ademan brioso.
Supe poco despues que estas señoras,
Sanas las más, las ménos mal paradas,
Las del tiempo y del sol eran las Horas.
Las medio rotas eran las menguadas,
Las sanas las felices, y con esto
Eran todas en todo apresuradas.
Apolo luego con alegre gesto
Abrazó á los soldados que esperaba
Para la alta ocasion que se ha propuesto.
Y no de un mismo modo acariciaba
A todos, porque alguna diferencia
Hacia con los que él más se alegraba.
Que á los de señoría y excelencia
Nuevos abrazos dió, razones dijo,
En que guardó decoro y preeminencia.

Entre ellos abrazó á DON JUAN DE ARGUIJO,
Que no sé en qué ó cómo ó cuándo hizo
Tan áspero vïaje y tan prolijo.
Con él á su deseo satisfizo
Apolo, y confirmó su pensamiento;
Mandó, vedó, quitó, hizo y deshizo.
Hecho, pues el sin par recebimiento,
Do se halló DON LÜIS DE BARAHONA,
Llevado allí por su merecimiento,
Del siempre verde lauro una corona
Le ofrece Apolo en su intencion, y un vaso
Del agua de Castalia y de Helicona.
Y luego vuelve el majestoso paso,
Y el escuadron pensado y de repente
Le sigue por las faldas del Parnaso.
Llegóse en fin á la Castalia fuente,
Y en viéndola, infinitos se arrojaron,
Sedientos, al cristal de su corriente.
Unos no solamente se hartaron,
Sino que piés y manos, y otras cosas
Algo más indecentes, se lavaron.
Otros, más advertidos, las sabrosas
Aguas gustaron poco á poco, dando
Espacio al gusto, á pausas melindrosas.
El bríndez y el caraos se puso en bando,
Porque los más de bruces, y no á sorbos,
El suave licor fueran gustando.
De ambas manos hacian vasos corvos
Otros, y algunos de la boca al agua
Temian de hallar cien mil estorbos.
Poco á poco la fuente se desagua,
Y pasa en los estómagos bebientes,
Y áun no se apaga de su sed la fragua.

Mas díjoles Apolo: «Otras dos fuentes
Aun quedan, Aganipe é Hipocrene,
Ambas sabrosas, ambas excelentes;
»Cada cual de licor dulce y perene,
Todas de calidad aumentativa
Del alto ingenio que á gustarlas viene.»
Beben, y suben por el monte arriba,
Por entre palmas y entre cedros altos,
Y entre árboles pacíficos de oliva.
De gusto llenos y de angustia faltos,
Siguiendo á Apolo, el escuadron camina,
Unos á pedicox, otros á saltos.
Al pié sentado de una antigua encina
Vi á Alonso de Ledesma, componiendo
Una cancion angélica y divina.
Conocíle, y á él me fuí corriendo
Con los brazos abiertos, como amigo,
Pero no se movió con el estruendo.
«¿No ves, me dijo Apolo, que consigo
No está Ledesma ahora? ¿No ves claro
Que está fuera de sí, y está conmigo?»
A la sombra de un mirto, al verde amparo,
Jerónimo de Castro sesteaba,
Varon de ingenio peregrino y raro.
Un motete imagino que cantaba
Con voz süave; yo quedé admirado
De verle allí, porque en Madrid quedaba.
Apolo me entendió, y dijo: «Un soldado
Como éste no era bien que se quedára
Entre el ocio y el sueño sepultado.
»Yo le truje, y sé cómo, que á mi rara
Potencia no la impide otra ninguna,
Ni inconveniente alguno la repara.»

En esto se llegaba la oportuna
Hora, á mi parecer, de dar sustento
Al estómago pobre, y más si ayuna;
Pero no le pasó por pensamiento
A Delio, que el ejército conduce,
Satisfacer al mísero hambriento.
Primero á un jardin rico nos reduce,
Donde el poder de la naturaleza
Y el de la industria más campea y luce.
Tuvieron los Hespérides belleza
Menor, no le igualaron los Pensiles
En sitio, en hermosura y en grandeza.
En su comparacion, se muestran viles
Los de Alcinoo, en cuyas alabanzas
Se han ocupado ingenios bien sotiles;
No sujeto del tiempo á las mudanzas;
Que todo el año primavera ofrece
Frutos en posesion, no en esperanzas.
Naturaleza y arte allí parece
Andar en competencia, y está en duda
Cuál vence de las dos, cuál más merece.
Muéstrase balbuciente y casi muda,
Si le alaba la lengua más experta,
De adulacion y de mentir desnuda.
Junto con ser jardin, era una huerta,
Un soto, un bosque, un prado, un valle ameno,
Que en todos estos títulos concierta;
De tanta gracia y hermosura lleno,
Que una parte del cielo parecia
El todo del bellísimo terreno.
Alto en el sitio alegre Apolo hacia,
Y allí mandó que todos se sentasen
A tres horas despues de mediodía.

Y porque los asientos señalasen
El ingenio y valor de cada uno,
Y unos con otros no se embarazasen,
A despecho y pesar del importuno
Ambicioso deseo, les dió asiento
En el sitio y lugar más oportuno.
Llegaban los laureles casi á ciento,
A cuya sombra y troncos se sentaron
Algunos de aquel número contento.
Otros los de las palmas ocuparon,
De los mirtos y hiedras, y los robles
Tambien varios poetas albergaron.
Puesto que humildes, eran de los nobles
Los asientos cual tronos levantados,
Porque tú ¡oh envidia! aquí tu rabia dobles.
En fin, primero fueron ocupados
Los troncos de aquel ancho circüito,
Para honrar á poetas delicados,
Antes que yo en el número infinito
Hallase asiento; y así en pié quedéme,
Despechado, colérico y marchito.
Dije entre mí: «¿Es posible que se extreme
En perseguirme la fortuna airada,
Que ofende á muchos, y á ninguno teme?»
Y volviéndome á Apolo, con turbada
Lengua le dije lo que oirá el que gusta
Saber (pues la tercera es acabada)
La cuarta parte desta empresa justa.

CAPÍTULO IV.

Suele la indignacion componer versos;
Pero si el indignado es algun tonto,
Ellos tendrán su todo de perversos.
De mí yo no sé más, sino que pronto
Me hallé para decir en tercia rima
Lo que no dijo el desterrado al Ponto.
Y así le dije á Delio: «No se estima,
Señor, del vulgo vano el que te sigue,
Y al árbol sacro del laurel se arrima.
»La envidia y la ignorancia le persigue,
Y así envidiado siempre y perseguido,
El bien que espera por jamas consigue.
»Yo corté con mi ingenio aquel vestido
Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió, para librarse del olvido.
»Soy por quien *la Confusa*, nada fea,
Pareció en los teatros admirable,
Si esto á su fama es justo se le crea.
»Yo con estilo en parte razonable
He compuesto *Comedias*, que en su tiempo
Tuvieron de lo grave y de lo afable.
»Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino,
En cualquiera sazon, en todo tiempo.
»Yo he abierto en mis *Novelas* un camino
Por do la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.
»Yo soy aquel que en la invencion excede
A muchos, y al que falta en esta parte,
Es fuerza que su fama falta quede.

»Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poësía,
Y en ella procuré siempre agradarte.
»Nunca voló la pluma humilde mia
Por la region satírica, bajeza
Que á infames premios y desgracias guia.
»Yo el soneto compuse que así empieza,
Por honra principal de mis escritos:
Voto á Dios, que me espanta esta grandeza.
»Yo he compuesto *Romances* infinitos,
Y el de los *Celos* es aquel que estimo,
Entre otros, que los tengo por malditos.
»Por esto me congojo y me lastimo
De verme solo en pié, sin que se aplique
Arbol que me conceda algun arrimo.
»Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique
Para dar á la estampa al gran *Persíles*,
Con que mi nombre y obras multiplique.
»Yo en pensamientos castos y sotiles,
Dispuestos en soneto de á docena,
He honrado tres sugetos fregoniles.
»Tambien al par de *Fílis*, mi *Filena*
Resonó por las selvas, que escucharon
Más de una y otra alegre cantilena.
»Y en dulces várias rimas se llevaron
Mis esperanzas los ligeros vientos,
Que en ellos y en la arena se sembraron.
»Tuve, tengo y tendré los pensamientos,
Merced al cielo, que á tal bien me inclina,
De toda adulacion libres y exentos.
»Nunca pongo los piés por do camina
La mentira, la fraude y el engaño,
De la santa virtud total rüina.

»Con mi corta fortuna no me ensaño,
Aunque por verme en pié, como me veo,
Y en tal lugar, pondero así mi daño.
»Con poco me contento, aunque deseo
Mucho.» A cuyas razones enojadas,
Con estas blandas respondió Timbreo:
«Vienen las malas suertes atrasadas,
Y toman tan de léjos la corriente,
Que son temidas, pero no excusadas.
»El bien les viene á algunos de repente,
A otros poco á poco y sin pensallo,
Y el mal no guarda estilo diferente.
»El bien que está adquirido, conservallo
Con maña, diligencia y con cordura,
Es no menor virtud que el granjeallo.
»Tú mismo te has forjado tu ventura,
Y yo te he visto alguna vez con ella,
Pero en el imprudente poco dura.
»Mas si quieres salir de tu querella,
Alegre, y no confuso, y consolado,
Dobla tu capa, y siéntate sobre ella.
»Que tal vez suele un venturoso estado,
Cuando le niega sin razon la suerte,
Honrar más merecido que alcanzado.
»—Bien parece, señor, que no se advierte,
Le respondí, que yo no tengo capa.»
El dijo: «Aunque sea así, gusto de verte.
»La virtud es un manto, con que tapa
Y cubre su indecencia la estrecheza,
Que exenta y libre de la envidia escapa.»
Incliné al gran consejo la cabeza,
Quedéme en pié; que no hay asiento bueno,
Si el favor no le labra, ó la riqueza.

Alguno murmuró, viéndome ajeno
Del honor que pensó se me debia,
Del planeta de luz y virtud lleno.
En esto pareció que cobró el dia
Un nuevo resplandor, y el aire oyóse
Herir de una dulcísima armonía.
Y en esto por un lado descubrióse
Del sitio un escuadron de ninfas bellas,
Con que infinito el rubio dios holgóse.
Venía en fin, y por remate dellas,
Una resplandeciendo, como hace
El sol ante la luz de las estrellas.
La mayor hermosura se deshace
Ante ella, y ella sola resplandece
Sobre todas, y alegra y satisface.
Bien así semejaba cual se ofrece
Entre líquidas perlas y entre rosas
La aurora que despunta y amanece.
La rica vestidura, las preciosas
Joyas que la adornaban, competian
Con las que suelen ser maravillosas.
Las ninfas que al querer suyo asistian,
En el gallardo brío y bello aspecto,
Las artes liberales parecian.
Todas con amoroso y tierno afecto,
Con las ciencias más claras y escogidas,
Le guardaban santísimo respecto.
Mostraban que en servirla eran servidas,
Y que, por su ocasion, de todas gentes
En más veneracion eran tenidas.
Su influjo y su reflujo las corrientes
Del mar y su profundo le mostraban,
Y el ser padre de rios y de fuentes.

Las yerbas su virtud la presentaban,
Los árboles sus frutos y sus flores,
Las piedras el valor que en sí encerraban;
El santo amor, castísimos amores,
La dulce paz, su quïetud sabrosa,
La guerra amarga, todos sus rigores.
Mostrábasele clara la espaciosa
Via por donde el sol hace contino
Su natural carrera y la forzosa.
La inclinacion ó fuerza del destino,
Y de qué estrellas consta y se compone,
Y cómo influye este planeta ó sino,
Todo lo sabe, todo lo dispone
La santa hermosísima doncella,
Que admiracion, como alegría, pone.
Preguntéle al parlero si en la bella
Ninfa alguna deidad se disfrazaba,
Que fuese justo el adorar en ella;
Porque en el rico adorno que mostraba
Y en el gallardo sér que descubria,
Del cielo, y no del suelo, semejaba.
«Descubres, respondió, tu bobería;
Que há que la tratas infinitos años,
Y no conoces que es la Poësía.
»—Siempre la he visto envuelta en pobres paños,
Le repliqué; jamas la vi compuesta
Con adornos tan ricos y tamaños:
»Parece que la he visto descompuesta,
Vestida de color de primavera
En los dias de cutio y los de fiesta.
»—Esta, que es la Poesía verdadera,
La grave, la discreta, la elegante,
Dijo Mercurio, la alta y la sincera,

»Siempre con vestidura rozagante
Se muestra en cualquier acto que se halla,
Cuando á su profesion es importante.
»Nunca se inclina ó sirve á la canalla
Trovadora, maligna y trafalmeja,
Que en lo que más ignora, ménos calla.
»Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,
Amiga de sonaja y morteruelo,
Que ni tabanco ni taberna deja.
»No se alza dos, ni áun un coto del suelo,
Grande amiga de bodas y bautismos,
Larga de manos, corta de cerbelo.
»Tómanla por momentos parasismos,
No acierta á pronunciar, y si pronuncia,
Absurdos hace, y forma solecismos.
»Baco, donde ella está, su gusto anuncia,
Y ella derrama en coplas el poleo,
Compa y vereda, y el mastranzo y juncia.
»Pero aquesta que ves, es el aseo,
La gala de los cielos y la tierra,
Con quien tienen las Musas su bureo.
»Ella abre los secretos y los cierra,
Toca y apunta de cualquiera ciencia
La superficie y lo mejor que encierra.
»Mira con más ahinco su presencia;
Verás cifrada en ella la abundancia
De lo que en bueno tiene la excelencia.
»Moran con ella en una misma estancia
La divina y moral filosofía,
El estilo más puro y la elegancia.
»Puede pintar en la mitad del dia
La noche, y en la noche más escura
El alba bella, que las perlas cria.

»El curso de los rios apresura,
Y le detiene; el pecho á furia incita,
Y le reduce luego á más blandura.
»Por mitad del rigor se precipita
De las lucientes armas contrapuestas,
Y da vitorias, y vitorias quita.
»Verás cómo le prestan las florestas
Sus sombras, y sus cantos los pastores,
El mal sus lutos, y el placer sus fiestas;
»Perlas el Sur, Sabea sus olores,
El oro Tíbar, Hibla su dulzura,
Galas Milan, y Lusitania amores.
»En fin, ella es la cifra do se apura
Lo provechoso, honesto y deleitable,
Partes con quien se aumenta la ventura.
»Es de ingenio tan vivo y admirable,
Que á veces toca en puntos que suspenden,
Por tener no sé qué de inescrutable.
»Alábanse los buenos, y se ofenden
Los malos con su voz, y destos tales,
Unos la adoran, otros no la entienden.
»Son sus obras heroicas inmortales,
Las líricas süaves, de manera
Que vuelven en divinas las mortales.
»Si alguna vez se muestra lisonjera,
Es con tanta elegancia y artificio,
Que no castigo, sino premio, espera.
»Gloria de la virtud, pena del vicio
Son sus acciones, dando al mundo en ellas
De su alto ingenio y su bondad indicio.»
En esto estaba, cuando por las bellas
Ventanas de jazmines y de rosas
(Que amor estaba, á lo que entiendo, en ellas)

Divisé seis personas religiosas,
Al parecer de honroso y grave aspecto,
De luengas togas, limpias y pomposas.
Preguntéle á Mercurio : «¿Por qué efecto
Aquellos no parecen y se encubren,
Y muestran ser personas de respecto?»
A lo que él respondió : «No se descubren
Por guardar el decoro al alto estado
Que tienen, y así el rostro todos cubren.
»—¿Quién son, le repliqué, si es que te es dado
Decirlo?» Respondióme : «No por cierto;
Porque Apolo lo tiene así mandado.
»—¿No son poetas?—Sí.—Pues yo no acierto
A pensar por qué causa se desprecian
De salir con su ingenio á campo abierto.
»¿Para qué se embobecen y se anecian,
Escondiendo el talento que da el cielo
A los que más de ser suyos se precian?
»¡Aquí del Rey! ¿qué es esto? ¿qué recelo
O celo les impide á no mostrarse
Sin miedo ante la turba vil del suelo?
»¿Puede ninguna ciencia compararse
Con esta universal de la poesía,
Que límites no tiene do encerrarse?
»Pues siendo esto verdad, saber querria,
Entre los de la carda, ¿cómo se usa
Este miedo, ó melindre, ó hipocresía?
»Hace monseñor versos, y rehusa
Que no se sepan, y él los comunica
Con muchos, y á la lengua ajena acusa.
»Y más, que siendo buenos, multiplica
La fama su valor, y al dueño canta
Con voz de gloria y de alabanza rica.

»¿Qué mucho, pues, si no se le levanta
Testimonio á un pontífice poeta,
Que digan que lo es? Por Dios, que espanta.

»Por vida de Lanfusa la discreta,
Que si no se me dice quién son estos
Togados de bonete y de muceta,

»Que con trazas y modos descompuestos
Tengo de reducir á behetría
Estos tan sosegados y compuestos.

»—Por Dios, dijo Mercurio, y á fe mia,
Que no puedo decirlo, y si lo digo,
Tengo de dar la culpa á tu porfía.

»—Dilo, señor; que desde aquí me obligo
De no decir que tú me lo dijiste,
Le dije, por la fe de buen amigo.»

Él dijo : «No nos cayan en el chiste :
Llégate á mí, dirételo al oido;
Pero creo que hay más de los que viste.

»Aquel que has visto allí, del cuello erguido,
Lozano, rozagante y de buen talle,
De honestidad y de valor vestido,

»Es el DOCTOR FRANCISCO SANCHEZ : dalle
Puede, cual debe, Apolo la alabanza
Que pueda sobre el cielo levantalle.

»Y áun á más su famoso ingenio alcanza,
Pues en las verdes hojas de sus dias
Nos da de santos frutos esperanza.

»Aquel que en elevadas fantasías
Y en éxtasis sabrosos se regala,
Y tanto imita las acciones mias,

»Es el MAESTRO ORENSE, que la gala
Se lleva de la más rara elocuencia
Que en las aulas de Aténas se señala.

»Su natural ingenio con la ciencia
Y ciencias aprendidas le levanta
Al grado que le nombra la excelencia.
»Aquel de amarillez marchita y santa,
Que le encubre de lauro aquella rama
Y aquella hojosa y acopada planta,
»Fray Juan Baptista Capataz se llama,
Descalzo y pobre, pero bien vestido
Con el adorno que le da la fama.
»Aquel que del rigor fiero de olvido
Libra su nombre con eterno gozo,
Y es de Apolo y las Musas bien querido,
»Anciano en el ingenio, y nunca mozo,
Humanista divino, es, segun pienso,
El insigne doctor Andres del Pozo.
»Un licenciado de un ingenio inmenso
Es aquel, y aunque en traje mercenario,
Como á señor le dan las Musas censo;
»Ramon se llama, auxilio necesario
Con que Delio se esfuerza y ve rendidas
Las obstinadas fuerzas del contrario.
»El otro, cuyas sienes ves ceñidas
Con los brazos de Dafne en triunfo honroso,
Sus glorias tiene en Alcalá esculpidas.
»En su ilustre teatro vitorioso
Le nombra el cisne en canto no funesto,
Siempre el primero, como á más famoso.
»A los donaires suyos echó el resto
Con propiedades al gorron debidas,
Por haberlos compuesto ó descompuesto.
»Aquestas seis personas referidas,
Como están en divinos puestos puestas
Y en sacra religion constituidas,

»Tienen las alabanzas por molestas,
Que les dan por poetas, y holgarian
Llevar la loa sin el nombre á cuestas.
»—¿Por qué, le pregunté, señor, porfian
Los tales á escribir y dar noticia
De los versos que paren y que crian?
»—Tambien tiene el ingenio su codicia,
Y nunca la alabanza se desprecia;
Que al bueno se le debe de justicia.
»Aquel que de poeta no se precia,
¿Para qué escribe versos y los dice?
¿Por qué desdeña lo que más aprecia?
»Jamas me contenté ni satisfice
De hipócritas melindres. Llanamente
Quise alabanzas de lo que bien hice.
»Con todo, quiere Apolo que esta gente
Religiosa se tenga aquí secreta»,
Dijo el dios que presume de elocuente.
Oyóse en esto el són de una corneta,
Y un «trapa, trapa, aparta, afuera, afuera;
Que viene un gallardísimo poeta.»
Volví la vista, y vi por la ladera
Del monte un postillon y un caballero
Correr, como se dice, á la ligera.
Servia el postillon de pregonero,
Mucho más que de guía, á cuyas voces
En pié se puso el escuadron entero.
Preguntóme Mercurio: «¿No conoces
Quién es este gallardo, este brioso?
Imagino que ya le reconoces.
»—Bien, yo le respondí; que es el famoso
Gran DON SANCHO DE LEIVA, cuya espada
Y pluma harán á Delio venturoso.

»Venceráse sin duda esta jornada
Con tal socorro»; y en el mismo instante,
Cosa que parecia imaginada,
Otro favor no ménos importante
Para el caso temido se nos muestra,
De ingenio y fuerzas y valor bastante.
Una tropa gentil por la siniestra
Parte del monte descubrióse; ¡oh cielos,
Que dais de vuestra providencia muestra!
Aquel discreto Juan de Vasconcelos
Venía delante, en un caballo bayo,
Dando á las musas lusitanas celos.
Tras él el capitan Pedro Tamayo
Venía, y aunque enfermo de la gota,
Fué al enemigo asombro, fué desmayo;
Que por él se vió en fuga y puesto en rota;
Que en los dudosos trances de la guerra
Su ingenio admira y su valor se nota.
Tambien llegaron á la rica tierra,
Puestos debajo de una blanca seña,
Por la parte derecha de la sierra,
Otros, de quien tomó luego reseña
Apolo; y era dellos el primero
El jóven don Fernando de Lodeña,
Poeta primerizo, insigne empero,
En cuyo ingenio Apolo deposita
Sus glorias para el tiempo venidero.
Con majestad rëal, con inaudita
Pompa llegó, y al pié del monte pára
Quien los bienes del monte solicita:
El licenciado fué Juan de Vergara
El que llegó, con quien la turba ilustre
En sus vecinos miedos se repara;

De Esculapio y de Apolo gloria ilustre;
Si no, dígalo el santo bien partido,
Y su fama la misma envidia ilustre.
Con él fué con aplauso recebido
El docto JUAN ANTONIO DE HERRERA,
Que puso en fil el desigual partido.
¡Oh, quién con lengua en nada lisonjera,
Sino con puro afecto en grande exceso,
Dos que llegaron alabar pudiera!
Pero no es de mis hombros este peso.
Fueron los que llegaron, los famosos,
Los dos maestros CALVO Y VALDIVIESO.
Luego se descubrió por los undosos
Llanos del mar una pequeña barca,
Impelida de remos presurosos.
Llegó, y al punto della desembarca
El gran DON JUAN DE ARGOTE Y DE GAMBOA,
En compañía de DON DIEGO ABARCA,
Sugetos dignos de incesable loa;
Y DON DIEGO JIMENEZ Y DE ENCISO
Dió un salto á tierra desde la alta proa.
En estos tres la gala y el aviso
Cifró cuanto de gusto en sí contienen,
Como su ingenio y obras dan aviso.
Con JUAN LOPEZ DEL VALLE otros dos vienen
Juntos allí, y es PAMONÉS el uno,
Con quien las Musas ojeriza tienen,
Porque pone sus piés por do ninguno
Los puso, y con sus nuevas fantasías,
Mucho más que agradable, es importuno.
De lejas tierras por incultas vias
Llegó el bravo irlandes DON JUAN BATEO,
Jérjes nuevo en memoria en nuestros dias.

Vuelvo la vista, á Mantuano veo,
Que tiene al gran Velasco por Mecénas,
Y ha sido acertadísimo su empleo.
Dejarán estos dos en las ajenas
Tierras, como en las propias, dilatados
Sus nombres; que tú, Apolo, así lo ordenas.
Por entre dos fructíferos collados
(¿Habrá quien esto crea, aunque lo entienda?),
De palmas y laureles coronados,
El grave aspecto del abad Malvenda
Pareció, dando al monte luz y gloria,
Y esperanzas de triunfo en la contienda.
Pero ¿de qué enemigos la vitoria
No alcanzará un ingenio tan florido
Y una bondad tan digna de memoria?
Don Antonio Gentil de Vargas, pido
Espacio para verte, que llegaste
De gala y arte y de valor vestido;
Y aunque de patria ginoves, mostraste
Ser en las musas castellanas doto,
Tanto, que al escuadron todo admiraste.
Desde el indio apartado del remoto
Mundo llegó mi amigo Montesdoca,
Y el que anudó de Arauco el nudo roto.
Dijo Apolo á los dos: «A entrambos toca
Defender esta vuestra rica estancia
De la canalla de vergüenza poca.
»La cual, de error armada y de arrogancia,
Quiere canonizar y dar renombre
Inmortal y divino á la ignorancia;
»Que tanto puede la aficion que un hombre
Tiene á sí mismo, que ignorante siendo,
De buen poeta quiere alcanzar nombre.»

En esto, otro milagro, otro estupendo
Prodigio se descubre en la marina,
Que en pocos versos declarar pretendo.
Una nave á la tierra tan vecina
Llegó, que desde el sitio donde estaba,
Se ve cuanto hay en ella y determina.
De más de cuatro mil salmas pasaba,
Que otros suelen llamarlas toneladas,
Ancha de vientre y de estatura brava:
Así como las naves que cargadas
Llegan de la oriental India á Lisboa,
Que son por las mayores estimadas;
Esta llegó, desde la popa á proa
Cubierta de poetas, mercancía
De quien hay saca en Calicut y en Goa.
Tomóle al rojo dios alferecía,
Por ver la muchedumbre impertinente,
Que en socorro del monte le venía.
Y en silencio rogó devotamente
Que el vaso naufragase en un momento,
Al que gobierna el húmido tridente.
Uno de los del número hambriento
Se puso en esto al borde de la nave,
Al parecer mohino y mal contento;
Y en voz que ni de tierna ni süave
Tenía un solo adárame, gritando
Dijo, tal vez colérico y tal grave,
Lo que impaciente estuve yo escuchando,
Porque vi sus razones ser saetas,
Que iban mi alma y corazon clavando.
«¡Oh tú, dijo, traidor, que los poetas
Canonizaste de la larga lista,
Por causas y por vias indiretas!

»¿Dónde tenias, Magancés, la vista
Aguda de tu ingenio, que así ciego,
Fuiste tan mentiroso coronista?
»Yo te confieso, ¡oh bárbaro! y no niego
Que algunos de los muchos que escogiste,
Sin que respeto te forzase ó ruego,
»En el debido punto los pusiste;
Pero con los demas sin duda alguna
Pródigo de alabanzas anduviste.
»Has alzado á los cielos la fortuna
De muchos que en el centro del olvido,
Sin ver la luz del sol ni de la luna,
»Yacian; ni llamado ni escogido
Fué el gran pastor de Iberia, el gran Bernardo,
Que de la Vega tiene el apellido.
»Fuiste envidioso, descuidado y tardo,
Y á las ninfas de Henares y pastores,
Como á enemigo, les tiraste un dardo.
»Y tienes tú poetas tan peores
Que éstos en tu rebaño, que imagino
Que han de sudar si quieren ser mejores.
»Que si este agravio no me turba el tino,
Siete trovistas desde aquí diviso,
A quien suelen llamar de torbellino;
»Con quien la gala, discrecion y aviso
Tiene poco que ver, y tú los pones
Dos leguas más allá del paraíso.
»Estas quimeras, estas invenciones
Tuyas te han de salir al rostro un dia,
Si más no te mesuras y compones.»
Esta amenaza y gran descortesía
Mi blando corazon llenó de miedo,
Y dió al traves con la paciencia mia.

Y volviéndome á Apolo con denuedo
Mayor del que esperaba de mis años,
Con voz turbada y con semblante acedo,
Le dije : «Con bien claros desengaños
Descubro que el servirte me granjea
Presentes miedos de futuros daños.
»Haz ¡oh señor! que en público se lea
La lista que Cilenio llevó á España,
Porque mi culpa poca aquí se vea.
»Si tu deidad en escoger se engaña,
Y yo sólo aprobé lo que él me dijo,
¿Por qué este simple contra mí se ensaña?
»Con justa causa y con razon me aflijo
De ver cómo estos bárbaros se inclinan
A tenerme en temor duro y prolijo.
»Unos, porque los puse, me abominan,
Otros, porque he dejado de ponellos,
De darme pesadumbre determinan.
»Yo no sé cómo me avendré con ellos :
Los puestos se lamentan, los no puestos
Gritan; yo tiemblo destos y de aquellos.
»Tú, señor, que eres dios, dales los puestos
Que piden sus ingenios; llama y nombra
Los que fueren más hábiles y prestos.
»Y porque el turbio miedo que me asombra,
No me acabe, acabada esta contienda,
Cúbreme con tu manto y con tu sombra;
»O ponme una señal por do se entienda
Que soy hechura tuya y de tu casa;
Y así no habrá ninguno que me ofenda.
»—Vuelve la vista y mira lo que pasa»,
Fué de Apolo enojado la respuesta,
Que ardiendo en ira, el corazon le abrasa.

Volvíla, y vi la más alegre fiesta,
Y la más desdichada y compasiva,
Que el mundo vió, ni áun la verá cual ésta.
Mas no se espere que yo aquí la escriba,
Sino en la parte quinta, en quien espero
Cantar con voz tan entonada y viva,
Que piensen que soy cisne y que me muero.

CAPÍTULO V.

Oyó el señor del húmido tridente
Las plegarias de Apolo, y escuchólas
Con alma tierna y corazon clemente.
Hizo de ojo y dió del pié á las olas,
Y sin que lo entendiesen los poetas,
En un punto hasta el cielo levantólas.
Y él por ocultas vias y secretas
Se agazapó debajo del navío,
Y usó con él de sus traidoras tretas.
Hirió con el tridente en lo vacío
Del buco, y el estómago le llena
De un copioso corriente amargo rio.
Advertido el peligro, al aire suena
Una confusa voz, la cual resulta
De otras mil que el temor forma y la pena.
Poco á poco el bajel pobre se oculta
En las entrañas del cerúleo y cano
Vientre, que tantas ánimas sepulta.
Suben los llantos por el aire vano
De aquellos miserables, que suspiran
Por ver su irreparable fin cercano.

Trepan y suben por las jarcias, miran
Cuál del navío es el lugar más alto,
Y en él muchos se apiñan y retiran.
La confusion, el miedo, el sobresalto
Les turba los sentidos, que imaginan
Que desta á la otra vida es grande el salto.
Con ningun medio ni remedio atinan;
Pero creyendo dilatar su muerte,
Algun tanto á nadar se determinan.
Saltan muchos al mar, de aquella suerte
Que al charco de la orilla saltan ranas
Cuando el miedo ó el ruido las advierte.
Hienden las olas, del romperse canas,
Menudean las piernas y los brazos,
Aunque enfermos están, y ellas no sanas;
Y en medio de tan grandes embarazos,
La vista ponen en la amada orilla,
Deseosos de darla mil abrazos.
Y sé yo bien que la fatal cuadrilla,
Antes que allí, holgára de hallarse
En el Compas famoso de Sevilla.
Que no tienen por gusto el ahogarse,
Discreta gente, al parecer, en esto;
Pero valióles poco el esforzarse;
Que el padre de las aguas echó el resto
De su rigor, mostrándose en su carro
Con rostro airado y ademan funesto.
Cuatro delfines, cada cual bizarro,
Con cuerdas hechas de tejidas ovas,
Le tiraban con furia y con desgarro.
Las ninfas en sus húmidas alcobas
Sienten tu rabia, ¡oh vengativo nume!
Y de sus rostros la color les robas.

El nadante poeta, que presume
Llegar á la ribera defendida,
Sus ayes pierde y su teson consume;
Que su corta carrera es impedida
De las agudas puntas del tridente,
Entónces fiero y áspero homicida.
Quien ha visto muchacho diligente,
Que en goloso á sí mesmo sobrepuja,
Que no hay comparacion más conveniente,
Picar en el sombrero la granuja,
Que el hallazgo le puso allí, ó la sisa,
Con punta alfileresca, ó ya de aguja;
Pues no con menor gana ó menor prisa
Poetas ensartaba el nume airado
Con gusto infame y con dudosa risa.
En carro de cristal venía sentado,
La barba luenga y llena de marisco,
Con dos gruesas lampreas coronado.
Hacian de sus barbas firme aprisco
La almeja, morsillon, pulpo y cangrejo,
Cual le suelen hacer en peña ó risco.
Era de aspecto venerable y viejo;
De verde, azul y plata era el vestido,
Robusto, al parecer, y de buen rejo;
Aunque, como enojado, denegrido
Se mostraba en el rostro; que la saña
Así turba el color como el sentido.
Airado contra aquellos más se ensaña
Que nadan más, y sáleles al paso,
Juzgando á gloria tan cobarde hazaña.
En esto, ¡oh nuevo milagroso caso,
Digno de que se cuente poco á poco,
Y con los versos de Torcuato Taso!

Hasta aquí no he invocado, ahora invoco
Vuestro favor, ¡oh Musas! necesario
Para los altos puntos en que toco.
Descerrajad vuestro más rico almario,
Y el aliento me dad que el caso pide,
No humilde, no ratero ni ordinario.
Las nubes hiende, el aire pisa y mide
La hermosa Vénus Acidalia, y baja
Del cielo, que ninguno se lo impide.
Traia vestida, de pardilla raja
Una gran saya entera, hecha al uso,
Que le dice muy bien, cuadra y encaja.
Luto que por su Adónis se le puso,
Luego que el gran colmillo del berraco
A atravesar sus íngles se dispuso.
A fe, que si el mocito fuera Maco,
Que él guardára la cara al colmilludo
Que dió á su vida y su belleza saco.
¡Oh valiente garzon, más que sesudo!
¿Cómo, estando avisado, tu mal tomas,
Entrando en trance tan horrendo y crudo?
En esto las mansísimas palomas
Que el carro de la diosa conducian
Por el llano del mar y por las lomas,
Por unas y otras partes discurrian,
Hasta que con Neptuno se encontraron,
Que era lo que buscaban y querian.
Los dioses, que se ven, se respetaron,
Y haciendo sus zalemas á lo moro,
De verse juntos en extremo holgaron.
Guardáronse rëal grave decoro,
Y procuró Ciprinia en aquel punto
Mostrar de su belleza el gran tesoro.

Ensanchó el verdugado, y dióle el punto
Con ciertos puntapiés, que fueron coces
Para el dios que las vió y quedó difunto.
Un poeta, llamado DON QUINCOCES,
Andaba semivivo en las saladas
Ondas, dando gemidos, y no voces.
Con todo, dijo en mal articuladas
Palabras: «¡Oh señora, la de Pafo,
Y de las otras dos islas nombradas!
»Muévate á compasion el verme gafo
De piés y manos, y que ya me ahogo
En otras linfas que la del Garrafo.
»Aquí será mi pira, aquí mi rogo,
Aquí será QUINCOCES sepultado,
Que tuvo en su crianza pedagogo.»
Esto dijo el mezquino, esto escuchado
Fué de la diosa con ternura tanta,
Que volvió á componer el verdugado.
Y luego en pié y piadosa se levanta,
Y poniendo los ojos en el viejo,
Desembudó la voz de la garganta.
Y con cierto desden y sobrecejo,
Entre enojada y grave y dulce, dijo
Lo que al húmido dios tuvo perplejo.
Y aunque no fué su razonar prolijo,
Todavía le trujo á la memoria
Hermano de quién era, y de quién hijo.
Representóle cuán pequeña gloria
Era llevar de aquellos miserables
El triunfo infausto y la crüel vitoria.
El dijo: «Si los hados inmudables
No hubieran dado la fatal sentencia
Destos, en su ignorancia siempre estables,

»Una brizna no más de tu presencia
Que viera yo, bellísima señora,
Fuera de mi rigor la resistencia.
»Mas ya no puede ser; que ya la hora
Llegó donde mi blanda y mansa mano
Ha de mostrar que es dura y vencedora.
»Que éstos, de proceder siempre inhumano,
En sus versos han dicho cien mil veces:
Azotando las aguas del mar cano.
»—Ni azotando ni viejo me pareces»,
Replicó Vénus, y él le dijo á ella:
«Puesto que me enamoras, no enterneces;
»Que de tal modo la fatal estrella
Influye destos tristes, que no puedo
Dar felice despacho á tu querella.
»Del querer de los hados sólo un dedo
No me puedo apartar, ya tú lo sabes;
Ellos han de acabar, y ha de ser cedo.
»—Primero acabarás que los acabes,
Le respondió Madama, la que tiene
De tantas voluntades puerta y llaves;
»Que aunque el hado feroz su muerte ordene,
El modo no ha de ser á tu contento;
Que muchas muertes el morir contiene.»
Turbóse en esto el líquido elemento;
De nuevo renovóse la tormenta;
Sopló más vivo y más apriesa el viento.
La hambrienta mesnada, y no sedienta,
Se rinde al huracan recien venido,
Y por más no penar, muere contenta.
¡Oh raro caso y por jamas oido
Ni visto! ¡Oh nuevas y admirables trazas
De la gran reina obedecida en Gnido!

En un instante el mar de calabazas
Se vió cuajado, algunas tan potentes,
Que pasaban de dos y áun de tres brazas.
Tambien hinchados odres y valientes,
Sin deshacer del mar la blanca espuma,
Nadaban, de mil talles diferentes.
Esta trasmutacion fué hecha, en suma,
Por Vénus, de los lánguidos poetas,
Porque Neptuno hundirlos no presuma;
El cual le pidió á Febo sus saetas,
Cuya arma arrojadiza desde aparte
A Vénus defraudára de sus tretas.
Negóselas Apolo; y veis do parte
Enojado el vejon con su tridente,
Pensándolos pasar de parte á parte;
Mas éste se resbala, aquel no siente
La herida, y dando esguince, se desliza,
Y él queda, de la cólera, impaciente.
En esto Bóreas su furor atiza,
Y lleva antecogida la manada,
Que con la de los cerdos simboliza.
Pidióselo la diosa, aficionada
A que vivan poetas zarabandos,
De aquellos de la seta almidonada;
De aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos,
De los que por momentos se dividen
En várias setas y en contrarios bandos.
Los contrapuestos vientos se comiden
A complacer la bella rogadora,
Y con un solo aliento la mar miden;
Llevando la pïara gruñidora,
En calabazas y odres convertida,
A los reinos contrarios del aurora.

Desta dulce semilla referida,
España, verdad cierta, tanto abunda,
Que es por ella estimada y conocida.
Que aunque en armas y en letras es fecunda
Más que cuantas provincias tiene el suelo,
Su gusto en parte en tal semilla funda.
Despues desta mudanza que hizo el cielo,
O Vénus, ó quien fuese (que no importa
Guardar puntualidad como yo suelo),
No veo calabaza, ó luenga ó corta,
Que no imagine que es algun poeta,
Que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.
Pues ¿qué cuando veo un cuero? (¡oh mal discreta
Y vana fantasía, así engañada,
Que á tanta liviandad estás sujeta!)
Pienso que el piezgo de la boca atada
Es la faz del poeta, transformado
En aquella figura mal hinchada.
Y cuando encuentro algun poeta honrado,
Digo, poeta firme y valedero,
Hombre vestido bien y bien calzado,
Luego se me figura ver un cuero
O alguna calabaza, y desta suerte
Entre contrarios pensamientos muero.
Y no sé si lo yerre ó si lo acierte,
En que á las calabazas y á los cueros
Y á los poetas trate de una suerte.
Cernícalos que son lagartijeros
No esperen de gozar las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros.
Püestas en paz, pues, ya las diferencias
De Delio, y los poetas transformados
En tan vanas y huecas apariencias,

Los mares y los vientos sosegados,
Sumergióse Neptuno mal contento
En sus palacios de cristal labrados.
Las mansísimas aves por el viento
Volaron, y á la bella Cipriana
Pusieron en su reino á salvamento;
Y en señal que del triunfo quedó ufana,
Lo que hasta allí nadie acabó con ella,
Del luto se quitó la saboyana,
Quedando en cueros tan briosa y bella,
Que se supo despues que Marte anduvo
Todo aquel dia y otros dos tras ella.
Todo el cual tiempo el escuadron estuvo
Mirando atento la fatal rüina
Que la canalla transformada tuvo.
Y viendo despejada la marina,
Apolo, del socorro mal venido,
De dar fin al gran caso determina.
Pero en aquel instante un gran rüido
Se oyó, con que la turba se alboroza,
Y pone vista alerta y presto oido.
Y era quien le formaba una carroza
Rica, sobre la cual venía sentado
El grave don Lorenzo de Mendoza,
De su felice ingenio acompañado,
De su mucho valor y cortesía,
Joyas inestimables, adornado.
Pedro Juan de Rejaule le seguia
En otro coche, insigne valenciano
Y grande defensor de la poesía.
Sentado viene á su derecha mano
Juan de Solís, mancebo generoso,
De raro ingenio, en verdes años cano;

Y Juan de Carvajal, doctor famoso,
Les hace tercio, y no por ser pesado,
Dejan de hacer su curso presuroso.
Porque el divino ingenio al levantado
Valor de aquestos tres que el coche encierra,
No hay impedirle monte ni collado.
Pasan volando la empinada sierra,
Las nubes tocan, llegan casi al cielo,
Y alegres pisan la famosa tierra.
Con este mismo honroso y grave celo,
Bartolomé de Mola y Gabriel Laso
Llegaron á tocar del monte el suelo.
Honra las altas cimas del Parnaso
Don Diego, que de Silva tiene el nombre,
Y por ellas alegre tiende el paso.
A cuyo ingenio y sin igual renombre
Toda ciencia se inclina y le obedece,
Y le levanta á sér más que de hombre.
Dilátanse las sombras, y descrece
El dia, y de la noche el negro manto
Guarnecido de estrellas aparece.
Y el escuadron que habia esperado tanto
En pié, se rinde al sueño perezoso,
De hambre y sed y de mortal quebranto.
Apolo entónces poco luminoso,
Dando hasta los antípodas un brinco,
Siguió su accidental curso forzoso.
Pero primero licenció á los cinco
Poetas titulados á su ruego,
Que lo pidieron con extraño ahinco,
Por parecerles risa, burla y juego
Empresas semejantes; y así Apolo
Condescendió con sus deseos luego;

Que es el galan de Dafne único y solo
En usar cortesía sobre cuantos
Descubre el nuestro y el contrario polo.
Del lóbrego lugar de los espantos
Sacó su hisopo el lánguido Morfeo,
Con que ha rendido y embocado á tantos;
Y del licor que dicen que es Leteo,
Que mana de la fuente del Olvido,
Los párpados bañó á todos arreo.
El más hambriento se quedó dormido :
Dos cosas repugnantes, hambre y sueño,
Privilegio á poetas concedido.
Yo quedé, en fin, dormido como un leño,
Llena la fantasía de mil cosas,
Que de contallas mi palabra empeño,
Por más que sean en sí dificultosas.

CAPÍTULO VI.

De una de tres causas los ensueños
Se causan, ó los sueños, que este nombre
Les dan los que del bien hablar son dueños.
Primera, de las cosas de que el hombre
Trata más de ordinario; la segunda
Quiere la medicina que se nombre
Del humor que en nosotros más abunda;
Toca en revelaciones la tercera,
Que en nuestro bien más que las dos redunda.
Dormí y soñé, y el sueño la tercera
Causa le dió principio suficiente
A mezclar el ahito y la dentera.

Sueña el enfermo á quien la fiebre ardiente
Abrasa las entrañas, que en la boca
Tiene, de las que ha visto, alguna fuente.
Y el labio al fugitivo cristal toca,
Y el dormido consuelo imaginado
Crece el deseo, y no la sed apoca.
Pelea el valentísimo soldado
Dormido, casi al modo que despierto
Se mostró en el combate fiero armado.
Acude el tierno amante á su concierto,
Y en la imaginacion dormido llega,
Sin padecer borrasca, á dulce puerto.
El corazon el avariento entrega,
En la mitad del sueño, á su tesoro,
Que el alma en todo tiempo no le niega.
Yo, que siempre guardé el comun decoro
En las cosas dormidas y despiertas,
Pues no soy troglodita ni soy moro,
De par en par del alma abrí las puertas,
Y dejé entrar al sueño por los ojos
Con premisas de gloria y gusto ciertas.
Gocé, durmiendo, cuatro mil despojos,
Que los conté, sin que faltase alguno,
De gustos que acudieron á manojos.
El tiempo, la ocasion, el oportuno
Lugar correspondian al efeto,
Juntos y por sí solo cada uno.
Dos horas dormí, y más á lo discreto,
Sin que imaginaciones ni pavores
El celebro tuviesen inquïeto.
La suelta fantasía entre mil flores
Me puso de un pradillo, que exhalaba
De Pancaya y Sabea los olores.

El agradable sitio se llevaba
Tras sí la vista, que durmiendo, viva,
Mucho más que despierta, se mostraba.
Palpable vi, mas no sé si lo escriba,
Que á las cosas que tienen de imposibles
Siempre mi pluma se ha mostrado esquiva.
Las que tienen vislumbre de posibles,
De dulces, de süaves y de ciertas,
Explican mis borrones apacibles.
Nunca á disparidad abre las puertas
Mi corto ingenio, y hállalas contino
De par en par la consonancia abiertas.
¿Cómo puede agradar un desatino,
Si no es que de propósito se hace,
Mostrándole el donaire su camino?
Que entónces la mentira satisface
Cuando verdad parece, y está escrita
Con gracia que al discreto y simple aplace.
Digo, volviendo al cuento, que infinita
Gente vi discurrir por aquel llano,
Con algazara placentera y grita;
Con hábito decente y cortesano
Algunos, á quien dió la hipocresía
Vestido pobre, pero limpio y sano;
Otros de la color que tiene el dia
Cuando la luz primera se aparece
Entre las trenzas de la aurora fria.
La varïada primavera ofrece
De sus vārias colores la abundancia,
Con que á la vista el gusto alegre crece.
La prodigalidad, la exorbitancia
Campean juntas por el verde prado,
Con galas que descubren su ignorancia.

En un trono del suelo levantado
(Do el arte á la materia se adelanta,
Puesto que de oro y de marfil labrado)
Una doncella vi, desde la planta
Del pié hasta la cabeza así adornada,
Que el verla admira, y el oirla encanta.
Estaba en él con majestad sentada,
Giganta, al parecer, en la estatura,
Pero, aunque grande, bien proporcionada.
Parecia mayor su hermosura
Mirada desde léjos, y no tanto
Si de cerca se ve su compostura;
Lleno de admiracion, como de espanto,
Puse en ella los ojos, y vi en ella
Lo que en mis versos desmayados canto.
Yo no sabré afirmar si era doncella,
Aunque he dicho que sí; que en estos casos
La vista más aguda se atropella.
Son por la mayor parte siempre escasos
De razon los juïcios maliciosos
En juzgar rotos los enteros vasos.
Altaneros sus ojos y amorosos
Se mostraban con cierta mansedumbre,
Que los hacia en todo extremo hermosos.
Ora fuese artificio, ora costumbre,
Los rayos de su luz tal vez crecian,
Y tal vez daban encogida lumbre.
Dos ninfas á sus lados asistian,
De tan gentil donaire y apariencia,
Que miradas, las almas suspendian.
De la del alto trono en la presencia
Desplegaban sus labios en razones,
Ricas en suavidad, pobres en ciencia.

Levantaban al cielo sus blasones,
Que estaban, por ser pocos ó ningunos,
Escritos del olvido en los borrones.
Al dulce murmurar, al oportuno
Razonar de las dos, la del asiento,
Que en belleza jamas le igualó alguno,
Luego se puso en pié, y en un momento
Me pareció que dió con la cabeza
Mas allá de las nubes, y no miento;
Y no perdió por esto su belleza,
Antes miéntras más grande, se mostraba
Igual su perfeccion á su grandeza;
Los brazos de tal modo dilataba,
Que de do nace adonde muere el dia
Los opuestos extremos alcanzaba.
La enfermedad llamada hidropesía
Así le hincha el vientre, que parece
Que todo el mar caber en él podia.
Al modo destas partes, así crece
Toda su compostura; y no por esto,
Cual dije, su hermosura desfallece.
Yo atónito esperaba ver el resto
De tan grande prodigio, y diera un dedo
Por saber la verdad segura, y presto.
Uno, y no sabré quién, bien claro y quédo
Al oido me habló, y me dijo: «Espera;
Que yo decirte lo que quieres puedo.
»Esta que ves, que crece de manera,
Que apénas tiene ya lugar do quepa,
Y aspira en la grandeza á ser primera;
»Esta que por las nubes sube y trepa
Hasta llegar al cerco de la luna,
Puesto que el modo de subir no sepa,

»Es la que, confiada en su fortuna,
Piensa tener de la inconstante rueda
El eje quédo y sin mudanza alguna.
»Esta que no halla mal que le suceda,
Ni le teme atrevida y arrogante,
Pródiga siempre, venturosa y leda,
»Es la que con disignio extravagante
Dió en crecer poco á poco hasta ponerse,
Cual ves, en estatura de gigante.
»No deja de crecer por no atreverse
A emprender las hazañas más notables,
Adonde puedan sus extremos verse.
»¿No has oido decir los memorables
Arcos, anfiteatros, templos, baños,
Termas, pórticos, muros admirables,
»Que, á pesar y despecho de los años,
Aun duran sus reliquias y entereza,
Haciendo al tiempo y á la muerte engaños?»
Yo respondí : «Por mí ninguna pieza
Desas que has dicho, dejo de tenella
Clavada y remachada en la cabeza.
»Tengo el sepulcro de la viuda bella,
Y el coloso de Ródas allí junto,
Y la lanterna que sirvió de estrella.
»Pero vengamos de quién es al punto
Esta, que lo deseo.—Haráse luego»,
Me respondió la voz en bajo punto.
Y prosiguió diciendo : «A no estar ciego,
Hubieras visto ya quién es la dama;
Pero, en fin, tienes el ingenio lego.
»Esta que hasta los cielos se encarama,
Preñada, sin saber cómo, del viento,
Es hija del Deseo y de la Fama.

»Esta fué la ocasion y el instrumento
En todo y parte de que el mundo viese,
No siete maravillas, sino ciento.
»Corto número es ciento; aunque dijese
Cien mil y más millones, no imagines
Que en la cuenta del número excediese.
»Esta condujo á memorables fines
Edificios que asientan en la tierra,
Y tocan de las nubes los confines.
»Esta tal vez ha levantado guerra
Donde la paz süave reposaba,
Que en límites estrechos no se encierra.
»Cuando Mucio en las llamas abrasaba
El atrevido fuerte brazo y fiero,
Esta el incendio horrible resfriaba.
»Esta arrojó al romano caballero
En el abismo de la ardiente cueva,
De limpio armado y de luciente acero.
»Esta tal vez con maravilla nueva,
De su ambiciosa condicion llevada,
Mil imposibles atrevida prueba.
»Desde la ardiente Libia hasta la helada
Citia lleva la fama su memoria,
En grandïosas obras dilatada.
»En fin, ella es la altiva Vanagloria,
Que en aquellas hazañas se entremete,
Que llevan de los siglos la vitoria.
»Ella misma á sí misma se promete
Triunfos y gustos, sin tener asida
A la calva Ocasion por el copete.
»Su natural sustento, su bebida,
Es aire, y así crece en un instante
Tanto, que no hay medida á su medida.

»Aquellas dos del plácido semblante,
Que tiene á sus dos lados, son aquellas
Que sirven á la máquina de Atlante.
»Su delicada voz, sus luces bellas,
Su humildad aparente, y las lozanas
Razones, que el amor se cifra en ellas,
»Las hacen más divinas que no humanas,
Y son (con paz escucha y con paciencia)
La Adulacion y la Mentira, hermanas.
»Estas están contino en su presencia,
Palabras ministrándole al oido,
Que tienen de prudentes apariencia.
»Y ella, cual ciega del mejor sentido,
No ve que entre las flores de aquel gusto
El áspid ponzoñoso está escondido.
»Y así arrojada con deseo injusto,
En cristalino vaso prueba y bebe
El veneno mortal sin ningun susto.
»Quien más presume de advertido pruebe
A dejarse adular; verá cuán presto
Pasa su gloria como el viento leve.»
Esto escuché, y en escuchando aquesto,
Dió un estampido tal la Gloria vana,
Que dió á mi sueño fin dulce y molesto.
Y en esto descubrióse la mañana,
Vertiendo perlas y esparciendo flores,
Lozana en vista, y en virtud lozana.
Los dulces pequeñuelos ruiseñores
Con cantos no aprendidos le decian,
Enamorados de ella, mil amores.
Los silgueros el canto repetian,
Y las diestras calandrias entonaban
La música que todos componian.

Unos del escuadron priesa se daban,
Porque no los hallase el dios del dia
En los forzosos actos en que estaban.
Y luego se asomó su señoría,
Con una cara de tudesco roja,
Por los balcones de la aurora fria,
En parte gorda, en parte flaca y floja,
Como quien teme el esperado trance
Donde verse vencido se le antoja.
En propio toledano y buen romance
Les dió los buenos dias cortésmente,
Y luego se aprestó al forzoso lance.
Y encima de un peñasco puesto enfrente
Del escuadron, con voz sonora y grave
Esta oracion les hizo de repente :
«¡Oh espíritus felices, donde cabe
La gala del decir, la sutileza
De la ciencia más docta que se sabe;
»Donde en su propia natural belleza
Asiste la hermosa poësía
Entera de los piés á la cabeza!
»No consintais, por vida vuestra y mia
(Mirad con qué llaneza Apolo os habla),
Que triunfe esta canalla que porfia;
»Esta canalla, digo, que se endiabla,
Que por darles calor su muchedumbre,
Ya su rüina ó ya la nuestra entabla.
»Vosotros, de mis ojos gloria y lumbre,
Faroles do mi luz de asiento mora,
Ya por naturaleza ó por costumbre,
»¿Habeis de consentir que esta embaidora
Hipócrita gentalla se me atreva,
De tantas necedades inventora?

»Haced famosa y memorable prueba
De vuestro gran valor en este hecho,
Que á su castigo y vuestra gloria os lleva.
»De justa indignacion armad el pecho;
Acometed intrépidos la turba
Ociosa, vagamunda y sin provecho.
»No se os dé nada, no se os dé una burba
(Moneda berberisca, vil y baja)
De aquesta gente, que la paz nos turba.
»El són de más de una templada caja,
Y el del pífaro triste y la trompeta,
Que la cólera sube y flema abaja,
»Así os incite con virtud secreta,
Que despierte los ánimos dormidos
En la facion que tanto nos aprieta.
»Ya retumba, ya llega á mis oidos
Del escuadron contrario el rumor grande,
Formado de confusos alaridos.
»Ya es menester, sin que os lo ruegue ó mande,
Que cada cual como guerrero experto,
Sin que por su capricho se desmande,
»La órden guarde y militar concierto,
Y acuda á su deber como valiente,
Hasta quedar ó vencedor ó muerto.»
En esto, por la parte de Poniente
Pareció el escuadron casi infinito
De la bárbara, ciega y pobre gente.
Alzan los nuestros al momento un grito
Alegre y no medroso, y gritan: «¡Arma!»
¡Arma! resuena todo aquel distrito;
Y aunque mueran, correr quieren al arma.

CAPÍTULO VII.

Tú, belígera musa; tú, que tienes
La voz de bronce, y de metal la lengua,
Cuando á cantar del fiero Marte vienes;
Tú, por quien se aniquila siempre y mengua
El gran género humano; tú, que puedes
Sacar mi pluma de ignorancia y mengua;
Tú, mano rota, y larga de mercedes
(Digo, en hacellas): una aquí te pido,
Que no hará que ménos rica quedes.
La soberbia y maldad, el atrevido
Intento de una gente mal mirada
Ya se descubre con mortal ruïdo.
Dame una voz al caso acomodada,
Una sutil y bien cortada pluma,
No de aficion ni de pasion llevada,
Para que pueda referir en suma,
Con purísimo y nuevo sentimiento,
Con verdad clara y entereza suma,
El contrapuesto y desigual intento
De uno y otro escuadron, que ardiendo en ira,
Sus banderas descoge al vago viento;
El del bando católico, que mira
Al falso y grande al pié del monte puesto,
Que de subir al alta cumbre aspira.
Con paso largo y ademan compuesto
Todo el monte coronan, y se ponen
A la furia, que en loca ha echado el resto.

Las ventajas tantean, y disponen
Los ánimos valientes al asalto,
En quien su gloria y su venganza ponen.
De rabia lleno y de paciencia falto,
Apolo su bellísimo estandarte
Mandó al momento levantar en alto.
Arbolóle un marqués, que el propio Marte
Su briosa presencia representa
Naturalmente, sin industria y arte;
Poeta celebérrimo y de cuenta,
Por quien y en quien Apolo soberano
Su gloria y gusto y su valor aumenta.
Era la insinia un cisne hermoso y cano,
Tan al vivo pintado, que dijeras:
«La voz despide alegre al aire vano.»
Siguen al estandarte sus banderas,
De gallardos alféreces llevadas,
Honrosas por no estar todas enteras;
Las cajas, á lo bélico templadas,
Al mílite más tardo vuelven presto,
De voces de metal acompañadas.
Jerónimo de Mora llegó en esto,
Pintor excelentísimo y poeta,
Apéles y Virgilio en un supuesto;
Y con la autoridad de una jineta
(Que de ser capitan le daba nombre)
Al caso acude y á la turba aprieta;
Y porque más se turbe y más se asombre
El enemigo desigual y fiero,
Llegó el gran Biedma, de inmortal renombre;
Y con él Gaspar de Avila, primero
Secuaz de Apolo, á cuyo verso y pluma
Iciar puede envidiar, temer Sincero.

Llegó JUAN DE MEZTANZA, cifra y suma
De tanta erudicion, donaire y gala,
Que no hay muerte ni edad que la consuma.
Apolo le arrancó de Guatimala,
Y le trujo en su ayuda, para ofensa
De la canalla en todo extremo mala.
Hacer milagros en el trance piensa
CEPEDA, y acompáñale MEJÍA,
Poetas dignos de alabanza inmensa.
Clarísimo esplendor de Andalucía
Y de la Mancha, el sin igual GALINDO
Llegó con majestad y bizarría.
De la alta cumbre del famoso Pindo
Bajaron tres bizarros lusitanos,
A quien mis alabanzas todas rindo.
Con prestos piés y con valientes manos,
Con FERNANDO CORREA DE LA CERDA,
Pisó RODRIGUEZ LOBO monte y llanos;
Y porque Febo su razon no pierda,
El grande DON ANTONIO DE ATÄIDE
Llegó con furia alborotada y cuerda.
Las fuerzas del contrario ajusta y mide
Con las suyas Apolo, y determina
Dar la batalla, y la batalla pide.
El ronco són de más de una bocina,
Instrumento de caza y de la guerra,
De Febo á los oidos se avecina.
Tiembla debajo de los piés la tierra,
De infinitos poetas oprimida,
Que dan asalto á la sagrada sierra.
El fiero general de la atrevida
Gente, que trae un cuervo en su estandarte,
Es ARBOLÁNCHES, muso por la vida.

Puestos estaban en la baja parte,
Y en la cima del monte frente á frente,
Los campos de quien tiembla el mismo Marte,
Cuando una, al parecer, discreta gente,
Del católico bando al enemigo
Se pasó, como en número de veinte.
Yo con los ojos su carrera sigo,
Y viendo el paradero de su intento,
Con voz turbada al sacro Apolo digo:
«¿Qué prodigio es aqueste? ¿Qué portento?
O por mejor decir, ¿qué mal agüero,
Que así me corta el brío y el aliento?
»Aquel transfuga que partió primero,
No sólo por poeta le tenía,
Pero tambien por bravo churrullero.
»Aquel ligero que tras él corria,
En mil corrillos en Madrid le he visto
Tiernamente hablar en la poesía.
»Aquel tercero que partió tan listo,
Por satírico, necio y por pesado,
Sé que de todos fué siempre malquisto.
»No puedo imaginar cómo ha llevado
Mercurio estos poetas en su lista.
—Yo fuí, respondió Apolo, el engañado;
»Que de su ingenio la primera vista
Indicios descubrió que serian buenos
Para facilitar esta conquista.
»—Señor, repliqué yo, creí que ajenos
Eran de las deidades los engaños;
Digo, engañarse en poco más ni ménos.
»La prudencia, que nace de los años
Y tiene por maestra la experiencia,
Es la deidad que advierte destos daños.»

Apolo respondió: «Por mi conciencia,
Que no te entiendo», algo turbado y triste,
Por ver de aquellos veinte la insolencia.
Tú, sardo militar, LOFRASO, fuiste
Uno de aquellos bárbaros corrientes,
Que del contrario el número creciste.
Mas no por esta mengua los valientes
Del escuadron católico temieron,
Poetas madrigados y excelentes;
Antes tanto coraje concibieron
Contra los fugitivos corredores,
Que riza en ellos y matanza hicieron.
¡Oh falsos y malditos trovadores,
Que pasais plaza de poetas sabios,
Siendo la hez de los que son peores!
Entre la lengua, paladar y labios
Anda contino vuestra poësía,
Haciendo á la virtud cien mil agravios.
Poetas de atrevida hipocresía,
Esperad; que de vuestro acabamiento
Ya se ha llegado el temeroso dia.
De las confusas voces el concento
Confuso por el aire resonaba,
De espesas nubes condensando el viento.
Por la falda del monte gateaba
Una tropa poética, aspirando
A la cumbre, que bien guardada estaba.
Hacian hincapié de cuando en cuando,
Y con hondas de estallo y con ballestas
Iban libros enteros disparando.
No del plomo encendido las funestas
Balas pudieran ser dañosas tanto,
Ni al disparar pudieran ser más prestas.

Un libro mucho más duro que un canto
A JUSEPE DE VARGAS dió en las sienes,
Causándole terror, grima y espanto.
Gritó, y dijo á un soneto: «Tú, que vienes
De satírica pluma disparado,
¿Por qué el infame curso no detienes?»
Y cual perro con piedras irritado,
Que deja al que las tira, y va tras ellas,
Cual si fueran la causa del pecado,
Entre los dedos de sus manos bellas
Hizo pedazos al soneto altivo,
Que amenazaba al sol y á las estrellas.
Y díjole Cilenio: «¡Oh rayo vivo,
Donde la justa indignacion se muestra
En un grado y valor superlativo!
»La espada toma en la temida diestra,
Y arrójate valiente y temerario
Por esta parte, que el peligro adiestra.»
En esto, del tamaño de un breviario,
Volando un libro por el aire vino,
De prosa y verso, que arrojó el contrario.
De verso y prosa el puro desatino
Nos dió á entender que de ARBOLÁNCHES eran
Las *Avidas* pesadas de contino.
Unas rimas llegaron, que pudieran
Desbaratar el escuadron cristiano,
Si acaso vez segunda se imprimieran.
Dióle á Mercurio en la derecha mano
Una sátira antigua licenciosa,
De estilo agudo, pero no muy sano.
De una intricada y mal compuesta prosa,
De un asunto sin jugo y sin donaire,
Cuatro novelas disparó PEDROSA.

Silbando recio y desgarrando el aire,
Otro libro llegó, de rimas solas,
Hechas, al parecer, como al desgaire.
Violas Apolo, y dijo, cuando violas:
«Dios perdone á su autor, y á mí me guarde
De algunas rimas sueltas españolas.»
Llegó *El Pastor de Iberia*, aunque algo tarde,
Y derribó catorce de los nuestros,
Haciendo de su ingenio y fuerza alarde;
Pero dos valerosos, dos maestros,
Dos lumbreras de Apolo, dos soldados,
Únicos en hablar, y en obrar diestros,
Del monte puestos en opuestos lados,
Tanto apretaron á la turba multa,
Que volvieron atras los encumbrados.
Es GREGORIO DE ANGULO el que sepulta
La canalla, y con él PEDRO DE SOTO,
De prodigioso ingenio y vena culta;
Doctor aquel, estotro único y doto
Licenciado, de Apolo ambos secuaces,
Con raras obras y ánimo devoto.
Las dos contrarias indignadas haces
Ya miden las espadas, ya se cierran,
Duras en su teson y pertinaces.
Con los dientes se muerden, y se aferran
Con las garras, las fieras imitando;
Que toda pïedad de sí destierran.
Haldeando venía y trasudando
El autor de *La pícara Justina*,
Capellan lego del contrario bando;
Y cual si fuera de una culebrina,
Disparó de sus manos su librazo,
Que fué de nuestro campo la rüina.

Al buen TOMAS GRACIAN mancó de un brazo,
A MEDINILLA derribó una muela,
Y le llevó de un muslo un gran pedazo.
Una despierta nuestra centinela
Gritó: «Todos abajen la cabeza;
Que dispara el contrario otra novela.»
Dos pelearon una larga pieza,
Y el uno al otro con instancia loca,
De un envion, con arte y con destreza,
Seis seguidillas le encajó en la boca,
Con que le hizo vomitar el alma,
Que salió libre de su estrecha roca.
De la furia el ardor, del sol la calma
Tenía en duda de una y otra parte
La vencedora y pretendida palma.
Del cuervo, en esto, el lóbrego estandarte
Cede al del cisne, porque vino al suelo,
Pasado el corazon de parte á parte.
Su alférez, que era un andaluz mozuelo,
Trovador repentista, que subia
Con la soberbia más allá del cielo,
Helósele la sangre que tenía;
Murióse, cuando vió que muerto estaba,
La turba, pertinaz en su porfía.
Puesto que ausente el gran LUPERCIO estaba,
Con un solo soneto suyo hizo
Lo que de su grandeza se esperaba:
Descuadernó, desencajó, deshizo
Del opuesto escuadron catorce hileras;
Dos criollos mató, hirió un mestizo.
De sus sabrosas burlas y sus véras,
El magno Cordobes un cartapacio
Disparó, y aterró cuatro banderas.

Daba ya indicios de cansado y lacio
El brío de la bárbara canalla,
Peleando más flojo y más despacio;
Mas renovóse la fatal batalla,
Mezclándose los unos con los otros:
Ni vale arnes ni presta dura malla.
Cinco melifluos sobre cinco potros
Llegaron, y embistieron por un lado,
Y lleváronse cinco de nosotros,
Cada cual como moro ataviado,
Con más letras y cifras que una carta
De príncipe enemigo y recatado.
De romances moriscos una sarta,
Cual si fuera de balas enramadas,
Llega con furia y con malicia harta.
Y á no estar dos escuadras avisadas,
De las nuestras, del recio tiro y presto,
Era fuerza quedar desbaratadas.
Quiso Apolo, indignado, echar el resto
De su poder y de su fuerza sola,
Y dar al enemigo fin molesto,
Y una sacra cancion, donde acrisola
Su ingenio, gala, estilo y bizarría
BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA,
Cual si fuera un petrarte, Apolo envia
Adonde está el teson más apretado,
Más dura y más furiosa la porfía.
Cuando me paro á contemplar mi estado,
Comienza la cancion, que Apolo pone
En el lugar más noble y levantado.
Todo lo mira, todo lo dispone
Con ojos de Argos; manda, quita y veda,
Y del contrario á todo ardid se opone.

Tan mezclados están, que no hay quien pueda
Discernir cuál es malo ó cuál es bueno,
Cuál es GARCILASISTA ó TIMONEDA.
Pero un mancebo, de ignorancia ajeno,
Grande escudriñador de toda historia,
Rayo en la pluma, y en la voz un trueno,
Llegó, tan rica el alma de memoria,
De sana voluntad y entendimiento,
Que fué de Febo y de las Musas gloria.
Con éste aceleróse el vencimiento,
Porque supo decir: «Este merece
Gloria, pero aquel no, sino tormento.»
Y como ya con distincion parece
El justo y el injusto combatiente,
El gusto al paso de la pena crece.
Tú, PEDRO MANTÜANO el excelente,
Fuiste quien distinguió de la confusa
Máquina el que es cobarde del valiente.
JULIAN DE ALMENDÁRIZ no rehusa,
Puesto que llegó tarde, en dar socorro
Al rubio Delio con su ilustre musa.
Por las rucias que peino, que me corro
De ver que las comedias endiabladas
Por divinas se pongan en el corro;
Y á pesar de las limpias y atildadas
Del cómico mejor de nuestra Hesperia,
Quieren ser conocidas y pagadas.
Mas no ganaron mucho en esta feria,
Porque es discreto el vulgo de la córte,
Aunque le toca la comun miseria.
De llano no le deis; dadle de córte,
Estancias Polifemas, al poeta
Que no os tuviere por su guía y norte.

Inimitables sois, y á la discreta
Gala que descubris en lo escondido,
Toda elegancia puede estar sujeta.
Con estas municiones el partido
Nuestro se mejoró de tal manera,
Que el contrario se tuvo por vencido.
Cayó su presuncion soberbia y fiera,
Derrúmbanse del monte abajo cuantos
Presumieron subir por la ladera.
La voz prolija de sus roncos cantos
El mal suceso con rigor la vuelve
En interrotos y funestos llantos.
Tal hubo, que cayendo se resuelve
De asirse de una zarza ó cabrahigo,
Y en llanto, á lo de Ovidio, se disuelve.
Cuatro se arracimaron á un quejigo,
Como enjambre de abejas desmandada,
Y le estimaron por el lauro amigo.
Otra cuadrilla, vírgen por la espada
Y adúltera de lengua, dió la cura
A sus piés de su vida almidonada.
Bartolomé llamado de Segura
El toque casi fué del vencimiento :
Tal es su ingenio y tal es su cordura.
Resonó en esto por el vago viento
La voz de la vitoria, repetida
Del número escogido en claro acento.
La miserable, la fatal caida
De las musas del limpio Tagarete
Fué largos siglos con dolor plañida.
A la parte del llanto (¡ay me!) se mete
Zapardïel, famoso por su pesca,
Sin que un pequeño instante se quïete.

La voz de la vitoria se refresca;
Vitoria suena aquí, y allí vitoria,
Adquirida por nuestra soldadesca,
Que canta alegre la alcanzada gloria.

CAPÍTULO VIII.

Al caer de la máquina excesiva
Del escuadron poético arrogante,
Que en su no vista muchedumbre estriba,
Un poeta, mancebo y estudiante,
Dijo : «Caí : paciencia; que algun dia
Será la nuestra, mi valor mediante.
»De nuevo afilaré la espada mia,
Digo, mi pluma, y cortaré de suerte,
Que dé nueva excelencia á la porfía.
»Que ofrece la comedia, si se advierte,
Largo campo al ingenio, donde pueda
Librar su nombre del olvido y muerte.
»Fué desto ejemplo Juan de Timoneda,
Que con sólo imprimir, se hizo eterno,
Las comedias del gran Lope de Rueda.
»Cinco vuelcos daré en el propio infierno
Por hacer recitar una que tengo,
Nombrada *El gran Bastardo de Salerno*.
»¡Guarda, Apolo, que baja! Aguarde Rengo
El golpe de la mano más gallarda
Que ha visto el tiempo en su discurso luengo.»
En esto, el claro són de una bastarda,
Alas pone en los piés de la vencida
Gente del mundo perezosa y tarda.

Con la esperanza del vencer perdida,
No hay quien no atienda con ligero paso,
Si no á la honra, á conservar la vida.
Desde las altas cumbres del Parnaso,
De un salto, uno se puso en Guadarrama;
Nuevo, no visto y verdadero caso.
Y al mismo paso la parlera fama
Cundió del vencimiento la alta nueva,
Desde el claro Caïstro hasta Jarama.
Lloró la gran vitoria el turbio Esgueva,
Pisuerga la rió, rióla Tajo,
Que en vez de arena, granos de oro lleva.
Del cansancio del polvo y del trabajo,
Las rubicundas hebras de Timbreo
Del color se pararon de oro bajo;
Pero viendo cumplido su deseo,
Al són de la guitarra mercuriesca
Hizo de la gallarda un gran paseo.
Y de Castalia en la corriente fresca
El rostro se lavó, y quedó luciente
Como de acero la segur turquesca.
Pulióse luégo, y adornó su frente
De majestad, mezclada con dulzura,
Indicios claros del placer que siente.
Las reinas de la humana hermosura
Salieron de do estaban retiradas
Miéntras duraba la contienda dura;
Del árbol siempre verde coronadas,
Y en medio la divina Poesía,
Todas de nuevas galas adornadas.
Melpomene, Tersícore y Talía,
Polimnia, Urania, Erato, Euterpe y Clio,
Y Caliope, hermosa en demasía,

Muestran ufanas su destreza y brío,
Tejiendo una entrincada y nueva danza
Al dulce són de un instrumento mio.
Mio, no dije bien, mentí á la usanza
De aquel que dice propios los ajenos
Versos, que son más dignos de alabanza.
Los anchos prados y los campos llenos
Están de las escuadras vencedoras,
Que siempre van á más, y nunca á ménos;
Esperando de ver de sus mejoras
El colmo, con los premios merecidos
Por el sudor y aprieto de seis horas.
Piensan ser los llamados escogidos;
Todos á premios de grandeza aspiran;
Tiénense en más de lo que son tenidos;
Ni á calidades ni riquezas miran;
A su ingenio se atiene cada uno,
Y si hay cuatro que aciertan, mil deliran.
Mas Febo, que no quiere que ninguno
Quede quejoso dél, mandó á la Aurora
Que vaya, y coja *in tempore oportuno*
De las faldas floríferas de Flora
Cuatro tabaques de purpúreas rosas,
Y seis de perlas de las que ella llora.
Y de las nueve por extremo hermosas
Las coronas pidió, y al darlas ellas,
En nada se mostraron perezosas.
Tres, á mi parecer, de las más bellas
A Parténope sé que se enviaron,
Y fué Mercurio el que partió con ellas.
Tres sugetos las otras coronaron,
Allí en el mesmo monte peregrinos,
Con que su patria y nombre eternizaron.

Tres cupieron á España, y tres divinos
Poetas se adornaron la cabeza,
De tanta gloria justamente dinos.
La envidia, monstruo de naturaleza
Maldita y carcomida, ardiendo en saña,
A murmurar del sacro dón empieza.
Dijo : «¿Será posible que en España
Haya nueve poetas laureados?
Alta es de Apolo, pero simple, hazaña.»
Los demas de la turba, defraudados
Del esperado premio, repetian
Los himnos de la envidia mal cantados.
Todos por laureados se tenian
En su imaginacion, ántes del trance,
Y al cielo quejas de su agravio envian.
Pero ciertos poetas de romance,
Del generoso premio hacer esperan,
A despecho de Febo, presto alcance.
Otros, aunque latinos, desesperan
De tocar del laurel sólo una hoja,
Aunque del caso en la demanda mueran.
Véngase ménos el que más se enoja,
Y alguno se tocó sienes y frente;
Que de estar coronado se le antoja.
Pero todo deseo impertinente
Apolo resfrió, premiando á cuantos
Poetas tuvo el escuadron valiente.
De rosas, de jazmines y amarantos
Flora le presentó cinco cestones,
Y la Aurora, de perlas otros tantos.
Estos fueron, lector dulce, los dones
Que Delio repartió con larga mano
Entre los poetísimos varones,

Quedando alegre cada cual y ufano
Con un puño de perlas y una rosa,
Estimando este premio sobrehumano.
  Y porque fuese más maravillosa
La fiesta y regocijo que se hacia
Por la vitoria insigne y prodigiosa,
  La buena, la importante Poesía
Mandó traer la bestia cuya pata
Abrió la fuente de Castalia fria.
  Cubierta de finísima escarlata,
Un lacayo la trujo en un instante,
Tascando un freno de bruñida plata.
  Envidiarle pudiera Rocinante
Al gran Pegaso, de presencia brava,
Y áun Brilladoro, el del señor de Anglante.
  Con no sé cuántas alas adornaba
Manos y piés, indicio manifiesto
Que en ligereza al viento aventajaba.
  Y por mostrar cuán ágil y cuán presto
Era, se alzó del suelo cuatro picas,
Con un denuedo y ademan compuesto.
  Tú, que me escuchas, si el oido aplicas
Al dulce cuento deste gran *Viaje*,
Cosas nuevas oirás, de gusto ricas.
  Era del bel troton todo el herraje
De durísima plata diamantina,
Que no recibe del pisar ultraje.
  De la color que llaman columbina,
De raso en una funda trae la cola,
Que suelta, con el suelo se avecina.
  Del color del carmin ó de amapola
Eran sus clines, y su cola gruesa,
Ellas solas al mundo, y ella sola.

Tal vez anda despacio, y tal apriesa;
Vuela tal vez, y tal hace corvetas;
Tal quiere relinchar, y luego cesa.
¡Nueva felicidad de los poetas!
Unos sus excrementos recogian
En dos de cuero grandes barjuletas.
Pregunté para qué lo tal hacian;
Respondióme Cilenio á lo bellaco,
Con no sé qué vislumbres de ironía:
«Esto que se recoge es el tabaco,
Que á los vaguidos sirve de cabeza
De algun poeta de celebro flaco.
»Urania de tal modo lo adereza,
Que puesto á las narices del doliente,
Cobra salud y vuelve á su entereza.»
Un poco, entónces, arrugué la frente,
Ascos haciendo del remedio extraño,
Tan de los ordinarios diferente.
«Recibes, dijo Apolo, amigo, engaño;
Leyóme el pensamiento. Este remedio
De los vaguidos cura y sana el daño.
»No come este rocin lo que en asedio
Duro y penoso comen los soldados,
Que están entre la muerte y hambre en medio:
»Son deste tal los piensos regalados,
Ambar y almizcle entre algodones puesto,
Y bebe del rocío de los prados.
»Tal vez le damos de almidon un cesto,
Tal de algarrobas, con que el vientre llena,
Y no se estriñe ni se va por esto.
»—Sea, le respondí, muy norabuena;
Tieso estoy de celebro por ahora;
Vaguido alguno no me causa pena.»

La nuestra, en esto, universal señora,
Digo, la Poesía verdadera,
Que con Timbreo y con las Musas mora,
En vestido subcinto, á la ligera
El monte discurrió y abrazó á todos,
Hermosa sobre modo y placentera.
«¡Oh sangre vencedora de los godos!
Dijo; de aquí adelante ser tratada
Con mas süaves y discretos modos
»Espero ser, y siempre respetada
Del ignorante vulgo, que no alcanza
Que, puesto que soy pobre, soy honrada.
»Las riquezas os dejo en esperanza,
Pero no en posesion; premio seguro,
Que al reino aspira de la inmensa holganza.
»Por la belleza deste monte os juro
Que quisiera al más mínimo entregalle
Un privilegio de cien mil de juro.
»Mas no produce minas este valle,
Aguas sí, salutíferas y buenas,
Y monas que de cisnes tienen talle.
»Volved á ver ¡oh amigos! las arenas
Del aurífero Tajo en paz segura,
Y en dulces horas, de pesar ajenas.
»Que esta inaudita hazaña os asegura
Eterno nombre, en tanto que dé Febo
Al mundo aliento y luz serena y pura.»
¡Oh maravilla nueva! ¡oh caso nuevo,
Digno de admiracion que cause espanto,
Cuya extrañeza me admiró de nuevo!
Morfeo, el dios del sueño, por encanto
Allí se apareció, cuya corona
Era de ramos del beleño santo,

Flojísimo de brío y de persona,
De la Pereza torpe acompañado,
Que no le deja á vísperas ni á nona.
Traia al Silencio á su derecho lado,
El Descuido al siniestro, y el vestido
Era de blanda lana fabricado.
De las aguas que llaman del olvido
Traia un gran caldero, y de un hisopo
Venía como aposta prevenido.
Asia á los poetas por el hopo,
Y aunque el caso los rostros les volvia
En color encendida de piropo,
Él nos bañaba con el agua fria,
Causándonos un sueño de tal suerte,
Que dormimos un dia y otro dia.
Tal es la fuerza del licor, tan fuerte
Es de las aguas la virtud, que pueden
Competir con los fueros de la muerte.
Hace el ingenio alguna vez que queden
Las verdades sin crédito ninguno,
Por ver que á toda contingencia exceden.
Al despertar del sueño así importuno,
Ni vi monte, ni monta, dios, ni diosa,
Ni de tanto poeta vide alguno;
Por cierto extraña y nunca vista cosa.
Despabilé la vista, y parecióme
Verme en medio de una ciudad famosa.
Admiracion y grima el caso dióme;
Torné á mirar, porque el temor ó engaño
No de mi buen discurso el paso tome,
Y díjeme á mí mismo: «No me engaño:
Esta ciudad es Nápoles la ilustre,
Que yo pisé sus ruas más de un año;

»De Italia gloria, y áun del mundo lustre,
Pues de cuantas ciudades él encierra,
Ninguna puede haber que así le ilustre:
»Apacible en la paz, dura en la guerra,
Madre de la abundancia y la nobleza,
De elíseos campos y agradable sierra.
»Si vaguidos no tengo de cabeza,
Paréceme que está mudada en parte
De sitio, aunque en aumento de belleza.
»¿Qué teatro es aquel, donde reparte
Con él cuanto contiene de hermosura
La gala, la grandeza, industria y arte?
»Sin duda el sueño en mis palpebras dura,
Porque éste es edificio imaginado,
Que excede á toda humana compostura.»
Llegóse en esto á mí, disimulado,
Un mi amigo, llamado Promontorio,
Mancebo en dias, pero gran soldado.
Creció la admiracion viendo notorio
Y palpable que en Nápoles estaba,
Espanto á los pasados acesorio.
Mi amigo tiernamente me abrazaba,
Y con tenerme entre sus brazos, dijo
Que del estar yo allí mucho dudaba.
Llamóme padre, y yo llaméle hijo;
Quedó con esto la verdad en punto,
Que aquí puede llamarse punto fijo.
Díjome Promontorio: «Yo barrunto,
Padre, que algun gran caso á vuestras canas
Las trae tan léjos ya semidifunto.
»—En mis horas tan frescas y tempranas
Esta tierra habité, hijo, le dije,
Con fuerzas más brïosas y lozanas.

»Pero la voluntad que á todos rige,
Digo, el querer del cielo, me ha traido
A parte que me alegra más que aflige.»
Dijera más, sino que un gran rüido
De pífanos, clarines y tambores
Me azoró el alma y alegró el oido.
Volví la vista al són, vi los mayores
Aparatos de fiesta que vió Roma
En sus felices tiempos y mejores.
Dijo mi amigo: «Aquel que ves que asoma
Por aquella montaña contrahecha,
Cuyo brío al de Marte oprime y doma,
»Es un alto sugeto, que deshecha
Tiene á la envidia en rabia, porque pisa
De la virtud la senda más derecha;
»De gravedad y condicion tan lisa,
Que suspende y alegra á un mismo instante,
Y con su aviso al mismo aviso avisa.
»Mas quiero, ántes que pases adelante
En ver lo que verás, si estás atento,
Darte del caso relacion bastante.
»Será DON JUAN DE TÁSIS de mi cuento
Principio, porque sea memorable,
Y lleguen mis palabras á mi intento.
»Este varon, en liberal notable,
Que una *mediana villa* le hace conde,
Siendo rey en sus obras admirable;
»Este, que sus haberes nunca esconde,
Pues siempre los reparte ó los derrama,
Ya sepa adónde ó ya no sepa adónde;
»Este, á quien tiene tan en fil la fama
Puesta la alteza de su nombre claro,
Que liberal y pródigo se llama,

»Quiso, pródigo aquí, y allí no avaro,
Primer mantenedor ser de un torneo,
Que á fiestas sobrehumanas le comparo.
»Responden sus grandezas al deseo
Que tiene de mostrarse alegre, viendo
De España y Francia el regio himeneo.
»Y este que escuchas, duro, alegre estruendo,
Es señal que el torneo se comienza,
Que admira por lo rico y estupendo.
»Arquimedes el grande se avergüenza
De ver que este teatro milagroso
Su ingenio apoque y á sus trazas venza.
»Digo, pues, que el mancebo generoso
Que allí desciende de encarnado y plata,
Sobre todo mortal curso brioso,
»Es el Conde de Lémos, que dilata
Su fama con sus obras por el mundo,
Y que lleguen al cielo en tierra trata;
»Y aunque sale el primero, es el segundo
Mantenedor, y en buena cortesía
Esta ventaja califico y fundo.
»El Duque de Nocera, luz y guía
Del arte militar, es el tercero
Mantenedor deste festivo dia.
»El cuarto, que pudiera ser primero,
Es de Santelmo el fuerte castellano,
Que al mesmo Marte en el valor prefiero.
»El quinto es otro Enéas el troyano,
Arrociolo, que gana en ser valiente
Al que fué verdadero, por la mano.»
El gran concurso y número de gente
Estorbó que adelante prosiguiese
La comenzada relacion prudente.

Por esto le pedí que me pusiese
Adonde sin ningun impedimento
El gran progreso de las fiestas viese;
Porque luego me vino al pensamiento
De ponerlas en verso numeroso,
Favorecido del fébeo aliento.
Hízolo así, y yo vi lo que no oso
Pensar, que no decir; que aquí se acorta
La lengua y el ingenio más curioso.
Que se pase en silencio es lo que importa,
Y que la admiracion supla esta falta,
El mesmo grandïoso caso exhorta;
Puesto que despues supe que con alta
Magnífica elegancia milagrosa,
Donde ni sobra punto ni le falta,
El curioso don Juan de Oquina en prosa
La puso, y dió á la estampa para gloria
De nuestra edad, por esto venturosa.
Ni en fabulosa ó verdadera historia
Se halla que otras fiestas hayan sido,
Ni puedan ser, más dignas de memoria.
Desde allí, y no sé cómo, fuí traido
Adonde vi al gran Duque de Pastrana
Mil parabienes dar de bien venido;
Y que la fama, en la verdad ufana,
Contaba que agradó con su presencia
Y con su cortesía sobrehumana;
Que fué nuevo Alejandro en la excelencia
Del dar; que satisfizo á todo cuanto
Puede mostrar rëal magnificencia.
Colmo de admiracion, lleno de espanto,
Entré en Madrid en traje de romero,
Que es granjería el parecer ser santo;

Y desde léjos me quitó el sombrero
El famoso Acevedo, y dijo: *A Dio;*
Voi siate il ben venuto, cavaliero;
So parlar zenoese, e tusco anch'io.
Y respondí: *La vostra signoria*
Sia la ben trovata, padron mio.
Topé á Luis Velez, lustre y alegría,
Y discrecion del trato cortesano,
Y abracéle en la calle á mediodía.
El pecho, el alma, el corazon, la mano
Dí á Pedro de Morales, y un abrazo,
Y alegre recebí á Justiniano.
Al volver de una esquina sentí un brazo
Que el cuello me ceñia, miré cúyo,
Y más que gusto, me causó embarazo,
Por ser uno de aquellos (no rehuyo
Decirlo) que al contrario se pasaron,
Llevados del cobarde intento suyo.
Otros dos al del Layo se llegaron,
Y con la risa falsa del conejo
Y con muchas zalemas me hablaron.
Yo, socarron, yo, poeton ya viejo,
Volvíles á lo tierno las saludes,
Sin mostrar mal talante ó sobrecejo.
No dudes, ¡oh lector caro! no dudes,
Sino que suele el disimulo á veces
Servir de aumento á las demas virtudes.
Dínoslo tú, David, que aunque pareces
Loco en poder de Aquís, de tu cordura,
Fingiendo el loco, la grandeza ofreces.
Dejélos, esperando coyuntura
Y ocasion más secreta para dalles
Vejámen de su miedo ó su locura.

Si encontraba poetas por las calles,
Me ponia á pensar si eran de aquellos
Huidos, y pasaba sin hablalles.
Poníanseme yertos los cabellos,
De temor no encontrase algun poeta
De tantos que no pude conocellos,
Que con puñal buïdo ó con secreta
Almarada me hiciese un agujero,
Que fuese al corazon por via reta;
Aunque no es éste el premio que yo espero
De la fama que á tantos he adquirido
Con alma grata y corazon sincero.
Un cierto mancebito cuellierguido,
En profesion poeta, y en el traje
A mil leguas por godo conocido,
Lleno de presuncion y de coraje,
Me dijo: «Bien sé yo, señor Cervántes,
Que puedo ser poeta, aunque soy paje.
»Cargastes de poetas ignorantes,
Y dejástesme á mí, que ver deseo
Del Parnaso las fuentes elegantes.
»Que caducais, sin duda alguna creo:
Creo, no digo bien; mejor diria
Que toco esta verdad y que la veo.»
Otro, que, al parecer, de argentería,
De nácar, de cristal, de perlas y oro
Sus infinitos versos componia,
Me dijo, bravo cual corrido toro:
»No sé yo para qué nadie me puso
En lista con tan bárbaro decoro.
»—Así el discreto Apolo lo dispuso,
A los dos respondí, y en este hecho,
De ignorancia ó malicia no me acuso.»

Fuíme con esto, y lleno de despecho,
Busqué mi antigua y lóbrega posada,
Y arrojéme molido sobre el lecho;
Que cansa, cuando es larga, una jornada.

ADJUNTA AL PARNASO.

Algunos dias estuve reparándome de tan largo viaje, al cabo de los cuales salí á ver y á ser visto, y á recebir parabienes de mis amigos, y malas vistas de mis enemigos; que puesto que pienso que no tengo ninguno, todavía no me aseguro de la comun suerte. Sucedió, pues, que saliendo una mañana del monesterio de Atocha, se llegó á mí un mancebo, al parecer, de veinte y cuatro años, poco más ó ménos, todo limpio, todo aseado y todo crujiendo gorgoranes, pero con un cuello tan grande y tan almidonado, que creí que para llevarle fueran menester los hombros de otro Atlante. Hijos deste cuello eran dos puños chatos, que comenzando de las muñecas, subian y trepaban por las canillas del brazo arriba, que parecia que iban á dar asalto á las barbas. No he visto yo hiedra tan codiciosa de subir desde el pié de la muralla donde se arrima hasta las almenas, como el ahinco que llevaban estos puños á ir á darse de puñadas con los codos; finalmente, la exorbitancia del cuello y puños era tal, que en el cuello se escondia y sepultaba el rostro, y en los puños los brazos. Digo, pues, que el tal mancebo se llegó á mí, y con voz grave y reposada me dijo :

«¿Es por ventura vuesa merced el señor MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA, el que há pocos dias que vino del Parnaso?» A esta pregunta, creo sin duda que perdí la color del rostro, porque en un instante imaginé y dije entre mí: «¿Si es éste alguno de los poetas que puse ó dejé de poner en mi *Viaje*, y viene ahora á darme el pago que él se imagina se me debe?» Pero, sacando fuerzas de flaqueza, le respondí: «Yo, señor, soy el mesmo que vuesa merced dice; ¿qué es lo que se me manda?» El luego, en oyendo esto, abrió los brazos y me los echó al cuello, y sin duda me besára en la frente, si la grandeza del cuello no lo impidiera, y díjome: «Vuesa merced, señor CERVÁNTES, me tenga por su servidor y por su amigo, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, así por sus obras como por la fama de su apacible condicion.» Oyendo lo cual, respiré, y los espíritus, que andaban alborotados, se sosegaron; y abrazándole yo tambien con recato de no ajarle el cuello, le dije: «Yo no conozco á vuesa merced, si no es para servirle; pero por las muestras bien se me trasluce que vuesa merced es muy discreto y muy principal; calidades que obligan á tener en veneracion á la persona que las tiene.» Con éstas, pasamos otras corteses razones, y anduvieron por alto los ofrecimientos, y de lance en lance me dijo: «Vuesa merced sabrá, señor CERVÁNTES, que yo, por la gracia de Apolo, soy poeta, ó á lo ménos deseo serlo, y mi nombre es Pancracio de Roncesvalles.

Miguel. Nunca tal creyera, si vuesa merced no me lo hubiera dicho por su mesma boca.

Pancracio. Pues ¿por qué no lo creyera vuesa merced?

Mig. Porque los poetas por maravilla andan tan atildados

como vuesa merced, y es la causa, que como son de ingenio tan altaneros y remontados, ántes atienden á las cosas del espíritu que á las del cuerpo. «Yo, señor, dijo él, soy mozo, soy rico y soy enamorado; partes que deshacen en mí la flojedad que infunde la poesía. Por la mocedad tengo brío; con la riqueza, con qué mostrarle; y con el amor, con qué no parecer descuidado.—Las tres partes del camino, le dije yo, se tiene vuestra merced andadas para llegar á ser buen poeta.

Panc. ¿Cuáles son?

Mig. La de la riqueza y la del amor; porque los partos de los ingenios de la persona rica y enamorada son asombros de la avaricia y estímulos de la liberalidad, y en el poeta pobre, la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento. Pero dígame vuesa merced, por su vida: ¿de qué suerte de menestra poética gasta ó gusta más? A lo que respondió: «No entiendo eso de menestra poética.

Mig. Quiero decir, que á qué género de poesía es vuesa merced más inclinado, al lírico, al heroico ó al cómico.—A todos estilos me amaño, respondió él; pero en el que más me ocupo es en el cómico.

Mig. Desa manera, ¿habrá vuesa merced compuesto algunas comedias?

Panc. Muchas, pero sólo una se ha representado.

Mig. ¿Pareció bien?

Panc. Al vulgo no.

Mig. ¿Y á los discretos?

Panc. Tampoco.

Mig. ¿La causa?

Panc. La causa fué, que la achacaron que era larga en los razonamientos, no muy pura en los versos, y desmayada en la invencion.—Tachas son éstas, respondí yo, que pudieran hacer parecer malas las del mesmo Plauto.

—Y más, dijo él, que no pudieron juzgalla, porque no la dejaron acabar, segun la gritaron. Con todo esto, la echó el autor para otro dia; pero porfiar que porfiar: cinco personas vinieron apénas.

—Créame vuesa merced, dije yo, que las comedias tienen dias, como algunas mujeres hermosas; y que esto de acertarlas bien, va tanto en la ventura como en el ingenio. Comedia he visto yo apedreada en Madrid, que la han laureado en Toledo; y no por esta primer desgracia deje vuesa merced de proseguir en componerlas; que podrá ser que cuando ménos lo piense, acierte con alguna que le dé crédito y dineros.

—De los dineros no hago caso, respondió él; más preciaria la fama que cuanto hay; porque es cosa de grandísimo gusto y de no ménos importancia ver salir mucha gente de la comedia, todos contentos, y estar el poeta que la compuso, á la puerta del teatro, recibiendo parabienes de todos.

—Sus descuentos tienen esas alegrías, le dije yo; que tal vez suele ser la comedia tan pésima, que no hay quien alce los ojos á mirar al poeta, ni áun él pára cuatro calles del coliseo, ni áun los alzan los que la recitaron, avergonzados y corridos de haberse engañado y escogídola por buena.

—Y vuesa merced, señor Cervántes, dijo él, ¿ha sido aficionado á la carátula? ¿ha compuesto alguna comedia?

—Sí, dije yo: muchas; y á no ser mias, me parecieran

dignas de alabanza, como lo fueron *Los Tratos de Argel*, *La Numancia*, *La gran Turquesca*, *La Batalla naval*, *La Jerusalen*, *La Amaranta ó la del Mayo*, *El Bosque amoroso*, *La Única* y *La bizarra Arsinda*, y otras muchas de que no me acuerdo; mas la que yo más estimo y de la que más me precio, fué y es, de una llamada *La Confusa*, la cual, con paz sea dicho de cuantas comedias de capa y espada hasta hoy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores.

Panc. Y ¿agora tiene vuesa merced algunas?

Mig. Seis tengo, con otros seis entremeses.

Panc. Pues ¿por qué no se representan?

Mig. Porque ni los autores me buscan, ni yo los voy á buscar á ellos.

Panc. No deben de saber que vuesa merced las tiene.

Mig. Sí saben; pero, como tienen sus poetas paniaguados, y les va bien con ellos, no buscan pan de trastrigo; pero yo pienso darlas á la estampa, para que se vea de espacio lo que pasa apriesa, y se disimula ó no se entiende cuando las representan; y las comedias tienen sus sazones y tiempos, como los cantares.»

Aquí llegábamos con nuestra plática, cuando Pancracio puso la mano en el seno, y sacó dél una carta con su cubierta, y besándola, me la puso en la mano; leí el sobrescrito, y vi que decia desta manera:

«A Miguel de Cervántes Saavedra, en la calle de »las Huertas, frontero de las casas donde solia vivir el Prín»cipe de Marruecos, en Madrid.» Al porte: «Medio real», digo, diez y siete maravedís.

Escandalizóme el porte, y de la declaracion del medio

real, digo, diez y siete; y volviéndosela, le dije: «Estando yo en Valladolid, llevaron una carta á mi casa para mí, con un real de porte; recibióla y pagó el porte una sobrina mia, que nunca ella le pagára; pero dióme por disculpa que muchas veces me habia oido decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico y en el porte de las cartas, ora sean de amigos ó de enemigos; que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se puede tomar algun indicio de sus pensamientos. Diéronmela, y venia en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal del *Don Quijote*; y de lo que me pesó fué del real, y propuse desde entónces de no tomar carta con porte; así que, si vuesa merced le quiere llevar desta, bien se la puede volver, que yo sé que no me puede importar tanto como el medio real que se me pide.» Ríose muy de gana el señor Roncesvalles, y díjome: «Aunque soy poeta, no soy tan mísero, que me aficionen diez y siete maravedís. Advierta vuesa merced, señor CERVÁNTES, que esta carta por lo ménos es del mesmo Apolo; él la escribió no há veinte dias en el Parnaso, y me la dió para que á vuesa merced la diese; vuesa merced la lea, que yo sé que le ha de dar gusto.

—Haré lo que vuesa merced me manda, respondí yo; pero quiero que ántes de leerla, vuesa merced me la haga de decirme cómo, cuándo y á qué fué al Parnaso.» Y él respondió: «Cómo fuí, fué por mar, y en una fragata que yo y otros diez poetas fletamos en Barcelona; cuándo fuí, fué seis dias despues de la batalla que se dió entre los buenos y los malos poetas; á qué fuí, fué á hallarme en ella, por obligarme á ello la profesion mia.

—A buen seguro, dije yo, que fueron vuesas mercedes bien recebidos del señor Apolo.

Panc. Sí fuimos, aunque le hallamos muy ocupado á él y á las señoras Piérides, arando y sembrando de sal todo aquel término del campo donde se dió la batalla. Preguntéle para qué se hacia aquello, y respondióme que así como de los dientes de la serpiente de Cadmo habian nacido hombres armados, y de cada cabeza cortada de la hidra que mató Hércules habian renacido otras siete, y de las gotas de la sangre de la cabeza de Medusa se habia llenado de serpientes toda la Libia; de la mesma manera, de la sangre podrida de los malos poetas que en aquel sitio habian sido muertos, comenzaban á nacer, del tamaño de ratones, otros poetillas rateros, que llevaban camino de henchir toda la tierra de aquella mala simiente, y que por esto se araba aquel lugar y se sembraba de sal, como si fuera casa de traidores.»

En oyendo esto, abrí luego la carta, y vi que decia:

APOLO DELFICO

Á MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA,

SALUD.

«El señor Pancracio de Roncesvalles, llevador desta, dirá »á vuesa merced, señor MIGUEL DE CERVÁNTES, en qué »me halló ocupado el dia que llegó á verme con sus amigos. »Y yo digo que estoy muy quejoso de la descortesía que »conmigo se usó en partirse vuesa merced deste monte sin »despedirse de mí ni de mis hijas, sabiendo cuánto le soy »aficionado, y las Musas por el consiguiente; pero si se me »da por disculpa que le llevó el deseo de ver á su Mecénas

»el gran Conde de Lémos en las fiestas famosas de Nápoles, »yo la acepto, y le perdono.

»Despues que vuesa merced partió deste lugar, me han »sucedido muchas desgracias y me he visto en grandes aprie»tos, especialmente por consumir y acabar los poetas que »iban naciendo de la sangre de los malos que aquí murie»ron, aunque ya, gracias al cielo y á mi industria, este daño »está remediado.

»No sé si del ruido de la batalla, ó del vapor que arrojó »de sí la tierra, empapada en la sangre de los contrarios, me »han dado unos vaguidos de cabeza, que verdaderamente »me tienen como tonto, y no acierto á escribir cosa que sea »de gusto ni de provecho; así, si vuesa merced viere por allá »que algunos poetas, aunque sean de los más famosos, escri»ben y componen impertinencias y cosas de poco fruto, no los »culpe ni los tenga en ménos, sino que disimule con ellos; que »pues yo, que soy el padre y el inventor de la poesía, deliro »y parezco mentecato, no es mucho que lo parezcan ellos.

»Envio á vuesa merced unos privilegios, ordenanzas y »advertimientos, tocantes á los poetas; vuesa merced los »haga guardar y cumplir al pié de la letra; que para todo »ello doy á vuesa merced mi poder cumplido cuanto de »derecho se requiere.

»Entre los poetas que aquí vinieron con el señor Pancra»cio de Roncesvalles, se quejaron algunos de que no iban »en la lista de los que Mercurio llevó á España, y que así »vuesa merced no los habia puesto en su *Viaje*. Yo les dije »que la culpa era mia, y no de vuesa merced; pero que el »remedio deste daño estaba en que procurasen ellos ser fa»mosos por sus obras; que ellas por sí mismas les darian fama

»y claro renombre, sin andar mendigando ajenas alabanzas.

»De mano en mano, si se ofreciere ocasion de mensaje»ro, iré enviando más privilegios y avisando de lo que en »este monte pasáre. Vuesa merced haga lo mesmo, avisán»dome de su salud y de la de todos los amigos.

»Al famoso Vicente Espinel dará vuesa merced mis en»comiendas, como á uno de los más antiguos y verdaderos »amigos que yo tengo.

»Si don Francisco de Quevedo no hubiere partido para »venir á Sicilia, donde le esperan, tóquele vuesa merced la »mano, y dígale que no deje de llegar á verme, pues esta»rémos tan cerca; que cuando aquí vino, por la súbita par»tida no tuve lugar de hablarle.

»Si vuesa merced encontráre por allá algun tránsfuga de »los veinte que se pasaron al bando contrario, no les diga »nada ni los aflija; que harta mala ventura tienen, pues son »como demonios, que se llevan la pena y la confusion con »ellos mesmos do quiera que vayan.

»Vuesa merced tenga cuenta con su salud y mire por »sí, y guárdese de mí, especialmente en los caniculares; que »aunque le soy amigo, en tales dias no va en mi mano, ni »miro en obligaciones ni en amistades.

»Al señor Pancracio de Roncesvalles téngale vuesa mer»ced por amigo y comuníquelo; y pues es rico, no se le dé »nada que sea mal poeta. Y con esto, nuestro Señor guarde »á vuesa merced, como puede y yo deseo. Del Parnaso, »á 22 de Julio, el dia que me calzo las espuelas para subir»me sobre la Canícula, 1614.

Servidor de vuesa merced,

APOLO LUCIDO.

En acabando la carta, vi que en un papel aparte venia escrito:

PRIVILEGIOS, ORDENANZAS Y ADVERTENCIAS QUE APOLO ENVIA Á LOS POETAS ESPAÑOLES.

«Es el primero, que algunos poetas sean conocidos tanto por el desaliño de sus personas como por la fama de sus versos.

»Item, que si algun poeta dijere que es pobre, sea luego creido por su simple palabra, sin otro juramento ó averiguacion alguna.

»Ordénase que todo poeta sea de blanda y de suave condicion, y que no mire en puntos, aunque los traiga sueltos en sus medias.

»Item, que si algun poeta llegáre á casa de algun su amigo ó conocido, y estuviere comiendo y le convidáre, que aunque él jure que ya ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza; que en tal caso no se le hará muy grande.

»Item, que el más pobre poeta del mundo, como no sea de los Adanes y Matusalenes, pueda decir que es enamorado, aunque no lo esté, y poner el nombre á su dama como más le viniere á cuento, ora llamándola Amarili, ora Anarda, ora Clori, ora Fílis, ora Fílida, ó ya Juana Tellez, ó como más gustáre, sin que desto se le pueda pedir ni pida razon alguna.

»Item, se ordena que todo poeta, de cualquier calidad y condicion que sea, sea tenido y le tengan por hijodalgo, en razon del generoso ejercicio en que se ocupa, como son

tenidos por cristianos viejos los niños que llaman de la piedra.

»Item, se advierte que ningun poeta sea osado de escribir versos en alabanzas de príncipes y señores, por ser mi intencion y advertida voluntad que la lisonja ni la adulacion no atraviesen los umbrales de mi casa.

»Item, que todo poeta cómico que felizmente hubiere sacado á luz tres comedias, pueda entrar sin pagar en los teatros, si ya no fuere la limosna de la segunda puerta, y áun ésta, si pudiese ser, la excuse.

»Item, se advierte que si algun poeta quisiere dar á la estampa algun libro que él hubiere compuesto, no se dé á entender que por dirigirle á algun monarca el tal libro ha de ser estimado, porque si él no es bueno, no le adobará la direccion, aunque sea hecha al Prior de Guadalupe.

»Item, se advierte que todo poeta no se desprecie de decir que lo es; que si fuere bueno, será digno de alabanza, y si malo, no faltará quien lo alabe; que cuando nace la escoba, etc.

»Item, que todo buen poeta pueda disponer de mí y de lo que hay en el cielo á su beneplácito; conviene á saber: que los rayos de mi cabellera los pueda trasladar y aplicar á los cabellos de su dama, y hacer dos soles sus ojos, que conmigo serán tres, y así andará el mundo más alumbrado; y de las estrellas, signos y planetas puede servirse de modo, que cuando ménos lo piense, la tenga hecha una esfera celeste.

»Item, que todo poeta á quien sus versos le hubieren dado á entender que lo es, se estime y tenga en mucho, ateniéndose á aquel refran: «Ruin sea el que por ruin se tiene.»

»Item, se ordena que ningun poeta grave haga corrillo en lugares públicos, recitando sus versos; que los que son buenos, en las aulas de Aténas se habian de recitar, que no en las plazas.

»Item, se da aviso particular que si alguna madre tuviere hijos pequeñuelos, traviesos y llorones, los pueda amenazar y espantar con el coco, diciéndoles: «Guardaos, niños, que viene el poeta Fulano, que os echará con sus malos versos en la sima de Cabra ó en el pozo Airon.»

»Item, que los dias de ayuno no se entienda que los ha quebrantado el poeta que aquella mañana se ha comido las uñas al hacer de sus versos.

»Item, se ordena que todo poeta que diere en ser espadachin, valenton y arrojado, por aquella parte de la valentía se le desagüe y vaya la fama que podia alcanzar por sus buenos versos.

»Item, se advierte que no ha de ser tenido por ladron el poeta que hurtáre algun verso ajeno y le encajáre entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera, que en tal caso tan ladron es como Caco.

»Item, que todo buen poeta, aunque no haya compuesto poema heroico ni sacado al teatro del mundo obras grandes, con cualesquiera, aunque sean pocas, pueda alcanzar renombre de divino, como le alcanzaron Garcilaso de la Vega, Francisco de Figueroa, el capitan Francisco de Aldana y Hernando de Herrera.

»Item, se da aviso que si algun poeta fuere favorecido de algun príncipe, ni le visite á menudo, ni le pida nada, sino déjese llevar de la corriente de su ventura; que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y los gu-

sarapos del agua, la tendrá de alimentar á un poeta, por sabandija que sea.»

En suma, éstos fueron los privilegios, advertencias y ordenanzas que Apolo me envió, y el señor Pancracio de Roncesvalles me trujo, con quien quedé en mucha amistad, y los dos quedamos de concierto de despachar un propio con la respuesta al señor Apolo, con las nuevas desta córte. Daráse noticia del dia, para que todos sus aficionados le escriban.

FIN DEL VIAJE DEL PARNASO.



POESIAS SUELTAS.

POESIAS SUELTAS.

A LA MUERTE DE LA REINA DOÑA ISABEL DE VALOIS.

Aquí el valor de la española tierra,
Aquí la flor de la francesa gente,
Aquí quien concordó lo diferente,
De oliva coronando aquella guerra:
Aquí en pequeño espacio veis se encierra
Nuestro claro lucero de occidente;
Aquí yace encerrada la excelente
Causa que nuestro bien todo destierra.
Mirad quién es el mundo y su pujanza,
Y cómo de la más alegre vida
La muerte lleva siempre la vitoria.
Tambien mirad la bienaventuranza
Que goza nuestra Reina esclarecida
En el eterno reino de la gloria.

AL MISMO ASUNTO.

Cuando dejaba la guerra
Libre nuestro hispano suelo,
Con un repentino vuelo
La mejor flor de la tierra
Fué trasplantada en el cielo;

Y al cortarla de su rama
El mortífero accidente,
Fué tan oculta á la gente,
Como el que no ve la llama
Hasta que quemar se siente.

AL MISMO ASUNTO.

Cuando un estado dichoso
Esperaba nuestra suerte,
Bien como ladron famoso
Vino la invencible muerte
A robar nuestro reposo;
Y metió tanto la mano
Aqueste fiero tirano
Por órden del alto cielo,
Que nos llevó deste suelo
El valor del sér humano.
¡Cuán amarga es tu memoria,
Oh dura y terrible faz!
Pero en aquesta vitoria,
Si llevaste nuestra Paz,
Fué para dalle más gloria.
Y aunque el dolor nos desuela,
Una cosa nos consuela:
Ver que al reino soberano
Ha dado un vuelo temprano
Nuestra muy cara Isabela.
Una alma tan limpia y bella,
Tan enemiga de engaños,
¿Qué pudo merecer ella,
Para que en tan tiernos años
Dejase el mundo de vella?

Dirás, muerte, en quien se encierra
La causa de nuestra guerra,
Para nuestro desconsuelo,
Que cosas que son del cielo,
No las merece la tierra.
Tanto de punto subiste
En el amor que mostraste,
Que ya que al cielo te fuiste,
En la tierra nos dejaste
Las prendas que más quisiste.
¡Oh Isabela, Eugenia, Clara,
Catalina á todos cara,
Claros luceros los dos,
No quiera y permita Dios
Se os muestre fortuna avara!

ELEGÍA,

EN NOMBRE DEL ESTUDIO DE LA VILLA, AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO CARDENAL DON DIEGO DE ESPINOSA, ETC.

¿A quién irá mi doloroso canto,
O en cúya oreja sonará su acento,
Que no deshaga el corazon en llanto?
A tí, gran Cardenal, yo le presento,
Pues vemos te ha cabido tanta parte
Del hado ejecutivo vïolento.
Aquí verás que el bien no tiene parte:
Todo es dolor, tristeza y desconsuelo
Lo que en mi triste canto se reparte.
¿Quién dijera, señor, que un solo vuelo
De una ánima beata al alta cumbre,
Pusiera en confusion al bajo suelo?

Mas ¡ay! que yace muerta nuestra lumbre:
El alma goza de perpétua gloria,
Y el cuerpo de terrena pesadumbre.
No se pase, señor, de tu memoria
Cómo en un punto la invencible muerte
Lleva de nuestras vidas la vitoria.
Al tiempo que esperaba nuestra suerte
Poderse mejorar, la santa mano
Mostró, por nuestro mal, su furia fuerte.
Entristeció á la tierra su verano,
Secó su paraíso fresco y tierno,
El ornato añubló del sér cristiano.
Volvió la primavera en frio invierno,
Trocó en pesar su gusto y alegría,
Tornó de arriba á bajo su gobierno.
Pasóse ya aquel sér, que ser solia
A nuestra oscuridad claro lucero,
Sosiego de la antigua tiranía.
A más andar el término postrero
Llegó, que dividió con furia insana
Del alma santa el corazon sincero.
Cuando ya nos venia la temprana
Dulce fruta del árbol deseado,
Vino sobre él la frígida mañana.
¿Quién detuvo el poder de Marte airado,
Que no pasase más el alto monte,
Con prisiones de nieve aherrojado?
No pisará ya más nuestro horizonte,
Que á los campos Elíseos es llevada,
Sin ver la oscura barca de Caronte.
A tí, fïel pastor de la manada
Seguntina, es justo y te conviene
Aligerarnos carga tan pesada.

Mira el dolor que el gran Filipo tiene:
Allí tu discrecion muestre el alteza
Que en tu divino ingenio se contiene.
Bien sé que le dirás que á la bajeza
De nuestra humanidad es cosa cierta
No tener sólo un punto de firmeza;
Y que si yace su esperanza muerta,
Y el dolor vida y alma le lastima,
Que á do la cierra Dios, abre otra puerta.
Mas ¿qué consuelo habrá, señor, que oprima
Algun tanto sus lágrimas cansadas,
Si una prenda perdió de tanta estima?
Y más si considera las amadas
Prendas que le dejó en la dulce vida,
Y con su amarga muerte lastimadas.
¡Alma bella, del cielo merecida!
Mira cuál queda el miserable suelo
Sin la luz de tu vista esclarecida:
Verás que en árbol verde no hace vuelo
El ave más alegre; ántes ofrece
En su amoroso canto triste duelo.
Contino en grave llanto se anochece
El triste dia, que te imaginamos
Con aquella virtud que no parece.
Mas deste imaginar nos consolamos
En ver que merecieron tus deseos
Que goces ya del bien que deseamos.
Acá nos quedarán por tus trofeos
Tu cristiandad, valor y gracia extraña,
De alma santa santísimos arreos.
De hoy más la sola y afligida España,
Cuando más sus clamores levantáre
Al sumo Hacedor y alta compaña;

Cuando más por salud le importunáre
Al término postrero que perezca,
Y en el último trance se halláre;
Sólo podrá pedirle que le ofrezca
Otra paz, otro amparo, otra ventura,
Que en obras y virtudes le parezca.
El vano confiar y la hermosura
¿De qué nos sirve, cuando en un instante
Damos en manos de la sepultura?
Aquel firme esperar, santo y constante,
Que concede á la fe su cierto asiento,
Y á la querida hermana ir adelante,
Adonde mora Dios, en su aposento
Nos puede dar lugar dulce y sabroso,
Libre de tempestad y humano viento.
Aquí, señor, el último reposo
No puede perturbarse, ni la vida
Tener más otro trance doloroso.
Aquí con nuevo sér es conducida,
Entre las almas del inmenso coro,
Nuestra Isabela, reina esclarecida.
Con tal sinceridad guardó el decoro
Do al precepto divino más se aspira,
Que merece gozar de tal tesoro.
¡Ay muerte! ¿contra quién tu amarga ira
Quisiste ejecutar para templarme
Con profundo dolor mi triste lira?
Si no os cansais, señor, ya de escucharme,
Añudaré de nuevo el roto hilo;
Que la ocasion es tal, que á desforzarme
Lágrimas pediré al corriente Nilo,
Un nuevo corazon al alto cielo,
Y á las más tristes musas triste estilo.

Diré que al duro mal, al grave duelo
Que á España en brazos de la muerte tiene,
No quiso Dios dejarle sin consuelo.
Dejóle al gran Filipo, que sostiene,
Cual firme basa al alto firmamento,
El bien ó desventura que le viene.
De aquesto vos llevais el vencimiento,
Pues deja en vuestros hombros esta carga
Del cielo y de la tierra y pensamiento.
La vida que en la vuestra así se encarga,
Muy bien puede vivir leda y segura,
Pues de tanto cuidado se descarga.
Gozando como goza tal ventura
El gran señor del ancho suelo hispano,
Su mal es ménos, y esta desventura.
Si el ánimo rëal, si el soberano
Tesoro le robó en un solo dia
La muerte airada con esquiva mano,
Regalos son que el sumo Dios envia
A aquel que ya le tiene aparejado
Sublime asiento en la alta hierarquía.
Quien goza quïetud siempre en su estado,
Y el efecto le acude á la esperanza,
Y á lo que quiere nada le es trocado;
Argúyese que poca confianza
Puede tenerse del que goce y vea
Con claros ojos bienaventuranza.
Cuando más favorable el mundo sea,
Cuando nos ria el bien todo delante,
Y venga al corazon lo que desea,
Tiénese de esperar que en un instante
Dará con ello la fortuna en tierra,
Que no fué ni será jamas constante.

Y aquel que no ha gustado de la guerra,
A do se aflige el cuerpo y la memoria,
Parece Dios del cielo le destierra.
Porque no se coronan en la gloria
Sino es los capitanes valerosos,
Que llevan de sí mesmos la vitoria.
Los amargos sospiros dolorosos,
Las lágrimas sin cuento que ha vertido
Quien nos puede en su vista hacer dichosos;
El perder á su hijo tan querido,
Aquel mirarse y verse cuál se halla
De todo su placer desposeido;
¿Qué se puede decir sino batalla,
Adonde le hemos visto siempre armado
Con la paciencia, que es muy fina malla?
Del alto cielo ha sido consolado
Con concederle acá vuestra persona,
Que mira por su honra y por su estado.
De aquí saldrá á gozar de una corona
Más rica, más preciosa y muy más clara
Que la que ciñe el hijo de Latona.
Con él vuestra virtud, al mundo rara,
Se tiene de extender de gente en gente,
Sin poderlo estorbar fortuna avara.
Resonará el valor tan excelente
Que os ciñe, cubre, ampara y os rodea,
De donde sale el sol hasta occidente.
Y allá en el alto alcázar do pasea
En mil contentos nuestra Reina amada,
Si puede desear, sólo desea
Que sea por mil siglos levantada
Vuestra grandeza, pues que se engrandece
El valor de su prenda deseada.

Que vuestro poderío se parece
Del católico rey la suma alteza,
Que desde un polo al otro resplandece.
De hoy más deje del llanto la fiereza
El afligida España, levantando
Con verde lauro ornada la cabeza.
Que mientra fuere el cielo mejorando
Del soberano rey la larga vida,
No es bien que se consuma lamentando.
Y en tanto que arribáre á la subida
De la inmortalidad vuestra alma pura,
No se entregue al dolor tan de corrida;
Y más, que el grave rostro de hermosura,
Por cuya ausencia vive sin consuelo,
Goza de Dios en la celeste altura.
¡Oh trueco glorïoso, oh santo celo,
Pues con gozar la tierra has merecido
Tender tus pasos por el alto cielo!
Con esto cese el canto dolorido,
Magnánimo señor, que por mal diestro,
Queda tan temeroso y tan corrido,
Cuanto yo quedo, gran señor, por vuestro.

AL ROMANCERO DE PEDRO DE PADILLA.

Ya que del ciego dios habeis cantado
El bien y el mal, la dulce fuerza y arte,
En la primera y la segunda parte,
Do está de amor el todo señalado;
Ahora con aliento descansado
Y con nueva virtud, que en vos reparte
El cielo, nos cantais del duro Marte
Las fieras armas y el valor sobrado.

Nuevos ricos mineros se descubren
De vuestro ingenio en la famosa mina,
Que á más alto deseo satisfacen;
Y con dar ménos de lo más que encubren,
A este ménos lo que es más se inclina,
Del bien que Apolo y que Minerva hacen.

AL HABITO DE FRAY PEDRO DE PADILLA.

Hoy el famoso Padilla
Con las muestras de su celo
Causa contento en el cielo,
Y en la tierra maravilla;
Porque, llevado del cebo
De amor, temor y consejo,
Se despoja el hombre viejo
Para vestirse de nuevo.
Cual prudente sierpe ha sido,
Pues con nuevo corazon
En la piedra de Simon
Se deja el viejo vestido;
Y esta mudanza que hace
Lleva tan cierto compas,
Que en ella asiste lo más
De cuanto á Dios satisface.
Con las obras y la fe
Hoy para el cielo se embarca
En mejor jarciada barca
Que la que libró á Noé;
Y para hacer tal pasaje,
Há muchos años que ha hecho
Con sano y cristiano pecho
Cristiano matalotaje.

Y no teme el mal tempero,
Ni anegarse en el profundo,
Porque en el mar deste mundo
Es plático marinero.
Y ansí mirando el aguja
Divina cual se requiere,
Si el demonio á orza dïere,
Él dará al instante á puja;
Y llevando este concierto
Con las ondas deste mar,
A la fin vendrá á parar
A seguro y dulce puerto,
Donde sin áncoras ya,
Estará la mar en calma,
Con la eternidad del alma,
Que nunca se acabará.
En una verdad me fundo,
Y mi ingenio aquí no yerra:
Que en siendo sol de la tierra,
Habeis de ser luz del mundo:
Luz de gracia rodeada,
Que alumbre nuestro horizonte,
Y sobre el Carmelo monte
Fuerte ciudad levantada.
Para alcanzar el trofeo
Destas santas profecías
Tendréis el carro de Elías
Con el manto de Eliseo;
Y ardiendo en amor divino,
Donde nuestro bien se fragua,
Apartando el manto al agua,
Por el fuego haréis camino.
Porque el voto de humildad

Promete segura alteza,
Y castidad y pobreza,
Bienes de divinidad.
Y ansí los cielos serenos
Verán, cuando acabarás,
Un cortesano allá más,
Y la tierra un sabio ménos.

AL MISMO FRAY PEDRO DE PADILLA.

Cual vemos que renueva
El águila rëal la vieja y parda
Pluma, y con otra nueva
La detenida y tarda
Pereza arroja, y con subido vuelo
Rompe las nubes y se llega al cielo;
Tal, famoso Padilla,
Has sacudido tus humanas plumas
Porque con maravilla
Intentes y presumas
Llegar con nuevo vuelo al alto asiento
Donde aspiran las alas de tu intento.
Del sol el rayo ardiente
Alza del duro rostro de la tierra,
Con virtud excelente,
La humildad que en sí encierra,
La cual despues, en lluvia convertida,
Alegra al suelo y da á los hombres vida.
Y desta mesma suerte
El sol divino te regala y toca
Y en tal humor convierte,
Que con tu pluma apoca

La ceguedad de la ignorancia nuestra,
Y á ciencia santa y santa vida adiestra.
¡Qué santo trueco y cambio,
Por las humanas las divinas musas!
¡Qué interes y recambio!
¡Qué nuevos modos usas
De adquirir en el suelo una memoria
Que dé fama á tu nombre, al alma gloria!
Que pues es tu Parnaso
El monte del Calvario, y son tus fuentes
De Aganipe y Pegaso
Las sagradas corrientes
De las benditas llagas del Cordero,
Eterno nombre de tu nombre espero.

A FRAY PEDRO DE PADILLA,

EN LA OBRA *GRANDEZAS Y EXCELENCIAS DE LA VÍRGEN NUESTRA SEÑORA.*

De la Vírgen sin par santa y bendita,
Digo de sus loores, justamente
Haces el rico sin igual presente
A la sin par cristiana Margarita.
Dándole, quedas rico, y queda escrita
Tu fama en hojas de metal luciente,
Qué á despecho y pesar del diligente
Tiempo, será en sus fines infinito:
Felice en el sugeto que escogiste,
Dichoso en la ocasion que te dió el cielo
De dar á Vírgen el virgíneo canto;
Venturoso tambien porque hiciste
Que dén las musas del hispano suelo
Admiracion al griego, al turco espanto.

A LOPEZ MALDONADO.

El casto ardor de una amorosa llama,
Un sabio pecho á su rigor sujeto,
Un desden sacudido y un afeto
Blando, que al alma en dulce fuego inflama;
El bien y el mal á que convida y llama
De amor la fuerza y poderoso efeto,
Eternamente en són claro y perfeto
Con estas rimas cantará la fama,
Llevando el nombre único y famoso
Vuestro, felice Lopez Maldonado,
Del moreno etïope al cita blanco;
Y hará que en balde del laurel honroso
Espere alguno verse coronado,
Si no os imita y tiene por su blanco.

AL MISMO.

Bien donado sale al mundo
Este libro, do se encierra
La paz de amor y la guerra,
Y aquel fruto sin segundo
De la castellana tierra;
Que aunque le da Maldonado,
Va tan rico y bien donado
De ciencia y de discrecion,
Que me afirmo en la razon
De decir que es bien donado.
El sentimiento amoroso
Del pecho más encendido

En fuego de amor, y herido
De su dardo ponzoñoso,
Y en la red suya cogido;

El temor y la esperanza
Con que el bien y el mal se alcanza
En las empresas de amor,
Aquí muestra su valor,
Su buena ó su mala andanza.

Sin flores, sin praderías,
Y sin los faunos silvanos,
Sin ninfas, sin dioses vanos,
Sin yerbas, sin aguas frias,
Y sin apacibles llanos;

En agradables concetos,
Profundos, altos, discretos,
Con verdad llana y distinta,
Aquí el sabio autor nos pinta
Del ciego dios los afetos.

Con declararnos la mengua
Y el bien de su ardiente llama,
Ha dado á su nombre fama
Y enriquecido su lengua,
Que ya la mejor se llama;

Y hanos mostrado que es solo
Favorecido de Apolo
Con dones tan infinitos,
Que su fama en sus escritos
Irá deste al otro polo.

A ALONSO DE BARROS.

Cual vemos del rosado y rico oriente
La blanca y dura piedra señalarse,
Y en todo, aunque pequeña, aventajarse
A la mayor del Cáucaso eminente;
Tal este, humilde al parecer, presente,
Puede y debe mirarse y admirarse,
No por la cantidad, mas por mostrarse
Ser en su calidad tan excelente.
El que navega por el golfo insano
Del mar de pretensiones, verá al punto
Del cortesano laberinto el hilo:
Felice ingenio y venturosa mano,
Que el deleite y provecho puso junto,
En juego alegre, en dulce y claro estilo.

A *LA AUSTRIADA*, DE JUAN RUFO GUTIERREZ.

¡Oh venturosa levantada pluma,
Que en la empresa más alta te ocupaste
Que el mundo pudo dar, y al fin mostraste
Al recibo y al gasto igual la suma!
Calle de hoy más el escritor de Numa,
Que nadie llegará donde llegaste,
Pues en tan raros versos celebraste
Tan raro capitan, virtud tan suma.
Dichoso el celebrado y quien celebra,
Y no ménos dichoso todo el suelo,
Que de tanto bien goza en esta historia,
En quien invidia ó tiempo no harán quiebra;
Antes hará con justo celo el cielo
Eterna, más que el tiempo, su memoria.

A LOPE DE VEGA, EN SU *DRAGONTEA.*

Yace en la parte que es mejor de España
Una apacible y siempre verde *Vega*,
A quien Apolo su favor no niega,
Pues con las aguas de Helicon la baña.
Júpiter, labrador por grande hazaña,
Su ciencia toda en cultivarla entrega;
Cilenio alegre en ella se sosiega;
Minerva eternamente la acompaña.
Las Musas su Parnaso en ella han hecho;
Vénus honesta en ella aumenta y cria
La santa multitud de los amores;
Y así con gusto y general provecho
Nuevos frutos ofrece cada dia
De ángeles, de armas, santos y pastores.

A GABRIEL PEREZ DEL BARRIO ANGULO.

Tal secretario formais,
Gabriel, en vuestros escritos,
Que por siglos infinitos
En él os eternizais.
De la ignorancia sacais
La pluma, y en presto vuelo
De lo más bajo del suelo
Al cielo la levantais.
Desde hoy más la discrecion
Quedará puesta en su punto,
Y el hablar y escribir junto
En su mayor perfeccion;

Que en esta nueva ocasion
Nos muestra en breve distancia,
Demóstenes su elegancia,
Y su estilo Ciceron.

España os está obligada,
Y con ella el mundo todo,
Por la sutileza y modo
De pluma tan bien cortada.

La adulacion defraudada
Queda, y la lisonja en ella:
La mentira se atropella,
Y es la verdad levantada.

Vuestro libro nos informa
Que sólo vos habeis dado
A la materia de estado
Hermosa y cristiana forma.

Con la razon se conforma
De tal suerte, que en él veo
Que contentando el deseo,
Al que es más libre reforma.

A JUAN YAGÜE DE SALAS.

De Turia el cisne más famoso hoy canta,
Y no para acabar la dulce vida
Que en sus divinas obras escondida
A los tiempos y edades se adelanta.

Queda por él canonizada y santa
Teruel; vivos Marcilla y su homicida;
Su pluma por heroica conocida,
En quien se admira el suelo, el cielo espanta.

Su doctrina, su voz, su estilo raro,

Que por tuyos ¡oh Apolo! reconoces,
Segun el vuelo de sus bellas alas,
   Grabadas por la fama en mármol paro
Y en láminas de bronce, harán que goces
Siglos de eternidad, Yagüe de Salas.

A DON DIEGO DE MENDOZA Y A SU FAMA.

   En la memoria vive de las gentes,
¡Varon famoso! siglos infinitos;
Premio que le merecen tus escritos,
Por graves, puros, castos y excelentes.
   Las ansias en honesta llama ardientes,
Los Etnas, los Estigios, los Cocitos,
Que en ellos suavemente van descritos,
Mira si es bien ¡oh fama! que los cuentes,
   Y áun que los lleves en ligero vuelo
Por cuanto ciñe el mar y el sol rodea,
Y en láminas de bronce los esculpas:
   Que así el suelo sabrá que sabe el cielo
Que el renombre inmortal que se desea,
Tal vez le alcancen amorosas culpas.

A LA MUERTE DE HERNANDO DE HERRERA.

   El que subió por sendas nunca usadas
Del sacro monte á la más alta cumbre;
El que á una *Luz* se hizo todo lumbre
Y lágrimas en dulce voz cantadas;
   El que, con culta vena, las sagradas
De Elicon y Pirene en muchedumbre,
Libre de toda humana pesadumbre,
Bebió y dejó en divinas trasformadas;

Aquel á quien invidia tuvo Apolo,
Porque á par de su *Luz* tiende su fama
De donde nace á donde muere el dia;
El agradable al cielo, al suelo solo,
Vuelto en ceniza de su ardiente llama,
Yace debajo desta losa fria.

EN ALABANZA DEL MARQUES DE SANTA CRUZ.

No ha menester el que tus hechos canta,
Oh gran Marqués, el artificio humano,
Que á la más sutil pluma y docta mano
Ellos le ofrecen al que el orbe espanta;
Y éste que sobre el cielo se levanta,
Llevado de tu nombre soberano,
A par del griego y escritor toscano,
Sus sienes ciñe con la verde planta.
Y fué muy justa prevencion del cielo,
Que á un tiempo ejercitases tú la espada,
Y él su prudente y verdadera pluma;
Porque rompiendo de la invidia el velo,
Tu fama, en sus escritos dilatada,
Ni olvido ó tiempo ó muerte la consuma.

A SAN FRANCISCO.

Muestra su ingenio el que es pintor curioso
Cuando pinta al desnudo una figura,
Donde la traza, el arte y compostura
Ningun velo la cubre artificioso.
Vos, seráfico Padre, y vos, hermoso
Retrato de Jesus, sois la pintura

Al desnudo pintado, en tal hechura,
Que Dios nos muestra ser pintor famoso.
   Las sombras, de ser mártir descubristes;
Los léjos, en que estáis allá en el cielo
En soberana silla colocado:
   Las colores, las llagas que tuvistes
Tanto las suben, que se admira el suelo,
Y el pintor en la obra se ha pagado.

A SAN JACINTO.

El cielo á la Iglesia ofrece
Hoy una piedra tan fina,
Que en la corona divina
Del mismo Dios resplandece.

GLOSA.

   Tras los dones primitivos
Que en el fervor de su celo
Ofreció la Iglesia al cielo,
A sus edificios vivos
Dió nuevas piedras el suelo.
   Estos dones agradece
A su esposa, y la ennoblece;
Pues de parte del esposo
Un hyacinto el más precioso
El cielo á la tierra ofrece.
   Porque el hombre de su gracia
Tantas veces se retira,
Y el hyacinto al que le mira
Es tan grande su eficacia,
Que le sosiega la ira;

Su misma piedad lo inclina
A darlo por medicina;
Que en su juïcio profundo
Ve que ha menester el mundo
Hoy una piedra tan fina.
Obró tanto esta virtud
Viviendo Hyacinto en él,
Que á los vivos rayos dél
En una y otra salud
Se restituyó por él.
Crezca gloriosa la mina
Que de su luz hyacintina
Tiene el cielo y tierra llenos;
Pues no mereció estar ménos
Que en la corona divina.
Allá luce ante los ojos
Del mismo autor de su gloria,
Y acá en gloriosa memoria
De los triunfos y despojos
Que sacó de la victoria.
Pues si otra luz desfallece
Cuando el sol la suya ofrece,
¿Qué más viva y rutilante
Será aquesta, si delante
Del mismo Dios resplandece?

AL TUMULO DEL REY FELIFE II EN SEVILLA.

«Voto á Dios, que me espanta esta grandeza,
Y que diera un doblon por describilla;
Porque ¿á quién no sorprende y maravilla
Esta máquina insigne, esta riqueza?

»Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale más de un millon, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza!
»Apostaré que el ánima del muerto,
Por gozar este sitio, hoy ha dejado
La gloria, donde vive eternamente.»
Esto oyó un valenton, y dijo: «Es cierto
Cuanto dice voacé, señor soldado.
Y el que dijere lo contrario, miente.»
Y luego in continente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

A LA ENTRADA DEL DUQUE DE MEDINA EN CÁDIZ
Y EN JULIO DE 1596.

Vimos en Julio otra semana santa
Atestada de ciertas cofradías,
Que los soldados llaman compañías,
De quien el vulgo, y no el inglés, se espanta.
Hubo de plumas muchedumbre tanta,
Que en ménos de catorce ó quince dias
Volaron sus pigmeos y Golías,
Y cayó su edificio por la planta.
Bramó el becerro, y púsoles en sarta,
Tronó la tierra, oscurecióse el cielo,
Amenazando una total rüina;
Y al cabo en Cádiz, con mesura harta
Ido ya el Conde sin ningun recelo,
Triunfando entró el gran Duque de Medina.

A UN VALENTON METIDO A PORDIOSERO.

Un valenton de espátula y gregüesco,
Que á la muerte mil vidas sacrifica,
Cansado del oficio de la pica,
Mas no del ejercicio picaresco,
Retorciendo el mostacho soldadesco,
Por ver que ya su bolsa le repica,
A un corrillo llegó de gente rica,
Y en el nombre de Dios pidió refresco.
«Den voacedes, por Dios, á mi pobreza,
Les dice; donde no, por ocho santos,
Que haré lo que hacer suelo, sin tardanza.»
Mas uno que á sacar la espada empieza,
«¿Con quién habla, le dijo, el tiracantos?
»Si limosna no alcanza,
¿Qué es lo que suele hacer en tal querella?»
Respondió el bravonel: «Irme sin ella.»

A UN ERMITAÑO.

Maestro era de esgrima Campuzano,
De espada y daga diestro á maravilla;
Rebanaba narices en Castilla,
Y siempre le quedaba el brazo sano:
Quiso pasarse á Indias un verano,
Y riñó con Montalvo el de Sevilla;
Cojo quedó de un pié, de la rencilla,
Tuerto de un ojo, manco de una mano.
Vínose á recoger á aquesta ermita,
Con su palo en la mano y su rosario
Y su ballesta de matar pardales.

Y con su Madalena, que le quita
Mil canas, está hecho un San Hilario.
¡Ved cómo nacen bienes de los males!

LOS EXTASIS DE LA BEATA MADRE TERESA DE JESUS.

CANCION.

Vírgen fecunda, madre venturosa,
Cuyos hijos, criados á tus pechos,
Sobre sus fuerzas la virtud alzando,
Pisan ahora los dorados techos
De la dulce region maravillosa,
Que está la gloria de su Dios mostrando:
Tú, que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo,
Y un grado sin segundo;
Ahora estés ante tu Dios postrada,
En rogar por tus hijos ocupada,
O en cosas dignas de tu intento santo;
Oye mi voz cansada,
Y esfuerza ¡oh madre! el desmayado canto.
Luego que de la cuna y las mantillas
Sacó Dios tu niñez, diste señales
Que Dios para ser suya te guardaba,
Mostrando los impulsos celestiales
En tí con ordinarias maravillas,
Que á tu edad tu deseo aventajaba.
Y así si descuidaba
De lo que hacer debia,
Tal vez luego volvia
Mejorado, mostrando codicioso
Que el haber parecido perezoso,

Era en volver atras para dar salto,
Con curso más brioso,
Desde la tierra al cielo, que es más alto.
Creciste, y fué creciendo en tí la gana
De obrar en proporcion de los favores
Con que te regaló la mano eterna;
Tales, que al parecer se alzó á mayores
Contigo alegre Dios, en la mañana
De tu florida edad, humilde y tierna.
Y así tu sér gobierna,
Que poco á poco subes
Sobre las densas nubes
De la suerte mortal, y así levantas
Tu cuerpo al cielo sin fijar las plantas,
Que ligero tras sí el alma le lleva
A las regiones santas
Con nueva suspension, con virtud nueva.
Allí su humildad te muestra santa;
Acullá se desposa Dios contigo;
Aquí misterios altos te revela:
Tierno amante se muestra, dulce amigo,
Y siendo tu maestro, te levanta
Al cielo, que señala por tu escuela.
Parece se desvela
En hacerte mercedes;
Rompe rejas y redes
Para buscarte el mágico divino,
Tan tu llegado siempre y tan contino,
Que si algun afligido á Dios buscara,
Acortando camino,
En tu pecho ó tu celda le hallara.
Aunque naciste en Avila, se puede
Decir que en Alba fué donde naciste;

Pues allí nace, donde muere, el justo.
Desde Alba ¡oh madre! al cielo te partiste:
Alba pura, hermosa, á quien sucede
El claro dia del inmenso gusto,
Que le goces es justo
En éxtasis divinos,
Por todos los caminos
Por donde Dios llevar á un alma sabe,
Para darle de sí cuanto ella cabe,
Y áun la ensancha, dilata y engrandece,
Y con amor süave
A sí y de sí la junta y enriquece.
Como las circunstancias convenibles,
Que acreditan los éxtasis, que suelen
Indicios ser de santidad notoria,
En los tuyos se hallaron, nos impelen
A creer la verdad de los visibles
Que nos describe tu discreta historia;
Y el quedar con victoria,
Honroso triunfo y palma
Del infierno, y tu alma
Más humilde, más sábia y obediente
Al fin de tus arrobos, fué evidente
Señal que todos fueron admirables
Y sobrehumanamente
Nuevos, continuos, sacros, inefables.
Ahora, pues, que al cielo te retiras,
Menospreciando la mortal riqueza
En la inmortalidad, que siempre dura,
Y el visorey de Dios nos da certeza
Que sin enigma y sin espejo miras
De Dios la incomparable hermosura;
Colma nuestra ventura,

Oye devota y pia
Los balidos que envia
El rebaño infinito que criaste
Cuando del suelo al cielo el vuelo alzaste:
Que no porque dejaste nuestra vida,
La caridad dejaste,
Que en los cielos está más extendida.
Cancion, de ser humilde has de preciarte,
Cuando quieras al cielo levantarte;
Que tiene la humildad naturaleza
De ser el todo y parte
De alzar al cielo la mortal bajeza.

LOS CELOS.

Yace donde el sol se pone,
Entre dos tajadas peñas,
Una entrada de un abismo,
Quiero decir una cueva,
Profunda, lóbrega, oscura,
Aquí mojada, allí seca,
Propio albergue de la noche,
Del horror y las tinieblas.
Por la boca sale un aire
Que al alma encendida hiela,
Y un fuego de cuando en cuando,
Que el pecho de hielo quema.
Óyese dentro un rüido
Como crujir de cadenas,
Y unos ayes luengos, tristes,
Envueltos en tristes quejas.
Por las funestas paredes,

Por los resquicios y quiebras,
Mil víboras se descubren
Y ponzoñosas culebras.
A la entrada tiene puesto,
En una amarilla piedra,
Huesos de muerto encajados
En modo que forman letras;
Las cuales vistas del fuego
Que arroja de sí la cueva,
Dicen : «Esta es la morada
De los celos y sospechas.»
Y un pastor cantaba al uso
Esta maravilla cierta
De la cueva, fuego y hielo,
Aullidos, sierpes y piedra.
El cual oyendo, le dijo:
«Pastor, para que te crea,
No has menester juramentos,
Ni hacer la vista experiencia.
»Un vivo traslado es ése
De lo que mi pecho encierra,
El cual, como en cueva oscura,
No tiene luz ni la espera.
»Seco le tienen desdenes,
Bañado en lágrimas tiernas;
Aire, fuego y los suspiros
Le abrasan contino y hielan.
»Los lamentables aullidos
Son mis contínuas querellas,
Víboras mis pensamientos,
Que en mis entrañas se ceban.
»La piedra escrita amarilla
Es mi sin igual firmeza;

Que mis huesos en la muerte
Mostrarán que son de piedra.
»Los celos son los que habitan
En esta morada estrecha,
Que engendraron los descuidos
De mi querida Silena.»
En pronunciando este nombre,
Cayó como muerto en tierra;
Que de memorias de celos
Aquestos fines se esperan.

EL DESDEN.

A tus desdenes, ingrata,
Tan usado está mi pecho,
Que dellos ya se sustenta,
Como el áspid del veneno.
En tu amor pensé anegarme,
Pensé abrasarme en tu fuego;
Mas ya no temo á tus brasas,
Tampoco á tus hielos temo.
Tormentas me son bonanzas,
Y duros naufragios, puertos;
Como simple mariposa,
Por lo que me mata muero.
Digiero ya tus desdenes,
Como el avestruz el hierro,
Aunque en los mios no se halla
Causa por do los merezco.
Pero basta ser tu gusto
Para que confiese habellos;
Que aunque con obras me ofendes,
No en pensamiento te ofendo.

Pasados son dos veranos,
Para mí siempre es invierno;
Los árboles reverdecen,
Y yo siempre mustio y seco.
Revístense de esperanza,
Yo de esperar desespero;
Llevan dulcísimos frutos,
Yo amargos suspiros llevo.
Al fin es mi voluntad
Veleta para tus vientos:
Hiele, ventisque y granice,
Que yo no quiero otro tiempo;
Porque para resistirle
Muy buen pellico me tengo,
Guarnecido de paciencia
Y aforrado en sufrimiento.
Pasadas son treinta lunas,
Y no hay mudanza en los tiempos;
Siempre yo las veo menguantes,
Y crecer mis ánsias veo.
Todas las cosas se mudan,
Y tú no mudas de intento,
Siempre muda á mis razones,
Y siempre sorda á mis ruegos;
Aunque no quiero mudanzas;
Que de tu condicion creo
Que cuando acaso te mudes,
Será de desden á celos:
Y habiendo de ser así,
De tal mudanza reniego;
Que es mejor andar con quejas
Que padecer mal de perros.
Tampoco favores tuyos

Los quiero ni los pretendo;
Que se ha ya estragado el gusto,
Y ningun gusto pretendo.
  Si acaso sueño algun bien,
Como es ordinario en sueños,
Con el temor de enojarte,
Sobresaltado despierto.
  Mira, crüel, qué me debes;
Pues no sufro, cuando duermo,
A tu disgusto mis gustos,
Y en los tuyos me desvelo.
  Al fin, mis deseos vistos,
Es ver lo que tus deseos:
Y quiero lo que tú quieres,
Pues no quieres lo que quiero.

AL CONDE DE SALDAÑA.

ODA.

  Florida y tierna rama
Del más antiguo y generoso tronco
Que celebró la fama
Con acento sutil en metal ronco,
Pues yo á tu sombra vivo,
Laurel serás de lo que en ella escribo.
  ¡Oh genio de Saldaña,
Honra y amparo dulce de mi pluma!
Los más cisnes que baña
El agua deste rio en blanca espuma,
Que al cortarla levantan,
Por excusar tu fin tus prendas cantan.
  Cuál dellos enriquece

Con tu primer progenitor su canto,
A quien España ofrece,
Mezclado en gozo, agradecido llanto.
Tal pide un rey que huye
Y un vasallo que imperios restituye.
De Sando, jóven bello,
La prodigiosa empresa solemniza,
Y de miedo, el cabello
Segunda vez el africano eriza.
Muestras nos dan tus años
Que harás en ellos más dorados daños.
Cuál de tu padre amado
Canta el valor, que en tu persona siente
Con vivo, igual traslado;
Así vemos del sol el rayo ardiente
Traer hácia la tierra
Cuanta virtud el sol entero encierra.
Celebra su privanza,
Que libra el orbe en su cerviz constante,
Debida confianza
Del gran Filipo, agradecido atlante:
Si en fe de tus anales,
Reyes no hubiera á no haber Sandovales.
Cuál de tu grande casa
Mil honrados blasones encarece,
Aunque con voz escasa
Viva timbre en sus paños resplandece,
No de matiz bordada,
Cuanto de sangre propia salpicada.
Cuál con voz victoriosa
De despojos torcido alza el trofeo:
¡Oh sangre venturosa!
Que para las banderas que en tí veo,

Con singular ejemplo
Hubo la fama de ensanchar su templo.
   Yo, señor, entre todos
Admiro tu valor, tus prendas raras,
Reliquias de los godos,
Tu rostro hermoso, tus virtudes claras,
Tus dignas esperanzas,
Sujeto de mas dignas alabanzas;
   Ese agradable aspeto,
Digno de cetro y vendas imperiales,
Que el amor y el respeto
Obliga á ser en tu obediencia iguales,
La gracia de la gente
Mucha colgada al ceño de tu frente;
   Ese divino ingenio,
Y lo que es más, en años tiernos grave,
Ese superior genio,
Espíritu gentil, decir süave,
Y unas secretas señas
Con que tu vida á un gran suceso empeñas.
   Tal vez hirió en mis ojos
La lumbre de tu rostro; afectos tiernos
Te rendí por despojos:
¡Ojalá pueda en mármoles eternos
Tallar nuestros trasuntos!
Vivirán Curcio y su Alejandro juntos.
   Tal fué la fuerza presta
Que de Israël al príncipe heredero,
Y al que rindió en apuesta
Con el villano arnes al jayan fiero,
Juntó vistas y palmas,
Prendas, vestido, inclinaciones y almas.
   Ni juzgues á locura

La confianza hidalga deste trueco;
La voz de un ángel pura
Entre guijarros toscos halla el eco,
Y los dos que se amaban,
Ya del cayado y ya del cetro usaban.
Sombra y amor me ofreces,
Y aunque, en fe dello, aquesta humilde hiedra,
Al paso que tú creces,
En esperanzas y verdores medra,
Ántes que rama abrace,
El pié besa del tronco donde nace.
Tutelar dulce mio,
A quien no sé qué fuerza me destina,
Como á la mar el rio;
Si aquella es fuerza que á mi bien me inclina,
Estos versos escucha,
Donde el amor con el ingenio lucha.
Un natural forzado
Del són lírico ajeno, mal podia,
Aunque de amor guiado,
Acertarte á servir : verná algun dia,
Que á tí mis pensamientos
Consagren inmortales monumentos.

A DON DIEGO ROSEL Y FUENLLANA,

INVENTOR DE NUEVOS ARTES.

Jamas en el jardin de Falerina
Ni en la Parnasa inaccesible cuesta
Se vió *rosel* ni rosa cual es ésta,
Por quien gimió la maga Dragontina.
Atras deja la flor que se reclina
En la del Tronto archiducal floresta,

Dejando olor por via manifiesta,
Que á la region del cielo la avecina.
  Crece, ¡oh muy felice planta! crece,
Y ocupen tus pimpollos todo el orbe,
Retumbando, crujïendo y espantando:
  El Bétis calle, pues el Po enmudece,
Y la muerte, que á todo humano sorbe,
Sólo esta rosa vaya eternizando.

A DOÑA ALFONSA GONZALEZ DE SALAZAR,

MONJA PROFESA EN EL CONVENTO DE CONSTANTINOPLA DE ESTA CÓRTE.

  En vuestra sin igual dulce armonía,
Hermosísima Alfonsa, nos reserva
La nueva, la sin par sacra Minerva,
Cuanto de nuevo y santo el cielo cria.
  Llega el felice punto, llega el dia
En que si os oye la infernal caterva,
Huye gimiendo al centro, y de la acerba
Region, suspiros á la tierra envia.
  En fin, vos convertis el suelo en cielo
Con la voz celestial, con la hermosura,
Que os hacen parecer ángel divino;
  Y así, conviene que tal vez el velo
Alceis, y descubrais esa luz pura,
Que nos pone del cielo en el camino.

AL DOCTOR FRANCISCO DIAZ.

  Tú, que con nuevo y singular decoro
Tantos remedios para un mal ordenas,
Bien puedes esperar destas arenas
Del sacro Tajo, las que son de oro;

Y el lauro que se debe al que un tesoro
Halla de ciencia con tan ricas venas,
De raro advertimiento y salud llenas,
Contento y risa del enfermo lloro.
Que por tu industria una deshecha piedra
Mil mármoles, mil bronces á tu fama
Dará, sin envidiosas competencias.
Daráte el cielo palma, el suelo hiedra,
Pues el uno y el otro ya te llama
Espíritu de Apolo en ambas ciencias.

EPÍSTOLA,

HALLADA ENTRE VARIOS MANUSCRITOS CURIOSOS, EN EL ARCHIVO DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR CONDE DE ALTAMIRA.

A MATEO VAZQUEZ, MI SEÑOR.

Si el bajo són de la zampoña mia,
Señor, á vuestro oido no ha llegado
En tiempo que sonar mejor debia,
No ha sido por la falta de cuidado,
Sino por sobra del que me ha traido
Por extraños caminos desviado.
Tambien, por no adquirirme de atrevido
El nombre odioso, la cansada mano
Ha encubierto las faltas del sentido.
Mas ya que el valor vuestro sobrehumano,
De quien tiene noticia todo el suelo,
La graciosa altivez, el trato llano,
Aniquilan el miedo y el recelo
Que ha tenido hasta aquí mi humilde pluma
De no quereros descubrir su vuelo;

De vuestra alta bondad y virtud suma
Diré lo ménos, que lo más, no siento
Quien de cerrarlo en verso se presuma.
Aquel que os mira en el subido asiento
Do el humano favor puede encumbrarse,
Y que no cesa el favorable viento,
Y él se ve entre las ondas anegarse
Del mar de la privanza, do procura
O por *fas* ó por *nefas* levantarse,
¿Quién dubda que no dice: «La ventura
Ha dado en levantar este mancebo
Hasta ponerle en la más alta altura?
»Ayer le vimos inexperto y nuevo
En las cosas que agora mide y trata
Tan bien, que tengo envidia y las apruebo.»
Desta manera se congoja y mata
El envidioso, que la gloria ajena
Le destruye, marchita y desbarata.
Pero aquel que con mente más serena
Contempla vuestro trato y vida honrosa,
Y el alma dentro, de virtudes llena,
No la inconstante rueda presurosa
De la falsa fortuna, suerte ó hado,
Signo, ventura, estrella ni otra cosa,
Dice que es causa que en el buen estado
Que agora poseeis os haya puesto,
Con esperanza de más alto grado;
Mas sólo el modo de vivir honesto,
La virtud escogida que se muestra
En vuestras obras y apacible gesto,
Este dice, señor, que os da su diestra
Y os tiene asido con sus fuertes lazos,
Y á más y á más subir siempre os adiestra.

¡Oh sanctos, oh agradables dulces brazos
De la santa virtud, alma y divina,
Y sancto quien recibe sus abrazos!
Quien con tal guía como vos camina,
¿De qué se admira el ciego vulgo bajo
Si á la silla más alta se avecina?
Y puesto que no hay cosa sin trabajo,
Quien va sin la virtud, va por rodeo,
Y el que la lleva, va por el atajo.
Si no me engaña la experiencia, creo
Que se ve mucha gente fatigada
De un solo pensamiento y un deseo.
Pretenden más de dos llave dorada;
Muchos un mesmo cargo, y quién aspira
A la fidelidad de una embajada.
Cada cual por sí mesmo al blanco tira
Do asestan otros mil, y sólo es uno
Cuya saeta dió do fué la mira.
Y éste quizá, que á nadie fué importuno,
Ni á la soberbia puerta del privado
Se halló, despues de vísperas, ayuno,
Ni dió ni tuvo á quién pedir prestado,
Sólo con la virtud se entretenia,
Y en Dios y en ella estaba confiado.
Vos sois, señor, por quien decir podria
(Y lo digo y diré sin estar mudo)
Que sola la virtud fué vuestra guía,
Y que ella sola fué bastante, y pudo
Levantaros al bien do estáis agora,
Privado humilde, de ambicion desnudo.
¡Dichosa y felicísima la hora
Donde tuvo el rëal conoscimiento
Noticia del valor que anida y mora

En vuestro reposado entendimiento,
Cuya fidelidad, cuyo secreto
Es de vuestras virtudes el cimiento!
Por la senda y camino más perfeto
Van vuestros piés, que es la que el medio tiene,
Y la que alaba el seso más discreto.
Quien por ella camina, vemos viene
A aquel dulce, suave paradero
Que la felicidad en sí contiene.
Yo, que el camino más bajo y grosero
He caminado en fria noche escura,
He dado en manos del atolladero;
Y en la esquiva prision, amarga y dura,
Adonde agora quedo, estoy llorando
Mi corta infelicísima ventura,
Con quejas tierra y cielo importunando,
Con sospiros al aire escuresciendo,
Con lágrimas el mar acrescentando.
Vida es ésta, señor, do estoy muriendo,
Entre bárbara gente descreida
La mal lograda juventud perdiendo.
No fué la causa aquí de mi venida
Andar vagando por el mundo acaso,
Con la vergüenza y la razon perdida.
Diez años há que tiendo y mudo el paso
En servicio del gran Filipo nuestro,
Ya con descanso, ya cansado y laso;
Y en el dichoso dia que siniestro
Tanto fué el hado á la enemiga armada,
Cuanto á la nuestra favorable y diestro,
De temor y de esfuerzo acompañada,
Presente estuvo mi persona al hecho,
Más de esperanza que de hierro armada.

Vi el formado escuadron roto y deshecho,
Y de bárbara gente y de cristiana
Rojo en mil partes de Neptuno el lecho;
La muerte airada, con su furia insana,
Aquí y allí con priesa discurriendo,
Mostrándose, á quién tarda, á quién temprana;
El són confuso, el espantable estruendo,
Los gestos de los tristes miserables
Que entre el fuego y el agua iban muriendo;
Los profundos sospiros lamentables
Que los heridos pechos despedian,
Maldiciendo sus hados detestables.
Helóseles la sangre que tenian,
Cuando en el són de la trompeta nuestra
Su daño y nuestra gloria conoscian.
Con alta voz, de vencedora muestra,
Rompiendo el aire claro, el són mostraba
Ser vencedora la cristiana diestra.
A esta dulce sazon yo, triste, estaba
Con la una mano de la espada asida,
Y sangre de la otra derramaba;
El pecho mio de profunda herida
Sentia llagado, y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida.
Pero el contento fué tan soberano,
Que á mi alma llegó, viendo vencido
El crudo pueblo infiel por el cristiano,
Que no echaba de ver si estaba herido,
Aunque era tan mortal mi sentimiento,
Que á veces me quitó todo el sentido;
Y en mi propia cabeza el escarmiento
No me pudo estorbar que el segundo año
No me pusiese á discrecion del viento;

Y al bárbaro, medroso, pueblo extraño,
Vi recogido, triste, amedrentado,
Y con causa temiendo de su daño;
Y al reino tan antiguo y celebrado,
Ado la hermosa Dido fué vendida
Al querer del troyano desterrado,
Tambien, vertiendo sangre aún la herida
Mayor, con otras dos, quise ir y hallarme,
Por ver ir la morisma de vencida.
Dios sabe si quisiera allí quedarme
Con los que allí quedaron esforzados,
Y perderme con ellos ó ganarme;
Pero mis cortos implacables hados
En tan honrosa empresa no quisieron
Que acabase la vida y los cuidados;
Y al fin por los cabellos me trujeron
A ser vencido por la valentía
De aquellos que despues no la tuvieron.
En la galera *Sol*, que escurescia
Mi ventura su luz, á pesar mio,
Fué la pérdida de otros y la mia.
Valor mostramos al principio y brío,
Pero despues, con la experiencia amarga,
Conoscimos ser todo desvarío.
Sentí de ajeno yugo la gran carga,
Y en las manos sacrílegas malditas
Dos años há que mi dolor se alarga.
Bien sé que mis maldades infinitas,
Y la poca atricion que en mí se encierra,
Me tiene entre estos falsos ismaelitas.
Cuando llegué vencido y vi la tierra
Tan nombrada en el mundo, que en su seno
Tantos piratas cubre, acoge y cierra,

No pude al llanto detener el freno,
Que á mi despecho, sin saber lo que era,
Me vi el marchito rostro de agua lleno.
Ofrecióse á mis ojos la ribera
Y el monte donde el grande Cárlos tuvo
Levantada en el aire su bandera,
Y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo,
Pues movido de envidia de su gloria,
Airado entónces más que nunca estuvo.
Estas cosas volviendo en mi memoria,
Las lágrimas trujeron á los ojos,
Movidas de desgracia tan notoria.
Pero si el alto Cielo en darme enojos
No está con mi ventura conjurado,
Y aquí no lleva muerte mis despojos,
Cuando me vea en más alegre estado,
Si vuestra intercesion, señor, me ayuda
A verme ante Filipo arrodillado,
Mi lengua balbuciente y cuasi muda
Pienso mover en la rëal presencia,
De adulacion y de mentir desnuda,
Diciendo : «Alto Señor, cuya potencia
Sujetas trae mil bárbaras naciones
Al desabrido yugo de obediencia;
»A quien los negros indios con sus dones
Reconoscen honesto vasallaje,
Trayendo el oro acá de sus rincones;
»Despierte en tu real pecho el gran coraje,
La gran soberbia con que una vil oca
Aspira de contino á hacerte ultraje.
»La gente es mucha, mas su fuerza es poca,
Desnuda, mal armada, que no tiene
En su defensa fuerte muro ó roca.

»Cada uno mira si tu armada viene,
Para dar á sus piés el cargo y cura
De conservar la vida que sostiene.
»Del amarga prision triste y escura,
Adonde mueren veinte mil cristianos,
Tienes la llave de su cerradura.
»Todos, cual yo, de allá puestas las manos,
Las rodillas por tierra, sollozando,
Cercados de tormentos inhumanos,
»Valeroso Señor, te están rogando
Vuelvas los ojos de misericordia
A los suyos, que están siempre llorando.
»Y pues te deja agora la discordia,
Que hasta aquí te ha oprimido y fatigado,
Y gozas de pacífica concordia,
»Haz ¡oh buen Rey! que sea por tí acabado
Lo que con tanta audacia y valor tanto
Fué por tu amado padre comenzado.
»Sólo el pensar que vas, pondrá un espanto
En la enemiga gente, que adevino
Ya desde aquí su pérdida y quebranto.»
¿Quién dubda que el rëal pecho benino
No se muestre, escuchando la tristeza
En que están estos míseros contino?
Bien paresce que muestro la flaqueza
De mi tan torpe ingenio, que pretende
Hablar tan bajo ante tan alta alteza;
Pero el justo deseo la defiende...
Mas á todo silencio poner quiero;
Que temo que mi pluma ya os ofende;
Y al trabajo me llaman donde muero.

DOS SONETOS INEDITOS,

DIRIGIDOS A BARTOLOME RUFINO DE CHAMBERI, CAUTIVO EN ARGEL, AUTOR DE UN ESCRITO *SOPRA LA DESOLATIONE DELLA GOLETTA E FORTE DI TUNISI*, CON DEDICATORIA FECHA EN 3 DE FEBRERO DE 1577.

EN LOOR DEL AUTOR.

¡Oh cuán claras señales habeis dado,
Alto Bartolomeo de Rufino,
Que de Parnaso y Ménalo el camino
Habeis dichosamente paseado!
Del siempre verde lauro coronado
Sereis, si yo no soy mal adivino,
Si ya vuestra fortuna y cruel destino
Os saca de tan triste y bajo estado;
Pues libre de cadenas vuestra mano,
Reposando el ingenio, al alta cumbre
Os podeis levantar seguramente;
Oscureciendo al gran Livio romano,
Dando de vuestras obras tanta lumbre,
Que bien merezca el lauro vuestra frente.

EN ALABANZA DE LA MISMA OBRA.

Si ansí como de nuestro mal se canta,
En esta verdadera, clara historia,
Se oyera de cristianos la victoria,
¿Cuál fuera el fruto desta rica planta?
Ansí, cual es, al cielo se levanta,
Y es digna de inmortal, larga memoria,
Pues libre de algun vicio y baja escoria,
Al alto ingenio admira, al bajo espanta.

Verdad, órden, estilo claro y llano,
Cual á perfecto historiador conviene,
En esta breve suma está cifrado.
¡Felice ingenio, venturosa mano,
Que entre pesados hierros apretado,
Tal arte y tal virtud en sí contiene!

FIN DE LAS POESÍAS SUELTAS.

NOTAS.

NOTAS.

Despues de terminada la impresion de este tomo, hemos debido á la generosa amistad del señor don Pascual de Gayangos un ejemplar, que últimamente ha adquirido este eruditísimo bibliógrafo, de la edicion de las *Novelas* de CERVÁNTES hecha en Madrid, por Juan de la Cuesta, el año 1613. Carece de portada, aunque tiene un colofon que expresa estas circunstancias; mas por el privilegio que al principio lleva, se viene en conocimiento de que este libro se destinaba al reino de Aragon, y por lo tanto, que es una reproduccion de la edicion príncipe. Son sus tipos mayores y más gallardos que los que se emplearon en la de 1614, y sus páginas más espaciadas y bellas que las de ésta. Adviértese tambien mayor esmero en su correccion, por lo que nos ha servido para rectificar algunos yerros de la segunda, ó para justificar algunas de las enmiendas que habiamos hecho. No nos queda pues duda de que la edicion del año 1613 era más perfecta que la del siguiente; fenómeno, á la verdad, nada raro en esta clase de reproducciones. Entremos ya en la enojosa tarea de nuestras notas.

1 Página 1, líneas 1 y 2.

En Búrgos, ciudad ilustre y famosa, no há muchos años que *en ella* vivian, etc.

Este principio de *La ilustre Fregona* recuerda el del *Don Quijote*, sin el pleonasmo *en ella*, que aquí se encuentra, y que nos hemos creido obligados á respetar, como tantos otros de que usó CERVÁNTES. Pero el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch nos sugiere sobre este pasaje dos observaciones, tan sagaces y fundadas como todas las suyas. Lee el período así : «Es Búrgos ciudad ilustre y famosa. No há muchos años que en ella vivian», etc.; con lo cual el pleonasmo deja de serlo, y corre la frase sin tropiezo alguno. Opina ademas el mismo señor que muy bien pudo for-

mar esta novela parte de una coleccion, más ó ménos voluminosa, en que hubiera comprendido, ó se propusiera comprender CERVÁNTES esta y otras composiciones suyas, como lo hizo Boccacio en el *Decameron*, y Tirso de Molina en su *Deleitar aprovechando;* en cuyo caso, con sólo suponer que á la expresion «en Búrgos» precedian algunas otras, como por ejemplo: «Otro caso notable acaeció en Búrgos», etc., la narracion no daria tampoco lugar á ningun reparo ni inconveniente. Y una vez supuesta esta obra, coleccion ó como quiera llamarse, de índole puramente narrativa, ¿sería aventurada la especie de que pensara designarla CERVÁNTES con el título de *Las Semanas del Jardin*, incluir en ella algunas de sus novelas, sobre todo las que tuviera ánimo de dar á luz más adelante, y cumplir la promesa que hacia en el prólogo de esta publicacion? Conjeturas son éstas de que cada cual puede aprovecharse ó no, segun el grado de probabilidad que se les conceda.

2 Pág. 2, lín. 7.

Al famoso *de* Alfarache.

La edicion de 1614 omite la preposicion *de;* mas, como se refiere al pícaro de que habla ántes, no nos parece inútil.

3 Pág. 2, lín. 19.

Con bermellon *ó* almagre.

En otras ediciones se lee con bermellon *y* almagre.

4 Pág. 3, línea primera.

Cursado *dos* cursos.

«Si no habeis cursado *los* cursos», dice tambien la mencionada edicion; pero es una errata que salta á la vista.

5 Pág. 3, lín. 2.

Allí, allí *sí* que está en su centro.

Nos hemos permitido añadir aquí la partícula afirmativa *sí*, porque poniendo, como en la edicion del año 14 y en otras: «allí, allí, que está en su centro», desde luego se echa de ver que falta algo para completar la frase.

6 Pág. 5, líneas 1 y 2.

Y á todos los mayores que se le ofrecian, *anteponia el* que habia recebido, etc.

«*Anteponian al* que habia recebido», estampó Cuesta en su segunda reimpresion; pero fué un descuido, que embrolla el sentido de este período.

7 Pág. 6, lín. 4.

Que es fruto que todo estudiante debe pretender, etc.

En rigor debiera aquí decirse: «es *el* fruto que todo estudiante debe

pretender»; pero recordando la aficion de CERVÁNTES á suprimir el artículo definido siempre que añadia énfasis á la frase, hemos optado por la omision.

8 Pág. 6, líneas 23 y 24.

Cuatrocientos escudos de oro, que llevaba su *mayordomo*.

Su mayordomo, ó su *mayor*, como dice la reimpresion de 1614.

9 Pág. 10, líneas 19, 20 y 21.

En quien la simple relacion... despertó *en él*, etc.

Otro pleonasmo parecido al que dejamos ya notado.

10 Pág. 15, lín. 13.

Mancebos, si quereis oir una *buena* música.

Otros escriben una *brava* música. Tanto da.

11 Pág. 15, líneas 14 y 15.

Una reja que sale á la calle, *que está en aquella sala frontera, que no hay nadie en ella.*

En la edicion que nos sirve de texto están omitidas las palabras que aquí van en bastardilla.

12 Pág. 15, líneas 19 y 20.

Se fueron á la *sala*, donde ya estaban otros tres ó cuatro huéspedes puestos á las rejas.

La reimpresion de Cuesta, tantas veces citada, tiene aquí una variante curiosa, diciendo: «se fueron á la *reja*, donde ya estaban otros tres ó cuatro huéspedes.»

13 Pág. 16, líneas 18 y 19.

Es de las más hermosas muchachas que yo he visto.

La edicion de 1613 añade: «y he visto muchas.»

14 Pág. 18, lín. 24.

Sin que le hubiese *hecho* ménos.

El señor Arrieta, en su citada edicion de París, en vez de *hecho*, pone *echado*; pero, aunque la correccion no sea impropia, tampoco nos parece necesaria.

15 Pág. 18, lín. 28.

Que no eche ménos.

«Que no *se* eche ménos», dice la edicion de 1614. La del 13 suprime el *se*, á nuestro juicio con acierto.

16 Pág. 20, lín. 28.

En la mala *opinion* que me tiene.

La edicion de 1613 desfigura la palabra *opinion*, diciendo: «en la mala *piñon* que me tiene», y así indudablemente lo escribiria CERVÁNTES, aficionado á remedar el lenguaje bárbaro de la plebe. Más adelante dice tambien: «Bonica gente es ella, por cierto, para tener necesidad de *apetites* que les inciten.» Con esta advertencia basta para que reforme el texto quien lo tenga por conveniente.

17 Pág. 22, línea primera.

Canónigos más regalados en esta ciudad.

«En esta ciudad más regalados», pone la edicion de 1613; y otras omiten lo de *en esta ciudad*.

18 Pág. 22, líneas 20 y 21.

Y tal golpe *le* dió con la cabeza sobre una piedra, etc.

Una omision muy bien entendida trae aquí la edicion del año 13, á saber, la del pronombre *le*, que puntualiza la accion de dar con la cabeza sobre una piedra; pero en este caso hubiera sido preciso decir despues, «que se *le* abrió», en vez de «se *la* abrió por dos partes.»

19 Pág. 23, líneas 4 y 5.

Rodeado de más de veinte aguadores, que no le dejaban *menear*.

En las ediciones que tenemos á la vista se lee: «que no le dejaban *rodear*»; pero consideramos esta repeticion como una errata.

20 Pág. 25, lín. 5.

Mire por el negocio de *Tomas*.

De *Lope* querrá decir, como se deduce del contexto mismo de la narracion.

21 Pág. 25, lín. 10.

En gracia le cayó á Tomas.

Algunos han corregido esta falta de concordancia gramatical; pero nosotros no nos hemos atrevido á alterar lo que era construccion usual y corriente en aquella época.

22 Pág. 36, líneas 9 y 10.

De ninguna manera las *entiendo*.

«Las *entrevo* (entreuo)», dicen las ediciones primitivas.

23 Pág. 36, lín. 22.

Nos morimos de frio.

«*Mos* morimos», las mismas ediciones.

24 Pág. 41, líneas 11 y 12.

De que se desesperaba *el pobre enamorado.*

Las palabras de bastardilla no existen en la edicion de 1614.

25 Pág. 41, lín. 14.

Y dicho á quien *le* preguntó.

No (á quien *se lo* preguntó), como, irreflexivamente sin duda, se imprimió al principio.

26 Pág. 45, lín. 8.

Que él haria *cuarto.*

Cuatro han impreso otros. Se les deslizó este yerro.

27 Páginas 52 y 53, fin de la una y principio de la otra.

Si era casada, viuda ó doncella.

Se omitió esta pregunta en la edicion de 1614, no en la del año anterior, y no debió omitirse, porque á ella corresponde la noticia, que se da despues, de que era viuda.

28 Pág. 59, lín. 9.

En cuanto á la calidad de mi persona y *linaje.*

Lo del linaje se omite en las primeras ediciones, pero se ha puesto en algunas de las sucesivas, y á nuestro juicio, con buen acuerdo, porque, en efecto, Avendaño habia ya dicho, en su primera declaracion á Constanza, que era «un caballero natural de Búrgos», y por consiguiente, no habia hablado sólo de la calidad de su persona.

29 Pág. 60, líneas 8 y 9.

Que trae un *silicio* pegado á las carnes.

Las ediciones del 13 y 14 dicen *silencio.* En boca de aquella gallega zafia, la expresion es tan propia como chistosa.

30 Pág. 60, lín. 9.

Toma qué, mi padre.

Esta frase, puramente enfática, que en aquel tiempo usaba el vulgo para ponderar una cosa, aunque, al parecer, contradiciendo la idea á que se contestaba, en las primeras ediciones se altera algun tanto, diciendo: «tome que mi padre.» Otros, creyéndola sin duda equivocada, y no acertando á interpretarla, la han suprimido de cuajo, sustituyendola con otra, así: «Mi ama dice que trae un *silicio* (silencio) pegado á las carnes, y que es una santa.»

31 Pág. 63, líneas 5 y 6.

Que me importaba en ella el contento y la honra.

Estas palabras se hallan en la edicion de 1613, pero no en la de 1614, que nos ha servido de texto.

32 Pág. 68, lín. 14.

Cuando se le *representa* y viene á la memoria.

La edicion de 1613 sustituye el verbo *acordar* á *representar*, diciendo: «se le *acuerda* y viene á la memoria.» Más propio es sin duda el primero que el segundo.

33 Pág. 75, líneas 19 y 20.

El otro, que mil imposibles prometiera.

«*Esotro*», imprimen las dos ediciones de Cuesta. Puede ser errata; mas, aunque no lo sea, nos parece oportuna la correccion.

34 Pág. 76, lín. 11.

O mi mucha *demasía.*

Así las ediciones; quizá escribiria CERVÁNTES *desdicha* ó cosa equivalente.

35 Pág. 76, línea última.

Para dar *á entender* la entereza.

Suprimiendo el *á entender*, como se hizo en la edicion de 1614, queda la frase ininteligible.

36 Pág. 84, lín. 18.

¿Por qué huis, buen hombre, ó qué *caso*...

«Qué *cosa*», dicen las primeras ediciones.

37 Pág. 86, lín. 19.

Entre los que más necesidad, *á su parecer*, tenian, etc.

Lo que va de bastardilla está omitido en la edicion de 1614.

38 Pág. 90, lín. 21.

De *los* bienes que *llaman de fortuna.*

Le edicion del año 14 enmienda estas palabras, diciendo: «...de bienes que *su padre tenia.*»

39 Pág. 92, líneas 13 y 14.

Y con él la *fria* y *temida* lanza de los celos.

La edicion del año 14 pone *tímida* por *temida;* pero áun la del año anterior no parece que anda muy acertada en calificar de *fria* á la lanza,

pues dice despues que abrasó el alma en fuego. ¿Será *fiera*, *ferrea* u otra palabra parecida? No pudiendo resolver la duda, contentémonos con la observacion.

40 Pág. 94, líneas 18 y 19.

Lo que habeis oido.

Tambien añade aquí la edicion citada: «Lo que *de mi propia boca* habeis oido.»

41 Pág. 95, lín. 11.

Me parece ser bien que mudeis de traje.

Tanto la edicion del año 14 como la del 13, que es más correcta, introducen aquí una negacion, diciendo: «me parece *no* ser bien.» Con ella se afirma lo contrario de lo que se pretende.

42 Pág. 102, líneas 5 y siguientes.

Y que la herida que tenia era peligrosa, por ser en la sien izquierda; y *por* decir el cirujano ser de peligro, alcanzó con el General, etc.

Las ediciones dicen: «..... la herida que tenia era peligrosa, por ser en la sien izquierda, y decir el cirujano», etc. La supresion del punto y coma y la de la partícula *por* bastan para dejar este período sin sentido alguno.

43 Pág. 103, líneas 16 y 17.

Si estais con *intento* de escucharme.

En las dos ediciones de Cuesta se lee: «con *sujeto* de escucharme»; errata manifiesta, que hemos corregido como se ve.

44 Pág. 105, lín. 26.

Que vos bien conoceis.

«De oidas», debió añadir en caso CERVÁNTES, porque no podia saber aún Marco Antonio cuán impensada y casualmente se habian encontrado sus dos amantes.

45 Pág. 112, lín. 7.

Lo *que* primero, *que fué* que le dejasen, etc.

Otros textos reforman esto, diciendo: «lo primero, que le dejasen.»

46 Pág. 114, línea primera.

Con las mismas armas.

La edicion de 1613 añade: «y con el mismo donaire y apostura.»

47 Pág. 114, líneas 27 y 28.

Decia Marco Antonio.

No se halla esta advertencia en la edicion de 1614.

48 Pág. 115, lín. 6.

El padre de Leocadia.

Faltan tambien estas palabras en la mencionada edicion.

49 Pág. 124, lín. 17.

Si el nombre os importara saberlo, os lo dijera.

Más bien parece que debiera decir : «Si *no* os importara saberlo, *no* os lo dijera.»

50 Pág. 130, líneas 23, 24 y 25.

Quiso llevar*le* en casa de una partera..... y al pasar con *él* por junto á la estancia, etc.

Las dos ediciones primeras dicen : «quiso llevar*la*..... y pasar con *ella*», concertando con el sustantivo criatura, que viene despues; pero más natural es que los pronombres se refieran al *niño*, y no hay confusion alguna.

51 Pág. 131, líneas 19 y 20.

El niño mamaba; pero no era así.

Luego debiera decir : «*parecia que* mamaba.»

52 Pág. 137, líneas 24 y 25.

Y á *excusas*.

«Y á *escuras*», ponen las primeras ediciones; pero no es circunstancia que viene al caso.

53 Pág. 139, lín. 26.

Derribó y triunfó.

El *derribó* debe estar en lugar de otra palabra ó frase : *de mi honor*, por ejemplo, ó *de mi honra;* y así diria que los ojos de lince del Duque vencieron á los de Argos de su honor.

54 Pág. 147, línea penúltima.

Y esto no *con* falta de discreto discurso.

«No *sin* falta», dicen las primeras ediciones.

55 Pág. 151, lín. 15.

Encontró con *Sulpicia*, su doncella.

No se la ha nombrado hasta ahora, ni don Juan podia tener noticia de semejante nombre, como no supongamos que lo supiese por Cornelia.

56 Pág. 152, lín. 2.

En el número de *los vuestros*.

Las ediciones de Cuesta ponen : «en el número de *vuestro*»; otras : «en

el numero de *nuestros criados.*» Hemos adoptado un termino medio, haciendo una levísima correccion.

57 Pág. 155, lín. 26.

Le han hecho *gormar* á la señora Cornelia.

Gormar es volver, restituir por fuerza.

58 Pág. 162, lín. 9.

Salióles á recebir el Duque *á* una sala.

En las dos ediciones primeras está suprimida la segunda preposicion *a*.

59 Pág. 162, línea última.

Del agravio que *no* os hice.

«Que os hice», se imprimió en la edicion de 1614, y se incurrió en un contrasentido.

60 Pág. 169, lín. 22.

Holgaré de que me veais *más despacio.*

Este adverbio se omitió en las dos mencionadas ediciones, y muy bien pudo hacerse lo propio en el original.

61 Pág. 170, lín. 26.

Dos mil y quinientos *ducados.*

«*Escudos*», dicen aquí las primeras ediciones, y *aucados* poco despues. Hemos adoptado la correccion que se hizo en reimpresiones posteriores.

62 Pág. 181, lín. 11.

Pues lo que ahora diré dellos, *dijo el alférez.*

En las ediciones de Cuesta se pasó por alto este último entrecomado; de suerte que el diálogo se hace ininteligible.

63 Pág. 184, lín. 4.

Coloquio que pasó.

«*Novela y coloquio*», dicen las ediciones de Cuesta. Fácil es comprender que este epígrafe es un reclamo de editor, que no se le ocurriria á Cervántes.

64 Pág. 184, línea penúltima.

Un natural *distinto.*

Distinto por *instinto.* Hacemos esta advertencia, para que no se crea que hemos incurrido en una equivocacion.

65 Pág. 188, líneas 8 y 9.

Lomos *medios y enteros.*

La edicion de 1614 dice : «lomos *medios enteros*»; y otras : «*medio enteros.*»

66 Pág. 210, líneas 19 y 20.

Latrocinio.

Las ediciones antiguas «ladronicio»; variante de poco momento.

67 Pág. 211, lín. 27.

Volví á la pelea con *ella.*

«Con *mi perra*», se lee en los dos textos de 1613 y 1614. Probablemente así lo escribiria Cervántes; mas no nos ha parecido inoportuna la enmienda hecha en ediciones posteriores.

68 Pág. 225, lín. 15.

Una varilla de *mimbre.*

«De *membrillo*», ponen las dos ediciones antiguas.

69 Pág. 225, líneas penúltima y última.

No piensen *vuesas mercedes.*

En singular lo dicen las mencionadas ediciones : «No piense *vuesa merced*, senado valeroso.»

70 Pág. 226, lín. 26.

Sino de otros muchos pecados.

Por yerro, sin duda, se lee aquí en las ediciones : «sino de otros muchos pecados *otros*», etc.

71 Pág. 227, lín. 27.

De haberme hablado *de aquella suerte.*

La impresion de 1613 y otras : «de haberme hablado *la vieja*», sin añadir : «de aquella suerte.»

72 Pág. 229, líneas 1 y 2.

Atraian los hombres de manera.

En el texto de 1614 «*traian*», es decir, «trayan.»

73 Pág. 246, líneas 9 y 10.

Se hacen ricos, *dejándonos á nosotros pobres.*

Las palabras en cursiva no se encuentran en la edicion de 1613.

74 Pág. 246, líneas 12 y 13.

No es otra que la del robarnos, *y ésta fácilmente la deprenden.*

Tampoco se halla esta última frase en la mencionada edicion del año 13.

75 Pág. 249, líneas 23 y 24.

Particularmente si es de malo á mejor estado.

Otra añadidura de la misma edicion, que no se ve en la anterior.

76 Pág. 254, líneas 11 y siguientes.

Con que quedará tan rico como lo han quedado todos aquellos que han seguido este rumbo.

Esta intercalacion, que tiene trazas de postiza, la hemos tomado de ediciones modernas, pero no existe en ninguna de las dos de Cuesta.

77 Pág. 254, lín. 17.

Cuando no me cato.

Debiera decir : «cuando menos me cato.»

78 Pág. 258, líneas 3 y siguientes.

No ha menester apoyos, ni necesita de amparos; por sí solo vale, sin que las grandes dichas le ensoberbezcan, ni las adversidades le desanimen.

Nada de esto traen las mencionadas ediciones antiguas.

79 Pág. 258, líneas 13 y siguientes.

Que yo fio en el cielo, etc.

Desde aquí hasta las palabras «por falta de tiempo», con que concluye el período, es otra adicion de los textos modernos.

80 Pág. 259, lín. 3.

Del baldeo y rodancho.

Voces de germanía; como si dijera : «de espada y rodela.»

81 Pág. 259, líneas 4 y 5.

Vieron en una ventana de una casa y *tienda de carne.*

No es menester advertir que *tienda de carne* significa aquí casa de mujeres públicas.

82 Pág. 259, líneas 14 y 15.

Persona alguna de la ciudad, ni *de fuera.*

El señor Arrieta, en su edicion de París de 1826, dice : «de la ciudad ni *de otra*»; y por consiguiente, cuando despues añade el Autor : «ni sabré decir *de dónde*», él cree preferible poner : «ni sabré decir *de cuál*», etc.

83 Pág. 260, lín. 8.

Que hospedaran cursantes.

La edicion del señor Arrieta, que suprime el *que hospedaran*, dice seguramente una cosa que quizá no estaba en el propósito del Autor.

84 Pág. 260, líneas 22 y 23.

Tan grandes como las de *Santinuflo*.

El señor Arrieta advierte que este nombre era el de un ermitaño célebre de aquel tiempo.

85 Pág. 261, líneas 3 y 4.

Su *martingala*.

La parte de armadura que defendia el muslo; pero siendo *de escarlata*, equivaldrá aquí á gregüescos.

86 Pág. 262, lín. 9.

Atrancáronse.

Es decir, aseguraron la puerta por dentro, y despues de cerrada, con una tranca.

87 Pág. 262, línea última del segundo texto y primera del de la pág. 263.

Ley de sus ojos.

Debiera decir *luz* de sus ojos.

88 Pág. 265, lín. 27.

Que tal *suceso* compuso.

Bien evidente está aquí la errata de *suceso* por soneto; así como en la línea anterior se dice *incendio* por *leña*. Este segundo vocablo era el ridículo, no el primero.

89 Pág. 268, lín. 3.

Danza de espadas.

El señor Arrieta ilustra esta frase con la siguiente nota : «No quisieron reñir ó venir á las manos; metáfora tomada de una danza, llamada antiguamente maherida, ó de las espadas, en la cual los danzantes solemnizaban las fiestas del Córpus de Sevilla y otras partes, imitando una riña ó combate con espadas, al són de la gaita ó dulzaina y el tambor. Era, como puede inferirse, bastante peligrosa y arriesgada.»

90 Pág. 269, lín. 8.

Que era de los de *campo traves*.

Es decir, animoso, resuelto; otra metáfora tomada de los que no tienen paciencia para seguir un camino, sino que echan por cualquier atajo.

91 Pág. 270, líneas 4 y 5.

Vino del Santo.

Interpreta el señor Arrieta esta expresion, diciendo que era un vino generoso, que cogian los monjes del Escorial en Castilla, en una de sus haciendas, y le distinguian con este nombre.

92 Pág. 270, lín. 10.

Pulcela.

Doncella; del italiano *pulcella*, que tiene la misma significacion.

93 Pág. 270, líneas 17 y 18.

La juraba, á fe de caballero, *que* si le desengañaba.

Está de más la partícula *que*, como fácilmente se colige de la lectura.

94 Pág. 271, lín. 20.

Con mucho *tino*.

«Con mucho *tiento*», como dice la variante del códice de Sevilla.

95 Pág. 271, lín. 30.

Pasáronse las *olas* volando.

Errata manifiesta, en lugar de *horas*.

96 Pág. 272, líneas 1 y 2.

La señora *doña* Esperanza.

La edicion del señor Arrieta suprime el *doña*.

97 Pág. 272, lín. 29.

La una de las *amas*.

De las *amas*, no; de las *dueñas*.

98 Pág. 273, lín. 27.

Convidada pues del mucho silencio.

La copia del señor Fernandez-Guerra, que nos ha servido para la impresion, en vez de *convidada*, dice *cobijada*; descuido del amanuense.

99 Pág. 279, lín. 23.

Aunque aquí llegaban.

Excusado es advertir que sobra el *aunque*.

100 Pág. 283, líneas 4 y 5.

Y tomando *de* la mano á la niña, se la acomodaba, etc.

No era la niña la acomodada, sino la mano; por consiguiente, hubiera sido mejor suprimir el *de*.

101 Pág. 284, lín. 2.

Tan *quedito*.

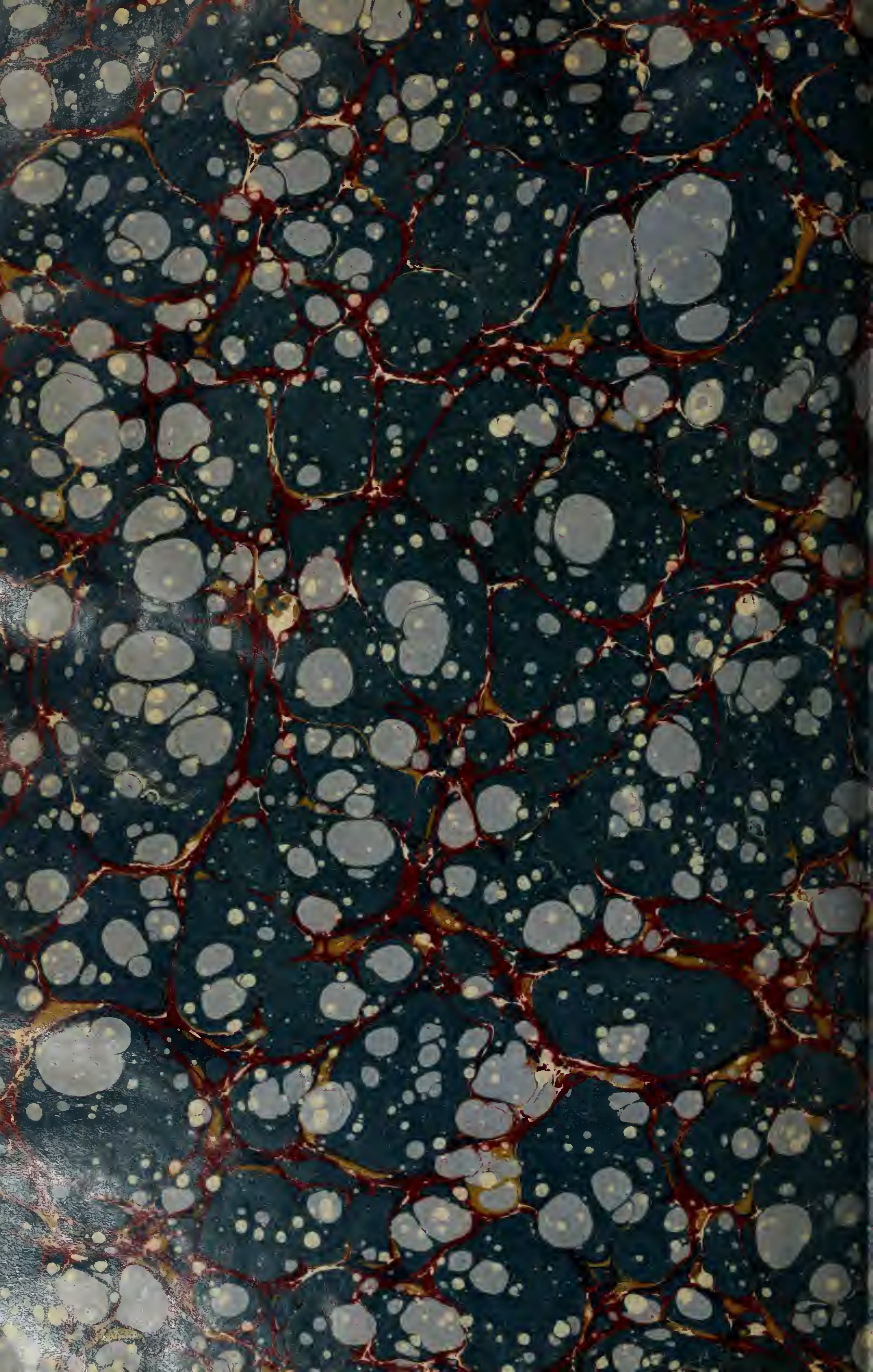
«*Queditos*», dicen las ediciones. Nos ha parecido muy natural la enmienda.

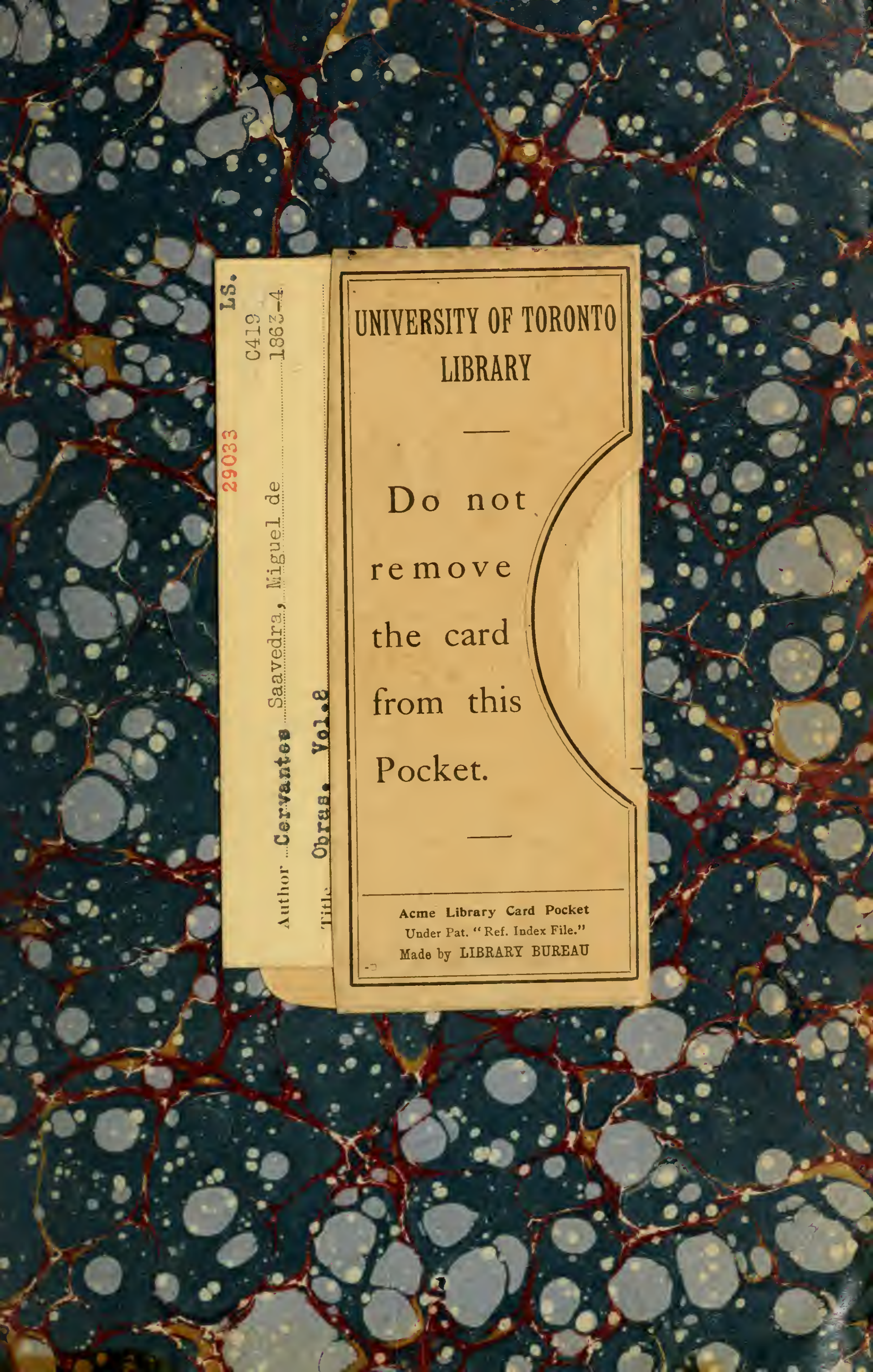
Las demas variantes que resultan entre uno y otro texto, por sí mismas se ponen en evidencia; no es menester hacer sobre ellas advertencia alguna.—Solamente es digno de notarse el final respectivo con que aquellos terminan, pues miéntras el de arriba dice, como sin duda diria CERVÁNTES: «Tal fin y paradero tuvo la señora Claudia de Astudillo y Quiñones, y tal le tengan todas cuantas su vida y proceder tuvieren», el segundo se entretiene en reflexiones, que si no son enteramente extrañas al asunto, debilitan la energía de la conclusion, entorpecen la rapidez del período, y dejan ver claramente que por el afan de añadir la correspondiente moraleja, se atribuyen al Autor pronósticos vulgares, que él sabia incluir y expresar mejor en la briosa imprecacion que fulmina contra todas las Claudias del universo. La edicion de Berlin de 1618 concluye aún más deslavazadamente.

FIN DE LAS NOTAS DEL TOMO VIII.

INDICE DEL TOMO VIII.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO VIII.




UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not
remove
the card
from this
Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
C419
29033
Author Cervantes Saavedra, Miguel de
Title Obras. Vol.8

